

Més, Condesa Organdi

JAVIER URBIETA



mundopalabras

D.J.57

A. J. G. G. G.

Registrado en la Propiedad Intelectual. Reservados todos los derechos.

Para ti

| | | | | | |
|--------|-----------|--------|-----|---------|--------|
| INDICE | Capítulos | Página | I.— | 5 | II.— |
| | | | 10 | III. | 45 |
| IV. | | | 78 | V. | |
| 81 | VI. | | | 97 | VII. |
| | | | 104 | VIII. | |
| 132 | IX. | | | 156 | X. |
| | | | 170 | XI. | |
| 187 | XII. | | | 198 | XIII. |
| | | | 215 | XIV. | |
| 237 | XV. | | | 259 | XVI. |
| | | | | 271 | XVII. |
| | | | | 284 | XVIII. |
| | | | 292 | Epílogo | |
| 300 | | | | | |

Inés, Condesa Organdi Capítulo I —Gonzalo Sforza

Esta es una historia verdadera, como verdadero es, lo por Dios imaginado, siempre que a ello no se oponga el estamento prelado.

El día en el que el mono Krug comprendió la claridad, nació el primer dios de los homínidos.

Muchos milenios después, Gonzalo Sforza era un humano con impecable negra sotana y clerical faja carmesí, que aquel 17 de septiembre de 2017, salía del Vaticano, tras su entrevista con el jefe del archivo secreto.

El día anterior, el jefe de seguridad vaticana, había entregado al cardenal el informe que sobre su colaborador y protegido, llevaba varios meses realizando a instancias de aquel.

El motivo para elaborar el antedicho informe fue, en un principio rutinario, de la misma forma que se elaboraban otros sobre todos los estudiosos que tenían acceso autorizado a los innumerables secretos, que guarda el impresionante archivo vaticano.

Pero en el caso presente, Sforza había ido más allá, de lo que se le había autorizado, saltó una alarma, se comunicó ésta y se urgió un informe que ahora estaba sobre la mesa del cardenal.

La reunión fue dura y en estos términos: — Buenos días eminencia.

—Ni te sientes Sforza —contestó muy serio el cardenal —, has vulnerado mi autorización y estás despedido de este servicio. —Pero eminencia...

—Te previne de los términos exactos de mi autorización, para estudiar la correspondencia del Papa Pío XII, y tú has abusado de mi confianza y has realizado fotografías, para cuya realización no estabas autorizado.

—Las hice para enseñárselas a su eminencia. —Por supuesto que sí, y las tendrás todas en tu móvil ¿verdad? — No, las he descargado en mi PC y borrado del móvil.

—Naturalmente, y así yo nunca sabré el número de ellas ni el uso que les vas a dar. — Están a su disposición.

—¡Cállate! Sal de este despacho, sal de la basílica inmediatamente y vete a tu casa y no te muevas hasta que yo te lo ordene.

Gonzalo Sforza agachó la cabeza simulando acatamiento, cosa que estaba lejos de sentir y muy lejos de realizar.

En realidad, las numerosas fotografías que había hecho no eran más que una cortina de humo para ocultar la verdadera acción que había llevado a cabo, y las palabras del cardenal demostraban, que no sabía nada de esa acción, lo que tampoco significaba que no llegara a, por lo menos, sospecharlo, si analizaban con mucho detenimiento, los movimientos que había ido realizando en el archivo durante las últimas semanas.

Pablo VI, había encargado a cuatro jesuitas que estudiaran lo que pudiera haber de correspondencia entre Pío XII y Hitler, y estos informaron que no había nada. Era un asunto, que había creado controversia en el mundo clerical y aún más fuera de él, pues el informe de los jesuitas se consideraba sesgado e incompleta la información facilitada por ellos, ya que la negación rotunda de la existencia de esa supuesta correspondencia era rebatida por cualificados estudiosos del asunto.

Con esa excusa, Sforza pidió permiso al cardenal para investigar el asunto, siendo su verdadero objetivo lo que al respecto pudiera haber sobre un monumental robo al obispo de Lieja en el siglo XVII, que al decir de los poquísimos que sabían algo sobre ese asunto, su montante podría elevarse a unos cinco millones de ducados en oro, más un arcón de piedras preciosas, lo que representaría hoy, considerado el valor y el poder del dinero, en aquella y en esta época, varios cientos de millones de euros.

Sforza realizó su trabajo con sumo cuidado. Sabía dónde estaban las cámaras de observación en la sala donde trabajó.

Había encontrado lo que buscaba, una carpeta forrada en terciopelo color borgoña, con una decena de hojas amarillentas manuscritas por el capitán de tercio Pedro Colmenero, dirigidas a Fernando de Austria, el llamado cardenal

infante, con las que le daba detallada cuenta de las peripecias acaecidas en la acción sustractora, le comunicaba que el tesoro estaba en lugar especial y de difícil descubrimiento y que aguardaba instrucciones.

El documento estaba firmado por el capitán Colmenero y éste concluía diciendo:

“El capitán Pedro Colmenero, el sargento Salazar, los soldados Tristán Corostola, Bieto Louriño y madame Doriane de la Fayole, a las órdenes de su excelencia, por el rey y contra Olivares”. Le sorprendió y le interesó mucho esa expresión “contra Olivares”, el conde—duque sin duda, pues era un aspecto inédito.

Hubo otra cosa del documento que también llamó su atención y esa cosa era el apellido Corostola.

¿Dónde había leído ese apellido? ¿Por qué le resultaba tan familiar?

No lo supo en ese momento y aunque leyó cinco veces más el documento, no halló la respuesta a su sensación de haber reconocido un nombre, pero sin poderlo ubicar o relacionar con alguna otra cosa conocida.

Para hacerse con una fotografía de estos documentos, Sforza simulaba que fotografiaba la supuesta correspondencia de Pio XII con Hitler, colocando cada hoja de Colmenero sobre una de otro asunto y devolviéndolas luego todas ellas a su lugar de origen, inclinándose mucho sobre la mesa, haciéndolo en un ángulo de la sala, en la que solo podía ser filmado por una cámara a la que ofrecía solo su espalda.

Sforza tenía treinta años, era muy ambicioso, creía que aquellos documentos podrían servirle para un rápido ascenso en la jerarquía vaticana y una vez conseguidos, debía contarle una historia al cardenal que le satisficiera y...a otro asunto.

Pero la súbita reacción del cardenal confinándolo en su residencia, trastocaba sus planes, por lo que decidió ignorarla y actuar.

Salió de la basílica de San Pedro, volvió a entrar por otra puerta y conocedor de las costumbres del cardenal, que cenaba sobre las nueve y se acostaba para las diez, aguardó en las inmediaciones de sus aposentos, confiando en que su víctima no hubiese alertado aún a la monja que lo atendía, y ésta no le impidiera el paso a las dependencias privadas del cardenal, a las que pretendía acceder pasadas las diez y pretextando, ante aquella, un asunto de suma urgencia.

No tuvo problemas, se introdujo en el dormitorio del cardenal y lo asesinó ahogándolo con la almohada.

El cadáver fue hallado a la mañana siguiente por la monja que lo cuidaba, se determinó por el médico que la causa de la muerte había sido un paro cardíaco, el cardenal no había dado ninguna orden sobre Sforza y todos apreciaron su

inmenso dolor por la súbita muerte de su protector, y no se extrañaron ni pusieron reparos a que se ocupara de los asuntos de éste, mientras se producía el relevo.

El jefe de seguridad tampoco había recibido aún ninguna orden sobre Sforza y éste pudo campar libremente por sus respetos.

Capítulo II —Inés

La historia del increíble robo al obispo de Lieja comienza en Madrid el 21 de junio de 1615, con el nacimiento de Inés, futura condesa de Organdi.

Fue una niña regordeta de ojos castaños, que no hacía presagiar a la espléndida muchacha en la que se convirtió pasados los años, la que cumplidos los dieciocho hacía suspirar a los pisaverdes de la corte de Felipe IV.

Nació en el palacio de su padre Don Froilán de Villaescusa, marqués de Forcada, casado con Margarita Viñuesa condesa de Organdi, ambos sumamente píos, la segunda por educación y convicción impuesta, y el primero porque un marqués había de serlo al menos en apariencia, aunque verdaderamente fuese un crápula.

El palacio estaba situado en la calle San Vicente de Madrid, llamada de los Siete Jardines.

Inés recibió la educación que podía esperarse de unos padres como los suyos, y fue una niña obediente y cumplidora de las obligaciones que imponía la santa madre iglesia, pero con quince años, comenzó a darse cuenta de que había cosas que no le cuadraban, que no entendía, que sentía que le habían explicado mal porque no se adecuaban a lo que ella veía y vivía.

Por esa época sorprendió por primera vez, a su padre fornicando con la criada Josefina en un cuarto adyacente a la cocina, y afortunadamente para ella, los ejecutantes del fornicio no la vieron.

Pocos días más tarde, tuvo otra visión sexual, al contemplar al mozo de caballerías, en una esquina del gran jardín de la casa, con los calzones a la altura de las rodillas, agarrado con su brazo izquierdo a un guindo, mientras que con la su mano derecha hacía cosas con esa cosa que deben de tener los hombres, y que ella no sabía cómo era y haciendo unos gestos que no comprendió, pero que asoció con los suyos en la cama cuando sentía unos ardores cuya causa desconocía, que le provocaban una mezcla de placer y miedo, sobre todo cuando jugueteaba con su sexo.

Para su fortuna, el día que cumplió diecinueve años conoció a Doña Eulalia Cavalcanti que, a diferencia de sus homónimas santas y antes vírgenes y mártires, era mujer rodada, de cuarenta años muy bien llevados, culta, sabia y sabedora de artes de medicina, ungüentos, bebedizos y otros conoceres, que tenía un amigo común con su madre Margarita, que se la presentó el día que acudió a

su casa a visitarla, dos meses después de haber arribado a la Villa y Corte.

Pese al poco tiempo que llevaba viviendo en Madrid, ya se decía de ella que era una viuda muy rica, cosa que no era cierta, pero que ella no desmentía e incluso alentaba.

Las damas de la corte hablaban de ella en susurros, atribuyéndole aventuras y saberes a cuál más extravagante y misterioso. Ella daba pábulo a esas comidillas, pues le interesaba y era su intención establecerse definitivamente en Madrid y ganarse la vida con sus artes, para lo cual necesitaba que esas damas requirieran sus servicios que, por secretos e íntimos, facilitaban la expansión de la leyenda de la que hasta el vulgo la empezaba a hacer protagonista.

Inés quedó admirada de la italiana y ésta manifestó desde el primer momento una singular querencia hacia la joven, de forma que, a los pocos días de conocerla, fue invitada al caserón en el que habitaba, estas visitas se convirtieron en asiduas y floreció entre ellas una fortísima relación de amistad. Propiciadas por esa amistad, nacieron prontamente las preguntas de la joven y las respuestas de la madura.

La mente de Inés se abría a un mundo no esperado, además de desconocido y sus primeras dudas se materializaron en preguntas a las que Eulalia respondía con conocimiento, precisión y calor y las conversaciones entre ellas, y solo entre ellas, tenían el sabor de lo fresco por nuevo y diferente.

Eulalia, viuda del Comendatore Humberto Castelnuovo, no había tenido hijos y consideraba a Inés como a alguien a su altura intelectual, pese a su edad, alguien a quien amar, alguien a quien enseñar y alguien con quien compartir. Percibió también desde sus primeras conversaciones, la rapidez mental de su joven amiga, su ansia de conocimiento veraz y sobre todo las apetencias de su corazón y los ardores de su sexo.

Ella fue instruyendo con cariño y sapiencia e Inés, maravillada, iba comprendiendo las razones de tantas prohibiciones, tantos miedos y tantas mentiras, abriéndose a un mundo en el que había hombres a los que deseaba sin miedo, hombres a los que deseaba conocer y deseaba tocar. Aún no había sentido el amor y aunque Eulalia le hablaba de él, no podía comprenderlo, pero sentía que se aproximaba a él, por la vía del deseo que a sus casi veinte años era poco menos que irrefrenable.

Eulalia contenía esos impulsos, ambas asistían cada domingo y fiesta de guardar a misa en los Jerónimos, no haciendo alardes de piedad, pero siendo consideradas buenas cristianas y mujeres honestas, cumplidoras de las leyes de dios, de un dios del que hablaban con respeto intelectual, pero sin tabúes ni miedos, al tiempo que criticaban y se reían de sus siervos consagrados y de las beatas impenitentes.

Asimismo, practicaban obras de caridad, Eulalia algunas, pero muy públicas y publicitadas y en mayor número Inés que sin alharacas ni ostentaciones, todos los jueves junto a su madre estaba en la puerta que de la cocina de su palacio daba al huerto, al que en esos días a las doce del mediodía se dejaba entrar a los menesterosos a quienes se entregaba comida y unas monedas, acción ésta por la que eran consideradas mujeres santas y bondadosas que Dios premiaría ciento por uno.

Un día de septiembre de 1634, vieron que el oficiante de la misa dominical a la que asistían. era nuevo en la plaza, de ademanes armoniosos, y al volverse y decir *ite missa est*, pudieron apreciar su juventud, su galanura y buena presencia.

Mujeres, al fin y al cabo, finalizada la misa, se acercaron al sacerdote para saludarle y darle la bienvenida, según sus propias palabras y para, según sus primeros sentimientos, comprobar si en la distancia corta el ministro de dios ganaba o perdía enteros.

El cura que se llamaba Carlos Berganza estuvo muy amable y complacido con la bienvenida de la media docena de damas que se arremolinaron en su derredor, y prometió visitarlas y cumplimentarlas en sus domicilios en los próximos días.

Y en la visita a Eulalia, se encontró también con Inés que se mostró ante él particularmente desenfadada, simpática y ocurrente, con unas ocurrencias que dejaron perplejo al curita, a la vez que admirado y deseoso de volver a verla, cosa que ocurrió a los tres días, con el oportuno recado que de Eulalia recibió para que le asesorara sobre un códice, que recientemente había adquirido de un médico que se llamaba Averroes que decía, fingió escandalizarse ante el sacerdote, unas cosas sobre las mujeres que consideraba requerían su docta opinión eclesiástica.

Las dos mujeres habían hablado varias horas, en el breve plazo de tres días, de aquel guapo cura e Inés fantaseaba con él, diciéndole a Eulalia que cómo sería un beso suyo y aún más, cómo habría de ser lo que suponía la maravilla de ser acariciada por él. La joven se exaltaba en sus ensueños y sus deseos se desbocaban sin freno.

Como la excusa había sido Averroes, Eulalia, como quien no quiere la cosa y haciéndose un poco la tonta, preguntó al cura:

—Padre Carlos —dijo Eulalia —¿qué cree usted que quiso decir Averroes al afirmar que “la mujer no es más que el hombre imperfecto”?

—Pues no tengo ni idea —se sinceró el padre de aquella ignorancia —de Averroes solo sé que fue un moro cordobés del siglo XII, de quien no he leído ni una línea.

—Pues esto que dice de nosotras no es nada simpático.

—Bueno, yo como sacerdote solo tengo una experiencia muy limitada del sexo femenino, y la mayoría de las cosas que sé, las he conocido en el confesonario.

—Pues disculpará usted que nosotras no vayamos a confesarle nuestros pecados, sería embarazoso hacerlo con un sacerdote joven y tan guapo —sonrió Eulalia.

—Pues no veo por qué —dijo Carlos con convicción —un ministro de Dios se limita en ese sacramento a oír y absolver cuando el fiel manifiesta contrición.

—Pues yo tampoco —señaló Inés —conocía a ese médico que por lo que dice Doña Eulalia era muy sabio, aunque tuviese curiosas opiniones sobre las mujeres, pero en relación con esto, sí conozco a Santo Tomás de Aquino quien escribió “como individuo la mujer es un ser endeble y defectuoso” que tampoco está mal, aunque quizá también el benedictino nos conociera solo por las confesiones. — Eso no puede ser cierto señora mía, ese santo varón no pudo decir una cosa como esa, aunque cierto es, que las mujeres son endebles físicamente y de raciocinio algo lento y alborotado.

—Muy bien padre —declaró Inés —tendré que ponerme en sus manos para fortalecer mi cuerpo, tener rapidez de pensamiento y apaciguar mi alma, ¿sería su paternidad tan amable de indicarme el camino?

—Con mucho gusto lo haré —dijo el cura sin medir el alcance de su aserto.

Tras una animada charla de más de dos horas, en el transcurso de las cuales Carlos, a instancia de Eulalia, se tomó tres tazas de chocolate, se despidieron prometiendo ir Inés a visitar al sacerdote para que la instruyera en materias santas, aunque el concepto de santidad era diametralmente opuesto para ambos en ese día, pues el cura entendía la santidad “stricto sensu” e Inés consideraba la santidad como llegada al paraíso, no necesariamente divino, sino también terrenal y por ello carnal.

Y ocurrió.

Pasados dos días, que Inés consideró suficientes para no parecer apremiada, se presentó sin previo aviso, en la sacristía de la iglesia de los Jerónimos, abrió una puerta y vio a Carlos, desnudo el torso, con unos ajustados pantalones negros y lavándose las axilas ante una palangana.

Inés sintió una sacudida emocional, Carlos se quedó paralizado, ella avanzó hacia él muy despacio y puso sus dos manos en su pecho, luego le besó suavemente en el cuello, y él reaccionó cerrando con llave la puerta.

Sobre una mesa, en la que había una casulla verde, Carlos Berganza embistió a una Inés que lo recibió con ansia. Inés descubrió qué era eso de perder la virginidad, la mezcla inexplicable de dolor y placer desconocido en la carne y en la mente, el arrebató continuado, la locura del goce total.

Carlos se vistió con presteza y atropello dando la espalda a Inés, azorado, nervioso y ésta con calma no medida, tranquila, cual veterana de lance, maravillada y sonriente.

Se despidió del sacerdote, sin dejar de sonreír y éste no consiguió articular palabra.

Eulalia, tras oír a Inés, que había acudido a su casa inmediatamente después del encuentro con el sacerdote, la abrazó, luego se sentó frente a ella con el semblante serio.

—Hija mía, sé que no se te oculta lo problemático de este asunto y por eso creo que debemos hablar de él.

—Yo también lo creo y sé también que voy a necesitar tu ayuda, pues no te ocultaré que estoy asombrada y confusa respecto de lo que pueda pasar

—Y no es para menos niña mía, has conseguido perder la virginidad, has sangrado y con dolor, has gozado como una loca, y todo ello con un sacerdote, muy guapo, pero sacerdote y eso es un problema.

—Sí, supongo que sí, aunque no creo que más que si me hubiera entregado a otro.

—Créeme que bastante más —afirmó seriamente Eulalia.

—Querida amiga, yo he satisfecho mi deseo, mi sexo arde desde hace tiempo y aunque comprendo tus temores, que también son los míos y aunque ha ocurrido antes de lo que hubiera podido prever, he consentido en que suceda con él, pues me ha parecido una magnífica oportunidad, ya que él ha de tener tanto interés o más que yo en que todo sea secreto —razonó Inés con mucha calma.

—Ahora la asombrada soy yo, —dijo Eulalia — ¿acaso lo habías preparado?, ¿qué significa eso de que has consentido?, ¿no me acabas de decir que tú has ido a él?

—No, no lo había preparado, es decir, no así. Sentí un impulso imparable y me lancé a él como loca, luego al terminar, he pensado que nadie lo sabrá, al menos de su boca, por la cuenta que le trae.

—¿He de concluir entonces, que tus intenciones en el inmediato futuro, son las de continuar tus relaciones con él? —dijo Eulalia.

—Puedes concluir —sonrió Inés —, que esa es mi intención, pero desconozco la suya. No puedo saber qué es lo que habrá pensado él, lo que sentirá, lo que pueda querer.

Carlos Berganza había sido ordenado sacerdote hacía dos años.

Sus profesores del seminario y los posteriores de filosofía y teología, le auguraban una brillante carrera eclesiástica, lo que en su jerga se decía “uno con madera de obispo”.

De familia de hidalgos con fortuna, fue entregado a la iglesia de conformidad

con la costumbre de hacerlo con el segundo hijo de la casa.

Cursó y finalizó sus estudios sin mayores problemas, y a sus veinticinco años pensaba él que la vida era hermosa, que todo, la vida, la muerte y el cielo estaban explicados, y para lo que no estuviere explicado, estaba la fe y las enseñanzas de teólogos y santos padres de la iglesia verdadera.

Pero nadie le había preparado convenientemente para algo como lo que acababa de ocurrirle. Sus preceptores, sí le habían dicho, que el diablo adoptaba en ocasiones la forma de mujer, para tentar y arrastrar al infierno a los más santos y capaces, sobre todo entre sacerdotes, pero siempre creyó que eran ardidés retóricos de los profesores y además, entre compañeros, habían bromeado con cierta frecuencia sobre ello, y había experimentado tentaciones sexuales, cayendo en ellas, masturbándose, pero eso se solucionaba con la confesión y la penitencia y hasta antes del encuentro con Inés, creía que tenía razonablemente controlados esos arrebatos, pero ella y su cuerpo palpitante bajo él y sobre una casulla de ordinario oficio sacramental, le habían demostrado lo equivocado que estaba.

Al contrario que Inés, Berganza no tenía confidente, no podía tenerlo en un negocio como el que ahora atormentaba su alma. Pues atormentado estaba, confuso e inerme.

Sus armas no valían, el arrepentimiento no se había presentado, estaba como loco de remordimientos, tenía miedo, desconocía qué iba a ocurrir y seguía pensando en aquella mujer.

No pudo sosegar en el resto de aquella tarde, se decía que era un pecador, que se confesaría, que limpiaría su alma, pero no hallaba el consuelo del arrepentimiento.

Además, se decía, no puedo confesarme, ¿con quién me voy a confesar?

Y encontró una fórmula de compromiso, al menos temporal. Se reclinó, ya de noche en un confesionario vacío y le dijo a Dios que le perdonara por haberle ofendido y que le perdonara por volver a verla, pues eso era lo que deseaba con toda su alma inmortal, volver a verla y amarla una vez más, aunque solo fuera una vez más. He hizo un pacto consigo mismo y rogó a dios su misericordia infinita.

Volvería a estar con Inés, si ella quería, y si se mostraba remisa a un segundo encuentro, inventaría algún ardid.

La manera en que se había entregado permitía esperar que habría más entregas, y él la enamoraría y la poseería como ella le había poseído a él, aunque, ciertamente, él no sabía lo que era enamorar, aunque había aprendido lo que era poseer.

A los cinco días del encuentro en la sacristía, se vieron en casa de Eulalia.

Tuvo que esperar tanto, porque el sacerdote que se ocupaba de la novena a la Virgen de la Candelaria había caído enfermo y él tuvo que sustituirle en tal menester, y habiendo quedado libre de esa obligación, se presentó sin mayor pérdida de tiempo en casa de Eulalia, a una hora conveniente en la tarde, completamente trastornado y sediento de amor.

—¿Qué tal se encuentra padre? —le sonrió Eulalia franqueándole la entrada a su casa.

Eulalia había empleado su fórmula de cortesía sin segundas intenciones, pero Carlos enrojeció hasta en la coronilla que, por cierto, había hecho que le arreglaran esa misma mañana.

—Muy bien Doña Eulalia, gracias. Buenas tardes señorita Inés. — Buenas tardes padre, es un placer volver a verle.

Eulalia se dirigió a un cuarto y volvió enseguida llevando en sus manos un paquetito y dijo:

—Don Carlos, siento tener que ausentarme. ¿Sería usted tan amable de hacer compañía a Inés?, tengo que ir a casa de la vizcondesa de Caparacena y no puedo retrasar la visita.

—Será un honor señora acompañar a la señorita Inés, cosa que haré con sumo placer si ella se muestra conforme. — Instrúyala usted en cosas edificantes —dijo Eulalia muy seria —, mi joven amiga está en una edad que requiere de consejos prudentes, como los que sin duda le ofrecerá su paternidad.

Salió de su casa Doña Eulalia y Carlos Berganza, que hasta hacía menos de una semana se creía y se sentía invulnerable, no supo discernir su ironía y tampoco sabía, aunque ese pensamiento penetró en su mente, si Inés le habría contado algo referente a su íntimo encuentro.

—Siéntese padre —dijo Inés —voy a la cocina a preparar chocolate, ¿quiere usted una copita de anís?, se lo han traído a Doña Eulalia desde Chinchón, quizá usted no lo conozca.

Carlos Berganza contestó que sí, que bebería con gusto esa copita de anís.

Sirviósela Inés con sonrisa hermosa y yéndose a la cocina a preparar el chocolate, dejó al sacerdote con rostro aparentemente sereno y espíritu nervioso, aunque decidido.

El invitado, motu proprio, se vertió en ausencia de Inés otro chorrito del anís, pues había apreciado que la primera copita le había sentado muy bien y calmado un tanto.

Llegó al salón Inés con una bandeja de plata con las tazas y el humeante chocolate acompañado de unas pastitas de Aranjuez. y al sacerdote se le multiplicaron las pulsaciones.

—Le agradezco mucho —sonrió Inés —que haya venido a visitar a Doña

Eulalia y me alegro también de haber coincidido con usted en la visita.

—He de decirle. que confiaba en encontrarla aquí —reconoció paladinamente el cura — y que he venido a verla a usted, a estar con usted. Hasta hacía media hora, Inés no sabía con absoluta certeza si volvería a ver a aquel hombre y aún menos si volvería a tenerlo a su merced, tal y como ahora se le mostraba.

Consideró la situación y sus posibilidades.

Podía dar rienda suelta a sus apetencias, podía fingir dudas o recelos, podía demorar lo que pudiera ocurrir, podía embrollarla, podía impedirle que siguiera en su vida, podía...

Y podía decidir irse con él a la cama de inmediato, y eso es lo que decidió.

Posó su tacita de chocolate en la bandeja, se incorporó, retiró de la mano de Carlos la taza de la que bebía, saboreó suavemente el chocolate de sus labios, le indicó la puerta pintada de azul celeste y cogiéndolo de la mano, se dirigió hacia ella con él.

Le señaló un lado de la cama y una silla junto a la mesilla, y mientras él se desabotonaba torpemente la sotana, ella se desvistió hasta quedar completamente desnuda, y acuchillando con sus dedos la melena de su precioso cabello, se metió en la cama y acarició su pecho, ofreciéndole sus labios ardientes.

Sus cuerpos se reconocieron y aunque de manera aún torpe, se amaron furiosamente, jadeantes y enloquecidos. Eran dos cuerpos confluyentes, dos almas desbocadas, dos ríos caudalosos sorteando obstáculos que ahora iban conociendo. Pero se encajaron, se poseyeron, se fundieron como metales ardientes. Era ya noche y se apresuraron. Carlos se fue y Eulalia llegó bastante más tarde.

Viendo a Inés radiante, no tenía necesidad de muchas explicaciones, pero las quería y las obtuvo. Y en detalle. Conoció así Eulalia, con este segundo relato, que las sensaciones de su amiga habían sido mucho más intensas que la primera vez. La tranquilidad que le proporcionaba su casa y saberse sola y sin peligro, había contribuido sobremanera a relajarla y gozar con un gozo desconocido.

Le relató, asimismo, la maravilla de tener, con calma y sin apremios ni miedos, a su lado y junto a ella y dentro de ella, a un hombre guapo y fuerte, desbocado de deseo, atacante, agotado y luego susurrador de amores.

Eulalia, veterana en lides similares, concedora de las consecuencias derivadas de semejantes raptos, casi siempre peligrosos, trató de conducir o cuando menos reconducir los planes que germinaban en la mente de Inés.

—Mira niña —comenzó —debes calmarte un poco, porque veo que en este momento estás como loca y aunque creía conocerte bien, he de admitir que me asombra tu fogosidad y me preocupa tu descaro.

—Pues así me siento —contestó una sonriente Inés. — Lo sé, pero has de ser prudente. — Lo seré —le dijo Inés.

—No me parece muy prudente el plan de visitas a esta casa, por parte de tu amante, que me has propuesto y el solo hecho de que tengas un plan...

Inés, quedándose pensativa, no quiso insistir.

A la mañana siguiente regresó a su casa. Desde hacía un tiempo, era habitual que pasara una o varias noches seguidas en casa de Eulalia y esta vez, a su regreso, su madre notó algo diferente en su hija. Tenía buena relación con Eulalia, lo que no impedía que sintiera celos de ella, celos que dolían, cada vez que Inés hablaba de la italiana con pasión y admiración no contenida.

En su casi monacal habitación, en el edificio adyacente a la iglesia de los Jerónimos, donde Carlos vivía, éste arrodillado ante el cristo colocado en una pared del cubículo, trataba de encontrar arrepentimiento en su alma y no lo hallaba.

Su desazón era inmensa, era perfectamente consciente del grave pecado que había cometido, su remordimiento le llevaba a Dios, quería estar en paz con Dios y a la vez quería poseer a Inés.

No pudo dormir en toda la noche, midió con sus pasos infinidad de veces, la longitud de su habitación y el dilema laceraba su mente.

Dios no permitía esa fornicación y no podía pedir su perdón y por ello su alma sufría, mientras que su cuerpo le pedía abandonar a Dios y se maravillaba de que no le importara arder en los infiernos

Pasó unos días espantosos.

Pasaron los meses y aquella peligrosa relación se fue haciendo habitual, y con la complicidad de Eulalia, en cuya casa se seguían produciendo los encuentros entre ambos, Carlos fue viendo cómo se iba volviendo cada día más loco de amor por Inés, gozándola con furor, mientras que ella no pronunciaba ninguna palabra de amor y se centraba única y exclusivamente en satisfacer sus deseos sexuales.

El pacto ni escrito ni tan siquiera pronunciado, estaba siendo satisfactorio para ambos, pero mientras Carlos estaba cada día más nervioso y descompuesto por sus propios pensamientos y remordimientos, que se oponían a sus actos, Inés disfrutaba de su situación de mujer complacida y se sentía sosegada y creía que feliz.

Pero el amor llamó a su puerta y modificó el escenario en el que estaba interpretando su vida.

Ocurrió que, una mañana rayando el alba, Inés se encontraba en el piso bajo de su casa preparando el desayuno para su madre que estaba enferma, cuando oyó un golpe seco en la ventana abierta y con barrotes de hierro forjado, contra

uno de los cuales, un hombre joven y vestido con uniforme de soldado, se había dado un golpe al mirarla embobado y propiciado también por su escaso equilibrio tras una noche de francachela.

El inesperado sonido hizo mirar a Inés hacia su ventana, y vio a Tristán que la miraba como atontado.

Fue solo un instante, pues Tristán, al tomar plena conciencia de lo que estaba haciendo, se retiró de la proximidad de los barrotes, con vergüenza y turbado, aunque su turbación no era producida por la vergüenza, sino por una sensación que no supo definir por más que trató de hacerlo en el tiempo, no corto, que tardó en llegar a su casa.

Ninguno de los dos olvidó el encuentro, Inés preguntó a dueñas y doncellas por el hombre de los ojos verdes con uniforme militar y el joven supo al día siguiente, quién era la chica de vestido azul celeste, delantal bordado y cintas coloradas en su pelo negro.

Y se conocieron y hablaron. Fue con ocasión de la boda de la hija del superior del joven militar, que se llamaba Tristán Corostola, era gipuzkoano de Deba, hijo de un funcionario de Cuentas del Rey que, después de quedar huérfano de madre, que murió en el parto y como su padre se trasladó a Madrid, fue criado en el caserío Larrabiel por su tía y por su abuela paternas y desde hacía dos años servía en la guardia personal de Don Antonio Álvarez de Toledo y Enríquez de Ribera, séptimo Duque de Alba y quinto Marqués de Villanueva.

Se vieron durante el banquete y se miraron sin recato. Concluido éste, se buscaron, se hallaron y conversaron largamente, sorprendidos ambos de la naturalidad con la que se manifestaban y el gozo que experimentaban sus corazones.

En los días sucesivos a ese primer encuentro, con cualquier excusa, Inés abandonaba su casa y se veía con Tristán, en algún lugar previamente acordado y sin excesivos disimulos.

Y el amor prendió en ellos, pero ni se tocaron casi.

Tristán se sentía enamorado, pero un pudor indefinible le impedía rozar la piel de la mujer a la que, al día siguiente de la boda en la que se encontraron, había declarado su amor.

Inés por su parte, no sabía cómo actuar ni cómo controlarse.

Hubiérase podido decir que, una mujer de casi veinte años, que ha conocido los placeres que proporciona el sexo con un hombre, podría manifestarse sin excesivo recato al sentirse atraída por otro, pero no era así. Se le pasaban las horas conversando de naderías con Tristán, oyéndole embelesada sus aventuras, feliz y enamorada y satisfecha con solo tener sus manos entre las suyas.

Y luego, iba a casa de Eulalia, se encontraba con el cura y hacía lo que hacía

con él, con placer que ahora consideraba de forma distinta y siempre sin amor.

Germinaron entonces en ella sensaciones contradictorias que intentó hacer compatibles, pero no lo lograba y como tampoco se quería engañar, sus zozobras aumentaban día a día en intensidad, hondura y pérdida del sosiego con el que había iniciado sus relaciones con aquel sacerdote. Sentía que estaba traicionando a Tristán, aunque tampoco es una traición, pues aún no le he declarado mi amor, se decía, pero no se convencía.

Por todo ello y aun no queriéndolo, se encontraba muy preocupada, y tampoco se entendía a sí misma, por no hacer cómplice de sus más íntimos problemas a Eulalia que la observaba atenta y temerosa por ella.

Aunque, si bien es cierto, se decía, que soy una mujer libre, por más que ante mis padres y conocidos tenga que aparentar sumisión y acatamiento a las costumbres del siglo, fingimiento que no me cuesta mayor esfuerzo, también es cierto, que desde que conocí a Tristán, el amor lo hago con él, aunque el cuerpo sea el de Carlos, pero me siento sucia por ello y todo puede terminar muy mal.

Eulalia la había instruido sobre los riesgos del amor prohibido y proporcionado, lo que hoy llamaríamos preservativos o condones, que ella misma fabricaba y vendía a muy buen precio a sus señoras clientas para sus escarceos y combates amorosos, en las afueras de los lindes del matrimonio.

Eran unos artilugios de piel o vísceras de algún animal, más o menos suaves, sobre los que no se cansaba de repetir a sus clientas y también y con mayor motivo a Inés, sobre que una vez usados, los llenaran de agua y los dejaran colgando, de forma que se pudiera apreciar si goteaban, en cuyo caso, debían ser tirados a la basura, por obvias razones de seguridad.

Las precauciones fueron muchas, pero los riesgos también y a los cinco meses de relaciones sacrílegas, el demonio se cobró su factura, e Inés supo que estaba embarazada.

Inés sintió un pánico denso, dominador, absorbente y lloró su desdicha en el regazo de Eulalia, que se dispuso sin demora a ayudar a su amiga. Conocía su oficio y no dudaba de la eficacia de sus pócimas en tales ocasiones, pero en este caso la afectada era Inés y no una simple clienta y no podía evitar el desasosiego que tal hecho le producía.

Inés, tras comunicar a su amiga su embarazo, se recluyó en su casa. Su madre se percató de lo anormal de su comportamiento, y ella le dijo que no se encontraba bien, lo que provocó sus constantes atenciones, preguntas y consejos, que agobiaron sobremanera a su desdichada hija.

A los siete días y para regocijo de su madre, se curó de su inexistente enfermedad, sin la ayuda de las pócimas y médicos que aquella recomendaba.

Fueron los días que tardó en tomar una decisión sobre lo que habría de hacer

con el niño que esperaba. Y decidió que viviera, decidió amarlo y decidió tenerlo.

Inés y Eulalia urdieron un plan. Irían a Valencia, a orillas del río Cabriel a unas seis leguas de Requena donde hay un manantial de aguas milagrosas, que Eulalia conocía y decía le hicieron mucho bien.

Inés dijo a su madre que se iban para unos indeterminados meses y si el tiempo era bueno, “quizá un poco más mamá” y, en todo caso, hasta que Doña Eulalia mejore.

Esa tarde, Carlos visitó la casa de Eulalia y encontró a ambas afanadas en los preparativos del viaje. Preguntó a qué se debía todo aquel despliegue de vestidos por los sillones y al ser informado del viaje en preparativos dijo: — ¿A Valencia? — Sí a Valencia y por unos meses —le contestó Inés sin mirarle. — ¿Meses?, ¿pero qué asuntos puedes tú tener en Valencia que duren meses? —dijo el cura.

—No seas maleducado —le increpó Inés —, tengo los que tenga y tú no tienes derecho a hacerme esa pregunta, pero aun no teniéndolo, te voy a decir el motivo. Eulalia está delicada y vamos a que tome las aguas de un manantial milagroso que hay allí.

—¿Y por qué tienes tú que ir con ella?, podría ir sola con alguna doncella. — ¡Carlos! —gritó Inés —, yo quiero ser esa doncella y cállate ya y vete de esta casa, no quiero volver a verte.

—Pero Inés, por favor... — Se acabó, abandona esta casa, ¡ahora mismo!

—Inés, no me hables así, yo te quiero y no soporto la idea de estar tanto tiempo sin ti. — Pero yo no te quiero, nunca te he dicho que te quiero y además no quiero continuar con nuestra relación.

—Ya no tengo dudas, desde el primer momento he soñado con que me quisieras o por lo menos que algún día llegaras a quererme, pero no, me has utilizado y ahora te deshaces de mí como si fuera un trapo viejo, ¡eres una puta!

Inés abrió los ojos en desmesura, mirando fijamente a Carlos, incrédula y espantada por el impropio y Eulalia que se encontraba, hasta hace unos momentos en la habitación contigua y había acudido junto a su amiga al percatarse del elevado tono de las voces, sintió miedo al ver sangre en los ojos de Carlos, sangre que había visto en los ojos de otro hombre, allá en su Nápoles natal, siendo ella una joven alegre y casquivana, golpeada brutalmente por otro amante despechado. Hubo unos instantes de gran tensión, ninguno de los tres dijo nada y al cabo, Carlos Berganza abandonó la casa, a la vista de la fiereza de la mirada de Inés y también porque Eulalia le apuntaba con un pistolón de avancarga, que no sabía usar, pero que imponía mucho.

Tristán no se había enterado de lo del viaje y mucho menos de los motivos

que lo inducían, pues había salido dos semanas antes con su señor hacia Sevilla y cuando se despidió con congoja de Inés, no tenía la más mínima idea del tiempo que estaría fuera de Madrid.

El sacerdote, tras su violento encuentro con Inés, quedó desmadejado, dolido, sin capacidad de razonar, y tres días después se encaminaba nuevamente a la casa de Eulalia, en un desesperado intento por hacerlas desistir, o cuando menos, apaciguar los ánimos y restablecer las cosas, pero ellas no se dignaron a recibirle y de vuelta a su casa, desesperado, pensó que no podía haber nada que empeorase su situación, pero su situación, sí podía empeorar y supo que eso podía suceder, una semana después.

Las buenas gentes que, aunque no se sabe exactamente por qué, tienden a complicar la vida de sus semejantes, a poco que puedan y si el asunto es sabroso, como lo es, que un cura y una dama recen a diario el rosario juntos, empezaron a elucubrar sobre la frecuencia de las visitas del sacerdote a la casa de Doña Eulalia y emitieron una primera sentencia, según la cual, el sacerdote asistía espiritualmente a la dama y si se terciaba también carnalmente.

No imaginaron y por ello no osaron, en un primer momento, sospechar que el horrendo pecado pudiera afectar a la condesita de Organdi, como la llamaban, y cargaron contra Doña Eulalia. Hasta que un mal día, un albañil que arreglaba el tejado de la casa de al lado de la de Eulalia, vio a Inés y al cura en posición de combate, ambos desnudos sobre la cama, ya que la ventana se encontraba abierta, pues el día era de un calor insoportable y el albañil contó, las comadres cantaron, aunque santiguándose, por tamaño despropósito y las damas clavaron sus afilados dardos en la pobre Inés y una de ellas fue más allá y le susurró la historia a Don Fernando de Austria, Cardenal Infante y Administrador Apostólico de la Archidiócesis de Toledo, quien pasó un rato agradable oyendo a la escandalizada dama y fingiendo espanto por la horrenda historia que le contaba y para complacerla, le prometió que castigaría ejemplarmente al pecador, para lo cual le dijo a la dama que visitara al obispo Salazar, en la su villa de Madrid, a quien él pondría, cuando sus ocupaciones se lo permitieran, en conocimiento de todo lo que la dama había relatado.

Las ocupaciones y preocupaciones del Cardenal Infante eran muchas y de más rango que el simple y rutinario castigo a un clérigo golfante, infractor de la debida castidad y pasó un tiempo y nadie llamó a mandamiento al padre Carlos Berganza.

Habían pasado dos semanas desde su caritativa obra de regeneración de costumbres, por el método de la delación y para desencanto de la dama, no estalló el escándalo, por lo que ésta aprovechando la recepción en palacio que, con ocasión del regreso a Flandes del Cardenal Infante, reunía allí a lo más

granado de la sociedad madrileña, se acercó al obispo Salazar y le preguntó con poca ceremonia:

—Monseñor, llevo algún tiempo esperando sus noticias, pero... — ¿Y qué noticias son esas que la marquesa espera? —contestó

Salazar impasible. — Las que me prometió su eminencia el Cardenal Infante que me llegarían sobre lo que se haya dispuesto hacer con el sacerdote Berganza de los Jerónimos.

—¡Ah!, estoy al tanto. — ¿Y?

—Y poco le puedo decir por el momento, se está instruyendo su caso y como la marquesa sabe, nuestros procedimientos son secretos.

—Lo sé monseñor, pero ha pasado medio mes desde que fui recibida en audiencia por el cardenal y estoy ansiosa por saber. —Descuide la señora que yo personalmente la informaré oportunamente. —Gracias monseñor, no deje de hacerlo

Salazar no tenía la más mínima noticia de aquel posible asunto y desconocía la existencia de un sacerdote de la diócesis que se llamara Berganza, pero muchos años de oficio, le habían enseñado a no poner en un compromiso a un superior y por eso, aparentó ante la marquesa que estaba al tanto del mismo, de forma que vuelto a su residencia, demandó información a sus inferiores y ante el total desconocimiento de estos, se presentó al día siguiente en el palacio del cardenal, habló con su secretario particular, amigo suyo, quien sin demora, se dirigió a los aposentos de aquel y al no muy largo rato, estaba ante Salazar con una amplia y divertida sonrisa.

—Querido amigo, agradezco tu visita y más su motivo pues, aunque no pueda decirlo en público, me encantan estas historias.

—Espero congratularme contigo ¿de qué se trata? — Se trata de que el curita Carlos Berganza, tiene relaciones con la señorita Inés Forcada, hija única del marqués.

—¿Qué tipo de relaciones? — De las golosas, de las placenteras, de las sacrílegas, o cuando menos, de las altamente pecaminosas. — ¿Sacrílegas?, ¿pecaminosas altamente?

—Así es amigo, hay al menos un testigo, un albañil, cuya dirección te proporcionaré y una mujer que tiene una tienda de velas, muy cerca de la casona donde se produjeron los hechos, y no sé si se siguen produciendo, que se encarga de informar a vecinos y demás.

El secretario facilitó al obispo toda la información que poseía y el asunto quedó en manos de éste, que tuvo que prometer al secretario, que le mantendría al tanto de todo lo que se derivará del asunto, para tener informado al cardenal, naturalmente.

A Salazar, la cosa no le hizo tanta gracia como a su amigo y se despidió de este con semblante preocupado, que contrastaba con lo risueño del secretario.

El obispo realizó sus pesquisas, hizo que declarara el albañil, llamó a su presencia a la de las velas, que se llamaba Juana Torrijos y comprobó que ésta, además de deslenguada, era mala mujer y fea como el demonio y que como deslenguada, se había ido de la lengua, con oficio y profusión.

A continuación, llamó a Berganza, y cuando lo tuvo en su presencia, lo fulminó con un:

—Eres un imbécil. — Pero monseñor...

—Calla y dime todo sobre tus relaciones con la hija del marqués de Forcada.

—Yo... no... — ¡Ni se te ocurra fingir! —bramó Salazar.

Berganza tuvo algo que pudo ser un ataque al corazón y hubo que sentarse, y tras tomar un sorbo del jerez que le ofreció el obispo y demudada la color, contó todos los detalles de aquella, ahora, sórdida historia.

Salazar no se supo contener y le grito:

—¡Estúpido!, maldito, me estás complicando la vida, no me importan nada tus aventuras, pero que sean secretas, coño, fóllate a quien quieras, pero que no se entere ni Dios, ¡Desgraciado!

Salazar, cumplido el trámite interrogatorio y no precisando, tras la confesión de parte, de más datos para imponer su autoridad, despidió con dureza al sacerdote, le ordenó recluirse en su habitación y no moverse de ella hasta recibir instrucciones de su superior en los Jerónimos, a quien el propio sacerdote debía informar personalmente del motivo de su reclusión, advirtiéndole que de ser, en una brizna, diferente su testimonio al que acababa de prestar, se atuviera a las consecuencias de un delito de desobediencia.

Dio las órdenes pertinentes a su secretario y se aprestó a considerar y decidir lo que hubiera de hacerse con aquel maldito cura.

El asunto no era baladí.

El marqués de Forcada era próximo al Rey, su esposa Doña Margarita, condesa de Organdi, una dama del ropero de la reina para niños pobres, y mujer piadosa donde las hubiera y para colmo, sabía que su querido sobrino Tristán Corostola, oficial del Duque de Alba, en ese momento de servicio en Andalucía, tonteaba con la condesita. Le habían informado de haberles visto en parques y paseos, en actitud muy decente, pero inequívocamente amorosa y el propio Tristán, le había confesado antes de partir con el Duque, que sí, que estaba enamorado de la bella Inés, aprovechando la ocasión para pedirle a su tío, que mediara y le ayudara, en su día, ante los padres de la chica, con vistas a un, él deseaba, feliz matrimonio.

Visto el asunto desde todos sus ángulos, el obispo Salazar tomó su decisión,

en la que influyó poderosamente la información que al hilo que, de las pesquisas sobre Berganza, le facilitó el secretario particular del cardenal infante, sabedor aquel, sin necesidad de indicaciones, que el obispo Salazar haría uso adecuado de ella.

La relevante revelación era, ni más ni menos, la de que el sacerdote Carlos Berganza era un agente al servicio de las fuerzas que, en Portugal, propugnaban la independencia de ese territorio, del reino de España, cosa que sucedió pocos años después con la aclamación como Rey de ese país, del Duque de Braganza, con el título de Juan IV.

Tristán regresó a Madrid en la tarde del seis de febrero y su plan, único e inmediato, era ver a Inés y como sabía de su costumbre de acudir a misa de diez todos los domingos en los Jerónimos, se dispuso a contar las horas restantes hasta la mañana del domingo día ocho y en la puerta principal de esa iglesia, se encontraba ese día, desde las nueve de la mañana, aguardando nervioso e ilusionado, la aparición de su amada.

Y minutos antes de iniciarse el oficio sagrado, allí estaba ella, que al verle se sobresaltó, y sintió algo parecido al temor, pues la inesperada presencia de Tristán significaba tener que comunicarle su inminente viaje, con lo que ello suponía en su relación. Eulalia se retiró unos metros e Inés, con sonrisa cariñosa pero apagada, dijo a Tristán:

—¿Cuándo has vuelto? — Anteayer y he contado las horas que faltaban hasta este instante.

—Yo también me alegro de verte. He de decirte algo importante, pero éste no es el lugar ni el momento adecuado, ven a casa de Eulalia esta tarde a las siete y hablaremos.

—Muy bien Inés, allí estaré puntualmente. — Hasta luego Tristán —se despidió Inés con gesto triste.

Entraron las mujeres en la iglesia y Tristán se alejó contento por la acogida y por el hecho de volver a ver a Inés a las pocas horas, pero también preocupado por el tono y el contenido de lo que hubiera de decirle la mujer a la que había dedicado casi la totalidad de sus pensamientos, durante las últimas semanas de ausencia.

Llegó a su aposento cuartelero en la mansión del Duque y a los pocos minutos, un paje le transmitió el recado de su tío el obispo Salazar, para que, sin demora, se presentase ante él.

Su tío había tenido conocimiento la tarde anterior del regreso del Duque y sus hombres y sin dilaciones, ordenó avisasen a su sobrino para que lo visitara.

Llevado a presencia de su tío, inmediatamente de llegado al palacio episcopal, la reunión que tuvieron se desarrolló en los siguientes términos:

—Hola sobrino, ¿cómo te ha ido en tu expedición a Andalucía con el señor Duque?

—Bastante bien tío, tuvimos algún problema con algún que otro campesino, pero en general bien, hicimos el trabajo encomendado por el señor Duque y poco más y como ya sabes lo que siento por Inés, ni miré a las chicas que nos íbamos topando por caminos, ventas y haciendas.

—Eso que te perdiste malandrín, pero es lo normal en un enamorado y precisamente de tu amor he de hablarte.

—¿De Inés?, ¿ha ocurrido algo?, la he visto hace una hora en los Jerónimos y la he encontrado bastante triste y misteriosa, me ha dicho que nos veremos esta tarde a las siete en casa de su amiga Doña Eulalia, pues tiene que decirme algo importante.

—Pues importante es también lo que yo he de decirte y me barrunto que lo que ella te dirá y lo que yo te diré, si no idéntico, camina parejo.

—¿Qué es ello monseñor? Dígamelo de una vez. — Tranquilo muchacho. Es asunto grave y que te afecta y no me va a resultar fácil decírtelo.

—Hágalo vuestra merced presto, pues me estoy poniendo nervioso y vengo en deducir, que el asunto, además de grave, ha de ser desagradable.

—Lo es sobrino. Te pido que me oigas con atención y sin interrumpirme, hasta que finalice de contarte la información que hace pocos días ha llegado a mi conocimiento.

—Escucho tío, atentamente y en silencio.

—Bien. Se da el caso de que, investigando en mi calidad de obispo, a un sacerdote de mi diócesis, he tenido conocimiento y me han informado de que es un espía, un agente secreto al servicio de los que quieren arrebatarle al Rey sus dominios de Portugal.

—¿Quién es el bellaco?, pardiez, que si me dais licencia lo mato yo mismo. — Quizá debas hacerlo, pero no por su traición a nuestro rey sino por la ofensa que a ti te ha inferido, a ti y a tu dama.

—¿Qué decís? — Lo que acabas de oír, ha seducido a Inés de Forcada y me constan sus relaciones y su fornicación.

—¡Dios del cielo!, eso es imposible, mi Inés es la más pura de las mujeres, ¡ni tan siquiera ha consentido en que le roce un cabello!

—Lo sé, lo sé querido sobrino, me consta su castidad para contigo, pero las pruebas que tengo de que ha yacido con ese sacerdote, bien es cierto que, contra su voluntad, son irrefutables y además éste ha confesado en el interrogatorio al que le sometí.

Tristán se levantó bruscamente de la silla en la que se sentaba y comenzó a dar gritos como loco. Salazar supo que no habría fuerza en el cielo, que pudiera

parar a su sobrino y aportó un último dato.

—Escúchame bien Tristán, voy a darte una información que te será útil si quieres estar frente a frente con ese hombre. He sabido por mi informador en la casa de postas, que tu dama, acompañada por otra dama de la que es amiga íntima, van a trasladarse mañana a Valencia.

—¿Mañana?

—Sí, mañana mismo y he pensado ponerte en bandeja a ese malnacido. El sacerdote que se llama Carlos Berganza está recluido, pero le ordenaré que vaya a despedirse de ella y que en el momento en que vayan a subir al carruaje, se postre de rodillas ante ella, suplicando en voz alta su perdón, por haberla seducido con bebedizos y otras malas artes, para que, ante el vulgo, pueda ella ser considerada doncella inocente de alma.

Tú verás lo que haces con él, si decides matarlo, piensa bien dónde lo matas, y cuida de que no te mate él a ti, supongo que estará desarmado, pero nunca se sabe.

Deseo que tengas tu venganza, pero como te digo, eso tiene sus riesgos y aunque yo te ayudaría en caso de que te apresasen, no puedo garantizar tu posterior y plena libertad.

Tristán volvió donde vivía, extrañamente sereno o así se sentía y se extrañaba de ello.

Sereno, se decía, debo estarlo porque voy a matar a Berganza y eso sé hacerlo, quiero hacerlo y lo voy a hacer, pero ¿por qué no me siento enfadado con Inés?

No lo sé, pero no estoy enfadado con ella, quizá porque no quiero creer lo que me han contado que ha ocurrido, pero ha ocurrido —razonaba Tristán — aunque ella haya sido engañada, haya sido drogada, ¿pero se puede hacer eso?, ¿se puede llegar a fornicar con un hombre sin conciencia de haberlo hecho?, ¿no queda ningún recuerdo?, ¿por qué Inés está triste? Y enlazando estas reflexiones, volvió a invadirle el furor.

Oyó seis campanadas y salió de su aposento, se encaminó lentamente hacia la casa de Eulalia y a medio camino entró en una taberna, se sentó en una mesa, sucia de gotas de vino y migas de pan, y pidió una jarra de vino a la moza que lo atendió.

La chica lo miró y le gustó lo que miraba y la mesa quedó en un instante inusualmente limpia, hecho lo cual se dirigió al mostrador de la taberna, meneando más de lo necesario su culito respingón y la gesticulación fue observada por dos parroquianos apoyados en el mostrador, que interrumpieron su coloquio a gritos para decirle: — Eso son andares Rosarito —le dijo el del pañuelo anudado en la nuca.

—Como de mula preñá —remató, menos elegantemente, el de la manta doblada al hombro y bonete carmesí—. Y la Rosarito les respondió: —Andares que no van a tu cama, golfo cabrón y preñá lo estará tu puta madre Pascual. Los hombres no se enfadaron, ni mucho menos y el golfocabrón le dio un azote en el culo y la Rosarito ni se inmutó. — Está buena la zagala ¿eh Pascual? — Pssá... ya sabes que, para mí, una oveja si no es añeja, sirve para un pasar. — Eres casi más burro que el sacristán de San Lorenzo. — Es que ese se arregla hasta con un pollo —le contestó el Pascual—.

Esta conversación que, en otras circunstancias, hubiera hecho reír a Tristán, determinó en esta ocasión, que apurará la jarrita de un trago y saliera de aquella taberna para continuar su camino, cuando el reloj de alguna iglesia próxima hizo sonar tres campanadas y el caminante, aceleró su paso.

Esperó en la esquina del palacio del marqués a oír siete campanadas y dadas estas, se plantó ante la puerta principal y golpeó ésta con la aldaba.

Tristán no era el único visitante de la casa, en esa hora, pues Carlos Berganza que había pasado todo aquel día, al igual que los anteriores, como león enjaulado, rabioso y desesperado, había determinado, saltarse a la torera la prohibición del obispo de permanecer en su cuarto y en un intento supremo de convencer a Inés de que abandonara su idea de viajar a Valencia, se había presentado, sin ser invitado para ello, en la casa de Eulalia, empujando violentamente a la criada, cuando ésta trató de impedirle el paso.

Minutos después, a Tristán le abrió inmediatamente la misma doncella que con cara de susto le preguntó:

—Caballero, ¿es vuesa merced Don Tristán? — Sí, la señorita Inés me ha dicho que venga a las siete.

—Ya lo sé, suba en buena hora señor, Doña Inés lo está esperando, pero está con un cura y he oído gritos, —dijo asustada— y tengo miedo por la señorita.

Tristán subió de dos en dos los escalones que le indicaba la criada, y llegado al primer piso, oyó, tras una puerta unas altas voces y la abrió en el momento que Inés decía:

—Porque estoy embarazada, porque quiero tenerlo y porque no puedo hacer eso aquí en Madrid.

—¿Embarazada? —gritó Berganza. — Sí, llevo un hijo tuyo en mis entrañas, maldito seas. — ¡Inés! —dijo Tristán. — ¡Tristán! —se horrorizó Inés.

Un pálido y descompuesto Tristán en el dintel de la puerta, desenvainó su espada, avanzó tres pasos y atravesó al cura, sin estilo ni medida, pero con odio y desespero.

Cayó el sacerdote, las mujeres gritaron, Tristán se mantuvo quieto, apoyada la punta de su espada ensangrentada en el suelo, sombrío el gesto y mirando

fijamente a Inés.

—Dios mío Tristán ¿qué has hecho? — Limpiar tu honor —dijo firme y seco. — Te ajusticiarán por esta muerte, te apresarán y ejecutarán por haber matado a un sacerdote.

Tristán no dijo nada y salió lentamente de la estancia, tras una mirada triste a Inés que resbaló sobre ella como fuego ardiente. Inés estaba obnubilada, perdida, gritó su angustia al ver irse a Tristán, sin una palabra para ella y pensando en las consecuencias de lo que había hecho éste.

Fue su postrer signo de raciocinio y se desmayó.

Eulalia aturdida a su vez, reaccionó y llamó a su doncella y sin dejarla entrar en la habitación, le encargó que avisase a la niña Clara, trece años, una niña muy pobre, protegida de Inés, que vivía con su padre en una mísera casucha al final de la calle San Miguel y le indicara que viniese sin demora acompañada de su padre y que trajeran el carro.

Atendió a su amiga que se repuso poco a poco y cuando la doncella se presentó en la puerta cerrada, acompañando a Clara y a su padre, les dijo a estos, que debían llevarse el cadáver de aquel hombre y hacerlo desaparecer de forma que no fuese hallado.

Anocheecía, el padre bajó a la calle, y bajo una lluvia torrencial, que despejó de las inmediaciones a cualquier posible mirón, desenganchó el toldillo de su carro de traperos y volviendo a la habitación, envolvió con él el cuerpo del sacerdote y bajó nuevamente a la calle, cargándolo en su carromato.

Entretanto Inés, recuperada, dio además de unas monedas que la niña recibió sonriente, instrucciones precisas a Clara, en cuya lealtad y en la de su padre confiaba plenamente, desde aquel día en el que dos guardias quisieron arrestar y encarcelar a éste y ella lo impidió, pagando después la multa, que luego le impusieron, por negarse a pagar un abusivo arbitrio, hacía años en desuso, que solía gravar el pontazgo de los traperos de Madrid.

Tristán fue a ver a su tío el obispo, éste se alegró, sin manifestarlo, por la muerte del espía, que satisfaría al cardenal infante e indicó a su sobrino un cuarto para pasar aquella noche, instándole a que no se moviera de él, que no le viera nadie de su servidumbre y que esperara, a que él le señalara lo que debía hacer, comunicándole que él se ocuparía de hablar con el duque, su señor.

Juan Bautista Salazar y Corostola, hombre hábil como pocos, y de gran reputación en el reino, por sus extraordinarias dotes diplomáticas, era hijo de una prima carnal del padre de Tristán, que casó con un Salazar de Pamplona, insigne consejero y amigo del, en su época, Príncipe de Viana, al que sirvió con lealtad y eficiencia.

El obispo, habiéndose servido de su sobrino, al que utilizó para

desembarazarse, con rapidez y sin enojosos procesos inculpatorios, de un espía peligroso que, además, por su condición de sacerdote, podía crearle más de una complicación, se dispuso a resolver la comprometida situación de aquel.

Su maniobra para que el sacerdote—espía, manifestase en público su culpa por la seducción de Inés, exculpando a ésta cuando menos, en haber consentido la horrenda fornicación que, por otra parte no se podía negar, a la vista de la propia confesión del pecador y de la declaración del albañil, no había sido posible, al haber desobedecido el sacerdote su orden y acudido un día antes y sin permiso a casa de Eulalia, pero se dijo que bien estaba lo que bien acababa, y que un problema menos.

Todo aquel jaleo había tenido como positivo el hecho de la muerte del cura, por lo que no sería necesario ningún proceso que, aunque restringido a la autoridad eclesiástica, hubiera determinado el conocimiento de más personas del delito cometido por Inés.

A la marquesa que tanto interés tenía en aquel asunto del fornicio de una joven condesa con un sacerdote, se la anularía de algún modo y se le impediría que, al menos en público, no hablara nunca más de ello.

Por otra parte, según sus discretas averiguaciones, los padres de Inés, ignoraban las andanzas de su hija y sus amigos de la alta sociedad, no se habían atrevido a hacerles llegar noticia alguna al respecto, y aunque el vulgo hablaría aún durante una temporada, la conveniente explicación de que al sacerdote lujurioso y abusador de doncellas, se le había enviado a Roma, para recibir el tremendo castigo que le habría de imponer Su Santidad, viaje que se comunicaría al superior de los Jerónimos, como ordenado sin demoras por el propio Rey, calmarían, unas posibles, revueltas aguas, y el tiempo se ocuparía del resto.

Le quedaba pues a Salazar, resolver la situación y el futuro de su sobrino.

Informó a su amigo, el secretario del cardenal infante de la muerte del espía, presentándola como una iniciativa suya cosa que, por otra parte, era cierta.

Habló personalmente con el actual señor de Tristán, el Duque de Alba, le informó de lo necesario y ocultó el resto, de forma que éste supo solo que había prestado un inestimable servicio al Rey y que como consecuencia de él, las circunstancias aconsejaban enviarlo a Flandes, y así el Duque de Alba recomendó entusiásticamente a su oficial, asegurándole que siempre sería bienvenido en su casa, al tiempo que le entregó una buena bolsa con monedas de oro, por los servicios prestados a su casa ducal y al rey nuestro señor. Tristán pudo así partir hacia Flandes, y lo hizo en un buen caballo, con la bolsa repleta, el agradecimiento de su tío, la buena acogida asegurada, en la milicia de Flandes y el vacío de Inés.

Capítulo III.— Un viaje a Flandes y otro a Valencia

Partieron Inés y Eulalia hacia Valencia, un 14 de mayo de 1635, muy temprano en la mañana, en un carruaje con dos hombres en el pescante, siendo despedidas únicamente, por la madre de la primera y la doncella de la segunda que, se ocuparía de cerrar convenientemente puertas y ventanas de la casa, ordenar y recoger lo encomendado y entregar finalmente las llaves a la condesa de Organdi.

Tristán por su parte, salió de Madrid cuatro días más tarde y sin comunicárselo a nadie, siguiendo las instrucciones de su tío el obispo Salazar, quien consideró que, pese a que nadie podía sospechar el ser su sobrino el autor de la muerte del cura Berganza, el asunto era lo suficientemente grave, como para no tentar al diablo.

Pasó esos días preparando mentalmente su viaje, ¿qué ruta seguiría, si hacia el este y luego atravesar Francia, si embarcando en Valencia hasta Marsella...?, finalmente se decidió por ir hacia el norte, aprovechar para visitar su tierra natal, descansar allí unos días, encontrar acomodo en algún barco, y embarcar con destino en algún puerto de Flandes.

Pasando por Segovia, Valladolid, Burgos y Vitoria, llegó a la villa de Deba sin mayores novedades, si no se consideran novedades, a que, a dos leguas de Lerma, habiéndose detenido junto a un riachuelo para descansar un rato, que aprovechó para que su caballo bebiera en él, tuvo que matar a un hombre de un pistoletazo y tumbar a otro de un sablazo, para evitar que le robaran y el altercado que tuvo con el dueño de la posada en la que se alojó en Vitoria, quien le quiso cobrar los servicios que le prestó una de las mozas que allí servían, habiéndose ésta prestado gustosa a yacer con él, por ser muy guapo, tal como ella dijo.

Llegó a Deba de atardecida y pernoctó en una fonda pegada casi a la iglesia. La construcción de esta iglesia estaba muy avanzada y destacaba en la población.

El templo, edificado de espaldas al monte, con sus fachadas frontal y laterales que parecen concebidas y ejecutadas como de construcción de baluarte defensivo, no sugieren ni permiten adivinar lo que se verá dentro, es una edificación gótica, con un imponente pórtico policromado y un claustro también gótico, el primero de este estilo en Gipuzkoa.

Imponente es también el interior, con sus tres naves y bóvedas de crucería, con capillas que se abren entre los contrafuertes de las naves.

Por la mañana, salió con rumbo a Itziar, bajo un cielo azul con jirones de nubes blancas, que se peinaban presumidas, mientras que un suave viento francés las empujaba, haciéndolas navegar morosamente hacia el suroeste.

Almorzó donde Arteondo y bajó hasta el caserío de Larrabiel, donde aún vivía su tía, la mujer que lo crio, con dos de sus hijos, unos años más jóvenes que él, que se mostraron alborozados con la llegada del primo de Madrid, a quien no recordaban, mientras que su tía lloraba emocionada.

Trini, su tía, cual hada madrina, le cuidó y le mimó como al príncipe que para ella era, y los días que con ella y con sus primos pasó Tristán, fueron de lo más agradable y en particular el siete de junio fecha de su vigésimo quinto aniversario. Finalmente se vio obligado a partir, y lo hizo entre lloros, recomendaciones de prudencia y deseos de buena fortuna, que le prodigaron sus parientes.

Bajó a Deba, inquirió por el muelle entre los que trabajaban en él, en labores marineras y finalmente y a los pocos días, encontró pasaje en un bergantín de dos palos, con carga de lanas de la Rioja y destino Amberes.

El viaje por mar fue toda una experiencia para Tristán, experiencia no siempre agradable, pues lo que les aconteció cuando los atrapó una tormenta en el mar de Iroise, a la altura de Brest, le hizo tener que rezar a los pocos santos que conocía.

Desembarcó en Amberes y se dirigió inmediatamente al fuerte Burque, comandado por el capitán Don Diego de Luna.

Al ver las cartas de presentación que portaba Tristán, fue acogido con deferencia por el capitán y tras descansar el resto del día y la totalidad del siguiente, partió hacia Bruselas acompañado de dos hombres a caballo, a modo de escolta, y recorrió las aproximadamente diez leguas que separan ambas ciudades, se presentó al capitán Don José de Castresana que, acompañado del sargento Don Javier de Salazar, oriundo del Baztán, resultó ser pariente lejano de Tristán.

Aposentado, inició su andadura en aquel tercio de Flandes.

Por su parte, Inés y Eulalia, en su viaje a Valencia capital, que no a Requena a tomar las aguas de allí, pues eso había sido una excusa, pasaron sin incidentes ni contratiempos por Tarancón, Alarcón y la misma Requena, desde donde Eulalia envió a un jinete con un mensaje para su amiga la marquesa de Dos Aguas, quien las recibió en su palacio, a los dos días que invirtieron en llegar a la capital de Valencia.

La marquesa hizo valer su poder y en una semana, se encontraban acomodadas en una preciosa mansión de dos plantas, con un amplio jardín en el que había un estanque con nenúfares, peces de colores y un cupido regordete y mofletudo en su centro.

Fueron invitadas a fiestas y festejadas por doquier y conoció así Inés, a lo más granado se la nobleza valenciana, a la que Eulalia ya conocía, desde su

anterior estancia en la capital del Turia. Correspondieron dando una fiesta en su mansión, con ocasión del cumpleaños de Eulalia el dos de septiembre de 1635, celebrando también los veinte años que Inés había cumplido el pasado 21 de junio.

Inés, tras las primeras semanas en Valencia, había sufrido una importante transformación en su apesadumbrado espíritu. Poco a poco, fue olvidando el espanto de la muerte violenta de su amante a manos de Tristán. La distancia con el lugar de los hechos, los nuevos amigos y la tranquilidad de su casa, la ayudaron mucho en este proceso.

Liberó pues, en este tiempo su alma de Berganza se aferró a la vida que crecía en ella y luchaba todos los días con denuedo, para no pensar en Tristán.

Llegó el día de la fiesta con la que querían corresponder a todas las muestras de atención que habían recibido de la nobleza valenciana, y se presentó en ella prácticamente la totalidad de ella.

Inés y Eulalia disponían de solo una cocinera, una criada y una doncella, para atender adecuadamente a sus invitados, pero previsoriamente, su amiga la marquesa, ordenó a su mayordomo, días antes de la recepción, que nutriese con los elementos de servicio de su casa que fueran necesarios, para que la fiesta de Inés fuera un completo éxito.

Y así fue.

La casa señorial que la marquesa les había prestado por el tiempo que ellas necesitaran, había ella recalado, no había sido habitada desde hacía tiempo, pero era mantenida en buen estado de conservación y limpieza y con ocasión de la invitación que las dos mujeres hicieron a la nobleza valenciana, ésta pudo contemplar y apreciar en ella dos joyas de incalculable valor.

Estas se encontraban en el saloncito en el que habitualmente Eulalia e Inés pasaban sus horas, y que se encontraba adornado con hermosos tapices.

Las mencionadas joyas eran, un bargueño de ébano preciosamente policromado y con columnillas de marfil y una pintura de Santa Bárbara de la escuela flamenca.

La anfitriona Inés, acompañada de una elegante Eulalia, se presentó ante sus invitados, en el mayor esplendor de su belleza.

Los invitados e invitadas apreciaron la turgencia de sus pechos y la elegancia de su porte, pero no pasó desapercibida, sobre todo a las damas, el hecho de que había ganado peso.

Una tía lejana suya, de la casa de los de Organdi, vizcondesa de Fenollet, de la que las lenguas decían, estaba empobrecida, no se quiso, porque no sabía, reprimir, y llevándose a Inés con disimulo a un extremo del salón, le dijo:

—Querida, estás espléndida y observo una luz especial en tus ojos, pero no

se me oculta, la redondez de tu cintura.

Inés palideció y recomponiéndose en un instante, contesto: — ¿Cómo se atreve a insinuar algo así?

—Yo no insinúo nada, afirmo lo que mis ojos ven —respondió ofendida la vizcondesa.

Inés sintió una opresión en el pecho y maldiciendo a la vieja, huyó escaleras arriba hasta su cuarto, en cuya cama se arrojó, llorando con desespero.

Al observar Eulalia el extraño comportamiento de Inés subió con presteza tras ella, y encontrándola hecha un ovillo sobre la cama y llorando desoladamente, la cogió en sus brazos y le preguntó:

—¿Qué te ocurre querida niña? Inés no respondía, pues no podía detener su llanto y Eulalia insistió con firmeza:

—Haz el favor de decirme qué es lo que está pasando. Inés entre sollozos y suspiros respondió:

—Ya lo han adivinado, mañana lo sabrá toda la ciudad. ¿Qué voy a hacer?

—¿Qué esperabas?, —dijo Eulalia, muy seria —, te lo advertí. Estás de seis meses y eso ya no se puede ocultar, pero tú te empeñaste en dar esta fiesta. Ahora lo que debemos hacer es recluirmos en casa y esperar a que des a luz y pensar en las explicaciones que vamos a dar, no solo aquí en Valencia, sino también a tus padres, que quizá no se enteren de inmediato, pero que no tardarán en hacerlo. — ¿Crees que debo decírselo ahora a mis padres, o esperar a que el niño nazca?

—Eso te corresponde decidirlo a ti y yo te apoyaré y te ayudaré sea cual sea tu decisión.

—Gracias Eulalia querida amiga, me hallaría perdida sin ti.

Pasaron los días y las dos mujeres, cosiendo ropitas para el niño que llegaba, se acompañaban con muy diversos estados de ánimo, Eulalia activa y vigilante de los menores movimientos y síntomas de Inés, y ésta, melancólica, nerviosa y en frecuentes ocasiones, asustada.

Cumplido el séptimo mes de gestación, Inés se sintió muy mal y Eulalia, alarmada, llamó al médico que le había recomendado la marquesa de Dos Aguas, para entonces, sabedora de la, no sabía calificar, si buena o mala nueva.

El médico Bolahix determinó la gravedad de Inés, que podía derivar en extrema y provocar la muerte de la madre y consecuentemente, del ser que llevaba en sus entrañas.

Desde que se sintió mal, Inés fue presa de alta fiebre que, pese a los remedios administrados no remitía, y entró en una fase de delirio intermitente.

Tras de la primera visita del médico y quizá como consecuencia de la pócima que le administró, pese a la prevención de Eulalia, que luego se maldijo a sí

misma, por haberlo consentido, la intensidad de los delirios de Inés, se acrecentó y en el delirio estaba Tristán, Tristán, Tristán... y en ese estado, con ligeras intermitencias y los descansos que generaba el obligado sueño por agotamiento, Eulalia en un momento en que la enferma se encontraba lúcida, le señaló la conveniencia de avisar a sus padres, no tanto por el hecho del embarazo, sino por el riesgo de muerte que Inés corría.

Inés se mostró de acuerdo, en que llamasen a sus padres, rogándoles que vinieran junto a ella y se hundió en una duermevela desazonada, que le duró tres días, al cabo de los cuales y milagrosamente, según sus doncellas que llevaban días rezando por el alma de la joven señora, Inés volvió a la vida y en apenas una semana, pudo incorporarse del lecho y dar junto a Eulalia, breves paseos por el jardín.

Inés se reponía día a día, recuperó el color, las ganas de vivir y nació en ella un sentimiento nuevo, desconocido, de amor, protección y ternura infinita para con la criatura que crecía en su vientre.

Sus padres llegaron quince días antes del parto, que se desarrolló sin complicaciones, atendida y cuidada por su madre y Eulalia y con las esporádicas visitas del crápula de su padre, que no sabía lo que le convenía hacer ante aquella situación, pues, aunque hubiera podido matar a su hija, en un arrebatado de honor mancillado, consiguió contenerse, al razonar que el que venía era su hasta ahora único sucesor, y futuro heredero del título.

Pero era un bastardo y habría que solucionar eso, y las vías de solución eran dos, o entregaba el niño a algún convento, o a unos campesinos, a cambio de un dinero, o formalizaba la situación social de su hija, con un matrimonio pactado y conveniente para su linaje, consiguiendo así, hacer desaparecer los efectos prácticos de la bastardía del niño de Inés.

Su orgullo le hacía ver la segunda opción con poco entusiasmo, y tanteó la primera.

—Margarita —dijo el marqués a su mujer —he decidido dar en adopción al niño o a la niña que venga. — Mira Froilán —le contestó pausadamente su mujer —desde que tuve conocimiento del embarazo de nuestra niña, supe también que idearías alguna barbaridad, para deshacerte de lo que viniera y te estaba esperando.

Tú crees que solo soy una pobre beata sin seso, pero ésta sin seso te arrancará, con sus propias manos, tus pequeños cojones, si osas solo volver a pensar lo que acabas de decir.

El marqués no había visto en todos los años de su matrimonio con la condesa, tanta determinación en sus ojos, y supo de inmediato, que tendría que casar convenientemente a su hija, con algún noble dispuesto a ello, previo pago,

claro.

Le ayudó también en la aceptación a la que se veía obligado, el apoyo a la condesa de su amiga Eulalia que, sin pronunciar palabra, se las arregló, con su penetrante mirada, para hacer saber al marqués su oposición al proyecto de deshacerse del niño de Inés.

Además, tuvo la habilidad de, cuando oyó la amenaza de la condesa, sonreír deliciosamente irónica, lo que engañó al marqués, que la miró con ojos lujuriosos, que le hicieron menos amarga la derrota sufrida.

Y el lujurioso atacó, esa misma noche, cuando Eulalia leía en el saloncito y la madre de Inés se había acostado en una cama al lado de la de su hija, para velar su sueño y el del bebé,

—Doña Eulalia, me agrada mucho encontrarla sola, pues he de decirle algo. — Usted dirá señor marqués. — Pues dígame —empezó suave Don Froilán —, que es usted una real hembra, que se marchita sin jardinero que la atienda.

—¿Son esas sus armas de conquista? — Estas y otras bajo el calzón ocultas —fanfarroneó el marqués —

—Me asombras marqués. Me rondas con la mirada desde el día que llegaste, pero los tuyos no son modos, quizá con las sirvientas...

—Y con damas de alcurnia, te lo aseguro. — Permíteme que lo dude, pues las damas que de verdad lo son, aunque sean furcias, son primero damas. — Y vos, ¿qué seréis para mí? —dijo malicioso el marqués. — Una amiga de vuestra esposa y además discreta, por respeto a ella y una torre inexpugnable para vos, mal marido.

Don Froilán no recordaba cuando había sido rechazado por última vez, aunque hubo de reconocerse a sí mismo, que las torres que había conquistado, no eran muy altas, casi nunca torres, casi siempre casuchas de aldea y criadas de palacio y éstas, se hacían las conquistadas, por el temor de oponerse a un señor, y aunque fingían, él sabía que no gozaban, y su frustración en este aspecto, aunque nunca confesada, le acompañaba en sus lances amorosos, lacerando su hombría y destrozando la confianza en sí mismo.

Margarita no había dicho nada a su hija, sobre la pretensión de su padre respecto del niño, no era necesario. Su hija nunca había mencionado nada, que permitiera pensar que conocía, aunque solo fuese mínimamente las andanzas de su padre, pero algo en su corazón, le decía que Inés, si no conocer con detalle, sí sabía de su vida licenciosa, y sí conocía, pues además era mucho más inteligente que ella, su estúpido y mentiroso sentido del honor, un honor que, hombres como el marqués, predicaban con profusión, pero que en realidad no tenían, pues tal y como ella misma había dicho en alguna ocasión a su hija “yo quizá, no haya hecho nada para que me consideren persona de honor, pero me siento

honorable”.

Después de sus últimas dos derrotas, Don Froilán se dispuso a colocar a su hija, y ya que estaban en Valencia y su mujer le había anunciado que se quedarían unos indeterminados meses, se dijo que convendría explorar la posibilidad de un enlace con algún miembro adecuado de la nobleza valenciana, y recordó a su amigo de la Universidad de Alcalá de Henares, el aplicado Luis Mercader, de linajuda estirpe, aunque no tuviera ningún título, o por lo menos, no esperaba heredarlo cuando eran estudiantes.

Luis Mercader, había sido un buen amigo de juventud, unos cuantos años mayor que él. Calculó que frisaría la cincuentena, afable, buen estudiante, no como él que despreciaba el estudio, alegre en las francachelas, pero tímido y pudoroso en sus relaciones con las mujeres.

Lo localizó, le mandó aviso de que deseaba verlo en el palacete prestado a su hija por la Dos Aguas y allí se vieron un 15 de enero de 1636 por la tarde y conversaron en los siguientes términos:

—Amigo Luis, has sido muy amable al acudir a mi requerimiento. — Soy yo el honrado, querido Froilán. — Tengo entre manos un asunto delicado, que me he propuesto resolver antes de regresar a Madrid, y preciso de tu consejo. — Estoy a tu disposición —contestó el visitante.

—Te ruego disculpes que te hable de forma que quizá te parezca excesivamente directa, — puntualizó el marqués —, pero deseo resolverlo antes de verme obligado a volver a la corte. — Entonces dime de qué se trata y haré lo que en mi mano esté para ayudarte —respondió Mercader.

—Pues voy directo al asunto. Mi hija Inés, mi única hija y heredera, fue violada por un malnacido y quedó embarazada.

Temerosa de mi reacción vino a Valencia. Yo he conocido su estado apenas hace tres meses. Hace mes y medio dio a luz un varón. No conozco al autor de mi deshonra y lo mataré cuando lo sepa, pero ahora, lo único que quiero es concertar un matrimonio con algún joven noble, que esté dispuesto a cargar con ella y con su hijo, para lo que la dotaré generosamente.

—Entiendo —respondió serio el valenciano — ¿qué deseas exactamente de mí? — Que me indiques y, en su caso, me presentes a uno o a varios candidatos. — De acuerdo, cuenta con ello —finalizó Mercader.

—Bien —se incorporó el marqués —, he de señalarte que mi hija es muy bella y quiero presentártela, para que tengas conocimiento y puedas ponderar convenientemente su belleza.

—Misión agradable ¡vive el cielo! —sonrió Don Luis. Don Froilán hizo que avisaran a su hija e Inés bajó al gran salón sin demora.

—Inés —dijo su padre —, quiero presentarte a mi buen amigo Don Luis

Mercader, que ha tenido la bondad de venir a visitarme en cuanto ha tenido conocimiento de que me encontraba aquí en Valencia y se ha mostrado deseoso de conocerte.

—Es un honor señor —respondió amablemente Inés.

—Y un inmenso placer para mí, admirar vuestra belleza señora — cumplimentó Mercader. Departieron sobre asuntos varios y banales, tal como demandaba la ocasión, y al cabo de una media hora, Don Luis Mercader se despidió de hija y padre, contento por haber vuelto a ver a un viejo amigo de juventud y admirado, tanto o más que, por su belleza, por la inteligente conversación de Inés, pese a que los temas tratados, habían sido de no mucho lucimiento.

Fuese Don Luis y quedáronse solos los Forcada y Eulalia, ya que la madre de Inés y ésta última, se presentaron en el momento de despedir al visitante, y cerrada la puerta, Don Froilán pidió a las tres mujeres que tomaran asiento, y con cierta solemnidad les anunció:

—Hija mía, esposa, Doña Eulalia, he decidido que lo más conveniente para Inés, es que contraiga matrimonio con algún hombre de linaje de aquí de Valencia, para lo cual la dotaré con el dinero y tierras que corresponden a una dama de su alcurnia y así casada en estas tierras y alejada de las habladurías de la corte, podrá tener una buena vida, junto al esposo que yo le elija.

—¿Me quieres vender como a una res en una feria? —le contestó Inés a su padre sin alterarse. — ¡Hija! —se sobresaltó su madre mientras Eulalia hacía como que miraba un jarrón. — Tú te has puesto en esta situación —gritó Don Froilán —, ¿cómo piensas casarte ahora? — Me casaré cuándo y con quien yo quiera o quizá no me case nunca —respondió Inés volviendo a la calma.

—Te casarás con y cuándo yo lo diga. Es tu obligación como hija de un marqués y de una condesa. Además, eres nuestra heredera, y eso te obliga con nuestros linajes. — Froilán, por favor, —dijo la condesa —no es necesario precipitarse. La niña solo tiene veinte años y tiempo habrá.

—Tiempo ha de haberlo, pero también habrá niño, y si ya es difícil casar convenientemente a una hija, lo es más si al matrimonio lleva un niño de regalo. Tú sabes bien Margarita, que eso la desmerece mucho, acuérdate de tu amiga, la hija del duque, que terminó ingiriendo veneno, descompuesta por tanto desprecio que hubo de sufrir en la corte —informó el marqués.

—Ni me lo recuerdes, aquella chica era una loca —le contestó su mujer.

—La nuestra no lo es, pero sí ha cometido la locura de dejarse seducir y por alguien que no sabemos quién es y que ella se niega a desvelar, pues sabiéndolo, yo le haría cumplir con sus obligaciones, de grado o por fuerza.

—Tú harías lo que fuese, por restaurar lo que tú crees honor mancillado, tu

honor de escaparate de carnicero —se soliviantó Inés.

—¡Inés! —exclamó su madre enfadada. — Perdona madre —se excusó ésta.

Después de la excusa de Inés a su madre, se produjo un silencio denso, que se prolongó durante unos incómodos segundos, roto finalmente por Eulalia que, haciendo un significativo gesto a Inés, que no fue interpretado por los padres de ésta, dijo en tono suave y conciliador.

—Marqués, tienes tus razones, que yo respeto, pero no juzgo adecuada la forma en que deseas resolver este, no fácil, asunto.

Eres marqués y de Forcada —aduló sabiamente Eulalia —, y esposo de condesa, además, y tu preocupación es comprensible, pero antes que marqués y esposo de condesa, debieras considerar que eres padre y ahora abuelo y aunque un desaprensivo perdió a tu hija, con engaño y bebedizo, no por eso dejan ambos de ser de tu propia sangre. Yo considero lo más conveniente para todos, que no agobies a Inés, ella por su parte, estoy segura de que se mostrará dispuesta a conocer a los pretendientes que le propongas, y quizá ella voluntariamente, escoja a alguno de ellos. Por ello te ruego, dado que permaneceréis con ella y conmigo, durante aún varios meses, le deis licencia para, sin apremios, decidir ella por sí misma y así es posible que todo se arregle.

El marqués había oído atentamente el alegato de Eulalia y sea porque le pareciese adecuado, o sea, y más probable, porque intuyó que, en ese preciso momento, no lograría nada, aceptó el compromiso y anunció que haría que los jóvenes que eligiera visitaran a Inés y, luego, ya se vería.

Doña Margarita suspiró aliviada, Inés no dijo palabra y Eulalia supo, porque desde que la conocía sabía, que Inés no se casaría con nadie que ella no quisiera.

Don Luis, como no podía ser menos en un caballero como él, cumplió su palabra y en los siguientes tres meses acompañó y presentó al marqués a una decena de candidatos a esposo de Inés.

El trámite podía ser considerado casi administrativo, pues se desarrollaba de la siguiente manera:

Don Luis llegaba al palacete acompañando al candidato, de cuyos méritos, título y vida, había informado previamente al marqués.

El mozo o no tan mozo de turno, se entrevistaba con el marqués, que lo sometía a un exhaustivo interrogatorio, mientras Inés y Don Luis charlaban en el saloncito, y a continuación, el aspirante era presentado a Inés y paseaba con ella por el jardín durante unos convenientes veinte minutos, tiempo éste que podía ser superior, si el pretendiente mostraba un particular interés, o era simplemente parlanchín.

Ninguno de los diez interesó mínimamente a Inés, quizá porque méritos no había o porque Inés no deseaba encontrarlos, entre otras cosas, porque los

comparaba con Tristán, un Tristán que cada vez se le aparecía más lejano e irrecuperable.

Las horas que Inés pasó en esos meses con Don Luis, hicieron que naciera entre ellos una gran complicidad.

Don Luis comprendió, desde el primer momento de sus charlas, que Inés no escogería ni al mismísimo hijo del califa y divertido, continuó disfrutando de su labor de celestino y de la compañía de Inés.

El padre de Inés se mostraba malhumorado con cada negativa de su hija, y con el último candidato presentado y rechazado, se puso peligrosamente furioso, e Inés temió una imposición, sin posibilidad de dilación.

Afortunadamente para Inés, a su progenitor se le ocurrió una cosa que suscitó en ella, primero una extrema apertura de ojos y luego, una sonrisa maliciosa, con lo que engañó a su padre, y le hizo albergar la esperanza de poder seguir dando largas al asunto y quizá conseguir zafarse de él, pues su padre había recibido recado urgente del administrador de sus fincas y con toda probabilidad y a no mucho tardar habría de volver a Madrid.

El asunto nació con la última entrevista entre el marqués y Don Luis.

—Querido amigo, estoy harto de esta situación, porque además de no conseguir lo que pretendo, tengo la impresión de que mi hija se está burlando de mí. — Te comprendo marqués —le contestó Mercader —, de mis conversaciones con Inés, sobre sus pretendientes, he venido en entender que, salvo dos, que le han parecido agradables, pero muy jóvenes para ella, pues ambos frisan los dieciocho años, los ocho restantes, o son unos petimetres insoportables o presuntuosos aburridos, los de más edad.

—Pues o me encuentras uno que le parezca soportable, o se tendrá que casar con uno de los que ya ha conocido —dijo violentamente el marqués.

—No me gustaría estar en tu pellejo querido amigo —sonrió Mercader —, tu hija, además de agraciada, es muy inteligente y no da muestras de doblegarse y, permíteme la sinceridad, creo que equivocas el camino, creo que es mejor facilitárselo y dejar que ella escoja, tarde o temprano, aparecerá un hombre en su vida, pues insisto, tu hija no es ninguna niña es toda una mujer, que hará algún día feliz a algún hombre de fuste.

El marqués al oír las últimas palabras de Don Luis, quedósele mirando y estuvo en silencio un tiempo, luego se le iluminaron los ojos, sonrió y dijo a éste:

—¿A alguien como tú? — Como yo ¿qué? — Como a un hombre de fuste como tú — remachó el marqués—.

Mercader tardó en apercibirse de haber caído en su propia trampa y reaccionó airado.

—Pero vamos a ver Froilán, de joven eras una cabeza loca y parece que no has cambiado. Te informo, aunque ya lo sabes, de que tengo cincuenta y dos años y en el próximo otoño, haré los cincuenta y tres, llevo una vida apacible y no estoy para gaitas matrimoniales. — ¿Pero te siguen gustando las mujeres? — sonrió el marqués.

—¿Y a qué hombre no? —se defendió Mercader. — Pues cástate con mi hija, — se levantó de su sillón el marqués.

—A Inés, no voy a imponerle ni tan siquiera mi presencia. Tengo una magnífica opinión sobre ella y no haré nada que la desagrade en lo más mínimo.

Don Froilán de Forcada, podía ser un crápula, también vanidoso y también impositivo y, si era preciso, malvado, pero no era nada tonto, y supo medir con justeza, todo el oculto contenido de las anteriores aseveraciones de su amigo, el soltero empedernido.

Vio lo que su amigo Mercader, aún no había visto, y jugó hábilmente sus cartas.

—De acuerdo Luis, olvida lo que te he dicho. No tengo ningún derecho a inmiscuirme en tu vida, pero por nuestra amistad te pido, que continúes con la labor que te encomendado, yo he de volver a Madrid y confío en ti el matrimonio de mi hija con algún otro pretendiente que, estoy seguro, le hallarás.

—No te preocupes Froilán, que le hallaré marido.

Separáronse pues, los dos amigos en armonía, y el marqués con su esposa, partió hacia Madrid a los tres días de esta última entrevista, insospechadamente tranquilo él, llorosa su esposa y, contentas, por aquel viaje, Eulalia e Inés.

Atendiendo a la formal recomendación que el duque de Alba, su anterior señor, hizo sobre Tristán para su viaje y acomodo en el ejército español en Flandes, éste fue acomodado, al menos temporalmente en el palacio de Darcy, donde también se alojaba su capitán, Don José de Castresana, interesado éste también en estar a bien con él, dado que en una de las cartas del duque, se le decía que Tristán portaba otra misiva para el comandante supremo de los tercios españoles, el mismísimo cardenal infante, ante cuya presencia se le ordenaba comparecer, en cuanto su excelencia dispusiese que así lo hiciera.

Recibidas estas primeras órdenes, el sargento Salazar se desplazó adonde acampaba su compañía, la Gipuzkoa, cuyos piqueros eran famosos por su bravura y eficacia y Tristán acompañado de un sirviente del capitán, fue llevado a su aposento que le causó impresión por lo lujoso.

Conocía por encima, que había sido recomendado por el duque, tal como le había informado su tío el obispo, pero no pensó en ningún momento que el hecho de matar a un traidor a la corona tuviese tamaño premio, pues lo de la habitación que, por primera vez ahora veía, no era más que un pequeño detalle,

según pudo apreciar tiempo más tarde.

Tristán no había dormido nunca en una cama con dosel, y solo había visto espejos con marcos dorados, en el despacho del duque o en alguna habitación de algún palacio de Andalucía, durante su último viaje, y tampoco sabía lo que era un escritorio con aquellos diminutos cajoncitos, que ni se atrevió a utilizar.

Durmió como un general con mando en plaza, y a las nueve de la mañana fue llamado por su capitán que le comunicó que tendría que presentarse al cardenal infante en cuanto él así lo dispusiera, por lo que se le ordenaba que no se alejase de palacio y estuviese dispuesto a partir en cualquier momento.

Y en ese momento, a una legua de allí, el cardenal infante, hermano del rey Felipe IV, y comandante supremo de los tercios en Flandes, acababa de oír la carta que le había leído su secretario, remitida por Gaspar de Guzmán y Pimentel Ribera y Velasco de Tovar, tercer conde de Olivares, primer duque de Sanlúcar, marqués de Heliche, primer conde de Arzarcollár, primer príncipe de Aracena y en ese momento, valido del rey Felipe IV.

La carta en cuestión era contestación directa a otra que le había remitido el cardenal, demandándole una fuerte suma de dinero y de forma urgente, pues la soldadesca de los tercios llevaba seis meses sin cobrar sus estipendios.

Olivares decía después de las acostumbradas fórmulas de cortesía y de otras variadas y menores cosas y en contestación a lo demandado por el cardenal en su carta del abril anterior, lo siguiente:

“En cuanto al negocio por el que os interesáis y demandáis en vuestro documento del ya pasado abril, mediante el que he tenido conocimiento de vuestra queja por la falta de suministros, particularmente en mosquetes y picas y por la situación de las finanzas de vuestra excelencia en los territorios bajo su mando, he de informaros que las penurias por las que atraviesa el reino son muchas y en atenderlas no damos con el remedio, como bien conoce vuestra excelencia.

Enviarle ahora el dinero que me requiere, depauperaría más las arcas del rey, vuestro hermano, ya de por sí exhaustas, y si bien es cierto que ha de pagarse a los tercios, no lo es menos que ellos y vos podéis valeros de los botines que conseguís, por merced de su majestad, por lo que téngase lo uno por lo otro. Os envío ochenta mil ducados que emplearéis con mesura y discreción”.

Madrid Julio de 1635 Firmado: Conde—Duque de Olivares

—¡Mesura! ¡botines!, hijo de la gran puta, eso es lo que eres ¡cabrón!, un hijo de la madre de todas las grandísimas putas — estalló Don Fernando.

El secretario, conocía bien a su señor y no le extrañó en absoluto su estallido porque, además, consideraba que el hermano del rey Felipe el IV, el Don Fernando que gritaba frente a él y a él, como si fuese el Conde Duque de

Olivares, tenía razón.

Fernando de Austria, había sido ordenado cardenal a los nueve años y por eso, se le llamaba el cardenal infante, pero su afición a las cosas divinas era escasa y sobre las humanas, se había revelado en Italia como un magnífico capitán y conductor de hombres de guerra, y se había ganado por méritos propios su alto cargo en el ejército de Flandes.

Sería recordada su impresionante victoria en la batalla de Nördlingen en 1634, para la que unió su ejército con el del monarca de Hungría, para derrotar a las fuerzas suecas del duque Bernardo de Sajonia—Weimar y Gustaf Horn.

Éstos últimos, intentaron desesperadamente impedir la fusión de los ejércitos enemigos, pero fueron incapaces de alcanzar en su avance a los efectivos de Fernando de Hungría.

Por su parte, el cardenal infante cruzó el Danubio en agosto de 1634 y en el mes de septiembre, ambos ejércitos, ya unidos acamparon al sur de la población de Nördlingen en Suabia, que se encontraba protegida por una pequeña guarnición sueca. Poco después llegaron a las inmediaciones de la población, las tropas de Bernardo de Sajonia—Weimar y Gustaf Horn.

El cardenal infante ignoró, en la preparación de la batalla, las advertencias que le hicieron llegar generales más experimentados, pero a tenor de lo ocurrido, ha de aceptarse que su criterio fue adecuado a las circunstancias.

Sus enemigos, el de Sajonia y Horn, además de mantener serias discrepancias personales, fueron llamados a engaño por los informes que recibieron, cifrando las fuerzas de la infantería enemiga en 7.000 hombres y no en 21.000, frente a los 16.000 que componían la infantería sueca.

En el transcurso de la batalla, casi todo lo que pudo ir mal a las fuerzas suecas, acabó sucediendo y los dos primos de la casa de Austria consiguieron una victoria militar excepcional.

Gustaf Horn fue hecho prisionero y lo que quedó de la práctica destrucción del ejército sueco, huyó a Helibron y no representó ninguna amenaza en el futuro inmediato.

A un hombre así, pese a su juventud, contaba a la sazón veinticinco años, no se le podía decir lo que el Conde Duque de Olivares, le había dicho en las postrimerías de aquel mes de julio de 1635 y Don Fernando tomó una decisión.

Conocía bien los manejos del valido de su hermano, se habían enfrentado varias veces y todas ellas por la falta de asistencia a las tropas, como en su marcha desde Milán a los Países Bajos en 1633, atravesando Lombardía, el Tirol, Suabia y siguiendo por el Rin.

Y estaba harto.

En Nördlingen podía haber sido derrotado por la escasez de mosquetes, en

aquel ataque de Horn a su flanco izquierdo, superando a la caballería que se encontraba en esa ala y exterminando el escuadrón del extremo oriental, que permitió al enemigo realizar una maniobra envolvente, de la que se libraron por el heroico sacrificio de la compañía que contuvo con sus picas a la caballería sueca.

Y la decisión de Don Fernando de Austria, cardenal infante y hermano del rey de las Españas, fue la de autofinanciarse, olvidando lo que de los botines y conquistas correspondiera al rey, o para ser más exactos, a sus manipuladores funcionarios de la casa y cuentas reales, con el valido Conde Cuque de Olivares a la cabeza.

Y como pieza de su maquinación, encontró a Tristán Corostola, aunque, en el momento de tomar su trascendente decisión, aún no supiera nada de un tal Tristán Corostola.

Ocurrió que para atender a la petición del duque de Alba de colocar, según los méritos que se le apreciaban, a un Tristán Corostola recién llegado a Flandes, pero con importantes cartas de presentación, recibió a éste y al interesarse por su vida, Tristán dio comienzo a su relato diciendo que había nacido en la villa de Deba en la provincia de Gipuzkoa, que tenía veinticinco años, que su padre era funcionario de cuentas del rey y jefe de los veedores que, se ocupaban de las compras de armas, para los ejércitos de su majestad a los industriales del país vascongado, y que él sabía bastante de esos negocios, pues antes de llegar a Madrid, había trabajado en uno de esos talleres, y que su padre cuando se puso al servicio del duque de Alba, le contaba muchas cosas sobre ese negocio.

Don Fernando se mostró muy interesado por estos conocimientos y le hizo muchas preguntas sobre ellos, conocimientos nada habituales en un soldado de Flandes. En consecuencia, con su apreciación, Don Fernando le ordenó que le dijera a su capitán Castresana, que lo destinara a alguna compañía y que esperara órdenes.

Se fue contento Tristán de su entrevista con el cardenal infante y se dispuso a reunirse con sus nuevos camaradas, sin sospechar siquiera, adonde le iban a llevar los conocimientos que había dicho poseer a su jefe supremo.

Conviene señalar aquí, un apunte de lo que José Antonio Azpiazu escribió en su trabajo “Fabricación y comercialización de armas en el valle del Deba (1550—1600)”.

“El País Vasco, y en concreto el Valle del Deba, representó una importante aportación, en el capítulo de la fabricación de armas a inicios de la Edad Moderna.

La monarquía castellana se apoyó en la rica infraestructura, creada a lo largo del valle, para obtener una ingente cantidad de armas ligeras para sus acuciantes

necesidades bélicas.

El País Vasco disponía de todo lo necesario para responder a estas necesidades: una importante industria del hierro, una reconocida técnica en la fabricación de armas, una perfecta coordinación entre los diferentes gremios armeros, y una contrastada capacidad de transporte, tanto por tierra como por mar, habida cuenta de las particulares dificultades orográficas de la zona.

Un veedor o examinador real controlaba el proceso de fabricación y la calidad de las armas.

Debido a las dificultades financieras de la Corona, los armeros sufrían retrasos e impagos, lo que añadido al estricto control real que, prácticamente les cerraba el mercado privado, originó tiranteces con el veedor y protestas de los armeros, quienes por una parte se beneficiaban de contar con un cliente seguro, el rey, pero, por otra parte, sufrían su tiranía, que les impedía mantener otra clientela que no fuera la monarquía”.

Quede pues constancia, siquiera sea sucinta, del complicado proceso que para seguir las interesadas instrucciones de quien, en cada periodo, detentaba el poder en Madrid, necesitaba ser cumplido o al menos eso pretendía el poder del rey a través de sus validos y funcionarios, para que las armas fabricadas por los entonces mejores armeros del reino, llegara a sus usuarios, los soldados repartidos por los frentes militares de Europa.

El sargento Salazar asignó a Tristán a su compañía y allí estuvo adiestrándose con sus compañeros en el manejo de picas, haciendo nuevos amigos, confraternizando con ellos y preparándose para lo que hubiera de venir.

Aparte de Salazar, Tristán trabó, en ese tiempo, buena amistad con un gallego de Betanzos llamado Bieto Lourinho, de una edad indeterminada, que se obstinaba en no revelar, pero que sus compañeros de armas calculaban, sería en torno a la cuarentena, hombre culto y pendenciero, a la par que buen amigo de sus amigos.

Un alférez que se decía bachiller por Salamanca tenía al gallego particular inquina, por haber éste osado rebatirle un alegato que pomposamente formuló, ante un grupo de soldados que cenaban su rancho bajo las estrellas, sobre las bondades del gobierno de Olivares.

La cosa fue que, el soldado Lourinho tras la parrafada del alférez, sacó de su mochila unas hojas dobladas y leyó este poema de Quevedo:

Católica, sacra y real majestad, que Dios en la tierra os hizo deidad, un anciano pobre, sencillo y honrado humilde os invoca y os habla postrado. Diré lo que es justo, y le pido al cielo que así me suceda cual fuere mi celo. Ministro tenéis de sangre y valor, que solo pretende que reinéis señor. Ea ya, Felipe Cuarto que en el mundo eres famoso abre el pecho generoso danos de tu sangre

un parto. De quien nunca se vio harto del pan que le quita al pobre de quien ha bajado el cobre de quien tu reino ha vendido y venderá al mismo Dios líbranos. Líbranos de todo mal. Amén. Amén. Amén. Finalizada la lectura, el soldado de pica, dijo mirando al alférez:

“Verá el señor alférez, que Don Francisco de Quevedo no es de su misma opinión”.

Sus compañeros de tropa quedaron mudos, pues nada habían entendido, pero al alférez le sentó muy mal aquello, que él llamó insubordinación y lo arrestó una semana. Como al sargento Salazar, Louriño le caía bien, cuando le pasaron las novedades y ver su arresto por insubordinación a un superior, se interesó por él, y al conocer de su boca el motivo verdadero de aquella sanción, ordenó que lo sacasen del chiquero en que dos soldados lo habían metido por orden del alférez y se fue ante él, a mediar por Louriño.

El alférez se cabreó mucho por la intromisión de un inferior y a punto estuvo de arrestar también al sargento, pero debió de considerar que era peligroso enfrentarse con un sargento veterano y se conformó con elevar su queja por “haber dejado en muy mal lugar, ante la tropa, la autoridad de un alférez del rey”.

Y esto en el ejército, son palabras mayores.

El asunto ascendió por los conductos regulares de la cadena de mando, y como en las superiores escalas, hubo divergencias de criterio, sobre cómo habría de tratarse aquel asunto, éste llegó hasta el cardenal infante.

Su secretario particular le leyó los escritos de los diversos oficiales que en él habían intervenido, y ordenó llamar a su presencia al veterano Bieto Louriño.

El gallego, poco sabía de por donde respiraba el cardenal en materias que no fuesen las estrictamente militares, y se temió lo peor, no porque considerase que había cometido alguna falta, sino por haber propiciado que varios oficiales y escribientes, tuvieran que ocuparse de asunto tan nimio, a la par que enojoso, que podría acarrearle animadversiones que, con toda seguridad, derivarían en castigos, pues en la milicia, este tipo de cosas pueden perdurar durante años.

Y su sorpresa fue grande y su satisfacción mayor. Introducido por el secretario al despacho de Fernando de Austria, Bieto Louriño, se cuadró militarmente en presencia de su general y esperó.

Sentado ante él, tras su mesa de despacho, su superior le dijo: —Siéntese. — A sus órdenes excelencia. —Llámame Don Fernando. —Como guste señor. — Veo que conoces a Quevedo —afirmó el de Austria.

—Así es Don Fernando. De siempre he tenido gusto por la poesía.

Unos me gustan más y otros menos, a aquellos les leo más a estos menos y así voy tirando, aprendiendo de aquí y de allá, aunque de unos se aprende más y

de otros menos.

—Preciso te manifiestas soldado —ironizó su superior. — Son diversos los pensamientos de las gentes, y uno coge de aquí y de allá —se defendió Louriño al captar la ironía.

—Bien, veamos —se acodó Don Fernando en su mesa cruzando sus manos a la altura de la barbilla —, me satisface tener a mi mando, a un soldado que lee y además a Quevedo, y aunque tu actuación no ha sido de insubordinación, he de sostener lo hecho por un superior, aunque esa actuación sea incorrecta, y por ello cumplirás los días de castigo que te había impuesto ese alférez, más otros siete que te impongo, por haber hecho que se molesten algunos oficiales más.

—A sus órdenes excellen...Don Fernando —contestó Louriño —. — Comunica mi orden, tú directamente, a tu alférez, — siguió Don Fernando —, cúmplela sin rechistar y terminada que sea, te presentas a mi secretario y esperas mis órdenes.

—Como usted mande Don Fernando.

—Otra cosa Louriño, toma estas monedas —y le tendió una bolsita — y cuando salgas de tu encierro, córrete una buena juerga con tu amigo Tristán Corostola y con el sargento Salazar y les comunicas que ellos también tienen que presentarse ante mí.

Bieto Louriño se retiró asombrado, salió del palacio y doblando la primera esquina, abrió la bolsita que le había dado el cardenal infante, contó ocho ducados en ella y pensó que aquel sabio que dijo que el hombre es la medida de todas las cosas, sabía de lo que hablaba.

La decisión de Don Fernando satisfizo a los defensores de la disciplina a ultranza y no molestó a los otros, pues no estaba en el pensamiento de estos últimos, poner en cuestión una decisión de su comandante supremo, aunque a unos y a otros, más a los primeros, se les alojó una incordiante mosca tras la oreja, cuando tuvieron noticia de que el cardenal le había encargado a Louriño, una misión secreta que habría de cumplir con el soldado Corostola y el sargento Salazar, que quedaban eximidos por ello de todo servicio, lo que les hacía quedar fuera del alcance de toda medida disciplinaria, hicieran lo que hicieran y dijese lo que les viniera en gana.

Por su parte, los tres amigos, antes de saber nada de aquel secreto asunto y con el dinero que el cardenal le había dado a Louriño, se corrieron una juerga de antología.

La posada La belle Alsacienne, estaba regentado por Aline Roux una mujer de algo más de cuarenta años, de generosos pechos y genio endiablado, que suavizaba, en cuanto veía entrar en su casa al aficionado a los poemas satíricos del gran Quevedo, y se comportaba mientras se encontraba con él, como una

gatita mimosa.

Aline, resplandeció por la alegría que sintió, nada más ver entrar a Lourião en su establecimiento, y llevó de inmediato, a los tres hombres al piso de arriba, luego les sirvió una primera jarra de vino y ordenó a dos de sus sirvientas, dos chicas belgas, jóvenes y lozanas, que dispusieran la mesa y les atendieran como a caballeros.

Comieron como los nietos de Pantagruel, bebieron como ucranianos, se acostaron cada oveja con su pareja, durante el tiempo y veces que hubieron menester, y después de dos noches de vino y rosas, regresaron cantando al campamento, donde fueron recibidos con humor y aspavientos, por sus envidiosos compañeros.

Y no era para menos, pues los tres hombres regresaron felices y ruidosos, entonando cancioncillas de sus tierras de origen, aún con media borrachera a cuestas, y el serio sargento Salazar, con un corpiño como sombrero.

Pasaron unas semanas sin mayores novedades para las tropas acantonadas en las proximidades de Bruselas, y un once de septiembre martes, Tristán Corostola, Bieto Lourião y el sargento Salazar, recibieron la orden de comparecer ante el cardenal infante, de manera inmediata.

Cumplieron los tres soldados sin demora la orden recibida, y allí se encontraban ante su superior, firmes y expectantes.

—Las circunstancias de la guerra que sostenemos en estas tierras del imperio, me han obligado a emprender una serie de acciones, no estrictamente militares, una de las cuales y quizá una de las más importantes, es la que voy a encomendaros a vosotros —anunció seriamente Don Fernando de Austria a los tres hombres.

—Cumpliremos lo que ordene, excelencia —dijo Salazar.

—Eso ya lo sé, pero vosotros debéis saber que, si os vais de la lengua en la cosa más mínima de lo que ahora vais a saber y en el futuro hacer, os mando fusilar de inmediato y sin contemplaciones.

Aunque no era necesaria esa advertencia, los hombres sí supieron sin mayores explicaciones, que lo que se les iba a encomendar era extremadamente secreto, e interiormente y cada uno consigo mismo, se sintieron orgullosos.

Y Don Fernando les explicó su misión. Debían trasladarse al País Vasco, a una villa de nombre Eibar, en la provincia de Gipuzkoa.

Lo harían en barco desde Amberes a Bilbao. Pasajes, dinero y cartas para sus interlocutores en aquella población, les serían entregados ese mismo día, por el secretario del cardenal, presente en la entrevista.

De las cosas que habrían de llevar, como ropa, armas y vituallas, se ocuparían ellos, y las ordenes sobre sus nuevos destinos, estaban cursadas.

En Eibar, debían establecer contacto discreto con Esteban Gorrochategui, que ya habría recibido el correspondiente aviso de su llegada.

Este Gorrochategui, era un principal industrial armero, residente en esa población, jefe del gremio de fabricantes de armas de ella, y hombre influyente y con prestigio entre los otros gremios del valle del Deba. La misión de Tristán consistía en formalizar, con los diversos armeros que le indicara Esteban Gorrochategui, los contratos para aprovisionamiento de armas de fuego y también picas, preferiblemente de fresno, que debían ser marcadas con unas iniciales, “que para mis armas serán una “F” seguida de una “A”, había ordenado Don Fernando, de manera similar a como se acostumbraba a hacer en esas poblaciones dedicadas a la fabricación de armas, para diferenciar su lugar de procedencia.

—Los contratos los firmarás tú Tristán, — prosiguió Don Fernando —, como representante de Don José Ignacio de Urbietta, propietario de una fábrica de hierros de Bilbao, que tiene orden mía de colaborar en todo con vosotros.

Tú Lourião, aparecerás como lo que eres, un gallego que con tu socio el sargento Salazar, que sabe francés, comerciáis con Francia e Inglaterra.

Gorrochategui y Urbietta saben que trabajáis para mí y os cubrirán y se cubrirán ante los veedores y otros posibles funcionarios del rey, que puedan sospechar de vosotros o de ellos mismos, pues el rey, es decir, Olivares, tiene el monopolio de compra de armas y pueden crearos problemas graves, por lo que deberéis andar listos.

Finalmente, en cuanto estén listas la cantidad de armas que te señalo en la carta Tristán, supervisaréis su transporte hasta el puerto que sea, embarcaréis con ellas y regresaréis ante mí, pues la misión no acaba aquí y os esperan nuevas acciones.

Tristán, deberás asegurarte de amarrar bien los pedidos futuros. Tienes plena libertad para negociar los plazos de los pagos e incluso para adelantar el dinero que consideres necesario, para que, con la mayor rapidez posible, se fabriquen las armas, se transporten y se embarquen. El objeto final de vuestra misión es que yo tenga aprovisionamiento de armas de forma regular, suficiente y para varios años.

Es todo. Partiréis mañana para Amberes. Vuestro barco sale en quince días. Divertíos hasta entonces y cumplid vuestra misión.

Los tres hombres, habiéndose alejado un trecho de la residencia de su jefe, saltando de alegría como chiquillos, se dirigieron al campamento, arramblaron con sus exiguas pertenencias y sin despedirse de nadie, fueron a tomar unos tragos de medicina de acostumbramiento estomacal, como Lourião llamaba al vino, entusiasmados con la aventura que iban a emprender.

Llegaron sin contratiempos ni nada digno de ser reseñado a Bilbao y sin demora siguieron camino hacia Eibar en tres caballos de buena estampa y mejor brío, que nada más desembarcar, tenía en el mismo puerto, dispuestos para ellos un criado del industrial de hierros Urbietta.

Llegaron en una jornada a Eibar, preguntaron por Esteban Gorrochategui, lo hallaron en su taller, y por recomendación de este, se alojaron en la posada La Valentina, conviniendo con él, en verse temprano al día siguiente.

Capítulo IV.— Resurrección

La niña Clara llevaba las riendas del viejo caballo que tiraba del carro de trapero, con su padre a su lado en el pescante, bajo un fuerte aguacero, y ya en las afueras de Madrid, se pararon, pues habiendo cumplido el encargo de Inés, de recoger el cuerpo del cura, ahora era el momento de deshacerse de él, y aún no habían decidido dónde y cómo lo harían.

Se encontraban al norte de la ciudad y tomaron el camino de Algete, y a una legua de esta población, decidieron enterrar el cuerpo y habiéndose apartado del camino, se disponían a hacerlo en el inicio de una ladera cubierta de encinas, cuando arreció el temporal y tuvieron que pararse, pues el sendero que recorrían se hizo impracticable.

Amarraron el carro a una encina, por temor a que lo arrastrara el agua, tras haber soltado al caballo, que sujetaron también al mismo árbol.

Cesó la tormenta al cabo de unos diez minutos, reconsideraron su idea inicial de enterramiento, ante el movimiento de tierra que se había producido en aquel campo, y el temor a que, enterrado el cuerpo, se reanudase la tormenta y lo pudiese desenterrar, y como tampoco era cosa de cavar un profundo hoyo con aquellas condiciones atmosféricas, decidieron depositarlo en el interior de una pequeña cueva que descubrieron en un promontorio, no lejos de donde se encontraba el carro amarrado.

Dicho y hecho, disimularon la entrada con unas zarzas y se alejaron de allí.

Se cruzaron, pero no se vieron, con un caminante que con cayado y una gran capucha empapada, caminaba en sentido contrario al de ellos, y a unos cincuenta metros a su costado.

De pronto cayó una impresionante tromba de agua, el caminante tuvo que agarrarse a una encina y con el agua hasta los tobillos, consiguió llegar a la cueva y allí se protegió de la lluvia y de los riachuelos que anegaban todo el campo circundante.

Estaba en el umbral de la cueva, cesó de nuevo y de repente la tromba de agua, hízose un gran silencio y oyó un gemido, se volvió y a la luz de un rayo, observó un bulto, se acercó a él y se asustó.

Encendió el farol que portaba y que había apagado por la tormenta y

comprendió que era el cuerpo de un hombre y se percató de que estaba vivo y vestido con una ropa que parecía una sotana de sacerdote.

En otras condiciones, es probable que hubiera aguardado algún tiempo en dejar la protección de la cueva, pero aquel hombre decidió salir y llegar hasta su casa, avisar a su hijo y tratar de salvar o al menos atender a aquel desconocido. Se daba la circunstancia de que el hijo, de unos treinta años, era muy mañoso con los animales y sabía de curas y remedios para estos.

En un carro tirado por una mula, fue llevado hasta una casa de labranza y puesto en una cama.

Desnudado e inspeccionado, el sacerdote, apreciaron en él, una gran herida en su costado izquierdo, y mucha sangre en cuerpo y vestiduras, y un rostro muy pálido, que semejaba el de un cadáver.

Como la sangre que había manado de la herida, había coagulado, lavaron el cuerpo de arriba abajo, lo que le hizo sangrar más, con calma le aplicaron luego un emplasto de hierbas, lo fajaron con fuerza con unos lienzos y lo dejaron descansar, con no demasiadas esperanzas de que pudiera vivir.

Capítulo V — Viviendo en lejanía

En Valencia, Inés liberada del agobio que representaba la presencia de su padre, disfrutaba de su hijo.

Eulalia ejerció como madrina del niño de Inés, a quien pusieron de nombre Jaime y como padrino Luis, en una breve ceremonia en el palacete de Dos Aguas, ante un sacerdote amigo de Don Luis, que lo trajo ex profeso.

Así que, en aquella casa, habitaba una madre dichosa, que a su vez era, una mujer tranquilizada y sin apremios de otras cosas, una Eulalia que había hecho rápidamente clientas entre la nobleza valenciana, a la que vendía pócmas contra los embarazos, artilugios para evitar la procreación y otras variadas e imprescindibles cosas para las mujeres con apetito y ejercicio sexual, fuesen casadas o solteras, y un Don Luis Mercader que día a día, se encariñaba con su ahijado, cariño de abuelo que le hacía visitar, cada vez con más frecuencia, la mansión donde habitaba Inés, que recibía las visitas de su casi anciano amigo, con gusto y serenidad, disfrutando de su compañía en partidas de ajedrez y en amenas conversaciones literarias.

Pese a su dicha, por el hecho de ser madre, y aunque se encontraba tranquila, viéndose sola con su hijo y rodeada de amigos, su amor por Tristán no había desaparecido y aunque desvanecido por la distancia, perduraba.

Perduraba, pero no podía crecer, no podía vivir, no tanto por la distancia y la falta de noticias, sino por la cruda realidad de que Tristán se había ido enfadado, y ella, al no haber tenido en todos aquellos meses, ninguna noticia de él no podía saber lo que pudiera estar pensando sobre ella, y sobre su, antes, gran amor.

Podía soñar que la perdonaría, podía soñarlo, pero no podía saberlo.

Estos pensamientos la martirizaban, pero tenía a su hijo. Eso era lo más importante y era solo suyo, de nadie más.

Poco a poco, su preclara inteligencia, le hizo comprender que su relación con Tristán era imposible, y también le señaló, que debía explicarle todo lo que había ocurrido, y debía hacerlo, si quería considerarse una mujer honesta y limpia.

Al pensarse como una mujer limpia, no pudo evitar sonreír, “la gente y sobre todo los de mi clase, no creo que piensen que soy una mujer limpia, pero bueno, su sentido de la limpieza y el mío, no coinciden y no creo que coincidan nunca”.

Decidió así, escribir una extensa carta a Tristán, contándole todo con detalle y esperaría su reacción, no podía, de momento, hacer más y luego, ya se vería.

Así pues, un uno de febrero de 1636, Inés depositó en la estafeta, la carta que, fechada el día anterior había escrito a Tristán.

En ella le decía: “Querido Tristán:

Ni un solo día, he dejado de pensar en ti, desde aquel otro desventurado, en que te fuiste de mí, furioso y enojado. El día en que mataste a quien tú sabes, cosa que no te reprocho, pues nunca lo amé, solo a ti he amado.

Tuve relaciones con ese hombre, cuyo nombre tú sabes y yo no diré. Solo fui buscando sexo y lo hallé. Entonces tú no estabas en mi vida, luego sí y ese fue mi error. No haberme detenido cuando encontré tu amor. Lo quise hacer, pero no hubo tiempo.

Tengo un hijo, a quien he bautizado con el nombre de Jaime. Pensé ponerle Tristán, pero no me atreví, porque quizá a ti no te gustaría. Él es toda mi vida y viviré para él y cuando lo miro en mis brazos, pienso que ojalá hubiera sido tuyo.

No sé si me odias o me sigues queriendo. Puedo comprender que no quieras saber nunca nada más de mí, y aunque queramos lo que queramos, lo más probable es que no volvamos a encontrarnos jamás, pues yo no sé si sigues en Madrid o has tenido que huir a Dios sabrá que parte, y yo no tuve ni ocasión de decirte que iba a venir a Valencia, adonde vine para dar a luz.

Te mando esta carta a la casa de tu señor el Duque de Alba y confío que allí te la entreguen o te la hagan llegar. Si puedes perdonarme, te ruego me hagas llegar noticias tuyas al palacio del Marqués de Dos Aguas, en Valencia. Adiós amor, cuídate y vuelve a mí. Inés”.

En efecto, la carta llegó a la mansión del duque de Alba en Madrid y éste ordenó fuese entregada al tío del destinatario, el obispo Salazar. El tío de Tristán leyó la carta de Inés dirigida a su sobrino y a su vez escribió dos cartas, una para Inés, comunicándole que Tristán se encontraba en Flandes, en Bruselas en concreto, que sus últimas noticias sobre él de hacía tres meses eran que se encontraba bien y cumpliendo con sus obligaciones militares para con su rey, y la otra, para Tristán, enviándole la carta de Inés, disculpándose por haberla leído, cosa que según él había hecho por precaución.

Tristán no contestó a Inés, y fueron pasando los meses, y un día de niebla baja sentada en el jardín, fue contemplando como ésta se iba progresivamente disipando y al cabo, mirando al cielo despejado, se dijo: “adiós Tristán”.

Meses antes de ser despedido de su corazón, por la hasta entonces, su querida Inés, Tristán se hallaba, como dicho ha quedado, en Eibar, iniciando los trabajos que, a él y a sus compañeros de encomienda, les había encargado Don Fernando de Austria.

Aquella mañana, primera de su estancia en la población armera, caminaban los tres hacia Barrenkale, acompañados de una muchacha que servía en la posada La Valentina, y que había recibido el encargo de Esteban Gorrochategui de llevarlos hasta su taller.

La moza de nombre Anbortxe, tenía para Lourião el nombre feo y el cuerpo eibarrés. Lo había dicho la noche anterior mientras cenaba con sus amigos en la posada. —Solo he visto a tres rapazas de este pueblo y os digo compañeros, que sus nombres no se corresponden con lo que ven estos ojitos, porque no me negareis que las tres sirvientas, están de toma pan y moja, y llamarles Anbortxe a la una, Alazne a la otra y Ai no sé qué, a la que está en la cocina, es mucha “A” y bastante despropósito, teniendo esos cuerpos, que no los tendrían al nacer, pero esas cosas, se adivinan hombre.

Porque compañeros, los nombres embellecen las caras y lo que va bajo el corpiño, y no diré que les pongan, Eduvixes o Balbina, pero por ejemplo sí,

Carmiña o Inesiña.

Al oír este último nombre, Tristán sintió una punzada en el pecho y estuvo unos segundos suspenso y contemplativo. — a,ja,ja —rio Salazar, pues Tristán estaba ausente. —Si es que es verdad, y para arreglar tamaña injusticia, declaro ser Eibar, lugar de hembras de ensueño. Dicho está. Y así caminaban los cuatro, Louriño arrimándose a la Anbortxe y requebrándola, y ella pensando que, también era mala suerte que se le arrimase el más viejo, de aquellos tres forasteros, majos y parecía que con dinero.

Entraron en el taller y allí en un cuarto pequeño, cerrado con cristales emplomados y tras una mesa con papeles y artilugios, les recibió Gorrochategui.

—Bien señores, vamos a lo nuestro y rápido, pues cuanto antes organicemos lo referente a vuestro asunto, tendremos más probabilidades de no tener malos encuentros con los funcionarios del rey.

—De acuerdo señor Esteban, dispuestos estamos a oír sus indicaciones. —Vamos pues primero, a ver las indicaciones de vuestro mandante —dijo el jefe del gremio eibarrés de armeros. — Helas aquí —dijo Tristán —sacándose de debajo del jubón una pequeña carpeta de cuero. El armero leyó el pedido, que con gran detalle había señalado el cardenal infante, consultó sus datos, hizo unos números y les dijo:

—Entre lo que tengamos en los almacenes de los diversos talleres de Eibar, y lo que calculo tendrán en Placencia, cubrimos más del cincuenta por ciento de lo que para el primer embarque exige vuestro jefe. El resto puede estar listo en unos tres meses, pero tenemos que planear todo muy bien, pues los veedores del rey disponen de amplias facultades para el control de nuestra producción, y tenemos que establecer un plan muy seguro, para poder escamotear a su vigilancia, la producción necesaria para vosotros.

—De acuerdo, —dijo Tristán. — Una cosa —preguntó el sargento Salazar —, ¿cómo piensa usted que se hagan los transportes hasta Bilbao? — Tendremos que idear nuestros propios medios. Los oficiales responsables de la inspección para el rey, que la pasada primavera recibieron instrucciones del conde—duque de Olivares, están siendo desde entonces, más rigurosos si cabe con sus inspecciones. Los más de entre ellos, se dejan sobornar en los trámites ordinarios, pero si sospechan actividades de contrabando como es la vuestra, se muestran muy firmes y celosos, así que deberemos ser imaginativos y como dinero no os falta, creo que conseguiremos cumplir los plazos a satisfacción de Don Fernando de Austria.

—Pues pongámonos en marcha sin demora —dijo Tristán. Esa misma mañana, partieron y llegaron los cuatro a Placencia, donde Gorrochategui los llevó al taller del jefe del gremio de armeros en esa localidad. El eibarrés

informó cumplidamente al placentino, de los pormenores del negocio que se traían entre manos, y este prometió hacer todo lo posible para cumplir los plazos, pero exigió para los transportes clandestinos, una prima por cada cargamento que llegase con éxito a Bilbao, y el eibarrés, torció un tanto el morro por ello, pero no dijo más.

Uno de los días en los que no tenían otra cosa que hacer que esperar, paseaban los tres amigos por las inmediaciones del portal de Unzaga y curioseando, entraron en una tiendita y les llamó la atención un estante repleto de botellitas de vidrio verde y el letrero “agua medicinal”.

Preguntaron a la dueña, una eibarresa recia y guapetona, quien les informó que era agua de mar destilada en un alambique, que recogía en la playa de la villa de Deba en un remolino que se formaba junto a una gran roca que había a la derecha de ella, que era muy buena para la sequedad de los ojos, para la cura de heridas abiertas, y muy buena también para las digestiones difíciles, y que disminuía el cansancio y retrasaba la fatiga.

Todos trabajaron, mucho y bien. Estaban continuamente alertas y vigilantes y pasando las semanas, las armas y demás pertrechos comprados, iban llegando a Bilbao, con no muchas incidencias, algún carro requisado, algún casero que se guardó el dinero para sobornos, que antes de empezar el viaje desde su caserío, donde tenía escondidas las armas a transportar, se le había dado y poco más.

Es de destacar, para comprender bien la actitud de los armeros vascos, que el cliente era muy importante, lo era también el pedido, lo era también la previsión de pedidos futuros, y lo era el tener un cliente privado y en el extranjero, pues a los efectos de este asunto, Don Fernando de Austria estaba actuando como un cliente privado extranjero que no se sometía a los dictados de un rey, y este hecho era muy interesante para los armeros vascos, en su permanente lucha por trabajar en libertad de comercio, y no tener que someterse al monopolio real. Finalmente, toda la mercancía comprada, se hallaba embarcada y el barco de transporte de mercancías de nombre Txantxangorri, tenía previsto soltar amarras e iniciar su singladura con destino en el puerto de Amberes, llevando a bordo a Tristán, Salazar y Louriño, amanecido que fuese el dos de febrero de 1636.

Y en la fecha prevista, zarpó el buque que los llevaría hasta Amberes y llegaron sin novedad hasta su destino. Se notificó el hecho de estar las armas en Amberes, de forma inmediata a la arribada y por conducto secreto al cardenal, éste impartió las órdenes pertinentes, se descargó el material que fue recibido con alborozo por oficiales y tropa, que pensaron que ya era hora de que el conde —duque se acordara de ellos, y nadie les sacó de su error, y Don Fernando de Austria se aprestó a la preparación urgente del plan que había urdido para obtener el dinero con que pagar la parte del precio de aquellas armas que había

sido aplazado, y el de las que se habían pedido para fechas posteriores y que habrían de llegar.

Reunió en su despacho a los tres soldados y estando también presente su secretario y hombre de su total confianza, que se llamaba Nicolás Sagarra, les comunicó su nueva misión:

—Habéis cumplido bien vuestra última misión. Cuando terminemos esta reunión, el señor Sagarra, a quien ya conocéis, y a quien podéis informar de cualquier cosa y de quien recibiréis órdenes cuando no os las imparta yo personalmente, os entregará además de vuestras soldadas, la recompensa por vuestro buen trabajo.

—Gracias señor —dijeron los tres, haciendo una breve inclinación de cabeza. — Bien, vamos ahora con nuestro siguiente negocio. Los tres, desde hoy y hasta nueva orden, os vais a trasladar a vivir a este palacio. Sagarra os indicarán vuestros alojamientos.

Mañana, tú Tristán vas a ir a visitar a una dama napolitana, aquí en Bruselas, que se llama Doriane de la Fayole. Sagarra te indicará cómo y a qué hora acudir a su domicilio y te dará una carta mía de presentación. Ella está al tanto y te transmitirá una importante información.

Cuando conozcas todos los pormenores de la operación que vais a llevar a cabo, informarás a tus compañeros, cuando regresen del viaje que ahora les voy a ordenar.

Salazar, Lourião, vosotros dos, os vais a trasladar en cuanto salgáis de este despacho, con los documentos que os entregará Sagarra, a la ciudad de Lieja y cumpliréis las ordenes que se os entregarán por escrito.

La misión que hoy comienzas Tristán es muy importante y la de vosotros dos es de momento meramente informativa, pero espero que en el futuro sea definitiva, así que afinad bien vuestras averiguaciones y comprobad todos los datos.

Es todo. Podéis retiraros. Salieron los cuatro hombres por una pequeña puerta que comunicaba con el despacho y dependencias personales del secretario Nicolás Sagarra, y éste les entregó sendas bolsas repletas de ducados de oro y los papeles con sus instrucciones y órdenes. A continuación, los llevó por largos pasillos y escaleras, hasta la parte alta del palacio, donde les introdujo en una habitación bajo la torreta sur del palacio e indicó a Tristán que en cuanto se acomodase, fuese a verle y deseó suerte a los otros dos en su misión en Lieja.

Tristán y sus amigos, depositaron sus cosas en la habitación que se les había asignado, Salazar y Lourião, prepararon el viaje que de inmediato debían emprender, y se despidieron deseándose suerte, como buenos camaradas que ya eran, enardecidos y contentos, por la confianza que depositaba en ellos su jefe

Don Fernando de Austria, Gobernador General de los Países Bajos Españoles.

La conversación entre Tristán y el secretario Sagarra, discurrió en los siguientes términos: —Hola Tristán, siéntate. Voy a darte la información de la que te ha hablado Don Fernando. La dama a la que se ha referido, se llama Doña Doriane de la Fayole, es una aristócrata con mucha influencia en estas tierras, amiga suya y agente a su servicio.

Sospechamos que hace un doble juego, que Don Fernando cree conocer y pretende utilizar en un futuro, pues pensamos que trabaja también para el cardenal Richelieu, y como sabes, en la práctica, estamos en guerra con Francia. Ten esto muy en cuenta, porque esta dama, además de muy inteligente, es una mujer seductora, como tú mismo apreciaras mañana así que ándate con cuidado muchacho.

Te va a dar información precisa sobre el obispo de Palma de Mallorca, monseñor Arcadi Roig, y con su colaboración le arrebatarás algunos de los muchos dineros que éste lleva, periódica y subrepticamente, al banco de Ámsterdam.

Entrevístate con ella, procura causarle buena impresión e infórmame en cuanto regreses a palacio. —Descuide Don Nicolás —se despidió un sonriente Tristán. Tristán llegó a la casa de la Fayole, a la hora acordada, y ésta le recibió en un celeste y vaporoso salto de cama, que no lograba, pues no debía quererse, ocultar sus generosos pechos.

El visitante pensó, que aquella mujer no era de las que adoptan poses, ni necesita adoptarlas, y que lo había recibido en esa indumentaria, simplemente porque todavía no debía de ser su hora de vestirse para salir.

Sobre una mesita baja, Tristán vio dos copas y una jarra que, pensó sería de vino, la dama le indicó que se sentara, y le tendió una de ellas.

El cuarto estaba decorado lujosamente, en azules claros y dorados, y había en las paredes varios cuadros cuyos autores, Tristán desconocía y Doriane, no se molestó en revelar.

Sentada la dama frente a él, lo escrutó sin disimulo, durante unos, largos para Tristán, segundos, y finalizada su inspección ocular, dijo a su visita:

—Me han informado de que es usted hombre de confianza de Don Fernando de Austria, y que se llama Tristán Corostola ¿es usted vasco?

—Sí señora, aunque desde bastante joven, me trasladé a Madrid, donde serví en la casa del Duque de Alba. — Yo pasé una larga temporada en San Sebastián. Una hermosa ciudad —dijo la dama. — Sí lo es, señora —respondió atento Tristán. — Bueno, vayamos a lo nuestro. La información que tengo para tu señor es la siguiente: El obispo de Mallorca ha llegado de Ámsterdam anteayer, y estará mañana por la tarde en esta casa.

No puedo saber, en este momento, la cantidad que esta vez ha traído, pero debe ser importante, por la escolta de la que se ha hecho acompañar.

Debes estar mañana aquí, a las cinco menos cuarto de la tarde, él llegará a las cinco y cuando te lo presente, podrás decirle lo que tu jefe te haya ordenado. — Muy bien señora. Hasta mañana a esa hora —dijo levantándose Tristán.

Tristán regreso al palacio del cardenal, informó al secretario, éste le hizo pasar al despacho de Don Fernando, a quien previamente había informado de lo dicho por Tristán, y sentados los tres, aquel dijo:

—Muchacho, mañana te presentas en esa casa a la hora indicada, te reúnes con el obispo, te presentas como enviado en mi nombre y le dices a ese obispo, que sé de todas sus maniobras, que conozco que fleta tres naves al corso, que ejercen la piratería por todo el mediterráneo, incluso contra naves de su rey.

Que también sé, que tiene depositados en el banco de Ámsterdam, al menos un millón de ducados, provenientes de sus rapiñas, tanto en la mar, como en su propia sede episcopal.

Y que además sé, que aparte de financiarles y obtener grandes beneficios por sus préstamos, también trabaja para los rebeldes protestantes de las provincias del norte y, en consecuencia, contra su rey.

Dile que calcule los días que tardará en ir a Ámsterdam, los multiplicas por dos y le añades uno, y esa será la fecha, para que en la casa de Doriane de la Fayole, te entregue la mitad del dinero que tiene en Ámsterdam, dinero que le exijo, para que no se quede sin obispado primero y sin vida después, por ladrón y traidor, pues ejecutado será, si hago llegar a oídos de las autoridades correspondientes, sus innumerables tropelías.

Tristán muy sorprendido, por la gravedad e importancia de lo que se le ordenaba, tardó un instante en reaccionar y finalmente dijo con firmeza:

—Haré lo que se me ordena señor. Al día siguiente a las cinco menos cuarto, Tristán estaba como un clavo, en la puerta de la casa de Doriane de la Fayole.

Llevado a su presencia en el piso de arriba, la dama lo hizo pasar a un cuarto contiguo al saloncito donde recibía. Llegó, también puntual, el obispo Roig, y ya en presencia de la dama, se dirigió a ésta con voz almibarada y semblante risueño: — Qué inmenso placer señora, volver a veros. — Yo también me alegro de veros monseñor — respondió la dama—. — He contado los días para veros madame, ¿podré osar soñar en que me concedáis vuestros favores? —dijo el obispo mirándola con arrobó —, si lo hacéis pondré a vuestra disposición todo el dinero que tengo, como ya sabéis, en el banco de Ámsterdam y que he incrementado de manera importante en mi reciente última visita.

—Tenéis mis favores obispo, pero vos deseáis mi cuerpo y he de negarme una vez más, pues no sería propio de una dama como yo, cometer semejante

pecado, yaciendo con un hombre de Dios – dijo la dama aparentando vergüenza.

—Hombre de Dios soy, pero carnal y os deseo con locura — insistió un descompuesto Roig. — Sabéis que me agradáis, pero vuestra demanda no podrá ser satisfecha hoy —ni nunca, pensó, pero no dijo la dama —, y no porque me niegue, sino porque tenéis una visita. Hay un caballero que os aguarda.

—¿A mí?, ¿en vuestra casa? — Sí monseñor, es un caballero que ha venido enviado por su excelencia el Gobernador Don Fernando de Austria, y no he podido negarme. — ¿Y por qué aquí, señora mía?

—Lo ignoro señor, no hago más que atender un ruego de su excelencia. — Bien, —dijo refunfuñando el prelado —hacedlo venir a mi presencia. Doriane, se dirigió a la puerta del cuarto donde aguardaba Tristán, le indicó que entrase en el saloncito, le presentó al obispo y salió por otra puerta, dejándolos solos.

—Don Arcadi Roig —comenzó Tristán —, Don Fernando de Austria, Gobernador General de los Países Bajos Españoles, os requiere para que le entreguéis la mitad del oro y dineros, que tenéis depositados en el banco de Ámsterdam. Habréis de salir de inmediato para esa ciudad y regresando con presteza, venir sin deteneros en ningún lugar de esta ciudad, hasta esta casa donde yo os estaré esperando y me haré cargo de todo lo que traigáis.

—¿Qué decís?, pero ¿es que estáis demente?, ¿quién sois vos?, ¿por qué he de entregaros yo nada? —abrió sobremanera los ojos el obispo.

—Digo lo que he dicho. Tened —y Tristán extendióle un documento. “El portador de la presente habla en mi nombre. Firmado: Fernando de Austria. Gobernador General”.

Arcadi Roig palideció, se sentó, bebió un largo trago de agua y consiguió musitar: — ¿Por qué me hace esto a mí el cardenal infante? Si ni tan siquiera me conoce... — Desconozco sus motivos, pero sí sabemos de los actos de piratería que, en el mediterráneo, han llevado a cabo los tres barcos que usted fleta y sostiene para esos fines.

Como sabemos de sus latrocinios en su sede episcopal de Palma de Mallorca y sus contactos con los rebeldes protestantes, enemigos de su majestad, nuestro rey Felipe IV.

El acusado de tamaños crímenes, hundido, balbuceó: — ¿Cómo pueden saber eso?, ¿quién me ha denunciado?

—Eso no importa señor, lo que ahora importa es, que debe cumplir de inmediato lo ordenado por mi superior, o cumpliré mis órdenes de arrestarlo y conducirlo a prisión.

—¡No se atreverá! ¡Soy un prelado de la Santa Madre Iglesia Católica! — Y yo un oficial del rey, que cumplirá lo que se le ha ordenado. — Mis hombres no lo permitirán —amenazó Roig.

—Los dos hombres de su escolta, que le han acompañado hasta aquí, no podrán hacer nada. He venido a visitarle con veinte soldados que, en este momento, rodean esta casa y sus hombres han sido neutralizados al minuto siguiente de haber entrado usted aquí.

Una centella atravesó el cerebro del obispo Roig y supo que nada podría hacer, solo cumplir con lo que se le exigía, plegarse a aquel chantaje, pagar, regresar a su tierra, confiar en que el ilustre chantajeador, se conformase con robarle solo esta vez, en previsión de lo cual, mientras calculaba el dinero que entregaría, y para que no hubiese otras ocasiones, decidió en aquel mismo instante, no volver nunca más a los países bajos, aprovechar el viaje que le obligaban a hacer de nuevo a Ámsterdam, para retirar todo su dinero, entregar lo exigido y pensar en algún banco italiano, preferiblemente del norte, para sus operaciones futuras.

Arcadi Roig, salió apresuradamente de la casa de Doriane, sin que su cerebro registrase aún, la posibilidad de que fuese ella la responsable de su desgracia, pero no se despidió de ella, tan alterado estaba y en la puerta de la casa, cuando sus dos escoltas le preguntaron si conocía el motivo por el cual había soldados rodeando la casa, soltó un gruñido y aceleró el paso hacia su alojamiento.

A los nueve días, en casa de Doriane, entregó a Tristán, una arqueta de mediano tamaño, éste comprobó su contenido de seis lingotes de oro, una bolsa grande con ducados del mismo metal y una bolsa más pequeña de piedras preciosas, y considerando las instrucciones que al respecto le había dado el secretario Sagarra, se dio por satisfecho, e indicó al obispo que podía irse, cosa que éste hizo, y saliendo de la habitación lanzó una mirada asesina a una imponente Doriane de la Fayole, que le aguardaba en el pasillo, que fue recibida por ésta con una sonrisa irónica y despreciativa.

Tristán, cumplida su misión y felicitado por su jefe el gobernador, se dispuso a, con la satisfacción del deber cumplido, a esperar a sus amigos, que aún tardarían unos cuantos días en regresar de la misión que se les había encomendado.

Veinte días más tarde, regresaron de Lieja sus compañeros Salazar y Lourinho, se contaron sus aventuras y maravillándose de los formidables espías, que el cardenal infante tenía a su servicio, y orgullosos de formar parte de aquel singular equipo que libraba batallas tan emocionantes y lucrativas, se fueron los tres camaradas a festejar por todo lo alto su inusitada fortuna, con los buenos ducados de oro que su nueva actividad les proporcionaba.

Capítulo VI — La investigación de Sforza

El nuevo responsable máximo del archivo vaticano, designado el 21 de diciembre de 2017 tras la muerte del anterior, asesinado por Gonzalo Sforza,

destituyó a éste, inmediatamente después de tomar posesión de su nuevo cargo.

Sforza no era de su cuerda, y este era motivo más que suficiente y aunque en un primer momento no sospechó de él, y como si no fuese más que un mero trámite, lo mandó a un oscuro negociado de un departamento secundario.

A Gonzalo Sforza no le importó gran cosa, y aparentó humildad y acatamiento, cuando le fue comunicado su nuevo destino. Él tenía otras ambiciones que, contra todo pronóstico, no pasaban, necesariamente, por escalar en el escalafón del funcionariado vaticano.

Tener la prueba documental del monumental robo al príncipeobispo de Lieja, perpetrado en la cuarta década del siglo diecisiete, le habría horizontes insospechados.

Sabía, por esa documentación, que el cerebro organizador de ese desconocido robo, había sido el cardenal infante, Don Fernando de Austria. Conocía también, el nombre del capitán, y el de los miembros del grupo de, supuestamente soldados del rey, que lo llevó a cabo.

Y estaba persuadido, aunque por el momento sin pruebas, de que el Conde— Duque de Olivares, estaba al tanto de todo el asunto.

¿Qué había sido de aquel tesoro? ¿Quién o quienes habían sido los beneficiarios?

¿Por qué, salvo dos historiadores y solo de manera lateral, ninguno más, había escrito sobre el asunto? ¿Existían otras fuentes que él desconociera? ¿La cosa había sido silenciada por el rey Felipe IV?, ¿por Olivares? ¿Existirían más datos? ¿dónde? Tenía trabajo que hacer, se dijo Sforza.

Tras meditarlo con detenimiento, llegó a la conclusión de que como en Roma y en sus archivos tenía vedada la entrada, habría de investigar en otros lugares. ¿Lieja?, ¿Paris?, ¿Simancas?, ¿Madrid?...

En esa época, España estaba en guerra con Francia, el príncipeobispo de Lieja, podría haber pedido ayuda a Richelieu y si Olivares sabía algo, quizá hubiera algo en Simancas o en Madrid, concluyó.

Como sabía que el jefe del servicio de seguridad del archivo vaticano había elevado un informe sobre él, a su antiguo jefe asesinado por él, tarde o temprano, el nuevo, sería informado del mismo y su lectura le conduciría a sospechar que algo tramaba y, por ello, llegó rápidamente a la conclusión, de que lo más sensato para él, era alejarse de Roma y planificar y ejecutar la investigación que iba tomando cuerpo en su mente.

Razonando de esa manera, ideó una fórmula de escape, y para escapar de una proximidad, peligrosa para él, solicitó una excedencia de un año, en el trabajo que se le había asignado, la obtuvo sin excesivas explicaciones, y sin mirar atrás, inició su periplo investigador dirigiéndose primero a la ciudad de Lieja.

Pero escapar de las garras del poder vaticano, no le iba a ser ni fácil, ni cómodo y mucho menos que fuese ignorado, tal y como pudo en un principio suponer, pues pocas semanas después de su partida, un colaborador del nuevo jefe del archivo vaticano, leyó el informe que el jefe de seguridad del mismo, había escrito sobre Sforza, comunicó el asunto a su superior y éste ordenó que, primero localizasen y luego vigilaran al huido, y cuando al jefe del archivo vaticano, se le comunicó que, el sacerdote Gonzalo Sforza, había obtenido una excedencia en su puesto de trabajo, y que estaba en paradero desconocido, hizo sus gestiones ante su colega del SIV (Servicio de Información Vaticana), y la sección correspondiente del Servicio Secreto Vaticano, al decir de los conocedores, el mejor servicio secreto del mundo, se puso en marcha, y agentes del mismo se pusieron tras la pista del sacerdote que, parecía estar haciendo algo, contrario a los intereses de la santa sede.

La primera pista que el sacerdote, que ahora perseguía un tesoro, había encontrado sobre el mismo, eran unas notas halladas en la que fue biblioteca de su bisabuelo Ludovico Sforza, que ahora era de su propiedad.

Esas notas trataban sobre un escrito que un capitán de tercio español en Flandes, Pedro Colmenero, había dirigido al Gobernador General Don Fernando de Austria, notificándole el éxito de la operación de apoderamiento del tesoro del príncipeobispo de Lieja y solicitando instrucciones.

En el archivo vaticano, encontró esa carta y ahora, se proponía averiguar qué había pasado con ese tesoro, pues su bisabuelo Ludovico sugería que, tras haber sido ocultado, se perdió su pista.

Ludovico Sforza era un erudito, amante de la historia en general y de acciones de unidades militares en particular. Coronel de infantería del ejército italiano, había escrito, entre otras muchas cosas, un extenso tratado titulado “Similitudini e differenze tra la falange macedone, la legione romana e il terzo spagnolo” y era, probablemente, el hombre que más sabía en su época, sobre los tercios españoles, sobre sus batallas y sobre las más mínimas cosas, de los oficiales y soldados que habían realizado alguna cosa de relevancia.

Con este importante material, Gonzalo Sforza planificó sus siguientes pasos, y decidió viajar primero a Lieja y, en función de lo que allí pudiera averiguar, realizaría otros viajes a Paris, Madrid, Simancas o a cualquier otro lugar al que sus investigaciones le llevaran.

Se encontraba metiendo en su maleta, las cosas que consideró necesarias para el viaje que iba a emprender, cuando revisando las notas y demás documentos que sobre el caso había redactado su bisabuelo Ludovico, su mente produjo un chispazo y recordó.

Revolvió entre esos papeles y encontró lo que buscaba, una fotografía en

daguerrotipo de la boda de su bisabuelo. Y allí estaba: Su bisabuelo Ludovico, de pie, con una casaca, sombrero y un lazo al cuello, junto a una bella dama sentada junto a él, y peinada con un moño alto. Al pie de la fotografía, se podía leer:

Ludovico Sforza Garnieri —nato Firenze y al lado nata Julia Corostola Eraña —Eskoriatza. Fotografia fatta a Milano —Fotografo Scarpelli 1.880. O sea, se dijo, que el soldado Corostola del escrito del capitán Colmenero, es o puede ser un pariente lejano mío, ¡Qué interesante!, concluyó.

Poco menos de un mes después de su salida de Roma, los dos agentes del servicio secreto vaticano, a quienes se había encomendado la misión de encontrarle, seguirle y vigilarle, dieron con su paradero.

Desde que días antes, habían iniciado su búsqueda, se plantearon la pregunta de dónde podía haber ido y la respuesta era, en principio, que a cualquier parte y la pregunta que siguió a la primera era, utilizando qué medio, ¿avión, coche, tren, transporte público?, y empezaron por las compañías aéreas y las agencias de viajes y los pagos con tarjeta a éstas, y rápidamente descubrieron que un tal Gonzalo Sforza, había pagado con Visa, un vuelo desde el aeropuerto de Fiumicino en Roma, hasta Lieja y los agentes Celio Rabatti y Fabrizio Macalusi, volaban el tres de marzo de 2018, hasta ésta última ciudad.

Se alojaron en el hotel Univers y sin pérdida de tiempo, comenzaron su búsqueda por los hoteles de la ciudad, para saber dónde se había alojado Gonzalo Sforza, y después de docena y media de llamadas, el recepcionista que atendió su llamada en el hotel Les Comtes de Mean, les confirmó que se hospedaba en el hotel un caballero con ese nombre y apellido y que tenía reservada habitación hasta el día quince de ese mes.

A las ocho de la mañana del día siguiente, los dos agentes se encontraban en un punto cercano y discreto, cerca de la puerta principal del hotel donde se alojaba Gonzalo Sforza y, tras algo más de una hora de espera, lo vieron salir del hotel y caminar sin prisa, hasta la plaza Saint Lambert donde entró con naturalidad, denotando que conocía donde estaba, en el Palacio de los Príncipes —Obispos de Lieja.

Esperaron tres minutos, entraron ellos también en el palacio y en un mostrador a la derecha de la imponente puerta de entrada, una chica rubia con gafas, les atendió y al ser preguntada por si había llegado el señor Sforza, la rubia sin mostrar sorpresa, por lo que hubiera podido considerarse una pregunta impertinente, respondió que sí, que el señor Sforza había llegado hacía diez minutos, como todas las mañanas, y que con toda seguridad, estaría consultando algún archivo o hablando con su jefe, que lo era de todos los servicios provinciales de Lieja.

Llamaron a Roma, su jefe se puso en contacto con la persona que había indicado la señorita rubia y que se apellidaba Darioux, quien, dada la relevancia de su interlocutor, nada menos que un obispo del SIV, no tuvo mayor inconveniente en informar, que Monsieur Sforza, había obtenido autorización para investigar en los archivos históricos de los Príncipes—Obispos de Lieja.

Con estos datos, al día siguiente, cuando Sforza salió del hotel, Celio se quedó de guardia en la puerta, por si Sforza regresaba de forma inopinada, y Fabrizio se coló en su habitación, la registró como el profesional que era, sacó fotos con su móvil de todos los documentos y demás cosas que consideró conveniente, y luego con su compañero, estudió detenidamente los objetos que Sforza tenía en su habitación, que habían sido minuciosamente fotografiados, y con mayor atención aún, los textos.

Todo ello, una vez estudiado, fue enviado a Roma. Los agentes fueron advertidos de que recibirían órdenes en unos indefinidos minutos, y transcurridos treinta, recibieron orden de realizar todos los días la misma operación y con sumo cuidado, para que ningún empleado del hotel y, naturalmente, tampoco el propio Sforza, sospecharan nada y así se hizo, y el dieciséis de marzo viajaban hacia París, esta vez en el mismo tren que Sforza.

Capítulo VII.— Amores de senectud.

Se aproximaban las navidades de 1636 y en aquel veintitrés de diciembre, se celebraba en uno de los salones más emblemáticos de Valencia, una gran fiesta, que reunía prácticamente a la totalidad de la nobleza valenciana, a la que acudió Inés del brazo de Luis Mercader, acompañándolos Eulalia que, saludada nada más llegar, por un apuesto caballero, se alejó de inmediato con él, mezclándose alegremente con los numerosos asistentes al festejo prenavideño.

La relación entre Inés y su amigo Luis, se había fortalecido con sus frecuentes visitas, a lo largo del último año. Inés se encontraba muy a gusto con aquel hombre, amable, educado y cariñoso con ella y con su hijo, respecto del que tenía unos sentimientos rayanos en el embobamiento, cada vez que lo miraba, jugar, reír y alborotar.

En las ocasiones que Eulalia se enfadaba por los insistentes llores del crío y se disponía a cogerlo para regañarle cariñosamente, él se adelantaba raudo, lo cogía en sus brazos y se alejaba hasta una esquina del salón en actitud protectora y diciéndole cancioncillas en susurros.

Inés sonreía al verlo y la ternura se apoderaba de ella. Luis Mercader, no había cumplido la promesa que hizo al padre de Inés, de seguirle buscando un marido. Ni él los buscó ni, naturalmente, Inés los pidió y Eulalia no volvió a mencionar el asunto, desde que el marqués de Forcada partió hacia Madrid, hacía casi un año, con muy buen viento fresco, según la dama italiana. El padre

de Inés había, en ese tiempo, escrito dos cartas a Mercader, demandando noticias sobre el negocio del casamiento de su hija, que habían sido respondidas por éste, de manera vaga.

Sentía el valenciano por Inés, algo que, se decía, no sabía definir, cuando la realidad era que no quería hacerlo. No se atrevía a afirmarse a sí mismo, que estaba enamorado de ella. En la lucha en la que pugnaban sus encontrados sentimientos, había un factor que lo incomodaba. Desde hacía años, mantenía relaciones con una dama que, ahora tenía treinta años y que, en su juventud, había sido una renombrada y lujosa cortesana.

Esta mujer se llamaba Quela, diminutivo cariñoso de Miquela, y vivía desde hacía siete años, apartada completamente de su profesión, al haber sido retirada de ella por Don Luis Mercader, por el procedimiento de comprarle una casa, que ella había calificado de muy bonita y pasarle todos los meses, la conveniente suma de maravedíes, a los que se podían añadir, los regalos que le hacía cada vez que iba a su casa a yacer con ella, cosa que solía ocurrir cada semana.

Quela era mujer lista y había, primero observado y luego concluido, que su amante se traía algún asunto entre manos, que le afectaba directamente a ella.

Y le dijo a Mercader sus conclusiones. — Luis tú tienes algo, algo que me va a afectar y que me va a doler. — ¿Yo?, ¿qué he de tener yo? — No lo sé con exactitud, pero estoy segura de que por tu cabeza ronda otra mujer — declaró abiertamente la señora.

Mercader la miró fijamente y decidió no mentir. Era una buena mujer y lo había acompañado todos aquellos años en sus soledades.

No la había amado, pero sí respetado y no había ningún motivo para que no siguiera haciéndolo. — Es cierto Quela, siento que estoy enamorado de una muchacha, pero es un amor imposible. Tiene veintiún años y un hijo, que sé que no dudarás de que no es mío. Soy amigo de juventud de su padre, el marqués de Forcada que reside en Madrid, y me ha encargado que me ocupe de encontrarle marido, entre uno de los jóvenes nobles valencianos, pero ella se niega, por eso la visito con frecuencia y juego con su hijo que, por cierto, es mi ahijado.

— Vaya por Dios. Qué disgusto me das Luis. — No tienes por qué llevarte ningún disgusto Quela, nuestra relación seguirá como siempre. — Pero la amarás a ella — respondió Quela. — Eso, al menos de momento, no lo puedo evitar. No quiero herirte, pero sabes bien que, aunque te tengo mucho cariño, nunca he dicho que te amara.

— Es cierto, he de confesarlo, pero desde que te conozco, me he hecho a la loca ilusión de que algún día lo harías. — Lo siento Quela, pero así están las cosas y si no te importa, no deseo seguir hablando contigo de este asunto. — De acuerdo Luis, callaré mi boca y no te molestaré más con mis celos. — Está bien

—concluyó un serio Mercader. Volvió a su casa el hombre sereno, pero también con una cierta inquietud. Era la primera vez que se decía a sí mismo, que amaba a Inés y eso le procuraba desasosiego, pero, se decía sorprendido, un desasosiego bueno, agradable.

No, no era eso, era una inquietud nueva, suave, placentera. No conocía esa sensación y era confortable, pero se sentía nervioso mientras caminaba, ¿sería el frío?, no, no era el frío, el atardecer era cálido, aunque fuese enero.

¿Iría a ver a Inés? Y decidió que no. En su estado de ánimo, no era prudente. Podía cometer un desliz en su conversación con ella y decir algo o insinuarlo, algo quizá banal, pero de lo que pudiera arrepentirse.

Pero al día siguiente sí fue a verla. — Hola Inés, ¿cómo te encuentras hoy?

— No demasiado bien. No he dormido casi nada y Eulalia tampoco. Jaime ha estado dando la tabarra toda la noche y aunque nos hemos turnado, ha sido inútil.

—Lo siento Inés. ¿Puedo ver a mi ahijado? — Ahora duerme, pasa a la habitación si quieres y míralo dormir.

Luis miró durante largo rato, a un Jaime dormido como el angelito que era, y sintió una profunda ternura, salió de la habitación y se reunió con Inés y Eulalia.

—Mira Inés, te he traído un libro que, creo que te va a gustar. — Gracias Luis, eres muy amable.

—Y como te gusta la poesía, te traigo también un poema de Lope de Vega que, con otros varios me ha enviado el hijo del que fue buen amigo mío, el librero de Madrid Pedro Madrigal. Luis entregó a Inés un librito y le indicó lo abriese por la página quince.

—A ver qué te parece este poema Inés. A mí me ha dejado estupefacto. Luis Mercader temía dejar traslucir sus sentimientos, pero con la elección del poema, se traicionó a sí mismo y ni tan siquiera se dio cuenta de lo que con él estaba descubriendo, pero Inés sí se dio cuenta, de algo se dio cuenta, pero en ese momento tras la lectura del soneto, no acertó, en un primer momento, con la profundidad del sentimiento que su amigo le revelaba.

Había escrito el gran Lope: “Desmayarse, atreverse, estar furioso, áspero, tierno, liberal, esquivo, alentado, mortal, difunto, vivo, leal, traidor, cobarde y animoso; no hallar fuera del bien centro y reposo, mostrarse alegre, triste, humilde, altivo, enojado, valiente, fugitivo, satisfecho, ofendido, receloso; huir el rostro al claro desengaño, beber veneno por licor suave, olvidar el provecho, amar el daño; creer que un cielo en un infierno cabe, dar la vida y el alma a un desengaño; esto es amor, quien lo probó lo sabe.”

Inés, no ocultó su sorpresa, pero trató de disimularla, pues le vino a la mente una pregunta, que consideró poco pertinente y no la formuló.

Pero como era mujer a quien no gustaba tener dudas, pidió a Mercader que volviese a leer, él solo y en voz alta, el poema de el sempiterno enamorado Lope de Vega, a la par que enamorado.

Y el enamorado Mercader leyó, y a Inés no le cupieron dudas. Eulalia, por su parte, en la mitad del segundo verso, alzó la mirada del bastidor en el que cosía, miró al declamador, luego a Inés y sonrió maliciosa.

Y contra lo que podía esperarse, finalizada la lectura en alta voz por parte de Luis, se pusieron los tres a hablar del tiempo, y la velada discurrió y concluyó, alegre y amablemente, y a las ocho de la tarde, ya noche, Luis Mercader, se despidió y abandonó la casa, risueño, aunque no hubiera sabido decir exactamente por qué.

Quedáronse solas las dos mujeres, y Eulalia le dijo a Inés: — ¿Quieres que cenemos, o prefieres acostarte para soñar con tu apuesto enamorado? — No bromees Eulalia. No imaginaba una cosa así. — Bueno, no tienes motivo para enfadarte conmigo, y menos con él. Os lleváis bien, os habéis hecho buenos amigos y él, sin darse cuenta cabal aún, se ha enamorado de ti. Yo lo veía venir desde hace tiempo.

—No sé qué pensar Eulalia, no estoy preparada para afrontar una cosa así. — Y, sin embargo, es una buena oportunidad para ti. Me has dicho muchas veces que no te casarás nunca, y sé que cada vez te acuerdas menos de Tristán, y como esa relación es inexistente, porque él no te ha contestado y además está en Flandes y cualquier día lo matan, pues...con todo eso, ya me dirás...

—¡Eulalia! No vuelvas a decir una cosa así. — Perdona mujer, yo no deseo que sufras, todo lo contrario, quiero tu felicidad y aunque no estés enamorada, Luis te gusta y podrías tener una buena vida con él. Además, adora a tu niño y estoy segura de que le daría su apellido.

—De acuerdo Eulalia. Debo pensar todo esto con calma. Necesito pensar en todo esto, muy despacio. — Muy bien amiga, tu reflexiona y yo voy a decir que nos preparen la cena, bebemos un poco de vino, y si quieres un mucho, mientras charlamos de lo que quieras, y luego nos vamos a dormir y, al menos yo, a soñar con los angelitos.

—Eres un caso Eulalia, un auténtico caso. Y Eulalia sonrió, contenta, dirigiéndose hacia la cocina.

Durante los siguientes meses, Inés y Luis dieron un cambio a sus relaciones, que pudiera parecer no sustancial, pero de alguna manera lo era.

Hasta entonces, sus contactos se habían mantenido en la esfera de lo privado y salvo el día que acudieron juntos a la fiesta prenavideña, no se habían dejado ver en público, y lo de esa fiesta, no dejaba de ser un acontecimiento social al que las damas acudían acompañadas de caballeros, sin que la circunstancia del

caballero que acompañaba a una determinada dama implicara que había alguna relación entre ambos, ni tan siquiera, el inicio de una relación. El cambio se produjo el día en que, sin motivo o razón especial, una soleada tarde de febrero, Luis propuso a Inés, dar un paseo con el niño y a Inés le pareció bien y adecuado para su hijo, pues el chiquillo no conocía más exterior que el jardín de la mansión que, aunque era grande, no dejaba de ser relativamente reducido.

Eulalia vistió al niño con muchas galas, le hizo a la madre un sinfín de recomendaciones sobre los vientos y los fríos del mes y, allá se fueron madre y padrino con el bebé.

De forma que, a partir de aquel día, si hacía mal tiempo o simplemente les apetecía otra cosa, jugaban al ajedrez o leían y luego comentaban lo leído y si el tiempo era agradable salían con el niño y paseaban por parques y jardines, por las calles de Valencia, o caminaban hacia el puerto.

Las gentes no tardaron en empezar con sus comidillas y las comadres decían que hacían muy buena pareja y los compadres se admiraban con la chavala que se llevaba el vejestorio de Don Luis, y salvo por algunas miradas, cuya intención era imposible no apreciar, ellos no se enteraban de esas habladurías, o quizá hacían como que no se enteraban.

Lo cierto era, que ellos hablaban alegremente, con confianza y se sentían bien uno junto al otro. Eran pues, tiempos apacibles para Inés y Luis, cada uno con sus desventuras, pero tranquilos, al fin y al cabo, cuando la desgracia golpeó sus vidas y, como se suele decir que las desgracias nunca vienen solas, esta vez vinieron a pares al palacete de Dos Aguas.

Ocurrió que, a Eulalia se le murió una clienta, a la que venía tratando y a la que había hecho abortar. La familia de la chica en cuestión, era de importancia en la provincia y así como la madre se deshizo en lloros, pero no responsabilizó a Eulalia, de la que por cierto, era amiga, el padre, no solo montó en cólera, sino que denunció a Eulalia a la santa inquisición y la santa inquisición determinó, sin mayores dificultades ni necesidad de opiniones médicas, que Eulalia era una bruja y, por ello, practicaba brujería, cosa que era un pecado perseguido con santo celo, por aquellos hombres de Dios.

Era ya entrada la primavera y estaban en los preliminares del proceso que se incoó contra Eulalia que, acudía aquel día al tribunal inquisitorial acompañada por Luis que, hasta el momento, había conseguido que no la encarcelaran, cuando a unos veinte metros, al fondo de un larguísimo pasillo de la sede del tribunal, Eulalia creyó ver algo que la sobresaltó sobremanera.

Se paró en seco, apretando el brazo de Luis, éste la miró extrañado de su actitud y le preguntó: — ¿Qué pasa Eulalia? — He visto un fantasma —dijo una pálida Eulalia. — ¿Qué es eso de un fantasma?, ¿quieres explicarte, por favor?

—No sé cómo hacerlo —respondió Eulalia —, he visto a un muerto, que murió en Madrid hace casi dos años, en la esquina de este pasillo.

—Pero eso es imposible, te habrás confundido. De todas formas, dime dónde está ese que has visto y lo traigo a tu presencia, para que te convenzas de tu error y te quedes tranquila, que ya tienes bastantes problemas con los vivos con los que ahora tenemos que enfrentarnos, como para que te inventes muertos.

Eulalia suspiró. Estaba muy asustada. Había visto a Carlos Berganza y vestía como un abogado, con bonete y amplia toga. Era él, estaba segura. Pero Luis tenía razón, eso era imposible. ¿O no lo era? Se agarró fuertemente al brazo de Luis y continuaron andando por los pasillos.

Les hicieron esperar más de dos horas, y luego ante un secretario del secreto, que recibía ese nombre por ser uno de los oficiales del tribunal inquisitorial, que se encargaban de recoger las declaraciones de procesados y testigos, y eran los únicos que, junto a inquisidores y fiscal, tenían acceso a los secretos del Tribunal, prestó declaración Eulalia y testificó Luis en su defensa, regresando al cabo de cuatro horas, a la casa donde la primera residía con Inés.

Y el susto antes pasado por Eulalia, se convirtió en certeza, pánico y desesperación. Ambos se encontraron con una doncella, la que les abrió la puerta, sumida en llanto, que no acertaba a explicar el motivo de su estado.

Subieron apresuradamente al piso donde esperaban encontrar a Inés, y la hallaron pálida y como muerta, derrumbada en un sillón y atendida por otra sirvienta, que no sabía cómo ayudar a su señora.

Al verlos llegar, Inés, se aferró a los brazos que Eulalia le tendía, ésta preguntó apremiándola por lo que ocurría, y se enteró por una destrozada Inés, de que estaba en el jardín con el niño dormido en su cesto, lo dejó solo un momento para entrar en la casa y coger su papilla y cuando regresó, el niño ya no estaba.

Luis salió precipitadamente al jardín, en busca de alguna posible pista, pero al menos en ese momento, no se percató de nada fuera de lo normal.

Luego, con más calma y método, revisó palmo a palmo, el jardín y el muro que lo circundaba, pero tampoco halló nada. Volvió a la casa subió al piso de arriba y se encontró con Eulalia, que le dijo que le acababa de dar una infusión a Inés, y que le había obligado a que se metiera en cama, tras lo cual le dijo muy sería:

—Ha sido Carlos Berganza. — ¿A qué te refieres? —preguntó Luis —, ¿y quién es Carlos Berganza? — Al rapto. Sé que ha sido el sacerdote Carlos Berganza. — ¿Quién es ese sacerdote?

Y Eulalia contó, a un cada vez más sorprendido Luis Mercader, a medida que avanzaba el relato, toda la peripecia vivida entre Berganza e Inés, el espadazo

que le asestó Tristán, y como se deshicieron de lo que supusieron un cadáver.

Terminado el relato, ambos quedaron silenciosos y al cabo, Luis dijo: — No podemos estar seguros. — Yo sí lo estoy —afirmo Eulalia con contundencia.

—A podido ser cualquiera y por motivos de dinero — respondió Luis — pues no se me ocurre otro. En cualquier momento nos harán saber que lo tienen y lo que piden para entregarlo a su madre.

—Si hubiese ocurrido ayer —insistió Eulalia —, hubiese estado de acuerdo contigo, pues tampoco yo hubiese encontrado otro motivo que el dinero del rescate, pero ha sido hoy, y hoy, yo he visto a Berganza y él si tiene motivos para hacer una cosa así, y además tiene sentido que estuviera en el edificio del Tribunal, tiene sentido, porque ha debido enterarse de que tenía que declarar hoy y se ha asegurado de que estaba allí y contigo y en consecuencia, sabía que, aparte las criadas, Inés estaba sola con el niño. La parte de la tapia del jardín que da a las huertas no es tan alta y un hombre fuerte, puede saltarla fácilmente o encaramarse y espiar los movimientos de Inés, hasta que ésta se ha ausentado, y eso creo que es lo que ha sucedido.

Luis Mercader, convino en que era razonable lo que Eulalia decía, si se aceptaba, claro está, que la espada de Tristán no había matado al secuestrador.

Berganza tenía motivos para hacer una cosa así. Lo que suponían había hecho, era despreciable, pero era racional pensar que motivos para odiar a Inés tenía, y el odio genera venganza.

Luis Mercader sopesó, con detenimiento, lo que debía hacer. No creía que el niño corriera peligro, salvo que el secuestrador sufriera un ataque de locura, y si eso era lo que había ocurrido, el niño estaría para esas horas muerto, y ya nada se podría hacer.

Pensó a la vez, en qué haría Berganza si el niño aún seguía con vida. Si el motivo era el odio y con él, el deseo de venganza respecto de Inés, dicho de otro modo, hacer sufrir cruelmente a Inés, el niño estaría vivo y razonablemente bien cuidado, ¿qué pretendería hacer con él?

Concluyó que cualquier cosa, desde entregárselo muerto o descuartizado, hasta llevárselo con él, o incluso también pedir un rescate. En cualquier caso, el tiempo apremiaba, y por una extraña razón, que no conseguía explicarse, tuvo la seguridad de que el autor, no había huido de Valencia y que aguardaba a hacer algo y, en consecuencia, había que darse prisa para encontrar al niño, y pensó en Quela.

Hablar con las autoridades, era inútil en un asunto como éste. Quela era una mujer con extrañas habilidades. Conocía a multitud de personas y ejercía influencia sobre ellas. Ella no era amiga de ellos, pero ellos alardeaban de que eran amigos suyos.

Luis contó a Quela todo lo que sabía, y ésta contestó sin hacer el más mínimo comentario sobre las andanzas y desgracias de aquella mujer de la que estaba enamorado el hombre a quien ella amaba:

—Yo me encargo Luis, déjalo en mis manos. — Pero yo quiero hacer algo — protesto Luis.

—Tú puedes movilizar a tus sirvientes, y a otra gente que consideres discreta y que salgan todos a la calle y que husmeen y pregunten, discretamente, hasta que encontremos al niño.

El hombre que recogió a un moribundo en la cueva del risco del encinar, su mujer y su hijo lo cuidaron durante días, en un acto que para unos sería de caridad cristiana y para otros de hombría de bien, o como deba decirse hombría, en su equivalente femenino.

Al cabo de una semana, contada desde el día en el que lo recogieron moribundo, pese a haber perdido mucha sangre y debido a su fortaleza, pensaron sus cuidadores, regresó del sendero de la muerte y, poco a poco atendido con mimo y convenientemente alimentado, se recobró casi totalmente.

Pasó un mes más con aquella buena gente, ayudando en las labores del campo, para compensar de alguna manera, lo que ellos habían hecho por él.

El día que se fue entregó a su salvador, los tres ducados que aún estaban en un bolsillo de su sotana, y caminó calmadamente dispuesto a recorrer las aproximadamente tres leguas, que le separaban de Madrid y llegar a la ciudad antes de anochecer.

Era noche cuando llegó a las proximidades de la iglesia de los Jerónimos. En su convalecencia, había dedicado muchas horas a reflexionar sobre los acontecimientos de desembocaron en su casi muerte, y en esos acontecimientos, estaba Inés, estaba Eulalia y aquel desconocido que lo ensartó con su espada, con una mirada de odio, cuya causa, él desconocía.

Decidió por ello ir a Valencia, deseaba hacerlo, necesitaba encontrar a Inés y saber qué había pasado con el hijo que esperaba, un hijo que también era suyo, cosa que no conseguía digerir, pues nunca se había planteado que pudiera ocurrirle una cosa semejante. Pero también decidió ser cauto y dirigirse primero a Portugal, y buscar allí refugio entre sus amigos, los enemigos del rey Felipe IV, dejar pasar un tiempo, y ya vería cuándo le parecía conveniente ir a Valencia, adonde también podría ir por mar.

Además, no podía volver a su anterior trabajo, a su iglesia, su superior lo castigaría severamente y el obispo lo odiaba, no sabía exactamente por qué.

Que un cura fornicase y que eso llegara a sus oídos, por ser esa fornicación más o menos pública, era motivo de un severo castigo, pero no razón para odiar, y estas cavilaciones le llevaron a razonar que el obispo podría tener alguna

prueba de su actividad de espía y agente de los rebeldes, que propugnaban la independencia del reino de Portugal.

En consecuencia, decidió desaparecer, ir a Portugal y aplazar la resolución de sus asuntos con Inés, y en caso de que ella lo rechazara nuevamente, buscarse otra vida por esos mundos de dios, mundos que aún no sabía dónde se encontraban.

Pero para llevar a cabo sus propósitos, necesitaba dinero, no era cosa de echarse a los caminos como un pordiosero, así que decidió robar en la iglesia de los Jerónimos, porque allí sabía dónde se encontraba el dinero, aunque no supiera cuánto podía haber, cuestión que tampoco tenía respuesta si fuese a realizar el robo a cualquier otro sitio.

Entró en el recinto, por la puerta de la leñera, que estaba situada en la planta baja. Sabía, por el fraile encargado de ella, que esa puerta no cerraba bien y que, pese a sus ruegos, ya que se habían producido algunos robos de leña, el padre ecónomo, el que manejaba los dineros, no había facilitado al fraile responsable de la leña lo necesario para arreglarla. Subió las escaleras oscuras y silenciosas y se paró ante una puerta al final de un largo corredor.

Era la habitación y oficina del padre ecónomo y estaba cerrada. Llamó suavemente y esperó. Quince segundos y la puerta se abrió cinco centímetros y Carlos vio la nariz y los ojos dormidos del responsable de la economía de aquella iglesia, que había sido la suya.

Empujó violentamente la puerta y entró. Con el golpe, quien allí moraba y trabajaba, cayó al suelo y Carlos lo sujetó por los brazos, le dio la vuelta, lo puso de espaldas contra el suelo, le ató un trapo alrededor de la cara para que no gritara y le arrebató las llaves que colgaban de su cintura.

Abrió la caja, se apoderó de todo lo que allí había que, estimó serían unos mil ducados, golpeó con fuerza y en la nuca, a su víctima y sin preocuparse de si lo había o no matado, salió, recorriendo inversamente el trayecto, hasta llegar a la calle y de allí corrió velozmente hasta perderse en la oscuridad.

Anduvo en la noche hacia el oeste de la ciudad. De mañana, compró ropas adecuadas y una mula y tomó el camino de Talavera de la Reina.

Llegó a Lisboa, tras treinta y cinco días de penoso viaje a lomos de aquella maldita mula, que vendió por cuatro cuartos nada más llegar a su destino.

Se dirigió al palacio del que fuera su principal contacto, Eduardo de Braganza, hermano del futuro rey de Portugal Fernando IV, y allí se enteró, de que éste sediento de hechos militares, había ido a servir el año anterior, al emperador Fernando III de Habsburgo, en la Guerra de los Treinta años. En el palacio, recibió instrucciones, y diversos personajes relevantes de la causa portuguesa, le encomendaron informes de lo que se decía en Madrid.

Los deseos independentistas portugueses se centraban en una serie de agravios, que se habían producido desde que Felipe II adquiriese los derechos sucesorios al trono portugués en 1581.

Las causas fundamentales de la sublevación fueron: la falta de representación de Portugal en la política de la monarquía hispana, reflejada en las estancias, prácticamente nulas de los monarcas en el reino, la ocupación de los altos cargos administrativos portugueses por la nobleza castellana, mientras que los portugueses eran vetados en Castilla, y las consideradas inaceptables exigencias de hombres y dinero, hechas por Olivares para hacer frente a la Guerra de los Treinta años en Flandes y por último, y no por ello menos importante, el desastroso gobierno, a juicio de los nobles portugueses, de la duquesa viuda de Mantua, estrechamente vinculada a la familia real española, ya que era nieta de Felipe II.

En este ambiente, la presencia e incondicional colaboración de un Carlos Berganza, que se supo hacer querer y necesitar por los informes que suministró, veraces, pero exagerados y que regalaron oídos proclives a todo lo que fuese contra el odiado Olivares, le granjeó simpatías y unos buenos dineros, aparte de una estancia regalada, durante los casi dos años que permaneció en Lisboa.

Y un uno de septiembre de 1637, partió de Lisboa rumbo a Valencia, en el buque Vento, arribando a esta ciudad el siguiente día quince, tras ser perseguidos y conseguir huir, de un corsario holandés que los avistó a la altura del cabo San Vicente.

No tuvo necesidad de inventar historia alguna para explicar cuáles podían ser sus motivos para querer ir a Valencia, pues para su fortuna, fue enviado a esa ciudad para interesarse y procurar la puesta en libertad, de otro agente al servicio de Portugal, que había sido detenido por el tribunal de la inquisición, acusado de robar en la catedral de aquella ciudad.

Cuando supo adónde le enviaban, se alegró sobremanera, pero al tiempo pensó, que dado que habían transcurrido casi dos años, desde la última vez que vio a Inés, quizá esta no se encontrara en Valencia, por haber regresado a Madrid, por lo que, a través de un correo de postas a caballo, que hacía la ruta Madrid Lisboa y viceversa, a quien encomendó, pagándole muy bien, la misión de averiguar si Inés de Forcada estaba en la capital del reino, supo que continuaba en Valencia.

Resuelto este asunto, se dispuso a partir. Le facilitaron documentación personal y profesional, de un supuesto abogado de Badajoz y el dinero y vestimentas necesarias para cumplir su misión de falso abogado enviado por un pariente del preso, importante prohombre de la ciudad pacense.

Y haciendo el trabajo encomendado, tuvo conocimiento de la causa que se

llevaba contra Eulalia, pues el asunto de la chica muerta por administración de abortivos, por la que se había encausado a ésta, había organizado gran revuelo, dada la notoriedad de sus padres y el escándalo que organizó el padre de la muerta.

Tuvo, aunque sin verla en un principio a ella misma, conocimiento del paradero de Inés. Luego la vigiló, y sabiendo la fecha en la que Eulalia tenía que declarar, se aseguró de que Inés estuviera sin su protección, y preparó y ejecutó el secuestro del niño.

Fue mucho el tiempo que tuvo para pensar qué haría cuando estuviese frente a Inés, y al verla paseando a su niño, junto a un hombre, con el que conversaba muy amistosamente, decidió el rapto.

No tenía muy claro el motivo, pero viéndola en compañía de otro hombre, del que lo desconocía todo, al igual que sus relaciones con ella, decidió apoderarse del niño y presentarse luego ante ella, simulando que desconocía todo lo referente al secuestro y, en su caso, brindándose a encontrarlo y devolvérselo sano y salvo.

La reacción de Inés al verlo con vida era impredecible, pero suponía que su indudable sorpresa y desconcierto, le otorgarían ventaja, y quizá alguna posibilidad de recuperarla. Siempre le quedaría la baza de amenazarla con acusarla de complicidad en un asesinato.

En el transcurso de sus reflexiones, consideró la posibilidad de que el hombre que casi lo mata, hubiera actuado por orden o influenciado por ella, pero descartó esa hipótesis.

Le había dicho que no le había amado nunca, y que no quería volver a verle, pero eso no era suficiente razón como para querer su muerte.

Por otra parte, si Inés se había acostado con él, bien podía estar haciéndolo con otros, o con aquel que quiso matarle, y éste hubiera hecho lo que hizo, en un ataque de incontenibles celos, con lo cual, él no tendría el amor ni el sexo de Inés, pero tendría su venganza y ella pagaría muy caro, su desprecio hacia él.

Y allí se encontraba Carlos Berganza, en la casa en la que Inés residía en Valencia, habiendo dejado al niño con una vieja gruñona y desdentada, pero muy eficaz en menesteres como el que se le había encomendado, recomendada a él, por un secretario del juzgado, como mujer de fiar para cualquier trabajo sucio, siempre que se le pagara bien. Berganza había decidido decidió por fin, presentarse ante Inés y lo hizo a los tres días del secuestro.

—Señora, espera en la puerta un hombre que dice que quiere verle, para darle un recado del sacerdote Berganza. — ¿De quién? —gritó Eulalia. — ¿Qué has dicho? —preguntó horrorizada una descompuesta Inés. — Perdóneme la señora, pero creo que ha dicho Berganza... o algo así —respondió la criada

muerta de miedo. — Espera Inés —dijo Eulalia —ya bajo yo a ver. — ¿Cómo voy a esperar? —le respondió Inés dirigiéndose a la puerta de la habitación en la que se hallaban. Bajaron nerviosas las dos mujeres, seguidas presurosamente por la sirvienta que les había anunciado la visita, y al abrir ésta la puerta, se encontraron con un hombre de cabellos largos y frondoso bigote, al que en un primer momento no conocieron, mas luego, al sonreír éste y hablarles, reconocieron sin asomo de duda.

Quedaron estupefactas, lo que Berganza aprovechó para dar un paso y entrar en la casa, y con su ademán, las mujeres retrocedieron dos pasos, la criada interpretó mal el movimiento y cerró la puerta a espaldas de Berganza.

Iniciaron el ascenso al primer piso, ambas mujeres agarradas del brazo y Berganza las siguió. Se sentó Inés en su sillón y Eulalia se colocó tras ella, como protegiéndola, y Berganza de pie en el centro del salón, dijo: —Espero que ambas os alegréis, pues no creo que, pese a todo, me desearais muerto. Ninguna de las dos mujeres respondió a aquello, que podría interpretarse como una pregunta.

—¿Qué quieres? —se le enfrentó Inés valientemente. — ¿Que qué quiero? —se enfadó Berganza —, quiero una explicación, quiero saber quién es el hombre que me atacó y quiero saber por qué.

—No le conoces —respondió Inés —, ni le conocerás, e intentó matarte por celos. — Luego, también te acostabas con él. — No, pero sí lo amaba, y él sabía que lo amaba. — Pero tuviste un hijo conmigo —se exasperó Carlos.

—Cierto es, y ha sido el mayor error de mi vida— bajó la vista Inés — ¿Cuál ha sido tu error — gritó Berganza —, fornicar conmigo o haber tenido un hijo?

—Yacer contigo —respondió una desafiante Inés. Carlos Berganza comprendió que volver a tener relaciones con Inés, era algo imposible, y en su cerebro se asentó, como única opción la venganza, y con tono amenazador advirtió a ésta.

—Tú lo has querido zorra, no volverás a ver a tu hijo. — Sí lo hará —afirmó desde el dintel de la puerta Luis Mercader —

—No, yo lo impediré. Yo tengo al niño y lo mataré. Esa será mi venganza. Luis Mercader dirigió la punta de su bastón hacia el pecho de Carlos Berganza, al tiempo que apretaba un botoncillo en su empuñadura, de la punta surgió un estilete de veinte centímetros que, con rápido movimiento, clavó en el corazón de Carlos Berganza, quien esta vez, sí cayó muerto. Inés se echó en brazos de Luis y le abrazó horrorizada y despavorida por lo que acababa de ocurrir.

Calmada ésta y expectante Eulalia, Luis les relató cómo había encontrado al niño, que se encontraba bien y que, en unos minutos, lo traerían a la casa.

—¿Quién lo traerá?, ¿dónde lo tienen? —preguntó una nerviosa Inés. Luis

explicó a las dos mujeres, cómo uno de sus sirvientes había localizado al niño, que se encontraba en una casucha miserable, custodiado por una vieja contratada y pagada por un hombre, cuya identidad desconocía, pero que describió, como alto de pelo muy largo y gran bigote negro.

Dijo también, que el niño se encontraba bien, algo sucio, y que lo traerían de un momento a otro. Qué él, nada más tener conocimiento del hallazgo del niño, había corrido a esta casa para comunicárselo a Inés.

En efecto, media hora más tarde, llegó Quela con el niño en brazos y se lo entregó a su madre. Entretanto, Luis había mandado a una de las criadas de Inés, con recado de allegarse hasta su casa y comunicar en ella a quien le atendiese, la orden de que sus sirvientes Belarmino y Rafael, viniesen sin demora a la casa de la señora Inés.

Allí escucharon las órdenes de su amo, enrollaron el cuerpo de Carlos Berganza en una alfombra y se lo llevaron con el mandato de deshacerse de él, asegurándose primero de que estaba muerto y, en segundo lugar, de que no sería hallado el cadáver, jamás.

Entretanto Inés no dejaba de abrazar y besar a su niño y Quela, Eulalia y Luis la miraban arrobados. Era, ciertamente, una bella estampa. Finalmente, Luis presentó a su amiga Quela y las tres mujeres charlaron animadamente, sobre el único tema posible aquel día: El niño Jaime. Lo guapo que era y el tremendo susto que habían pasado.

Inés se despidió cariñosamente de Quela y Luis bajó con ella, acompañándola hasta la puerta de salida de la mansión. Subió Luis e Inés le preguntó: — ¿Quién es esa mujer Luis? Mucha confianza debes de tener en ella, como para entregarle a mi hijo. — Sí, en efecto — respondió Luis —, es una mujer en la que confío plenamente. — ¿Y cómo se llama? —inquirió curiosa Inés —me la has presentado como una amiga tuya, pero sin mencionar su nombre.

—Quela —dijo Luis —, un diminutivo cariñoso de Miquela, nombre muy común en estas tierras valencianas. — ¿Y dónde vive?, me gustaría tener una atención especial con ella. — No es necesario Inés, sé que ella lo ha hecho desinteresadamente y con mucho gusto. A Inés se le ocurrieron más preguntas, como por ejemplo qué hacía, si estaba casada etcétera, pero se las calló y no se quedó conforme consigo misma por haberse callado, pero se calló.

Eulalia, también se calló, mientras Luis estuvo presente, pero no lo hizo cuando ambas mujeres se quedaron solas. —No es que Luis tenga que rendirte cuentas de nada —dijo Eulalia a su amiga —, pero creo que, entre él y esa Quela, hay algo más que una simple amistad.

—¿Y qué si es así? —respondió Inés un tanto airada. — Pues que lo que

pueda ocurrir entre ellos, te importa más de lo que quieres aparentar —le respondió Eulalia seriamente. — No seas entrometida —se enfadó Inés. — No me entrometo, yo afirmo y me confirmo en que tú y ella sentís lo mismo, por el mismo hombre. — Yo no siento nada —siguió enfadada Inés —, profeso a Luis un gran cariño y ahora con lo de Jaime, le estaré eternamente agradecida.

—Pues cástate con él. Eso es lo que más te conviene. — Pero si ni siquiera me lo ha pedido.

—Y es muy probable que no lo haga, mientras tú sigas comportándote con él, como lo estás haciendo. — ¿Y cómo me estoy comportando con él, según tú? — Como una señorita mimada, eso es, muy mimada.

—Parece mentira Eulalia que, precisamente tú, me digas una cosa así. — Claro, como que a mí pueda parecerme mentira que una chica inteligente como tú, que se folló a un cura y... — ¡Eulalia! — bramó Inés. — Ni Eulalia ni gaitas, hiciste lo que hiciste y lo hiciste a modo, luego conociste el amor, pero no cataste ese amor en la cama y precisamente por ese amor inconcluso, no buscas otro y ahora estás sin hombre y con un crío encima y... — ¡Basta Eulalia!, hazme el favor, no quiero hablar más de esto. Déjame en paz con este asunto y preocúpate de tus cosas que son bien graves y pueden, Dios no lo quiera, llevarte a la cárcel.

—De acuerdo Inés, no insistiré. — Muy bien. Voy a ver cómo está el niño.

Inés entró en el cuarto del niño, que dormía plácidamente y pensó en Tristán, en Luis, en Berganza y en su vida presente y en cómo sería su futuro.

Al día siguiente, Luis vino a ver cómo se encontraba el niño, eso dijo, pero no se engañó ni a él. Cuando la doncella entró en el saloncito, anunciando al señor Mercader, Eulalia dijo que tenía que hacer no sé qué cosa y cogiendo un bolsón que utilizaba cuando visitaba a alguna clienta, abandonó la casa, e Inés supo que no había clienta que visitar y que la dejaba deliberadamente a solas con Luis Mercader.

Un tanto nerviosa, se encaró con Luis. — Ayer, ni llegué a decírtelo, pero sabes bien lo mucho que te agradezco, lo que has hecho por mí y por mi niño. — Inés, lo que he hecho, no deberías calificarlo como extraordinario. Quiero a tu hijo como si fuera mío y aunque no diré que he sufrido estos días tanto como tú, me he llevado un susto de muerte.

—Lo sé bien Luis y mi agradecimiento hacia ti, nunca será suficiente. — No te preocupes más. Soy un hombre feliz, viéndote feliz y al niño contigo. — Gracias Luis, eres un hombre formidable. — Tú sí eres una mujer extraordinaria, mi querida Inés.

Y cosas que tienen las relaciones entre hombre y mujer, contra todo pronóstico, ambos se sintieron aliviados, cuando una doncella entró con el niño

en brazos y lo puso en el regazo de Inés, momento que Luis aprovechó para despedirse, anunciando que debía viajar a Murcia, donde le reclamaban unos asuntos y que no podía precisar cuándo regresaría.

Sola Inés, mirando a su hijo, reflexionó sobre sus sentimientos. Sabía que Eulalia la conocía bien y también sabía que lo que ella le había dicho, se aproximaba más a la verdad, que lo que ella había manifestado en su presencia.

No quería querer a Luis, pues eso significaba la definitiva y total expulsión de Tristán de su corazón, y eso era muy duro. Se había dicho muchas veces, que su sueño de una vida con Tristán era imposible, e incluso había pensado, en ocasiones, que la noticia de que hubiera muerto en Flandes sería para ella una liberación, pero sufría con ese pensamiento.

Por otra parte, Luis representaba la seguridad, la limpieza de la bastardía de su hijo, un cariño sincero, una vida tranquila, reposada, un horizonte nuevo.

Y se dijo que era hora, que se casaría con Luis y le pediría no tener relaciones íntimas, al menos durante un tiempo. Hablaría con él a su regreso, se sinceraría con él, le contaría lo de Berganza y lo de Tristán, y él la comprendería y la acogería.

Al día siguiente ordenó a sus doncellas que averiguasen el domicilio de la señora Quela, pues deseaba hacerle un regalo y pensó en un broche de zafiros muy bonito, regalo de su madre.

Sabido donde vivía esta mujer, le envió el regalo y su, primero sorpresa y luego enfado, fue grande cuando la doncella le comunicó que no estaba en su casa, que estaba de viaje a Murcia y supo, sin necesidad de más información, que el viaje lo hacía con Luis.

Y sintió una angustia desconocida. ¿Por qué se enfadaba y luego se angustiaba?, ¿Se estaba engañando y quería a Luis más de lo que se quería confesar?

Otra mujer en Murcia, también se angustiaba. Acababa de hacer el amor con Luis y sentía que estaba prestando su cuerpo, que el hombre con el que yacía, lo hacía con otra mujer.

Tenía esa sensación, desde hacía algún tiempo, pero ahora era una certeza. Luis amaba a la condesita y eso la iba a matar, pues su vida, renacida por obra y gracia de aquel hombre, dejaría de tener sentido y esa falta de sentido, sería su fin.

Luis nunca le había dicho que la amara, pero ella lo soñaba, aunque sabía que nunca podría exigir amor y mucho menos hacer de ese no amor, motivo de una ruptura. Era feliz teniéndolo en su cama, adorándolo, cuidándolo y soñando su cariño, cuando se encontraba ausente de su presencia.

Pero la condesita lo iba a desbaratar todo, y ella, nada podía hacer. Y la

condesita lo desbarató todo con este razonamiento: “Si Luis me ama y se acuesta con otra, está sufriendo. Si yo me angustio porque se acuesta con otra, sufro. Luego, si yo me acuesto con Luis, dejamos de sufrir los dos y solo sufrirá Quela”.

Razonamiento este, que puede considerarse de auténtica caridad cristiana, pues está vigente ese postulado, de que mejor es, que sufra uno que dos, aunque personalmente creo que Dios en su omnipotencia, no cuenta y son los que interpretan su omnipotencia, los que cuentan y descuentan.

Y asunto concluido. Regresó Luis al cabo de un mes, fue a visitar a Inés y a su ahijado y encontró en las palabras de su amada, una felicidad que nunca antes había sentido.

—Hola Luis, estaba deseando que volvieras. — Yo también me alegro mucho de verte —respondió él.

—He de decirte algo y te ruego que no me interrumpas hasta que finalice la historia que te voy a contar, estoy muerta de vergüenza, y quizá no pudiera seguir si me interrumpes.

—Dime lo que sea Inés. No te interrumpiré. Inés le contó cómo empezó con Berganza y por qué, su amor por Tristán, el embarazo, la huida a Valencia, sus celos por Quela y el nacimiento de su amor por él, y Luis la escuchó, sintiendo hervir su sangre y finalizada la completa confesión, la abrazó y la besó con una pasión que fue correspondida.

Pasados unos minutos de ternura infinita, se cumplió el “do ut des” (te doy para que me des), de los viejos romanos y Luis contó a Inés, sus más de siete años de relación con Quela y las características más íntimas de esa relación, e Inés no tuvo necesidad de exigir nada, pues Luis expresó su decisión de, ni tan siquiera volver a verla, con la excepción de una única vez, para explicarle, lo que no necesitaba explicación, si ella se lo permitía.

Y así, Inés y Luis, dieron y recibieron, y ella se olvidó de su idea inicial de no tener relaciones. Fijaron la boda para el día diez de abril de 1638. Capítulo VIII.— Entra en escena Richelieu

En la taberna La Coupole de Bruselas, Louriño y Salazar, hacían pareja jugando al tute contra dos comerciantes de la ciudad de Brujas, mientras Tristán charlaba animadamente junto a una gran barrica, con la moza que servía las mesas, en aquel establecimiento frecuentado por comerciantes y soldados, con algún dinero que gastar, en el vino y las mujeres que allí se ofrecían.

El ambiente era denso y Louriño estaba irritado. La culpa de su irritación la tenía su compañero, en este caso de juego, que había hecho un par de jugadas muy inconvenientes, a juicio del gallego, que les hacían ir perdiendo unos buenos cuartos.

—No te has achicado antes con la sota de bastos y ahora perdemos las diez de últimas y con ellas la partida. — Pues antes he hecho lo contrario y también me has echado la bronca, — le respondió con sorna un impertérrito Salazar—. — No me toques los huevos sargento, que estoy de muy mala uva y ya me conoces cómo soy, cuando me pongo así — amenazó Louriño—.

—Déjate de bravatas Louriño y no me toques a mí los cojones, porque si no va a jugar contigo, tu puta madre. Bieto Louriño, tenía muy mal perder. Soportaba a duras penas, perder, incluso cuando no le entraban cartas, ni a él ni a su compañero, pero si había cartas para disputar la partida, se ponía como loco si la perdía. Por su parte, los de Brujas cometieron un error fatal, al cachondearse de ellos. Les exigieron el pago de lo apostado y no aceptaron jugar más partidas.

Louriño se consideraba un buen jugador de tute y en efecto, lo era. Aún sin cartas, luchaba hasta el final, utilizando toda su sapiencia con los naipes, pero no permitía la burla cuando perdía, y aquellos dos adversarios de naipes, se iban a ir a tomar por saco, de forma que, con mucha suavidad, les dijo:

—Caballeros, hemos perdido treinta y cinco ducados y ruego a vuestras mercedes, nos concedan la oportunidad de que nos recuperemos, aceptando jugar una última partida por cincuenta ducados, de forma que, si nosotros ganamos, obtenemos una pequeña ganancia y si lo hacen ustedes, obtienen una pequeña fortuna.

Los oponentes adujeron lo avanzado de la hora y se negaron a complacer a Bieto Louriño, y éste estalló. — Vosotros dos, ciudadanos de la Flandria, sois unos hijos de madre puta, de puta viciosa y mala sangre —vociferó Louriño y el local enmudeció.

—¿Comment ça? —dijo uno de los de Brujas. — ¿Qu'est que ça veut dire? —preguntó el otro.

—Pues ça quiere decir, que sois unos hijos de mala madre y unos piojosos — dijo Louriño exhibiendo un puñal. Los amenazados se amedrentaron, Salazar sujetó el brazo armado de su compañero, y Tristán se interpuso entre los, hasta entonces, enemigos en las cartas y su furibundo compañero de aventuras y no hubo más.

De vuelta al palacio del cardenal infante, donde seguían residiendo, Tristán le dijo a su compañero: — Louriño, eres la hostia. Por poco nos montas un buen jaleo. — Es que perder al tute me puede, compañero —dijo Louriño, algo calmado. — Al tute y a cualquier otra cosa amigo, vamos a echar una espuela a casa de la alsaciana, y a ver si te tranquilizas, — propuso Salazar —porque te conozco, y si no te calmas, eres capaz de decirles a los de la guardia del palacio del jefe, alguna chorrada de las tuyas y tenemos un lío.

—Vale —les sonrió Louriño. Lo de la guardia de palacio venía a cuento,

porque hacía un mes, se les había colado a estos, un espía francés en la residencia del cardenal infante y dado que, se estaba en guerra con Francia, la cosa tuvo especial trascendencia.

Curiosamente, fue Louriño el que lo descubrió y atrapó, para vergüenza de los que ese día estaban de guardia en la puerta y en las diversas dependencias del palacio, y esa importante acción, por parte del galaico, propició que éste, se pitorreara de la unidad del tercio encargada de la guardia personal de Don Fernando de Austria, para escarnio de ésta y regocijo de los no implicados.

Estas y otras cosas, algunas de ellas peregrinas, como la relatada del espía francés, considerando que fue descubierto enseguida, pues de otro modo y en la residencia del gobernador, hubiera sido un hecho grave, ocurrían en aquel año del señor de 1636, mediado el cual, se habían iniciado diversas operaciones contra Francia.

Dado el contexto geopolítico a principios del siglo XVII, los gobernantes franceses entendieron que Francia estaba rodeada por territorio español, y dedujeron que ello suponía una amenaza para su supervivencia, no solo como gran potencia, junto a España y el imperio de los Austrias, sino como país independiente y, en cualquier caso, una limitación de sus posibilidades de ampliar sus fronteras, a costa de vecinos más débiles, y ese entendimiento y la posterior deducción, han de estimarse correctas y así lo estimó el todopoderoso cardenal Richelieu que, en buena colaboración con su rey Luis XIII, gobernaba absoluta y férreamente Francia.

Y ha de considerarse correcta esta estimación, pues Francia se encontraba al norte con Flandes, en manos españolas, al sur, con la propia España, al este con una Saboya ambivalente y una Lombardía bajo soberanía de los Austrias, una Lorena hispanófila, un Franco Condado, herencia borgoñona de Carlos V, los territorios del Arzobispado de Colonia, con presencia de guarniciones españolas y una Alsacia bajo la influencia de los austríacos Habsburgo, y superfluamente se señala que a su oeste limita con el Atlántico.

En consecuencia, mirase hacia donde mirase, Richelieu se veía y se sentía rodeado por España. Hasta hacía muy poco tiempo, agobiada por sus problemas interiores y muy en particular, por su intermitente guerra con los Hugonotes, Francia no había podido intervenir en su exterior, con la necesaria decisión, hasta que logró imponerse a los disidentes religiosos en el asedio de la Rochelle en 1628.

A partir de ese momento, resuelto el principal problema interior, pudo lanzarse Francia a una campaña en el exterior, cosa que hizo Richelieu, declarando la guerra a España en 1635.

Los campos de batalla de una guerra son variados y uno de ellos es el del

espionaje y la infiltración, y en estos campos, como en otros, era maestro el cardenal, que solía decir que, en los llamados tiempos de paz, la batalla continua, sin pausa y sin tregua, y él lo sabía bien pues se había librado de varios intentos de matarle y de numerosas conjuras para destituirle, y estas conjuras para defenestrarle o matarle, habían sido llevadas a cabo por compatriotas suyos.

En este contexto, aun no habiendo respondido inmediatamente, a la declaración de guerra, por parte de Francia, realizada unos meses antes, en el verano de 1636 las tropas del cardenal infante español, tras repeler un ataque francés en Flandes, invadían Francia y avanzaban hacia Paris.

Iniciado el avance español, el cardenal francés Richelieu, fijó su objetivo en la cabeza de la hueste invasora y ordenó a su mejor agente en Bruselas, Doriane de la Fayole, que se presentase sin demora en Paris y ante él.

La orden que la dama recibió de Richelieu fue nítida: Matar a Don Fernando de Austria, Gobernador General de los Países Bajos Españoles.

No había odio en esa decisión, tan solo razón de estado y Doriane sabía de esos asuntos y ni le sorprendió ni le asustó la orden.

Richelieu, no debía de saber, o no hay datos que señalen o induzcan a pensar que sospechase que la Fayole, era una agente doble y trabajaba también para Don Fernando, y éste, sí lo sospechaba, o incluso supiera que también lo fuera de Richelieu.

Lo cierto es, que ambos la utilizaron, y dando por bueno el supuesto anterior, ambos jugaron el doble juego, y ello no es algo tan insólito, como a primera vista pueda parecer.

Quiere decirse, no que sea insólita la cuestión de una agente doble, en aquella época, ni tan siquiera, que esa doble actividad, fuese conocida por los hombres que movían a la, en este caso, agente, y aún con eso, siguieran contratándola y encomendándole misiones. Véase si no, el caso de German de Piedrahita, agente del CondeDuque de Olivares y a la vez de Richelieu, cuando con la declaración de guerra de Francia a España, llegó la contienda a la frontera cataluña.

Olivares quería controlar Cataluña, aboliendo sus leyes y estableciendo las castellanas directamente, o con retoques de maquillaje catalán, abolía leyes y privilegios anteriores e imponía impuestos y levas para el ejército del rey, que eran consideradas inaceptables por las autoridades y nobleza catalanas.

En este ambiente y con el asesinato del virrey de Cataluña, conde de Santa Coloma en 1640, estalla la rebelión de Cataluña contra Olivares, contra Felipe IV y en consecuencia contra España.

En ese momento el agente German de Piedrahita, trabaja para Olivares y ejerce en Cataluña un poder casi total, no conocido ni por supuesto declarado,

pero de hecho sufrido, machacando todo lo machacable, para llevar adelante la política que su jefe español, quería imponer en esa tierra.

Y al mismo tiempo y nunca se sabrá de quien cobró más, trabajaba para Richelieu, instigando la rebelión de los catalanes contra su rey español, para que pasaran, ellos y su tierra a depender y formar parte del reino francés.

¿Supo Olivares el doble juego de Piedrahita? ¿Lo supo Richelieu? ¿Lo supieron ambos y pese a ello, también ambos lo utilizaron? ¿Es eso posible?

Yo me inclino por la tercera opción y por eso responderé afirmativamente, a la cuarta pregunta formulada. Sí, creo que es posible, que dos responsables máximos de dos países en conflicto utilicen a un mismo agente, sabiendo que ese agente, trabaja también para tu enemigo.

Y por ello afirmo que es posible, pero no solo por la explicación que, para estos casos, se suele dar, tratando de entender, qué es y cómo puede existir, un o una agente doble, siendo los intereses tan gravemente enfrentados.

Los expertos en la materia afirman que así los gobernantes de los países en conflicto controlan al espía de turno, y le facilitan la información que ellos quieren que sea conocida, por el enemigo y yendo un poco más allá, afirman que es usual facilitarle información veraz, para así despistar, pero en esos casos, de escasa y medida importancia y trascendencia en el escenario bélico.

Y yo, voy a permitirme discrepar, diciendo que en el supuesto de un agente que trabaja para dos enemigos en guerra, puede hacerlo, si sus acciones, no entran en conflicto directo, unas con otras.

No es lo mismo, decirle a Churchill que los alemanes, esperan su desembarco por el canal de la Mancha y a la vez decirle, a los alemanes que el desembarco será en Normandía, que decir a los aliados, las claves para parar a Rommel en el Alamein, y al mismo tiempo, darles a los alemanes, información sobre la red de la resistencia francesa en Paris.

Pero dejando de lado estas disquisiciones, que eso solo son, disquisiciones, lo cierto para nuestra historia, y volviendo a la cuarta década del siglo XVII es, que una espléndida Doriane de la Fayole, subía un uno de septiembre de 1636, a un carruaje en la puerta del Palais—Cardinal, también llamado Palais—Royal, tras su entrevista con el cardenal Richelieu, para dirigirse a Bruselas y preparar el atentado, contra el enemigo de su jefe francés, que no era otro que su jefe español.

¡Eh voilà, les jeux sont faits!, dijeron en Francia, al declarar la guerra a España, y os vamos a dar por el voilà, respondieron, sus contrarios, los muchachos del olivero conde—duque.

Y así, llegada Doriane a Bruselas, procedente de Paris, hubo de encontrarse nuevamente con Tristán, para hacerse ambos, cuenta y cargo, del nuevo trabajo

que les había encomendado Don Fernando.

El trabajo consistía, en que ambos se desplazasen a Lieja y hallaran el modo de ser recibidos por el Príncipe—Obispo, Fernando de Baviera, que éste los aceptara en su corte, y utilizando todos los medios a su alcance, completasen la información que, meses antes, habían suministrado Salazar y Louriño, con vistas a apoderarse del tesoro del de Baviera, cuya cuantía desconocían, pero suponían inmensa.

Este viaje, obligó a Doriane, a ponerse nuevamente en contacto con Richelieu. Le escribió, explicándole la misión que se le había encomendado por el gobernador español en Flandes, y señalándole algo, que resulta superfluo hacer notar a un hombre de la finura de Richelieu, como lo es advertirle de que negarse a obedecer las órdenes de Don Fernando, haría que éste pudiera sospechar algo y eso perjudicaría su plan de asesinato, ya que gozaba de su confianza. Y, en consecuencia, con la situación que se le planteaba, pidió instrucciones al respecto.

Un día antes del que se había previsto para el inicio del viaje de Tristán y Doriane a Lieja, un jinete que había cabalgado desde París, le entregó un pliego lacrado y al abrirlo, Doriane leyó: “Accepter d’intervenir Liège. Disparition Cardinal, Avant janvier” (De acuerdo en intervenir en Lieja. Hacer desaparecer al Cardenal, antes de enero).

Salieron Tristán y Doriane rumbo a Lieja el último día de septiembre, en un coche tirado por cuatro caballos negros, conducidos por un cochero del palacio de Don Fernando.

Charlaban animadamente ambos viajeros, cuando algo hizo que, bruscamente, el coche se inclinase hacia su derecha, y Doriane que iba sentada en la parte izquierda, se vio lanzada hacia el otro lado y finalizó de espaldas sobre las piernas de Tristán. Éste la sujetó, para que no cayera al suelo, luego la abrazó y finalmente la besó largamente, en un beso apasionado, que fue generosamente correspondido.

Los viajeros comentaron esa noche, una vez llegados a Lieja, que el viaje había resultado, corto y nada pesado. Al día siguiente de su primera noche en Lieja, enviaron a su cochero al palacio del príncipe—obispo, Don Fernando de Baviera con una carta de presentación que, para ellos, le dirigía el otro Fernando, el de Austria.

En ella, le manifestaba su deseo, de que recibiera y aceptara en su corte, a madame Doriane de la Fayole y al caballero Tristán Corostola, que habían decidido instalarse, por tiempo indefinido, en su principado, lugar más adecuado para la vida holgada que deseaban, que las peligrosas tierras de Flandes, en continuo sobresalto.

La petición no incomodó al de Lieja, muy al contrario, estimó cosa de su interés, recibir y tener en su corte a personas de la amistad y confianza de su colega en Flandes en tareas de gobierno, de forma que los interesados, recibieron una invitación del anfitrión para ser recibidos y presentados a la corte, cosa que se efectuó formal y solemnemente a los cinco días de llegados, en una fiesta que, para la ocasión, se celebró en el palacio de la plaza Saint Lambert.

Doriane y Tristán asistieron a ella y participaron en la fiesta, con desenvoltura ella, mujer avezada en esas lides y con un inicial retraimiento de Tristán, que se fue progresivamente transformando en entusiasmo, al arrullo de las sonrisas y caídas de ojos que, para con él, teatralizaron las damas.

En el tiempo que, privadamente, les concedió su anfitrión, éste pudo apreciar los conocimientos que, sobre política internacional poseía Doriane y los de armas que exhibió profusamente Tristán, maravillándole su precisión de detalles de fabricación y calidad de los más modernos mosquetes y arcabuces y del por qué el caballero consideraba el fresno como la mejor madera para picas.

En conclusión, la presentación de Doriane y Tristán, fue un rotundo éxito, no exento de suspicacias, naturalmente no manifestadas, y Don Fernando de Baviera, ordenó a su secretario particular en presencia de ambos y ante los miembros de su corte que asistieron a la fiesta, que atendiese a sus nuevos súbditos, en todo aquello que demandaran y las invitaciones de otros nobles de la corte se sucedieron.

Esa invitación pública del príncipe, a permanecer en su corte, no impidió que, una vez despedidos los nuevos súbditos, el príncipe ordenase, a quien había dado el encargo directo de atenderles, que realizase en Bruselas, las correspondientes averiguaciones sobre ellos.

Y hecho esto y recibida respuesta al respecto, el secretario particular del príncipe informó a éste, lo que Don Fernando de Austria, quiso que le fuera informado, es decir, que Doriane de la Fayole, era una dama francesa, muy rica, viuda del vizconde Fabian Corostola, tío de Tristán, noble con importantes posesiones en el Perú.

Disipáronse así las posibles sospechas, y Tristán y Doriane fueron aceptados sin recelos en aquella corte que, frontera a un escenario de guerra, no deseaba añadir sobresaltos a sus vidas.

Llegó así la conclusión de noviembre, y Tristán decidió acelerar los preparativos para el robo que planeaban, pues desde su llegada y en previsión de contratiempos, ni él ni Doriane, habían hecho nada que pudiera extrañar a sus nuevos conciudadanos.

De las pesquisas que meses antes habían llevado a cabo Salazar y Louriño, que sacaron su información de soldados de la guardia del príncipe—obispo,

sabían la distribución de las dependencias del palacio del príncipe.

Entre guardia a caballo, que utilizaba para sus desplazamientos y viajes en su carruaje, cocheros, mozos de cuadra, mayordomo, doncellas, personal de cocina y guardias a pie, el príncipe disponía en su palacio de cuarenta y ocho servidores, más su secretario particular que era el único, que vivía con su familia en una casa de la ciudad, a excepción de Lucien, el mayordomo principal, que también vivía con su familia, pero en las afueras.

El mayordomo, llamado Lucien y el secretario, eran los únicos que tenían acceso a las dependencias privadas del príncipe, entendidas estas, su despacho, un salón anexo y el dormitorio.

La jefa de las seis doncellas, Colette, se ocupaba con dos de ellas, de la limpieza de estas habitaciones privadas, a las que accedían solamente, estando presente Lucien.

Todo el mundo, en Lieja y en Europa en general, daba por cierto que el príncipe—obispo era poseedor de un inmenso tesoro, pero nadie podía decir que lo había visto. Era como una leyenda, se hablaba de cofres repletos de monedas de oro, piedras preciosas y lujosas telas, cuberterías de oro y plata y candelabros incrustados de diamantes. Se fabulaba entre el pueblo y la nobleza de la ciudad, sobre el valor de la supuesta fortuna de su gobernador, era casi un juego y para algunos hasta motivo de orgullo, y si a alguien se le ocurrió alguna vez, hacerse con él, no lo había intentado, o por lo menos no se tenía noticia de ello.

El diez de diciembre, llegaron a Lieja dos jinetes, en buenos caballos y con vestimentas que hacían pensar que eran comerciantes y con las debidas precauciones, tomaron contacto con Tristán y Doriane, quienes informaron de las novedades habidas a los llegados.

Al día siguiente, se hallaban Tristán, Doriane, Salazar y Lourinho, estudiando las posibilidades de introducirse en palacio, llegar a las dependencias privadas del obispo y descubrir el lugar exacto donde escondía su tesoro, pues del estudio de la información que habían obtenido, habían llegado a la conclusión de que debía de hallarse en ellas, cuando se presentó, en la casa en la que vivían Doriane y Tristán, un oficial que dijo llamarse Pedro Colmenero, que preguntó quién de ellos era Tristán Corostola e identificándose éste, le entregó una carta.

En ella, Don Fernando de Austria, presentaba a Tristán al portador de la carta y le ordenaba que todo el grupo se pusiera a sus órdenes. Tristán leyó en voz alta el documento, los hombres saludaron militarmente y Doriane hizo una breve inclinación de cabeza.

Le pusieron al corriente de todas sus averiguaciones y Colmenero les comunicó algo que sería sustancial para el éxito de la operación. Pedro Colmenero estaba destinado desde hacía dos años en Lovaina. El día en que su

tercio se disponía a partir hacia Francia hacía tres meses, había recibido orden del cardenal infante de permanecer en esa ciudad y no marchar con las tropas.

Esta orden tenía un motivo nada guerrero. El capitán Colmenero había tenido en su compañía a un muchacho de veintidós años, y de nombre Lucien, a quien quería como a un hijo y respetaba como camarada y eso era motivado, porque en la batalla de Nörlindgen, le había salvado la vida.

Tiempo después de ese suceso, fueron ambos a Lieja, durante unos días de permiso y el soldado Lucien, llevó a su capitán a su casa y luego le presentó a su padre, que también se llamaba Lucien y era mayordomo principal, en el palacio del príncipeobispo.

Lucien hijo, tenía una amante y quería casarse con ella y aprovechando ese viaje, pidió a su padre que mediara con su señor, el príncipe—obispo, pues su amada, era sobrina de éste.

Lucien padre, sabía de los amores de su hijo, y le había dicho varias veces, que desistiese de su loca ilusión, pues no podía conducirle a ninguna parte.

El hijo amenazó a su padre con desertar y fugarse con su amada y no regresar nunca más a los territorios de Lieja, para así estar fuera del alcance del príncipe—obispo.

El padre trató una vez más de disuadirle, pero se persuadió de que su hijo no cedería en su pretensión, por lo que, para complacerle, aunque seguro de que lo único que conseguiría sería el enfado y amonestación del obispo, se presentó ante él y le pidió permiso para que su hijo cortejara a su sobrina. El obispo, aun siendo Lucien hombre de su confianza, se ofendió sobremanera por su osadía, y además de negarse en redondo a su pretensión, llegó a insultarlo.

El padre comunicó a su hijo, el infructuoso resultado de su embajada y éste, esa misma noche, habiendo prevenido el día anterior a su amante, se fugó con ella, y ambos cabalgaron hasta Lovaina, donde la aposentó en una casa y él se reintegró a su tercio.

Enterado el príncipe—obispo de lo que él consideró rapto de su sobrina, y sabedor de que el raptor, era soldado en Lovaina, mandó hombres a esa ciudad, los hombres localizaron a la chica la metieron en un carruaje rumbo a Lieja, esperaron a que Lucien saliese de su campamento y lo asesinaron en plena calle, sin molestarse en disimular quienes eran, pues cometieron el asesinato, a plena luz del día, descubiertos y con las insignias en sus uniformes de la casa del príncipe de Lieja.

Pedro Colmenero, avisado, recogió el cadáver, lo llevó personalmente a Lieja, en un carro tirado por una mula que condujo un soldado de su compañía, yendo él a caballo, y se lo entregó a su padre.

Lucien padre enterró a su hijo, de noche y sin ceremonia fúnebre, conminó

severamente a su mujer y a sus otras dos hijas a que no dijese la más mínima palabra sobre la muerte del hijo, y que, si fueran preguntadas por él, dijeran que se hallaba batallando en Francia y agradeciendo su acto a Colmenero, le manifestó que se vengaría de su señor.

Al día siguiente del entierro, se presentó en palacio, no hizo a nadie la más mínima mención sobre el asunto, se comportó con su señor como si estuviese ignorante de lo sucedido, y éste pensó que, quizá no supiera nada, y si lo sabía, le estaba demostrando su sumisión total, y esta errónea apreciación, fruto de una soberbia estúpida, la iba a pagar muy cara.

El cardenal infante tuvo conocimiento en su día, de todos los pormenores del asunto de la muerte del soldado que mandaba Colmenero, y llegado el momento dio a éste las órdenes oportunas, y allí se hallaba él, comunicando esta información al grupo de agentes secretos del gobernador de Flandes.

Estos recibieron la noticia con alborozo, pues les facilitaba la pieza que necesitaban para introducirse en palacio y ejecutar el robo.

Al día siguiente, Doriane se dirigió al palacio del príncipe obispo y sin mayor dificultad, habló privadamente con Lucien, le dijo que le hablaba en nombre del capitán Colmenero, a quien él conocía y que pretendían robar en palacio, y aquel se puso a su entera disposición, acordando que en la fiesta a la que Doriane y Tristán estaban invitados y que se celebraría dentro de tres días, volverían a hablar y concretarían los detalles del plan y le informarían de lo que se esperaba de él.

Colmenero y su grupo de agentes, se encontraban reunidos, debatiendo los últimos detalles de su arriesgada acción. No se les ocultaba que en ella arriesgaban la vida, pero esa eventualidad, ni siquiera se consideraba. No sería la primera vez. El capitán, Salazar y Lourinho, lo habían hecho muchas veces en el campo de batalla. Tristán, aunque aún no se había visto en los angustiosos momentos que preceden a una acción militar, había demostrado su temple, en cada una de las ocasiones en que se le había encomendado una misión y Doriane era una espía con mucho oficio, que había matado y también se había arriesgado a que la mataran a ella.

En ese momento, trataban del importante asunto de dónde esconderían el tesoro, una vez sacado del palacio. —Doriane, — decía el capitán — tú te vas a ocupar de tener muy entretenido al príncipe, antes, durante y después de la cena.

—No te preocupes capitán —contestó sonriendo Doriane. — Tristán, a ti te toca, encontrar el tesoro y sacarlo por una ventana de la habitación, siempre que, como suponemos, ese tesoro se encuentre en las dependencias privadas del príncipe.

—De acuerdo —contesto Tristán. —Ahora —siguió Colmenero —, nos toca

decidir dónde vamos a esconder el tesoro. Imaginad que ya en este momento, estamos debajo de las ventanas de las habitaciones del príncipe, con un carro con sus dos caballos, Tristán mirándonos desde la ventana, y nosotros tres —dijo mirando sucesivamente a Salazar y Lourinho — vigilantes y cargando los cofres o lo que sea.

Los cargamos, Tristán va a la catedral y nosotros salimos pitando ¿pero adonde?, ¿dónde os parece que podemos esconder ese tesoro? Le hemos dado vueltas a ese asunto y no nos hemos decidido por ninguno de los que nos han parecido posibles.

—Las alternativas —dijo Tristán —, son esconderlo aquí en Lieja, llevarlo a otro lugar o irnos directamente a Bruselas. — Don Fernando está fuera de la ciudad —señaló Salazar. y por ello, llevar el tesoro ahora a Bruselas, no me parece buena solución y la de quedarnos aquí tampoco.

—Y la de andar por esos caminos con un tesoro, tampoco — indicó Lourinho. — Veamos, — intervino Doriane —, estar en Lieja, después de que se descubra el robo, va a ser peligroso para cualquiera en esta ciudad. Tristán y yo, debemos forzosamente quedarnos, y no sé por cuánto tiempo, pero sí bastante tiempo, pues irnos ahora sería muy sospechoso. Vosotros tres, hasta ahora, habéis pasado más o menos desapercibidos, pero se fijarán en vosotros, cuando se sepa en la calle lo del robo, al igual que en cualquier otro extranjero y más si Tristán deja la pista del puñal con el escudo de Lorena...

—Entonces —preguntó Colmenero —, ¿qué propones? —A ver qué os parece —continuó Doriane — lo siguiente:

Hay una sola persona fuera de nuestro grupo, en la que creo que podemos confiar, y esa persona es Lucien, y podemos hacerlo porque odia tanto al príncipe que estará dispuesto a hacer cualquier cosa que le pueda perjudicar, y robarle el dinero, le perjudica mucho.

Podemos pagarle bien, y que sea él quien nos indique un buen escondite aquí, en esta misma ciudad de Lieja. —No es mala idea —apoyó Tristán la propuesta. Los demás se mostraron de acuerdo, y se acordó que Doriane hablase al día siguiente con Lucien. Así lo hizo Doriane, pretextando que quería hacer un regalo al príncipe y que necesitaba la ayuda de Lucien, pues el regalo consistiría en algún objeto para el escritorio del príncipe y quería asegurarse de que no lo tuviera.

La excusa funcionó. El jefe de la guardia llamó a Lucien y éste y Doriane, pudieron conversar tranquilamente en un rincón apartado de un salón, sin temor a ser oídos.

—Lucien —comenzó Doriane —, necesitamos un lugar seguro aquí en Lieja, para esconder lo que consigamos robar. Quizá tú puedas indicarnos alguno. Se te

pagará bien este servicio y tu silencio.

Y Lucien la sorprendió. —Señora, no tenga cuidado. Yo no diré nada y sí sé de un sitio.

Cuando el otro día me dijo usted lo que se proponían hacer, pensé al instante adonde pensarían llevar lo que cogieran del palacio, y supuse en principio que, inmediatamente después, saldrían fuera de la ciudad, aunque también era posible que pensarán esconderlo aquí en Lieja.

La decisión de dónde esconderlo, no me correspondía a mí, de manera que no le dije nada, pero ahora me piden ayuda también en ese aspecto y voy a ayudarles con mucho gusto.

He pensado en ello, y creo que el mejor sitio es el panteón de la familia del príncipe y donde será enterrado él, cuando muera, aquí en el cementerio de Lieja.

Doriane no ocultó su sorpresa ni su satisfacción y cuando se disponía a preguntar cómo podrían acceder a ese panteón, Lucien se le adelantó.

—El panteón es una construcción de notable tamaño. Tendrá no menos de cincuenta metros cuadrados y una altura de unos cuatro metros de suelo a techo, sin contar los angelotes u otros adornos que hay en el tejado. Yo tengo las llaves de ese panteón y están a disposición de ustedes.

Páguenme lo que les parezca justo, yo hago esto por mi hijo. — Gracias Lucien —dijo Doriane efusivamente —su colaboración es muy valiosa y le recompensaremos muy bien por ella, además de que el capitán Colmenero, también quiere venganza por el asesinato de su compañero de armas y, en ocasiones, se lo puedo asegurar, quitar a un enemigo su dinero, es lo que más daño puede hacerle.

—Gracias señora, estaré esperando sus instrucciones sobre cuando lo harán y estaré preparado, tanto para entrar en el dormitorio del príncipe, como para abrir después, el panteón y esconder allí el tesoro.

Doriane, regresó con sus compañeros, y a todos les pareció una magnífica idea lo del panteón, por lo que no les quedaba más que decidir la fecha de la acción y tras breve cambio de impresiones, todos estuvieron de acuerdo en la propuesta que, días antes, había hecho del capitán, de que fuese el 24 de diciembre, después de que el príncipe y sus invitados a la fiesta que ese día daría en su palacio, se trasladaran a la catedral para el oficio religioso del día de Navidad.

Doriane, en la fiesta que se celebraría en palacio dentro de una semana, comunicaría a Lucien, la fecha que habían fijado para el robo.

Así se hizo y comunicaron también a Lucien, que ejecutarían el robo, después de la cena de nochebuena. Y así, llegó el 24 de diciembre de 1636, fecha

y sobre todo año que pasarían a formar parte del imaginario popular, por lo insólito del acontecimiento.

Eran las ocho y media de la tarde del señalado día veinticuatro, y los invitados estaban a la mesa del príncipe, aunque no exactamente en su propia mesa, pues había varias y muy largas, pues los invitados superaban el centenar.

El príncipe era hombre de muchas mujeres, tenía varias amantes, y desde el día en que la conoció, había decidido incorporar a Doriane, a su lista de amigas.

Doriane hasta entonces, se había mantenido levemente distante, pero sin rechazar la aproximación, y aquella noche, habiendo llegado calculadamente unos minutos antes de lo que el protocolo señalaba, y con la excusa del regalo, se mostró particularmente amable con el príncipe, y éste, a la segunda mirada de la dama, decidió que esa noche su magnífica persona, pertenecería a madame Doriane de la Fayole.

Tristán en el extremo de una larga mesa, departía, animadamente, con dos damas de no muchas gracias, pero que se esmeraban en que el apuesto Tristán, se las encontrara.

Y Tristán hacía como que se afanaba en ello, y les mostraba unos grabados que luego entregaría al príncipe, sobre las últimas y más modernas pistolas que se fabricaban en su tierra.

Dieron las once y media y el príncipe se levantó, lo que fue la señal para que lo hicieran todos los demás, y en animados grupos, fueron saliendo de palacio, cruzaron la calle y todos entraron en la catedral. Eran las doce menos dos minutos, cuando Don Fernando de Baviera, se sentó en su sitial y Doriane de la Fayole, se encontraba a su izquierda, con una preciosa mantilla blanca bordada con esmero, y una sonrisa de triunfo que nadie supo interpretar adecuadamente.

Todos, menos Tristán que, yendo por un pasillo, acompañando a las dos damas, pretextó ante ellas que se había dejado los grabados y volvió al salón, donde se había celebrado la cena de nochebuena.

En la puerta, le esperaba Lucien. Subieron a los aposentos del príncipe, sin contratiempos y sin que les viera nadie, cosa nada rara, porque siendo navidad, se había dado un permiso especial a la guardia y solo había dos soldados en el exterior de la puerta principal, viendo la gente pasar en dirección a la catedral.

Por otra parte, sabían que el personal de servicio recogería rápidamente las mesas y con el cuidado justo, pues también estaban dispensados de ulteriores labores, y podían irse a sus casas, o a la misa de la catedral, los que vivieran en palacio. Lucien abrió la puerta que daba al salón de los aposentos del príncipe, e indicó a Tristán una puerta al fondo. Ambos se dirigieron a ella, el mayordomo la abrió y Tristán vio una amplia estancia, no excesivamente recargada de mobiliario, algún cuadro y una cama muy grande, con dosel y muy alta, y bajo

las ventanas, una gran y preciosa alfombra con numerosos cojines.

Tristán observó detenidamente la habitación y se centró en la derecha, donde se hallaba una biblioteca, aparentemente normal.

Cuando Tristán recibió las primeras instrucciones para aquella acción de latrocinio al príncipe—obispo de Lieja, el secretario particular del cardenal infante, Don Fernando, le instruyó sobre diversos mecanismos para ocultar lugares, espacios o cajones secretos en un mueble de apariencia inocente, como si solo fuera válido para guardar papeles o cachivaches.

Y las lecciones del secretario resultaron útiles al empeño que, en aquel momento y en aquel lugar, le ocupaba. Miró con sumo detenimiento y balda a balda la biblioteca, sin atreverse por el momento a tocar nada, pero el tiempo apremiaba y se decidió.

La biblioteca tenía unas columnas de marfil talladas, en su parte central, con el escudo de la casa del príncipe. Tristán puso tres dedos encima del escudo de la derecha, presionando sobre él y no sintió ni se oyó nada. Repitió la operación, presionando de diversas maneras en los demás escudos y el resultado fue nulo. Comenzaba a sentirse nervioso, cuando se oyó un silbido agudo, Lucien se asomó a una de las ventanas y vio a un Colmenero con las manos extendidas hacia arriba, en actitud interrogadora y Lucien, alzó las suyas, demandando paciencia. Tristán, repasó mental y rápidamente, las lecciones que le dio el secretario de su jefe el gobernador, se agachó, se concentró y unos segundos después, irguiéndose, agarró con fuerza la columnita de marfil del lado izquierdo de la biblioteca y lo atrajo hacia sí, luego la empujó y nada ocurrió.

A continuación, repitió la misma operación con la columnita de la parte derecha, y entonces, se oyó un sonido sordo, como un chasquido y la biblioteca, comenzó a desplazarse hacia su derecha.

Vieron entonces una puerta. Abierta la puerta, encendieron otro hachón y penetraron ambos en un recinto sin ventanas, con las paredes de piedra. El cuarto no era muy grande, de unos veinte metros y en él había dos largas mesas bastas de madera, y sobre ellas varios arcones de diferentes tamaños, que no contaron pero que podían ser más de veinte.

Tristán abrió tres de ellos, y en dos había monedas de oro y en el otro, piedras preciosas y no se entretuvo más, pese al deslumbramiento que semejante riqueza provocaba.

Se asomó a una ventana y silbó la señal convenida. Al pie de las ventanas del dormitorio del príncipe, que se encontraban en la segunda planta del edificio y en la esquina derecha, agazapados tras un carro con dos caballos, estaban Colmenero, Louriño y Salazar.

Lucien había sido prevenido de que habría que sacar pesos por una ventana

de la habitación, y había escondido, tras un mueble próximo a la habitación del príncipe, varias sogas. Tras la señal de Colmenero, fue a por ellas y rápidamente, ataron dos al dosel de la cama y se dispusieron a ir bajando los cofres.

La noche era templada, la luna en creciente y una ligera lluvia caía con suavidad sobre la ciudad de Lieja. Los dos guardias de la puerta principal de palacio, aburridos, pues no había ni un alma en la calle, se protegían bajo el gran arco de la entrada principal, desde donde no podían ver el carro ni a los hombres, por encontrarse estos fuera de su visión, a tan solo unos metros, en la esquina izquierda del palacio, mientras de la catedral llegaba la música del oficio religioso.

Tristán y Lucien, fueron bajando los cofres con cuidado de no golpear la pared o a una ventana, y aunque los más grandes requirieron de algo más de tiempo, a los cuarenta y tres minutos de haber entrado Tristán y Lucien en la habitación del príncipe, salían de ella, y conducido por éste, Tristán salió por una puerta lateral, se dirigió a la catedral, entró en ella y se quedó en la parte de atrás, mientras Lucien se reunió con sus compañeros de aventura, que lo aguardaban junto al carro y llegado éste, subieron en él, Louriño puso los caballos al paso y sigilosamente, sin ser vistos se perdieron en la noche camino del cementerio.

Llegados allí, no tuvieron problema alguno para abrir la verja de entrada, Lucien abrió el panteón, encendieron dos hachones en los costados del recinto, habiendo cerrado previamente la puerta de entrada y comenzaron a realizar la última maniobra.

Metieron los cofres en el recinto que tenía en sus dos laterales dos anchas bandas de más de dos metros y sobre ellas estaban trece ataúdes, que parecían estar en buen estado de conservación, a excepción de los tres situados al fondo a la izquierda. En el frontispicio del panteón, se podía leer en letras esculpidas “Principes ad aeternum”

Abrieron siete ataúdes, volcaron en dos de ellos los restos que se hallaban en los cinco restantes, llenaron uno con las piedras preciosas que habían transportado y las monedas de oro, las repartieron entre los otros cuatro.

En los ataúdes donde habían depositado el tesoro, grabaron a cuchillo en la parte junto a las paredes, las iniciales F.A. y salieron de allí, llevándose con ellos dos cofres de mediano tamaño, repletos de ducados de oro.

Dejaron a Lucien a cien metros de su casa, entregándole allí uno de los cofres, llegaron luego Tristán y Doriane a donde residían, y Colmenero, Salazar y Louriño, montaron en sus caballos, partiendo al galope, rumbo a Bruselas.

Capítulo IX.— El ajedrez de los reyes

El tren en el que viajaba Gonzalo Sforza entraba puntualmente en la Gare du

Nord de Paris, a las previstas doce horas y cinco minutos del 16 de marzo de 2018.

Los agentes Celio Rabattini y Fabrizio Malacusi que lo seguían, estaban desde varios minutos antes en la plataforma de descenso de su vagón, con la intención de bajar de él inmediatamente después de que el tren se parase, para tratar de no ser vistos por Sforza cuando éste lo hiciera.

Esa prisa estaba motivada por el hecho de que, encontrándose aproximadamente en la mitad del trayecto, Celio que se encontraba junto a su compañero, unos asientos por detrás del de Sforza, se levantó para controlar adonde había ido Sforza, que se había levantado de su asiento, segundos antes.

Inspeccionó el pasillo, llegó hasta el bar y no lo vio. Desanduvo el trecho andado y al intentar abrir la puerta del servicio más próximo a sus asientos, ésta se abrió sola y en ella apareció Sforza que sobresaltado, miró fijamente a Celio Rabatti, y éste tuvo la impresión de que se había fijado detenidamente en él, y como eso no era bueno en su trabajo, los agentes secretos vaticanos, decidieron que no les volviera a ver.

Descendió Sforza del tren, recorrió el andén y cogió un taxi, al que pidió que lo llevara al hotel Marignan, donde se alojó, señalando al recepcionista que lo atendió, que quizá lo haría por varias semanas.

Los dos agentes vaticanos, discutieron la conveniencia de alojarse en el mismo hotel que Sforza y, finalmente, decidieron hacerlo y al hacerlo, pero, sobre todo, en el modo de hacerlo, cometieron un error, que sus jefes calificaron, de chapuza de principiantes.

Se les ocurrió que, para una más cómoda vigilancia, les convenía alojarse en una habitación en la misma planta que su presa, para luego, colocando disimulado bajo el aparato de la cerradura de la habitación de Sforza, un pequeño artilugio, sabrían cuando salía de su habitación y así, al oír la correspondiente señal, no tendrían más que anticiparse a su salida o esperar a que él saliera y seguirlo.

Siguieron a Sforza en otro taxi, se demoraron un poco en la puerta del hotel, dando tiempo a que Sforza se registrara y cuando vieron que se dirigía hacia el fondo, suponiendo acertadamente que iba hacia la zona de ascensores, entraron en el hotel y fueron a recepción.

Y aquí cometieron el error de principiantes, por el que fueron apartados del caso. El error fue, que le pidieron al recepcionista que les diera una habitación en la misma planta en la que estaba su amigo, el señor Sforza “que seguramente habrá llegado ya”.

El empleado confirmó amablemente que, efectivamente, el señor Sforza acababa de llegar. Y claro, cuando se es amable por naturaleza o porque el

trabajo que realizas así lo exige, se es amable hasta el final, por lo que cuando Gonzalo Sforza bajó media hora más tarde, el amable empleado de recepción, le dijo que sus amigos ya habían llegado.

Esta información alertó a Sforza, que preguntó a su informante quienes eran sus amigos y éste le respondió que, “aquellos dos señores que van hacia el bar”. Sforza tuvo tiempo para mirarlos durante unos metros, y reconoció al hombre con el que había casi chocado en la puerta del urinario del tren.

Consideró que no era normal, que unos completos desconocidos para él afirmasen ante un empleado, que eran sus amigos y sospechó, diciéndose seguidamente, que debía esquivarlos sin pérdida de tiempo.

Se quedó mirando hacia la puerta del bar, lo que hizo que sus perseguidores, tratando de disimular, penetraran en el lugar al que simulaban que se dirigían, y se encaró con el recepcionista, a quien pidió la cuenta.

Éste, extrañado, respondió que no había cargo alguno y entonces Sforza, puso un billete de cincuenta euros sobre el mostrador de recepción, preguntó al recepcionista amable, su nombre y apellido, le dijo que abandonaba el hotel, que recogiese su maleta de la habitación, y que él le llamaría más tarde para decirle dónde debía enviarla, preguntó por dónde se iba a las cocinas, el amable le indicó el camino y se dirigió hacia el lugar indicado.

Entró en las cocinas, preguntó dónde estaba la salida del servicio, se fue hacia ella, salió, y paró un taxi que se alejó rápidamente de allí.

Fue consciente entonces de que, si lo seguían, lo habrían hecho desde Lieja y si eso era así, lo habrían vigilado también en esa ciudad, y los únicos que podían tener interés en conocer sus andanzas, eran los del servicio secreto vaticano, que habrían dado con su pista, a requerimiento del sustituto de su jefe en el archivo vaticano.

En consecuencia, era muy peligroso para él, continuar en París, por lo que decidió abandonar la ciudad de inmediato. Pidió al taxista que le llevase a Clamart, al sur de París, y allí fue a una empresa de alquiler de coches, llamó desde allí al hotel diciendo que le enviaran su equipaje a la puerta del hotel Du Trosy, llegó el empleado del hotel en un taxi con su maleta, estuvo un cuarto de hora asegurándose de que nadie había seguido al taxi en el que vino el empleado, montó en su coche de alquiler y tomó la carretera hacia Versalles.

Celio Rabatti y Fabrizio Malacusi, estuvieron dos días tratando de averiguar donde había podido ir Gonzalo Sforza, y no obtuvieron el más mínimo indicio de su paradero.

Informaron a Roma y les ordenaron regresar, no sin antes echarles una monumental bronca y llamarles repetidas veces “anormale” y “stupido”.

Sforza, viajó en su coche alquilado, evitó la autopista, pasó por Orleans deteniéndose en Tours a pasar la noche. Al día siguiente temprano y ahora por la autopista, condujo hasta la frontera, la cruzó sin contratiempos, llegó a Bilbao, cogió el primer vuelo posible a Madrid y se encontraba en Barajas al atardecer.

Llamó a un amigo de los tiempos del seminario, que trabajaba en la nunciatura, y éste se alegró con su petición de alojarlo en su casa, durante un par de noches.

Una vez en la habitación de invitados de la casa de su amigo, revisó detenidamente todos los documentos que se había llevado de Roma, y no echó ninguno en falta, pero se obligó a suponer que se los habrían copiado, utilizando

el móvil u otro sistema.

Tuvo que decirse, por tanto, que conocían lo que había fotografiado del archivo vaticano, además de las notas y documentos de su bisabuelo, por lo que sabían lo que buscaba, y eso era una muy mala noticia, una noticia que se llamaba peligro. Pero, razonó a su vez, precisamente por eso, he de moverme con la máxima cautela y a la vez con la máxima rapidez.

Y planificó sus pasos. No saben dónde estoy ahora, pero pueden saberlo, porque saben lo que estoy buscando y también saben dónde está, si es que existe, la información que estoy buscando.

Pueden vigilar los archivos en los que necesito consultar, aquí en Madrid, los del Conde—Duque de Olivares, los del rey Felipe IV. En Simancas, todavía les será más fácil. Entonces ¿qué puedo hacer? Si vuelvo a Paris, estoy corriendo el mismo riesgo, luego me encuentro, ante una mala situación, haga lo que haga. Y tomó una decisión un tanto extravagante. Habló con su amigo el de la nunciatura y le pidió un pasaporte a nombre de una persona inexistente. El favor que se le pedía era una cosa muy comprometida, pero pasada su inicial sorpresa, recordó sin esfuerzo, aquel día en que el testimonio de Sforza ante el obispo Malatesta, le salvó de una buena, ya que este quería arruinar su carrera diplomática y las palabras y juramento pertinente de Gonzalo Sforza, contradiciendo la acusación que se le hacía, le libraron de una grave amonestación, salvando su carrera.

De manera que, el agregado en la Nunciatura Apostólica de la Santa Sede en Madrid entregó a su amigo Gonzalo Sforza un pasaporte a nombre de Maurizio Taban Pacci, librero en Roma, en el que aparecía una fotografía de un desconocido Sforza, con el pelo rubio, bigote naturalmente rubio y una discreta barbita del mismo color, transformación ésta que se había operado con la oportuna actuación de un estilista madrileño al que acudió el interesado, al día siguiente de su llegada a Madrid. Con su nueva imagen y su nueva documentación, Gonzalo Sforza, abrió en una entidad bancaria de la capital del reino, una cuenta corriente con sus correspondientes tarjetas de crédito y débito, se trasladó al hotel Mindanao, dijo en recepción que estaría unas indefinidas varias semanas, le dio una buena propina al conserje, pues era de la teoría de que las propinas al entrar, porque al salir, ya no necesitas que te sirvan, subió a su habitación, pidió una botella de Möet Chandon y se puso a mirar la televisión.

A la mañana siguiente, se dirigió al Archivo Histórico Nacional y prosiguió la búsqueda. En Lieja, había conseguido amplia información sobre el robo al Príncipe—Obispo. Supo allí, leyendo la documentación de la época, del tremendo revuelo que se organizó con motivo del robo. Leyó copias de las cartas que los funcionarios de la diplomacia de Don Fernando de Baviera enviaron al Papa Urbano VIII, recabando información y ayuda.

También encontró alguna nota anónima, sobre las informaciones solicitadas a Richelieu, sobre los mercenarios suecos que, bajo el paraguas de Francia, asolaban Lorena,

El motivo por el que un asunto que, por la prueba del puñal con el escudo de Lorena encontrado en el lugar del robo, apuntaba al ducado de Lorena, se convirtió en una cuestión de alta política internacional.

Y aunque, estrictamente, no le ayudaban en este caso pudo conocer datos sobre las detenciones habidas en Lieja desde el 27 de diciembre de 1636, dos días después del robo y que se alargaron por todo el año 1637, así como las detalladas torturas y las ejecuciones finales. Las sospechas del príncipe—obispo y los hombres que se ocuparon del asunto, recaían casi unánimemente, sobre los mercenarios suecos y acusaban a éstos, como brazo ejecutor señalando a Richelieu, como cerebro en la sombra de la operación.

No hubo, sin embargo, pues los de Lieja no se atrevieron a ello, una acusación formal a Francia, pero los intentos de mediación fueron llevados a cabo por las primeras cabezas de los países más poderosos de Europa, en ese inicio del segundo tercio del siglo XVII.

En concreto, el Papa Urbano VIII, actuó muy ladinamente, pero no engañó a nadie. Este Papa, es un ejemplo, de cómo se pueden manipular los principios de la fe católica, cuando de política se trata. Se llevó un disgusto tremendo cuando los españoles, católicos, derrotaron de forma aplastante a los suecos, protestantes, en la batalla de Nördlingen.

Sabido esto por Olivares, éste sonrió aún más ladinamente. Y la cosa tiene su gracia, pues la incuestionable fidelidad de Felipe IV al papado de Roma, fidelidad extensiva sin ningún género de dudas a sus predecesores Los Felipes segundo y tercero, estaba siempre matizada por la razón de estado, razón que definía y aplicaba el Conde—Duque de Olivares, según su no muy leal saber y entender, al decir de sus enemigos.

Urbano VIII, tuvo problemas más o menos graves, pero continuos y continuados, con los estados italianos limítrofes a los pontificios, y en cada acción, estaba Olivares barriendo para casa.

Y tampoco le faltaba razón a éste, pues el juego de ajedrez entre las tres grandes potencias, España, Francia y el Imperio de los Austrias, en el que Urbano VIII, pretendía ser una especie de árbitro, fue un auténtico desastre, para los intereses del papado.

Ninguno de los tres contendientes, renunció a nada, otra cosa es que les hicieran renunciar, como ocurrió en la paz de Westfalia. Las mal llamadas, guerras de religión de los siglos anteriores, dieron paso a un abierto enfrentamiento por el poder político, y católicos y protestantes se unieron para

derrotar a otros católicos, y Francia jugó muy hábilmente este juego, ante el enfado de España, que además no conseguía que Roma o Urbano VIII, si se quiere, llamase a mandamiento con eficacia a la Francia de Richelieu, debatiéndose el Papa, ante el dilema de hacerlo y contentar a España, pero arriesgándose con ello, a que Francia adoptase posiciones cismáticas, como lo había hecho Inglaterra en el pasado, con el consiguiente batacazo, sin posibilidad de marcha atrás, que este hecho supuso para la iglesia de Roma.

Con estos mimbres, cada cual pretendía hacer un cesto más grande o, cuando menos, que el enemigo no construyera más grande el suyo, y el robo de su tesoro al príncipe de Lieja, era sabroso y muy apropiado para acusar a quien conviniera desprestigiar, o tachar de innoble traidor.

Y así, España acusaba del robo a Francia, ésta a España y Urbano VIII, enfadaba aún más si cabe, al robado príncipe de Lieja, por su incapacidad de poner orden y dar solución a un asunto que, según este príncipe, no era de ninguna manera político, sino vulgar latrocinio.

Todos estos datos recogidos por Sforza eran ciertamente interesantes y lo eran aún más, para sus intereses concretos. Él sabía quién había consumado el robo y quién lo había ordenado. Las preguntas en ese momento, para seguir el camino de la investigación por un camino correcto, un camino que le llevara a determinar si su bisabuelo tenía razón, en el sentido de que ese tesoro nunca llegó a manos de quien ordenó el robo, es decir, Don Fernando de Austria, cardenal infante y Gobernador de los Países Bajos Españoles.

Y si eso era así: ¿Quién se lo había quedado?

¿Era posible que casi cuatrocientos años después, estuviera entero y escondido? Sforza se dijo que merecía la pena recorrer aquel camino. Y siguiendo con la hipótesis de que el tesoro continuara oculto, las preguntas para obtener información y poder seguir buscándolo, surgían con facilidad:

¿Dónde lo escondieron Colmenero y sus hombres? ¿Cuál era ese lugar especial y de difícil descubrimiento, que decía el capitán Colmenero a su superior? ¿Quién era y qué hacía allí, aquella mujer llamada Doriane de la Fayole, con los actores del robo? ¿Sabía algo Richelieu? ¿Lo sabía Olivares? ¿Y el Papa?

Y en el supuesto de que alguno, o los tres, tuvieran información sobre este asunto, ¿hasta dónde llegaba esa información? En cualquier caso, se dijo Sforza, en el triángulo Madrid—París—Roma, se jugó el juego y, si averiguo que alguno de los tres protagonistas sabía algo o mejor, que lo sabían los tres y no lo hallaron, tiene que haber información y yo puedo tener un formidable éxito. Con este bagaje de preguntas y posibilidades, se enfrascó en los documentos que, para aquel 1 de abril de 2018, solicitó para estudio, en el Archivo Histórico

Español.

Se encontraba a media mañana de aquel día, con su impecable traje de lana azul, última colección de Ermenegildo Zegna, revisando correspondencia de Olivares, cuando leyó la siguiente carta:

“Don Gaspar de Guzmán y Pimentel Ribera y Velasco de Tovar Conde—Duque de Olivares Palacio Real Madrid Excelencia:

La importancia del asunto que me ocupa y que traslado, ha hecho que prescindiera del cauce oficial para hacer llegar a su excelencia, mediante un propio, este escrito para su conocimiento, e implorando actuación del modo y manera que su excelencia estime apropiada a su gravedad.

En un viaje de reciente finalización, a la ciudad de Amberes adonde acudí, para solventar un negocio mercantil de mi hermano, por hallarse este enfermo, y no ser de razón encomendárselo a un ajeno, se me presentó un soldado que dijo ser de su excelencia Don Fernando, cardenal infante y hermano de nuestro rey, demandándome una gran cantidad de dinero, por lo que se consideraba negocio ilegal, el de mi hermano, y yo simple robo.

Se me acusó de cosas imposibles de ser realizadas por un siervo de Dios, como me designo y para quien vivo. Imploro de su excelencia, su amparo para la restitución del caudal que a mi hermano le ha sido ignominiosamente arrebatado por Don Fernando de Austria”.

El documento estaba firmado por “Roig —Obispo en Palma de Mallorca” y fechado el primero de junio de 1636. No encontró nada relativo a una posible respuesta de Olivares a Roig, pero sí una nota, a pie de página, del anterior documento que decía: “Decir a su majestad y tantear a su santidad”.

A lo largo de las semanas siguientes, Sforza continuó metódicamente con su tarea, pero no encontró nada relevante al caso, salvo una mención a la reacción de Felipe IV, a la misiva del obispo Roig, restando importancia al asunto, por considerarlo, “si cierto fuere, acción de guerra”.

Dando por finalizado su trabajo en Madrid, viajó a Simancas, donde permaneció estudiando archivos, hasta el viernes seis de julio.

A media tarde de ese día, viajó a Madrid y en la mañana del santo Fermín, vio el encierro de los toros del día, en la televisión, pidió que subieran a por su equipaje, pagó su cuenta en la recepción, se dirigió al aeropuerto de Barajas y subió a un avión que lo llevó a París, donde sin darse descanso, se zambulló en la inmensa documentación que sobre Richelieu y su época, se guarda en la Biblioteca Nacional de Francia.

Conoció entonces, quién era Doriane de la Fayole, cómo se le había encargado, a esta agente, el asesinato de Don Fernando de Austria y la posterior anulación de esta orden, anulación motivada por el inicio de unas conversaciones

de paz, entre Francia y España, tras la victoria española en la batalla de Corbie a poco más de veinte leguas de París, y con las tropas del cardenal infante avanzando hacia la capital del reino francés. Según iba descubriendo todas estas cosas, crecía su excitación que llegó a ser casi sexual, cuando leyó una breve nota que Doriane de la Fayole envió a Richelieu, fechada el 27 de diciembre de 1636 y que decía así:

“Leodiense factum est operatio. Ex in Pantheon maioris ad principes recepere aeternum.”— (Hecha operación Lieja. Resultado, Panteón príncipes ad aeternum).

“Dios de las fortunas”, gritó Gonzalo Sforza, provocando que, con su júbilo, dos estudiosos que se encontraban en sus mesas a pocos metros de distancia de la en que él trabajaba, levantarán sus cabezas sorprendidos “bisabuelo Ludovico, ¡eres un genio!”.

Muy contento con su descubrimiento, inició el regreso a su hotel y en ese regreso, caviló: “La nota que he leído, confirma el robo y señala dónde se escondió el botín. La cuestión ahora es, determinar si esa especie de clave “príncipes ad aeternum”, corresponde a un lugar y en ese caso, cuál es ese lugar.

La mención “príncipes” parece clara alusión a los de Lieja, pero ¿que se quería decir con “ad aeternum”? ¿Era una clave establecida por Richelieu? ¿Por qué Doriane de la Fayole no había dicho el lugar exacto del emplazamiento? ¿Por temor a que el correo enviado a su jefe Richelieu fuese interceptado? Lo más probable. No parece posible, —razonó —que la agente del cardenal le dijese algo que él no pudiese entender. ¿Había algún motivo para escribirle en latín? Una cosa aparecía clara. El tesoro había sido llevado, al menos en primera instancia, a un lugar que se podría identificar con “príncipes ad aeternum”.

Y también otra, que ese tesoro no había sido llevado a Bruselas, es decir, que no había sido entregado a quien ordenó el robo, que no era otro que, Don Fernando de Austria.

¿Por qué no se lo habían entregado a él? ¿Quizá fuese porque, en ese momento, no se encontraba en esa ciudad, sino batallando por los campos de Francia, en una incierta guerra?

Quizá. Primera conclusión a la que llegó Gonzalo Sforza. “Tengo que ir nuevamente a Lieja”. Llegó al hotel y se dirigió a la cafetería. Se sentó en un taburete de la barra y pidió un gin tónico. A su derecha una mujer atractiva y elegantemente vestida, lo miró sentarse, inexpresiva.

Sforza cogió su gin tónico con la mano izquierda y giró en su taburete ciento ochenta grados, mientras se llevaba el vaso a la boca.

Entonces la mujer lo miró y experimentó un sobresalto, que él no percibió, y el motivo del sobresalto era, el sello de oro que llevaba y no se quitaba nunca, en

su dedo anular izquierdo, en el que había algo como un escudo de armas, que tenía en cada extremo una piedrita roja, que ella pensó serían rubíes.

Y pensó que eran rubíes, porque el hombre a quien se le había ordenado buscar, llevaba un sello con cuatro rubíes en cada ángulo del escudo grabado en un sello de oro.

La mujer miró unas fotografías en su móvil y luego, disimuladamente, para no llamar su atención, posó su mirada con medido gesto de desinterés, en el caballero que, sentado en el taburete contiguo al suyo, bebía un gin tónico.

Bajó de su taburete y fue hacia la puerta, marcando algo en su móvil y dijo: — Habla Stella. Quiero contacto con Travis. — Aquí Travis. Escucho.

—Estoy en el hotel Saint Marc, he visto en la cafetería a un hombre de unos treinta años que lleva en su dedo anular izquierdo un sello de oro como el de Gonzalo Sforza, pero su apariencia no se corresponde en absoluto con la descripción que a mí se me ha dado por el servicio.

—¿Cómo es ese hombre? —dijo la voz al otro extremo. — Treinta años, complexión normal, uno setenta, rubio con barba fina —contestó Stella. — ¿El sello en su mano, tiene cuatro rubíes? —inquirió Travis. — Sí, creo que sí. Las cuatro piedras pueden ser rubíes. — ¿Has podido ver lo que está grabado en el sello? — No. —respondió Stella.

—Toma nota —urgió Travis —, si es Sforza, ese sello tiene que tener el escudo de armas de su casa, que es un león rampante, lenguado, con una rama de membrillo entre las garras.

—Anotado. —No lo pierdas. Antes de una hora se reunirán contigo dos agentes. Coordinad la vigilancia e informad cuando lo hayáis hecho.

Informa si sale del hotel antes de que lleguen tus compañeros — concluyó Travis. Capítulo X.— La Boda

En el palacete que, la marquesa de Dos Aguas había prestado para su residencia en él, a sus amigas Inés y Eulalia, hacía ya más de dos años, la actividad era frenética.

La boda de Inés con Luis estaba fijada para el día 10 y en aquel tres de abril, faltando solamente una semana para el enlace, había todavía muchas cosas que no estaban ultimadas.

La limpieza general de las dependencias del palacete había concluido, los nuevos tapices, estaban colocados y a gusto de las señoras, la plata y la vajilla preparada, las invitaciones enviadas, las provisiones de viandas y bebidas, realizadas, los sillones tapizados, el vestido de novia, pendiente de los últimos detalles, pero la cocina era un desastre.

El tiro de la chimenea no funcionaba. Llevaba tiempo mal. Los hombres encargados de arreglarlo hicieron una chapuza y a Eulalia se la llevaban los

diablos, pues temía un desastre en el momento de la comida de la boda.

Las mujeres pidieron ayuda a Luis y convinieron los tres, en hacer un menú con solo un plato caliente, que harían en grandes perolas, haciendo varios fuegos en el jardín y el resto de los platos, serían fríos, con profusión de mariscos y embutidos, amén de grandes cantidades de dulces y todo regado con los mejores vinos de la región.

La marquesa, a quien también pidieron ayuda, prometió enviarles una docena de sirvientes que, para los poco más de cincuenta invitados que, razonablemente, entraban en el salón principal, serían suficientes.

Y así, a las doce en punto del día señalado, Inés y Luis se encontraban arrodillados ante el altar de la iglesia de San Andrés, serios y emocionados, protagonistas de un enlace matrimonial que congregó en esa iglesia a lo más granado de la nobleza valenciana.

La novia vestida con un traje granate de seda y, su cabello recogido con una bella goyesca, portando varias joyas de valor, provenientes de la familia de su madre, estaba esplendorosa.

El novio, impecable en su traje oscuro de buen paño. La pareja fue aplaudida por muchas personas del pueblo llano, que esperaron a los contrayentes a la salida de la iglesia, para manifestarles su afecto, cosa que complació mucho a ambos y fue motivo de comentarios, por parte de algún invitado envidioso.

El banquete discurrió sin mayores problemas, y a medida que avanzaba, a Eulalia e Inés, fueron disipándose sus temores de que todo terminara en un desastre, por el lío que habían armado con las perolas, motivado por el desbarajuste de su antigua y estropeada cocina.

Finalizado éste, el padre de Inés, marqués de Forcada, tuvo mucho interés en mostrar a los invitados el regalo que había enviado el Conde—Duque de Olivares, y del que él y su esposa, la condesa de Organdi, habían sido portadores.

El regalo era un lienzo de un pintor sevillano, del que la mayoría de los presentes no habían oído hablar. que se llamaba Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, que más tarde, sería conocido como Diego Velázquez, titulado Retrato de Hombre, que los invitados alabaron sobremanera, probablemente por ser el valido del Rey Felipe quien lo enviaba, más que por la maestría de la obra.

Finalizado el acontecimiento, despidiéronse pausadamente los invitados, sintiéronse aliviados los sirvientes, tras una dura jornada finiquitada con éxito, dirigió Eulalia un guiño de complicidad a su amiga, a modo de que lo pases bien y mañana me cuentas, y dispusiéronse a partir, los ya marido y mujer, ante Dios y ante los hombres.

Salieron Luis e Inés del palacete, y subieron a un carruaje que los llevó hasta

la residencia de Luis, lugar en el que vivirían junto con el niño Jaime, cuyos trámites de reconocimiento como padre, pensaba iniciar Luis al siguiente día.

Llegados a la casa de Luis, Inés se mostró muy tranquila, no así su marido que daba la impresión de no saber cómo desnudarse, lo que hacía que ella, percatada del embarazo de Luis, sonriera divertida.

Finalmente, Luis consiguió discernir que era más conveniente usar una silla para depositar en ella su ropa, que la cómoda sobre la que había un montón de papeles, e inició la operación de desvestido.

Concluida ésta, de espaldas a Inés, se giró, se acercó a la cama y contempló sobre ella, el cuerpo desnudo de la mujer más hermosa que él hubiese visto jamás.

Y se amaron con fuerza, con deseo ardiente y luego se besaron y se acariciaron en una noche larga y venturosa para ambos. Luis sabía que estaba enamorado, e Inés también se sintió enamorada y gozó de su sentimiento. Las sensaciones de Inés fueron muy distintas a las experimentadas con aquel maldito cura Berganza que la preñó. Éstas eran limpias, eran fáciles, no había ningún sentimiento extraño, como el de utilización que experimentó con el sacerdote. En esa su noche de bodas, gozó del sexo, y lo gozó con amor, un amor suave, cariñoso, agradecido. No igual al que sintió en el pasado por Tristán, aunque se dijo, no puede ser igual.

A Tristán solo le rocé las manos y tan solo una vez los labios. Pero Inés no pudo o quizá no quiso, impedirle pensar en cómo hubiera sido aquella noche, si en vez de a Luis, hubiera tenido a Tristán junto a ella en una cama.

De modo que, pese a ese bello y a la vez peligroso pensamiento, se propuso ser feliz. Quería querer a Luis y lo querría, y él la querría a ella y tendrían una buena vida en armonía, felicidad y paz.

Y su deseo se cumplió, e incluso mejoró en las siguientes semanas. Luis era un buen hombre, era leal y la amaba, pero algo inesperado para Inés, vino a truncar esa felicidad. Ocurrió, que un día de noviembre, llevando ya más de siete meses casados, Luis llegó a casa rayando el alba. Había llegado, en otras ocasiones, tarde a casa, pero nunca tan tarde y jamás tan alterado. Inés respetaba a su marido y cuando, en esas otras ocasiones, le había preguntado por el motivo de llegar a casa a una hora inapropiada para un hombre casado, él le contestaba, invariablemente, que por negocios que le impedían llegar a una discreta hora como la de cenar.

Ella no sabía cuáles eran esos negocios, y ni tan siquiera había preguntado por ellos, y su aparente indiferencia se debía, a que Luis no había mencionado nunca cuales podían ser las fuentes de su fortuna, por lo que no le había parecido conveniente indagar sobre ellas, pues eso podía haberlo molestado. Se había

dado la circunstancia de que Inés, no había pisado la casa de Luis hasta la noche de bodas.

Durante los meses previos a la boda, ella no había pedido, ni tan siquiera sugerido, visitar el que sería su nuevo hogar, y Luis tampoco manifestó ese deseo, y pasada su primera noche, en la que no tuvo tiempo, ni necesidad, ni deseo de inspeccionarla, lo hizo al siguiente día.

La casa era grande y quizá, y aún más por ello, le extrañó su desnudez. Había buenos muebles, pero pocos. La biblioteca era grande y repleta de libros y legajos, pero de las paredes, no colgaba ni un solo cuadro, la vajilla era escasa, no había un solo candelabro de cierto valor, y ni tan siquiera una pequeña figurita de porcelana.

Por todo ello, el retrato de Velázquez, que recibieron como regalo de bodas del Conde—Duque de Olivares, aparecía solitario y magistral, en lugar principal del desamueblado salón.

Inés pensó, en ese momento, la mañana siguiente a su noche de bodas, que esa sencillez, casi monacal, había de ser lo que gustaba a su marido, y aunque le extrañó bastante, no le hizo más que mínimos e irónicos comentarios al respecto, pensando como cualquier mujer recién casada, que cambiaría gustos, hábitos, y todo aquello que considerara digno de ser modificado o establecido.

Pero la madrugada de la llegada de Luis rayando el alba y alteradísimo, colmó algo en Inés, y comenzó a preguntar, y las preguntas se sucedieron en tono áspero y apremiante:

—Luis, esto ya pasa de castaño oscuro. — Déjame Inés, necesito dormir, hablaremos mañana.

—¡Nada de eso!, hablaremos ahora, lo que necesito saber, puedes decírmelo sin necesidad de esperar a mañana. — ¿Qué necesitas saber? —dijo Luis en tono neutro. —¿Que qué necesito saber? Mírate Luis y mira hacia la ventana.

Estás hecho un asco, y no lo digo por tu traje, pero sí por tu aspecto. Estás despeinado, con muy mala cara, los ojos enrojecidos y si miras por la ventana, comprobarás que ya ha amanecido, ¿Has estado bebiendo?

—Sí he bebido —confirmó Luis. — Pero ese no es el motivo de tu estado, ¿verdad? — No, no lo es. Yo...

—Cuéntamelo Luis, no me quiero enfadar contigo, cuéntamelo y sea el problema que sea, lo abordaremos juntos. —No puedo Inés, no puedo —dijo Luis en un sollozo. Mira Luis —amenazó Inés —, te conozco bien o eso creía hasta esta noche. Puedo ponerme mimosa y hacerte arrumacos para que me cuentes eso que tanto te preocupa, pero no voy a hacer eso, porque tengo el fundado temor de que lo que te ocurre es muy grave.

—Déjame Inés, déjame dormir. Quizá te cuente algo más tarde. Y Luis se

metió en la cama, dejando a Inés de pie, en camisón y descalza al pie del lecho, sin hallar la manera de proseguir su interrogatorio, de forma que decidió no insistir y esperar.

Al cabo de un rato, vistiéndose y pensando en la causa o causas, del preocupante comportamiento de su marido, penetró en su cerebro un pensamiento que le hizo razonar de la siguiente manera:

“Alguna de las veces que Luis ha llegado tarde, le he notado preocupado, no tanto como esta vez, pero en varias de ellas preocupado. Él me dice que, por negocios, que lleva a cabo en algún lugar. Luego he de averiguar cuál es ese lugar y quizá así me entere de lo que le está pasando”.

Y se fue a la cocina, donde encontró al jardinero que también hacía labores de cochero, que se encontraba desayunando atendido por la cocinera, mientras Ramona, la doncella más joven tendía ropa recién lavada, en el jardín.

El cochero se llamaba Damián y era quien traía y llevaba a su marido en sus andanzas solitarias por la ciudad, y alguna que otra vez en sus viajes a alguna población de la provincia.

Lo miró fijamente a la cara, mientras él se levantaba respetuosamente de su silla al verla entrar en la cocina, y la idea que podía, en un primer momento, haberle parecido tonta, cobró fuerza al sorprenderse a sí misma razonando que:

“Parezco tonta, si Damián lleva a Luis a cualquier parte que vaya, sabe adónde lo lleva, seguro que le ve con otras personas, al llegar o al despedirse, y también es muy probable que sepa quiénes son esas personas. Sí, realmente me he comportado como una tonta, pero eso se ha acabado”.

—Damián, ¿adónde llevaste ayer al señor, y de dónde lo trajiste?

—Señora, yo...

—¿Adónde y de dónde, Damián?

—Se lo imploro señora, el señor me ordenó que no le dijera a nadie los sitios por los que se mueve, y menos que a nadie a la señora.

—¿Ah sí?

—Sí señora, y que me castigaría severamente si no cumplía su orden.

—Pues no has de preocuparte por ese severo castigo Damián, pues el mío será peor que las llamas del infierno, si no me dices ahora mismo, todo lo que quiero saber, — elevó la voz la señora de la casa.

Damián tembló como un flan, tanto así, que se agarró a la mesa, bebió un largo trago de vino, y mientras, por indicación de Inés, Ramona que acababa de entrar en la cocina y la propia cocinera, se iban de la estancia, dijo:

—Pregúnteme la señora —susurró agachando la cabeza. — Dime el lugar al que llevaste al señor, ayer después de comer y dime también de dónde lo has traído esta madrugada. —Lo he llevado a la Lonja de la Seda y también lo he

traído desde allí.

— ¿Y sabes a qué va a la Lonja de la Seda?

— Yo señora, no...

— ¿A qué otros lugares le sueles llevar?

— Alguna vez a casa del judío Sabán Mahun.

— ¿Un prestamista?

— Sí señora, todos los judíos son prestamistas.

—Entonces te habrá hablado alguna vez de los negocios que hace en la Lonja de la Seda ¿verdad?

—Bueno, alguna vez vuelve maldiciendo a todos los ángeles y santos y diablos señora, y yo me suelo asustar mucho. — ¿Y ayer, también volvió a casa maldiciendo? — Sí señora y mucho, acordándose de todos los parientes de Don Miguel y diciendo una y otra vez, me ha arruinado, me ha arruinado. —Está bien Damián, vuelve a tu trabajo y avisa a Ramona y a la cocinera que pueden continuar con sus quehaceres —concluyó la señora.

Inés se dirigió a su habitación, abrió la puerta, miró dormir a Luis durante unos instantes, la cerró y se sentó en el saloncito contiguo con los puños apretados sobre su regazo.

Había oído a Luis hablar de un Don Miguel, un portugués de apellido Sousa, que traficaba con diversas mercaderías por todo el Levante, y sobre el que no tuvo motivo para interesarse, y del que ahora, una frase repetida por su marido, cuando lo mencionaba, cobraba un sentido, todavía desconocido, pero inquietante.

¿Qué significaba eso de “me ha arruinado”? ¿Cómo y con ocasión de qué, decía Luis que se había arruinado?

Esas eran, principalmente las preguntas a las que buscaría respuesta en cuanto su marido se sentase a la mesa, cosa que ocurrió pasada una hora, e Inés, no perdió el tiempo en rodeos y a bocajarro exclamó, dejando pasar tan solo los treinta segundos que Ramona necesitó para servir la sopa y abandonar el comedor, después de que él se sentara.

—¿Qué significa eso de que te han arruinado?

— ¿A qué te refieres?

— A lo que le has dicho a Damián la pasada noche.

— ¿Has hablado con Damián?

— Naturalmente.

— ¿Y por qué le preguntas a un sirviente cosas sobre tu marido?

—Porque quiero respuestas, porque necesito respuestas Luis, las que hace unas horas, has dicho que quizá me darías —suplicó Inés.

—No quiero preocuparte Inés, te quiero con toda mi alma y no quisiera

hacerte el más mínimo daño. — Yo también te quiero Luis, pero estoy muy preocupada y mi preocupación no disminuirá con tu silencio, sino todo lo contrario.

—Inés, lo siento, lo siento mucho. —Dime que te pasa Luis, juntos lo solucionaremos.

Luis se recostó en su silla y cerró los ojos. Estuvo así unos instantes y con rostro sombrío, relató a su mujer. — Inés, espero que puedas perdonarme por lo que ahora vas a saber. Soy jugador. Lo soy desde joven. Desde que me enamoré de ti he intentado dejar el juego, pero no lo he conseguido y ayer perdí lo poco que tenía y algo más.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —Lo que acabas de oír y te cuesta comprender. Sé que te extrañaste del estado de la casa. La ausencia de cuadros y otros objetos de valor, se debe a que poco a poco, he ido a lo largo de los años, vendiendo los que tenía para hacer frente a mis deudas de juego.

Ayer perdí todo el dinero que llevé para jugar y tuve que firmar un documento reconociendo una deuda que debo de pagar en un mes, si no quiero poner en peligro la propiedad de esta casa.

—¡Pero eso es un desastre Luis! —exclamó Inés enfurecida.

— Lo sé Inés, lo sé y lo peor es que no sé qué hacer —respondió un apesadumbrado Luis.

— Pues algo tendremos que hacer —bramó Inés—, no podemos quedarnos sin casa donde vivir.

—Lo siento Inés, lo siento en el alma —sollozó Luis.

—¿A cuánto asciende esa deuda que me dices?

—A cinco mil ducados —susurró un asustado Luis.

—¿Cinco mil ducados? —gritó Inés.

—Sí.

—Pero tú estás loco, eso es una fortuna.

—Ya lo sé Inés, ya lo sé...

Inés se levantó hecha una furia, se arregló para salir, llamó al cochero y le ordenó que la llevara al palacete donde seguía viviendo Eulalia.

Eulalia escuchó pacientemente a su amiga y cuando consideró que ésta se había suficientemente desahogado del disgusto que, minutos antes, le produjeran las revelaciones de su marido, dejó que se enjugara las copiosas lágrimas que brotaban de sus ojos y cariñosamente le dijo:

—Bueno, bueno, mi querida niña, sé que lo que voy a decirte no va a consolarte, pero has de saber que no hay hombre que tarde o temprano, no de uno y luego muchos más disgustos a su mujer.

—¿Qué voy a hacer? ÉL me suele dar dinero para cubrir los gastos de la casa

y del servicio y poco más, y ahora me dice que no tiene nada y que encima ha de pagar en un mes una deuda de cinco mil ducados, ¡qué barbaridad!

—Tú tienes dinero Inés —dijo Eulalia.

—Sí, puedo pagar esa deuda y aún nos quedaría dinero para vivir decentemente una temporada, pero no para mucho más, sobre todo si él no tiene ninguna renta, como veo ahora que no tiene.

Ha dilapidado todo su dinero en el juego. No tendré más remedio que pedir dinero a mi padre, y ya sabes lo que me revienta eso.

—No hace falta que te diga que puedes contar conmigo.

—Ya lo sé Eulalia, y te agradezco tu ofrecimiento, pero tú no eres rica y además ahora tienes más gastos, teniendo que afrontar sola los del palacio que nos prestó la marquesa de Dos Aguas.

—Así es amiga. Quizá tenga que trasladarme a una casa más modesta, pero cuenta conmigo.

—Gracias Eulalia.

—Y entonces ¿pedirás ayuda a tus padres?

—Estoy pensando que voy a escribir a mi madre.

—Bien, creo que debieras hacerlo sin tardanza — puso Eulalia fin a la conversación. Inés regresó a su casa y nada más llegar a ella, hizo jurar a su marido por el amor que le decía profesar, que nunca más volvería a jugar y Luis se lo prometió solemnemente, jurando por su honor.

Sin pérdida de tiempo, se puso a escribir a su madre, contándole lo ocurrido, implorando su ayuda y manifestando su vergüenza. Al día siguiente, Damián depositó en la estafeta la carta de Inés dirigida a su madre. A los quince días recibió contestación de ella, con la que le enviaba una carta de crédito firmada por el conocido banquero Octavio Centurión, para que la presentara ante los banqueros valencianos y pudiera cobrar el dinero cuya cantidad, en ella se determinaba.

Su madre le relataba que no le había dicho nada a su padre, que no podía darle razón del importe de las rentas de su condado de Organdi, pues como ella bien sabía, éstas eran administradas por su padre y no había considerado oportuno preguntarle por ellas.

Rogaba a su hija en la misiva, que fuese muy cuidadosa con sus caudales pues, aunque no lo supiera con exactitud, sospechaba una mala administración de su marido, sospecha motivada por una velada insinuación del banquero Centurión, por lo que temía que las rentas de su marquesado el de Forcada y de mi condado el de Organdi, no fuesen todo lo cuantiosas que pudiera esperarse.

Inés, se dispuso a visitar a un banquero, presentarle la carta de su colega Octavio Centurión, y recibir los cinco mil quinientos ducados que había

dispuesto su madre que recibiera, pero en ese momento, se le planteó un problema y éste era ciertamente delicado.

¿Mediante qué procedimiento, resolvería la deuda de su marido? ¿Le entregaba el dinero a él? ¿Hacía ella el pago por cuenta de su marido?

Ninguna de las dos opciones, le pareció adecuada y resolvió hablar con Luis. —Luis, tengo en mi poder una carta de crédito que me ha facilitado mi madre y que puedo hacer efectiva, pues está garantizada con los bienes de su condado. El asunto es ahora, cómo hacemos el pago y finiquito de todas tus deudas. Quiero suponer que me has dicho toda la verdad sobre este asunto, así que una vez más y espero que sea la última, te pregunto:

¿Cuánto debes exactamente? No solo a ese Don Miguel, sino a cualquier otro. — Te lo dije, cinco mil ducados —respondió Luis —y la totalidad de la deuda es con Don Miguel. — Bien, y espero que no te ofenda que quiera asegurarme. Así que vamos a procurarnos ese dinero haciendo efectiva la carta de crédito que me ha enviado mi madre y luego visitamos a Don Miguel, saldamos la deuda y yo me quedo con el recibo de pago que le pediré. No te pido que estés de acuerdo, porque así es como será.

—Estoy conforme Inés y gracias. —No necesito tu agradecimiento, sino que cumplas tu promesa y podamos, algún día olvidar este asunto o, al menos, que no afecte a nuestra relación, como en el momento presente lo está haciendo.

Luis no dijo nada más, Inés hizo una pregunta más a su marido y respondida que fue ésta, envió a Damián a la dirección que se le había dicho, con recado de demandar al acreedor, una fecha y una hora para ir a visitarlo.

Resolvió Inés la cuestión de la carta de crédito, obtuvo el dinero sin ningún problema ni dilación y en la fecha y hora señalada por Don Miguel, se presentaron ella y su marido, en su casa.

Inés liquidó la deuda de su marido, pidió y obtuvo su recibo y sin dirigirse ni una palabra en todo el camino de regreso, entraron en su casa y esperaron sentados en el salón la hora de cenar. Fueron pasando las semanas y Luis no conseguía digerir su disgusto ni su vergüenza. No había vuelto a jugar. En realidad, no había salido de su casa, saliendo de entre sus muros, únicamente para ir al jardín.

Las relaciones íntimas con su mujer se habían visto afectadas y durante dos semanas, no solo no hicieron el amor, sino que ni tan siquiera se tocaron.

Esta situación había cambiado la última noche, en la que Inés acuciada por sus necesidades sexuales, se arrimó a su marido en la cama y este agradecido, le hizo el amor, tal y como ella deseaba.

Y entonces, Luis experimentó una reacción extraña o quizá no tan extraña. Pero ciertamente devastadora. Fue como si bajara la guardia. Cuando prometió a

Inés que no reincidiría en su vicio, lo hizo con convicción y fueron pasando los días sin ninguna tentación a este respecto. Mientras Inés estuvo enfadada con él, ese enfado pareció mantenerlo alerta, pero habiendo reestablecido, más o menos, o para mayor exactitud, cuando Inés así lo deseaba, sus relaciones sexuales, una tarde en que ella salió de compras con Eulalia y a él lo dejaron al cuidado del niño, pues Ramona la doncella de Inés acompañaba a las dos mujeres en su expedición por colmados y boticas, perdió su primera gran batalla, aunque ésta, no tuvo consecuencias inmediatas.

Sucedió, que nada más traspasar las mujeres el umbral de la casa, a Luis su cerebro le jugó una muy mala pasada. No supo definir la especie de escalofrío placentero que sintió, pero sí supo, mientras iba hacia la cocina, inventarse una historia que requería abandonar la casa de forma inmediata y que la cocinera, se quedase cuidando al niño, durante el tiempo que él tardara en hacer su recado, que no sería más allá de dos horas y, en cualquier caso, antes de que regresara la señora de su salida de compras.

Llamó a Damián, pues las señoras habían utilizado el coche de Eulalia, le dijo que le llevara a la Lonja de la Seda y le conminó a que fuese a buscarle al salón privado de la misma, cumplidas dos horas.

Subió apresuradamente las escaleras del edificio, compuso el ademán en la puerta, entró con aire digno y se dirigió a una mesa en la que se jugaba al julepe y en la que además de Don Miguel había otros dos hombres.

Don Miguel lo recibió con sonrisa irónica y un “mucho tiempo sin verlo Don Luis, ¿cómo se halla su señora esposa?”, a lo que Luis no se dignó contestar.

Hubo suerte aquella tarde, ganó trescientos ducados y más suerte tuvo en lo familiar, pues cuando dos horas y media después de haber salido de su casa, llegó a ella, las mujeres, aún no habían regresado.

Se sentó en el salón y sus nervios se relajaron. Se sentía bien, La tensión del juego, esos golpes de adrenalina que tanto necesitaba, habían hecho su labor y hasta su conciencia lo dejó en paz durante el resto del día.

Y la vida continuó armoniosa en aquella casa. La cocinera no dijo nada por miedo a una severa reprimenda de su amo, el niño no hizo ningún comentario que pudiera hacer pensar a Inés que algo anormal había ocurrido aquella tarde durante su ausencia y Damián tenía órdenes estrictas de su amo de callar como muerto.

Las escapadas de Luis continuaron y no tuvo grandes descalabros económicos en el transcurso de ellas, bien es cierto que, satisfecha su ansia de jugador con el propio juego, consiguió dominarse un tanto y adoptó muchos menos riesgos que en anteriores ocasiones, ganando y perdiendo con moderación, actitud ésta obligada por el escaso peculio del que disponía.

Había otro aspecto de su personalidad que se había visto seriamente afectado. Cuando prometió por su honor a Inés que no volvería a jugar, lo hizo creyendo que cumpliría su promesa, puesto que su honor era algo que tenía en alta estima, pero su recaída en el vicio, lo descompuso. No lograba reconciliarse consigo mismo. Siempre creyó que sería capaz de morir, antes que perder su honor.

En ocasiones, trataba de consolarse diciéndose que nadie, salvo Inés, sabía del asunto y en consecuencia su honor, respecto de los demás, estaba a salvo, por no mancillado ante ellos, pero era esfuerzo vano. Era hombre inteligente y de recios principios y el conocimiento claro de su falta, le corroía el ánimo. Pero continuó jugando.

Capítulo XI.— Un dilema con el tesoro

El príncipe—obispo y su séquito, abandonaban la catedral finalizado el oficio religioso, en aquella madrugada de navidad de 1636 y uno y otros, tras las despedidas de rigor, tomaron el camino de sus domicilios.

El robo del tesoro fue descubierto por el propio robado, en la mañana del día veintisiete de diciembre, al ir a la habitación en la que lo guardaba, para coger los ducados necesarios para pagar a su servidumbre.

Su reacción fue acorde al acontecimiento. Salió gritando de sus aposentos y al acercársele una sirvienta, la empujó violentamente, haciéndola rodar escaleras abajo, luego fue hasta las dependencias de la guardia de palacio y vociferando como un loco, abofeteó al oficial, dirigiéndole unos muy inteligibles improperios, ante el estupor de los demás miembros de ella.

Al cabo de unos minutos, lo suficientemente calmado como para que toda la servidumbre pudiera comprender el motivo de su furia, explicó lo que había ocurrido.

Los sirvientes, Lucien entre ellos, junto con el oficial de guardia, subieron a los aposentos del príncipe y conocieron in situ, lo que había sucedido.

Se impartieron órdenes, que fueron inmediatamente cumplidas, se interrogó a toda la servidumbre y a la guardia y no se averiguó nada, a excepción de lo que pudiera significar el puñal con las armas de Lorena, que el propio príncipe encontró en la habitación del tesoro.

A lo largo de aquel día, habiéndose corrido la voz del inimaginable suceso, se presentaron en la puerta de palacio, personas de toda laya y condición, interesándose por lo sucedido, preguntándose quién podía haber osado realizar tamaño crimen, imaginando sospechosos y soñando poder encontrarse entre ellos.

Se indagó en Lorena sin ningún resultado, y aunque el hecho de que se hallara en la habitación del tesoro un puñal con las tres águilas en una franja

oblicua del escudo de Lorena, hiciera pensar, en un primer momento, en que el, o los autores, del robo fuesen de ese ducado, la pista no llevaba concluyentemente a ningún lado, pues en esa época y en Lorena, proliferaban los mercenarios a sueldo de Francia, además de que el puñal podía ser de cualquiera, fuese o no de Lorena y finalmente, también existía la posibilidad de que hubiese sido dejado allí, deliberadamente para confundir, sugirieron los más avisados.

Pero el robo era monumental, y aunque no se pudiera saber ni la cantidad aproximada de lo robado, todo el mundo decía que era inmensa, incalculable, enorme y la enormidad era mayor, según fuese la codiciosa imaginación de las gentes.

La víctima del robo, el príncipe de Lieja, si sabía su cuantía, aunque no la dijo, pero ofreció cubrir de oro a quien le facilitara la posibilidad de poder recuperarlo.

Él sospechaba de Francia, sin fundamento, cierto era, pero sospechaba de Richelieu. Estaba convencido de que aquello no había sido obra de vulgares ladrones, y ordenó centrar las pesquisas en esa dirección. No quería sospechar de nadie más y esa falta de pragmatismo, le fue fatal. Un hábil consejero, le sugirió que propagase a los cuatro vientos, que el príncipe conocía la autoría de agentes secretos franceses, y con esa excusa, romper todas sus relaciones con Francia, obtener el apoyo de las demás potencias y resarcirse de lo robado, robando, manu militari, en territorio francés, pero las potencias le dieron largas y no obtuvo nada por ese camino.

Por su parte, Doriane y Tristán, ejecutaron magistralmente su papel de dolientes súbditos de un príncipe ofendido, por la increíble osadía que significaba robarle, ofreciéndose a todo lo que éste pudiera desear y haciendo como que trabajaban en la búsqueda del tesoro, y hasta denunciaron a dos inocentes comerciantes acomodados, como cómplices del robo y como en poder de uno de ellos, encontraron unas gemas, cosa por otra parte, bastante usual entre personas que se dedicaban al comercio, fueron torturados, aunque, como es fácil de entender, sin ningún resultado.

En esas estaban, informándose a través de Lucien de lo que hacían, decían y dejaban de decir el príncipe y sus cortesanos, cuando un día de septiembre de aquel año de 1637, llamó a su puerta un jinete con un mensaje de su jefe, Don Fernando de Austria, ordenándoles que le enviaran, con urgencia, la mitad del tesoro.

Llevaban casi un año en Lieja y era la primera orden que recibían en ese sentido. Sabían que, durante todo ese tiempo, su jefe, el cardenal infante, había estado batallando en territorio francés y en la fecha en que llegó el jinete portador de la orden, Don Fernando estaba ocupado, según informó, en el asedio

de los holandeses a la ciudad de Breda.

Atribuían a esas importantes ocupaciones, la razón por la que Don Fernando no hubiera ordenado trasladar el tesoro a la seguridad de su palacio en Bruselas. No obstante, la orden recibida suponía el, de momento, doble riesgo de tener que ir, cuando menos, dos veces al panteón, por lo que Tristán y Doriane, conferenciaron al respecto.

—Tristán, no entiendo la razón de esa orden —dijo Doriane. — Quizá haya tomado esa decisión por cómo se está desarrollando la guerra —señaló Tristán —y haya considerado que si en ocho meses no han descubierto en qué sitio lo escondimos...

—Pero eso es muy peligroso, imagínate que se muere el propio príncipe, ¿dónde llevarían su féretro? — Con su dinero, ja ja — rio Tristán.

— No es asunto para reírse, pues nuestros cuellos están en juego.

— No veo motivo, al menos hasta el momento, para que sospechen de nosotros, — contestó un jovial Tristán.

—Cierto, yo tampoco tengo ningún temor por ese lado, pero si simplemente se le ocurre a alguien de palacio, mandar a unos sirvientes a hacer una limpieza, lo descubrirían todo, y aunque no sospecharan de nosotros, adiós misión, —dijo Doriane.

—Bueno, pues adiós misión, qué le vamos a hacer —apostilló resignadamente Tristán.

— No me gusta tu actitud, con esa actitud no se hace bien el trabajo — respondió Doriane.

—Está bien —dijo un serio Tristán —, ¿qué propones que hagamos?

—Sacar en una sola vez y pronto, todo el tesoro. Llevarlo a algún lugar seguro y mandarle desde allí lo que nos ha pedido, que parece necesitar con tanta urgencia para pagar a sus tercios y las armas que necesita para ellos, y esperar allí nuevas órdenes —declaró con firmeza Doriane.

—¿Y por qué dices eso de los tercios y sus armas?

—No pretendas hacerte el sorprendido conmigo —dijo muy seria Doriane — sé en qué emplea Don Fernando el botín de sus robos, y sé que esos robos, los hace porque Olivares no le manda los fondos que necesita para la guerra.

—Supongo que sabes muchas cosas de Don Fernando, pues llevas mucho más tiempo que yo trabajando para él.

—Puedes suponer lo que quieras, — contestó secamente Doriane.

—¿Y de mí, sabes muchas cosas? —inquirió sonriendo Tristán.

—Mira Tristán, en mi oficio, se averigua lo que debe ser averiguado y preguntas tontas como la que me has hecho, no se hacen y, por tontas, tampoco se contestan.

—Pues yo te las hago —se enfureció Tristán —, tú podrás ser una buena espía, pero yo soy un soldado que cumple una misión y en esta misión estoy contigo.

—Tú no sabes lo que yo soy, pero ¿qué quieres saber?

—Lo que sepas sobre mí.

—Pues sé, que llegaste a Flandes recomendado por el Duque de Alba, y que te iniciaste en este trabajo, en la operación de contrabando desde el País Vasco.

—Y luego me conociste.

—Luego te conocí —afirmó Doriane —, con lo del asunto de Roig. Llevamos trabajando juntos más de un año, pero no sabes nada de mí. Yo he hecho misiones en Suecia, en Francia y en otros países y sé lo que piensan y mucho de lo que saben, sus gobernantes. Estuve en Bilbao antes que tú y con el mismo objeto. —contestó con empaque la dama.

Tristán no era tonto, pero ella le sorprendió. La relación entre ellos había sido fácil hasta ese momento. No habían tenido dificultades dignas de ser mencionadas.

Ella tenía más experiencia como agente secreto que él, no sabía exactamente hasta donde abarcaba esa experiencia, pero era, sin duda, superior a la suya.

Tristán supo entonces con una nitidez, hasta ese momento desconocida, que se consideraba leal a Don Fernando, porque no tenía ningún motivo para no serlo, estaba satisfecho con la confianza que le había mostrado. Pero ¿era confianza o utilización? Él le había dicho que sabía de armas y de armeros y Don Fernando lo había enviado a Eibar, donde estaban los mejores armeros.

Recordó que un día vio a Doriane, despidiendo a un jinete en el callejón de detrás de la casa donde vivían y cuando le preguntó por ello, ella le contestó con vaguedad y ni se paró cuando le contestaba.

En su momento, no le había dado ninguna importancia al incidente, pero ahora sabía por boca de la propia Doriane que había estado en varios países cumpliendo misiones, y ella no era mujer de alardear estúpidamente, no tenía por qué haberle dicho lo que le había dicho, y entonces, ¿por qué lo hizo?

Y en vez de intentar que Doriane le respondiera a la delicada pregunta que él acababa de formularse, le hizo otra: — ¿Y me dejas entrar en tu cama para espíarme? — No dejes que te metas en mi cama, soy yo la que se mete en ella contigo. Y no, Don Fernando no me ha ordenado que te espíe, ni tan siquiera que te vigile, pues si lo hubiera hecho, comprenderás que no te lo iba a decir.

—O quizá sí —sonrió Tristán.

—Quizá, y me sigue pareciendo peligroso dejar que el tesoro continúe en Lieja.

—¿Entonces, sigues insistiendo en que lo saquemos completo?

—Sí, rotundamente sí. —declaró sin ambages Doriane.

—¿Incluso sin que nos conste el peligro de que lo descubran?

—Tristán, eres un estúpido. Si llega a constarnos un peligro cierto, es que están cerca, y entonces no tendremos tiempo de resolver el problema —remachó ella.

—Creo que tienes razón —se plegó Tristán —, ¿qué sugieres que hagamos?

—Ya te lo he dicho antes. Para cumplir la última orden, tenemos que volver al panteón y en eso, arriesgamos la vida. No me parece descabellado aprovechar para sacarlo entero, cumplir la orden de enviar lo que nos ha pedido y esconder el resto en otro lugar.

—Me parece acertado —concluyo Tristán —, vamos a hablar con Lucien y acordamos cómo y cuándo lo hacemos. Tristán no sabía, porque no podía saber, que desde quince días después de que hubiesen llegado a Lieja, hace ya casi un año, Doriane disponía de un jinete francés a su disposición, para enviar los mensajes que estimara preciso al cardenal Richelieu.

Este jinete, cumplida su misión, regresaba de inmediato a Lieja, con o sin avisos de Richelieu para Doriane y el cardenal hacía lo mismo, en sentido inverso. A Doriane, llevar el tesoro a otro lugar, le interesaba. Hasta el momento no había tenido posibilidad de ejecutar el plan que alumbró en su mente el mismo día de la operación, o para ser exactos, al día siguiente, cuando tras abandonar el lecho del príncipe Don Fernando de Baviera, príncipe—obispo de Lieja y llegar a su casa, sus compañeros de aventura le comunicaron alborozados, el éxito de la operación.

Y ahora se le presentaba una magnífica oportunidad de apoderarse de él. Los que sabían el paradero del tesoro robado, además de ellos dos, eran Don Fernando de Austria, quizá su secretario, Colmenero, Salazar, Lourinho y Richelieu y si lo movían y ella, con alguna maniobra, impedía que Tristán comunicase el nuevo escondite, podía conseguir que la oportunidad se convirtiese en realidad.

Doriane no era leal ni a Richelieu, ni a Don Fernando de Austria, ni a nadie. Hacía aquel trabajo porque le gustaba y también porque ganaba mucho dinero, pero su ambición era grande y la magnitud del tesoro robado y en el momento presente, de alguna manera gestionado, solamente por Tristán y ella, hacía que buscarse, con calma, pero con toda determinación, la manera de apropiarse de él y desaparecer, abandonando aquella estimulante, pero peligrosa vida, y ahora se presentaba una buena ocasión.

¿Buscaría la complicidad de Tristán? ¿Si lo hiciera, la encontraría? ¿Le convenía esa complicidad?

Bien, vayamos paso a paso, se decía Doriane, mientras del brazo de Tristán,

paseaba por las proximidades de palacio, saludando cortés y sonriente a otras personas conocidas. Tristán por su parte, tras las revelaciones de Doriane, reflexionaba sobre lo que todo ello implicaba. Había aceptado de muy buen grado y sin la más mínima reserva, los sucesivos trabajos que le había encomendado Don Fernando y los había ejecutado sin plantearse ninguna objeción.

No, no lo había hecho hasta ese momento, pero lo que le había contado Doriane, hizo que se planteara nuevas cosas, otras consideraciones, y algunas preguntas.

¿Adónde le llevaba todo aquello? Si todo iba como hasta el presente y se prolongaba sin contratiempos en un futuro, a un buen ascenso, se contestaba, y a ganar mucho más dinero que siendo simple soldado.

¿Corro haciendo este trabajo más o menos riesgos que en el campo de batalla? “De momento parece que menos, aunque si nos descubren, no duramos un instante más”. ¿Soy leal a mi rey? “No, a qué engañarse. Soy leal solo a Don Fernando”. ¿Merece la pena todo esto? “Sí, me merece la pena”. Tristán, perfectamente consciente de que si los descubrían no durarían más que el tiempo que tarda una espada en atravesar el pecho de un hombre, se reafirmó en su decisión que por indicación de Doriane, ambos habían adoptado, de trasladar y con toda urgencia, el tesoro a otro lugar y, en cualquier caso, fuera de los dominios del príncipe de Lieja.

Hasta ese día, había considerado a Doriane como a una inteligente y eficaz compañera de trabajo. Pero de su última conversación le había quedado un regusto extraño y el recuerdo del jinete con la carta, no se le iba de la cabeza.

Entonces, se dio por satisfecho, con la explicación que ella le dio, pero había algo, en las últimas palabras de ella que no sabía definir y eso le desasosegaba.

La preocupación era más por no saber hacerse la pregunta, que por conocer la respuesta. ¿Era ella sincera con él? Y se respondía que esa era una pregunta tonta. Habían trabajado juntos, y hasta ahora, todo había funcionado perfectamente, ¿qué le estaba pasando?, debían ser los nervios propios de la preparación de una acción peligrosa, sí, debía de ser eso.

Tal como habían acordado, al día siguiente dejaron en palacio recado para Lucien de que necesitaban verlo esa misma noche en su casa.

Cayendo la tarde, llegaron a casa de Lucien, los atendió amablemente la mujer de éste y cuando llegó su marido, conversaron los tres, y determinaron los detalles de la acción de sacar el tesoro del panteón.

Lucien se informó con sumo cuidado, de todas las posibles incidencias que pudieran ocurrir en la noche escogida para entrar en el cementerio con un carro, sacar los féretros y llevarlos a lugar seguro.

Llovía con intensidad en la madrugada del siete al ocho de septiembre, y eso ayudó en parte, pues contribuyó a hacer nulas las posibilidades de algún paseante a deshoras, pero dificultó sobremanera el traslado, por el barro y los regueros de agua que se acumularon en el propio cementerio, que desde el panteón a la puerta de salida, tenía una pequeña pendiente y en las calles por las que necesitaron conducir el carro, tirado por una única mula, hasta la parte trasera de la casa de Lucien, que se encontraba apartada de la ciudad, donde tenían un carruaje grande con cuatro hermosos caballos negros.

Vaciaron en los sacos necesarios, las monedas de oro y las piedras preciosas que habían viajado en los féretros, a los que prendieron fuego y sin pérdida de tiempo, cargaron los sacos y el equipaje de los viajeros y con Lucien al pescante salieron, los tres y el tesoro, de la ciudad, por el camino hacia el oeste, con objeto de llegar cuanto antes a la frontera.

Recorrieron unas ocho leguas, atravesaron la frontera y en la mañana, alzado el sol, pararon en una posada de nombre Libertine.

Capítulo XII — La derrota de un hombre.

Caminaba Miguel Sousa por la calle Santa María, cuando se sentó en un poyo que había junto a una tienda, dejando a su lado, una pequeña bolsa de cuero que portaba.

Un rapaz de doce años, de nombre Giner, lo llevaba siguiendo desde que lo vio recibirla, en plena calle, de un hombre con indumentaria de labriego, a unos cuatrocientos metros del lugar donde se había sentado, aparentemente para descansar, pues nada más hacerlo, púsose a limpiar el sudor de su frente, con un gran pañuelo rojo, como el color del sol de aquella tarde de primavera de 1640.

Giner se encontraba a escasos tres metros de Sousa, en el momento en que éste depositó su bolsita sobre el poyo y tardó segundo y medio en llegar hasta él, coger la bolsa y salir zumbando.

Sousa advirtió la maniobra al instante, y con el chiquillo corriendo como gamo y ya a unos diez metros de él, se puso a gritar “al lladre, al lladre”.

Las gentes oyeron, luego miraron al chaval correr, alguno trató de atraparlo, pero sin éxito, mas, cuando Giner se disponía a doblar la esquina hacia San Lorenzo, le salió al paso un alguacil que quiso agarrarlo, no lo consiguió, pero desequilibró al chaval que, dando tumbos, terminó en el suelo a los pies de Luis Mercader que, llevando del brazo a Inés de Forcada, paseaba por aquella parte de la ciudad de Valencia.

Llegó sudoroso Sousa y quiso golpear a Giner, que lo esquivó y se refugió tras el cuerpo de Luis, éste puso la punta de su bastón sobre el pecho del portugués, impidiendo con su ademán, que continuara con su pretendida agresión al chiquillo.

—Es un ladrón, esa bolsa que lleva es mía —vociferó Sousa. —

¿Es cierto eso? —dijo calmadamente Mercader dirigiéndose a Giner.

—Sí señor —contestó asustado el chico.

—Muy bien muchacho, has cumplido muy bien y rápidamente lo que te encargué —le dijo Luis al rapaz.

—¿Qué significa eso? —chilló Sousa. Luis dirigiéndose al alguacil, que se había aproximado a los dos hombres, manifestó que el muchacho servía en su casa como mozo de recados, y que hacía unos días, le había encargado un trabajo que consistía, en sustraerle alguna cosa al señor Sousa, con el objeto de gastarle una broma.

El alguacil conocía bien a Don Luis y mucho más a Sousa y sonrió al oír la explicación del caballero, mientras los dos corchetes que se encontraban tras él, al oír aquello, se pusieron a estudiar, detenidamente, el vuelo de los pájaros, silbando levemente.

—Ahí tiene usted la explicación señor Sousa —dijo el alguacil cogiendo de manos de Giner la bolsa de marras.

—¡Y un cuerno!, eso es una solemne mentira —volvió a gritar Sousa. —

Don Luis, ¿da su merced por concluida su broma? —dijo el alguacil.

—Ciertamente, —contestó el interpelado —, doila por concluida y a satisfacción.

—Sea, —dijo el alguacil —, Don Luis es caballero de alta cuna y palabra prestigiada, tenga el señor Sousa su dinero y dispérsense los demás.

Las gentes que circundaban, curiosas, a los protagonistas de aquel incidente, prorrumpieron en aplausos, el alguacil entregó la bolsa al portugués y tras jocosos comentarios, fuese cada cual a sus ocupaciones o a ocuparse en cómo hallarse ocupado.

Quedáronse solos Luis, Inés y el muchacho y aquel preguntó a éste: —
¿Cómo te llamas?

—Giner —respondió, aún asombrado el chaval.

—Bien Giner, me has proporcionado una pequeña satisfacción. Coge estas monedas y si alguien te pregunta de dónde las has sacado, respóndele que te las dio Don Luis Mercader, por haberle prestado un servicio.

Giner cogió las monedas, hizo un tímido gesto de agradecimiento y se alejó pensativo. Inés, apretó el brazo de su marido, le dio un cariñoso beso en la mejilla y contentos por el lance vivido, continuaron su paseo, saludados por la gente.

Llegaron a casa de Eulalia, donde comieron y conversaron agradablemente, sobre cuestiones de actualidad, como la guerra de Flandes y la carta que Eulalia les leyó, enviada por una amiga suya, residente en Fuenterrabía, contándole las

peripecias por las que atravesaba la población y sus habitantes, tras el asedio francés, la derrota de éstos y la necesaria reconstrucción, después de haber recibido dieciséis mil proyectiles dentro de la ciudad, calculaba la remitente.

Inés y Eulalia se solían ver con frecuencia, pero en esta ocasión, llevaban más de un mes sin verse. El motivo había sido el viaje de la segunda a Xátiva, para atender a una clienta en apuros, Mercedes de Ribera, hermana menor del pintor José de Ribera, llamado El Españolito, a quien había conocido en su patria, Italia, hacía más de una docena de años y a quien había visitado en una ocasión en su ciudad natal, hacía algo más de un año, momento en el que Mercedes le fue presentada, convirtiéndose en clienta y confidente, cosa que probaban varias cartas, que la hermana del pintor le había enviado a Eulalia.

Como dado el tiempo transcurrido sin verse y por ello, sin poder hablar de sus cosas entre ellas, Inés y Eulalia, dejaron, tras la comida, a Luis, enfrascado en los libros que Eulalia en su biblioteca tenía y se fueron al saloncito, en el que tantas horas pasaron en otro tiempo y sentadas, Eulalia, cogiendo cariñosamente a Inés sus dos manos entre las suyas, le dijo:

—Cuéntame Inés, ¿cómo te van las cosas? —

Muy bien amiga mía, mejor que bien, o eso creo —respondió una sonriente Inés.

—¿Cómo que, o eso creo? Tú no eres tonta, y si eres feliz, lo sabes y se acabó —afirmó con un toque de seriedad Eulalia.

—Sí Eulalia, han pasado suficientes meses desde el terrible disgusto que me dio Luis, pero desde entonces, a él lo veo tranquilo, aunque algunas veces, lo noto ausente y triste y yo he pasado de negarme a que me tocara a, luego, atender sus requerimientos cuando mis necesidades sexuales me apremiaban y, como bien sabes, en los últimos tiempos, soy yo la que requiere frecuentemente su amor.

—Me alegro mi querida amiga —dijo Eulalia y una sombra paseó por su mente.

—Desde que me fui a Xátiva, ¿te ha dejado algún día sola?

—Uno. Bueno dos, una vez que fue a Rocafort a cobrar las rentas de unas huertas que me dijo tiene allí —respondió Inés.

—Bien niña mía —concluyó Eulalia. Continuaron charlando durante más de una hora, apareció Luis en el saloncito y adujo, para irse, ser la hora de la merienda para niño Jaime, con lo que las mujeres, dieron por terminado el amigable encuentro e Inés y Luis se dirigieron a su casa.

Ya en casa, Jaime comió con sumo gusto unas cucharadas de compota de manzana y con mucha dificultad, su madre consiguió que bebiera un vaso de leche.

Tras cenar, marido y mujer se dispusieron a acostarse. Luis lo hizo de inmediato e Inés se demoró, limpiándose convenientemente el rostro y cepillándose el cabello con mucha calma.

Habiendo acabado, Inés al ir a meterse en la cama, vio que Luis tenía los ojos cerrados, pero nada más tocarlo, comprobó que no estaba dormido y lo besó con ternura.

Fue una gran noche para los dos. Amorosa, armoniosa, dulce y satisfactoria y así despertaron ambos. Inés, se sentía bien, mientras que Luis, solo lo aparentaba y conseguía su objetivo a duras penas. No quería mostrarse preocupado ante Inés, pero lo estaba y temía que ella lo notase en cualquier momento. Sufría hasta haciéndole el amor, y quizá más en esos momentos, en que la entrega total de los cuerpos contrastaba con la mentira que anidaba en su mente.

No lo podía superar. Sufría por engañar a Inés. Sufría por haber faltado a su palabra, habiendo empeñado su honor y sufría todos los días que no podía satisfacer su vicio de jugador y como estos días estaban siendo muchos y solo muy de vez en cuando conseguía urdir una excusa creíble, para poder escaparse a jugar, sus nervios estaban al borde de algo que no sabía qué pudiera ser, pero que presumía terrible.

También Eulalia se preocupó. En su última conversación con Inés, había tenido un presentimiento y aunque no podía atribuir esa emoción a un dato preciso, sintió que algo no iba bien en la relación entre su amiga y su marido y para confirmarla o desmentirla, echó mano del dato que, al hilo de su conversación, le había proporcionado Inés.

Fue al día siguiente al mercado en busca de alguna persona que viviese en la localidad de Rocafort, donde Inés le había dicho que Luis tenía unas huertas.

Encontró a una muchacha joven, respecto de la que alguien le dijo que era de Rocafort, a la que, una vez que ésta le confirmó ese extremo, preguntó:

—Buenos días, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Pietat, señora —contesto la casi niña con timidez.

—Bonito nombre el tuyo. Quiero hacerte una pregunta, ¿me responderás? —preguntó Eulalia.

— Si sé hacerlo...

— Claro que sabrás, — la animó Eulalia.

—Si eso cree, pregúnteme lo que guste, señora —afirmó amablemente la joven.

—Mira, me han dicho que eres de Rocafort y yo quiero saber una cosa.

—¿Qué cosa?

—Si un señor que se llama Luis Mercader tiene huertas en tu pueblo.

—No sabría decirlo señora, pero si usted quiere, se lo preguntaré a mi padre

y le contestaré la próxima vez que venga a la ciudad.

—Me parece muy bien, ¿cuándo volverás?

—El próximo miércoles veintiuno.

Eulalia, depositó en la mano de Pietat una moneda, al tiempo que le decía: — Muchas gracias Pietat, vendré a verte el miércoles que viene y entonces me dirás el recado que te diga tu padre.

—Descuide señora, que así lo haré y muchas gracias por su regalo.

—De nada niña, gracias a ti. Volvió la niña a Valencia el miércoles veintiuno, y le dio su recado, que consistía en que su padre conocía a Don Luis Mercader, y que éste había tenido huertas y muy buenas en Rocafort, pero que las había vendido hacía unos años y que desde entonces no se le había visto por allí.

A Eulalia, al oír esto, le dio como un sofoco, aunque se repuso pronto y sin dar motivo a Pietat para que lo notara, depositó en manos de ésta, dos monedas y se despidió de ella. Regresó a su casa, sin ser capaz de decidir, lo que a su juicio debía de hacer.

Se planteó las siguientes alternativas: Primera, revelar a Inés lo que había averiguado a través de Pietat. No le gustaba nada esa posibilidad. Odiaba a las chivatas y a sus congéneres masculinos y concluyó que no iría por ese camino. Además, solo había averiguado que Luis había mentido a Inés, diciéndole que había ido a Rocafort, pero eso no presumía que hubiese jugado.

Segunda, hablar con Luis, pidiéndole explicaciones de por qué había mentido a Inés, con lo de su falso viaje a Rocafort, pero de inmediato, rechazó hacer esto, por temor a la reacción de Luis, pero sobre todo a la de Inés, al saber ésta, que se había dirigido a su marido a sus espaldas.

Y la tercera era callar, guardarse su secreto, al menos temporalmente y tratar de averiguar cosas más concluyentes. Se decidió por esta tercera. Algo le decía que Luis había vuelto a jugar. No lo podía saber con absoluta certeza, pero lo sé, se dijo, no sé por qué, pero lo sé. Pobre Inés y maldito juego.

Pasaron los días, y nada hubo en ellos que indicara tormenta, pero a las dos semanas, Eulalia estaba a punto de entrar en una tienda, cuando vio a unos treinta metros delante de ella a Luis que caminaba con una cierta prisa. Él no podía verla, pues la tenía a su espalda y mientras Eulalia lo siguió, no giró ni una sola vez la cabeza.

Transcurrieron unos breves minutos de persecución y Eulalia vio a Luis entrar en la Lonja de la Seda, se paró en seco y antes de que su mente sacara conclusiones, tuvo una idea.

Hacía poco más de un año que había conseguido aliviar y podía ser que curar, las graves dolencias de una mujer que, recordaba ahora, era la del administrador principal, o eso decía ella, de la institución de la Lonja.

Y urdió una trama. Finalizó sus compras y al día siguiente, temprano, se presentó en la Lonja de la Seda y pidió hablar con Bertomeu Faquinet y el empleado que la atendió, la acompañó al primer piso y después de llamar con los nudillos en una puerta, entrar y al poco rato salir, franqueó la entrada a la dama con una cortés reverencia.

Eulalia se encontró en una amplia habitación, y frente a ella a un hombre, al que reconoció y él a ella, sentado tras una mesa repleta de legajos y utensilios de escribir.

—Ha sido usted muy amable al recibirme señor Faquinet —dijo una sonriente Eulalia.

—Me alegra poder servirle. Fue usted para nosotros un ángel. Mi mujer, ya casi nunca se queja y está feliz, y todo se lo debemos a usted. Aquel otro médico casi me la mata, maldita sea su estampa.

—Bueno, bueno Bertomeu, bien está lo que bien acaba.

—¿Y qué le trae por aquí?

—Un asunto delicado que se refiere a mi querida amiga Inés, esposa de Don Luis Mercader, a quién usted perfectamente conoce.

—Sí que lo conozco y he de decir de él que es caballero de respeto —contestó Faquinet.

—Es esa, condición que me consta y eso acrecienta lo delicado de mi pesquisa, pues quiero saber si Don Luis aparece últimamente por aquí.

—Querida señora, le ruego me disculpe, pero no puedo responder a eso y digo más, no puedo permitir ni tan siquiera la pregunta.

—Comprendo señor Faquinet, pero es un asunto de vital importancia —aseguró Eulalia.

—No insistáis señora, que no pronunciaré palabra —dijo seriamente Faquinet.

—Bien, veamos si encontramos una solución para nuestro negocio —y Eulalia adoptó actitud de reflexionar y al cabo, dijo —yo os formularé una pregunta fácil de contestar y que no os comprometa en nada el responderla, y si decís que sí, yo sabré que es afirmativa mi pregunta anterior o negativa en su caso.

—Creo que no os entiendo señora...

—Entendéis muy bien y... — Doña Eulalia, yo no puedo...

—Os lo pido en nombre de vuestra esposa, que sé que no me negaría nada que pudiera hacer por mí y ahora, por favor, responded: Son las doce del mediodía, ¿luz el sol?

—Faquinet, os lo ruego —insistió Eulalia. Bertomeu Faquinet, miró hacia la ventana y contestó.

—Sí, Doña Eulalia, luce un espléndido sol que, gracias a vos, mi amada esposa puede contemplar y con alegría en su corazón.

—Muchas gracias —dijo Eulalia despidiéndose con un gesto de su mano diestra. Bajó a la calle, anduvo unos metros mirando hacia el cielo y entonces supo, con sorpresa, y por primera vez en su vida, que el azul celeste podía ser tan mal presagio, como el negro de los nubarrones.

Eulalia, caminando hacia su casa, se decía: “Sé que ha mentido a Inés, sé que ha vuelto a jugar y he de suponer que, aunque no va a ello muchas veces, sin duda para que su mujer no sospeche, si lo hace con una cierta regularidad, cuando las circunstancias se lo permiten. Y yo, ¿qué debo de hacer?, ¿qué puedo hacer?”

Y decidió no hacer nada en el inmediato futuro, estar junto a su amiga y esperar acontecimientos. Las tribulaciones de Eulalia contrastaban con la felicidad de Inés, que aquella tarde, cuando Eulalia fue a visitarla, la encontró en la ventana del saloncito, mirando embobada, jugar a su niño en el jardín, mientras Luis, que debía vigilarlo, contemplaba las nubes.

—Hola Eulalia, ¿verdad que hace un día muy hermoso? —dijo una feliz Inés.

—Sí que lo es —contestó Eulalia —y te veo muy contenta.

—Soy feliz —afirmó Inés —, viendo feliz a mi niño y estoy muy contenta por lo bien que veo a Luis. Hace dos días llegó a casa con un collar de perlas precioso. Me dijo que había ido a la Lonja de la Seda y yo al principio me asusté, pero luego me explicó, que allí lo había citado el vendedor.

—¿Y es de mucho valor? —inquirió Eulalia.

—Pues no lo sé, no soy experta en perlas, calcúlalo tú misma —dijo Inés quitándose el collar y mostrándoselo. Eulalia, tampoco era muy experta tasando joyas, pero tampoco se precisaba serlo, para saber que aquella pieza, sin importar ahora el cuánto, era valiosa. Y pretextando haberse acordado de repente, de que debía hacer con urgencia un recado, se despidió de Inés, ignoró a Luis, aunque Inés le pidió que lo saludara, y con prisas desusadas en ella, abandonó la casa de Inés, dejando a ésta un tanto sorprendida, pero sin motivos para preocuparse.

Después de jugar largo rato en el jardín, Luis subió con el niño, hasta donde se encontraba su madre y ésta los abrazó a ambos. Luego, Jaime se tiró por los suelos hacia un rincón del saloncito, en donde tenía unas casitas de madera de diversos colores, mientras sus padres tomaban asiento en el tresillo, habiendo cogido Inés su labor y un libro Luis, momento en que la mujer dijo a su marido:

—¿En qué estás pensando?

—En nada mi amor, en nada —contestó Luis.

—Siempre me dices lo mismo Luis, pero yo te noto distraído, ausente ¿te preocupa alguna cosa?

—No, no me preocupa nada. Bueno sí, tengo una permanente preocupación, tu bienestar y el de Jaime.

—Comprendo que eso te ocupe —dijo sonriéndole Inés—, pero no hasta la preocupación. Estamos bien. Y, sin embargo, tú si me preocupas. Cada día hablas menos conmigo y cada día que pasa, te sorprende un mayor número de veces, con un libro en las manos, pero sin leerlo y sumido en tus pensamientos.

—No te preocupes Inés, no me pasa nada —concluyó Luis, tratando de ocultar su incomodidad. La velada transcurría con aparente tranquilidad entre aquella pareja, pero sus estados de ánimo eran dispares. Inés estaba preocupada y eso le impedía ser completamente feliz. Se preocupaba por la tristeza que observaba en Luis. Lo miraba, sin él percatarse, y percibía honda preocupación en su rostro.

Luis era un buen marido. Atento, amable y un buen amante. No tenía ninguna queja y, además, olvidado el disgusto que, en el pasado, le había proporcionado su marido, había encontrado una estabilidad emocional, que la hacía sentirse feliz y plena, no pidiéndole más a la vida.

Inés no quería pensar en que algo fuese a ir mal y, habitualmente conseguía sentirse bien, pero en ocasiones y cada vez con más frecuencia, el comportamiento de Luis era, como si no notara su presencia, y eso la hacía sufrir, pero como no había ocurrido en muchos meses, nada que justificara su preocupación, apartaba de su mente esos pensamientos y rápidamente solía conseguir olvidarlos.

Lo de Luis, era diferente, más grave y desesperanzador. Había incumplido su promesa. Su palabra había perdido todo su valor, quizá no para los demás y en especial para Inés, pero sí, y sin paliativos para él.

Seguía yendo a jugar. Lo hacía con moderación, pero eso no era mejor y ya la última vez había tenido la tentación, que a duras penas dominó, de incrementar las apuestas y arriesgar mucho más.

Sabía que siempre sería un jugador. Sabía que no podría abandonar nunca lo que se consideraba vicio y él sabía que era necesidad.

Temía que cualquier día, podía perder una suma importante. Entonces Inés se enteraría y...no quería pensar en ello, pero aun engañándose, sabía que su pendiente era hacia abajo y su deriva inmodificable, pues ésta deriva le llevaba a mentir y a urdir patrañas para poder ir a jugar sin que Inés lo descubriera, como la que urdió aquel infausto día 30 de abril de 1640.

Ocurrió que Inés se encontraba enferma en cama. Eulalia había diagnosticado la levedad de las calenturas, pero obligó a Inés a guardar cama y

prohibió que el niño apareciese por la habitación de su madre.

Luis mandó a Damián a un recado y al cabo de media hora, se presentó ante la casa, un cochero en un coche, que dejó recado a la doncella Ramona para su amo.

El recado, era una notita que, previamente, había escrito el propio Luis y entregado a Damián, para que éste se la diera al cochero que acababa de aparecer en la puerta de su casa.

Luis tras leer la nota, comunicó su contenido a Inés y la dejó distraídamente sobre su mesilla. Habiéndose ido Luis, Inés cogió y leyó lo siguiente: “Don Luis Mercader Querido amigo:

Te ruego acudas, si ello es posible, sin tardanza, a visitarme. Es asunto grave. Firmado— Fulgenci Quiles.— Regidor”. Esta vez, ni Eulalia sospechó cosa alguna. Luis bajó a la calle, dio una buena propina al falso emisario, subió a su coche y con Damián al pescante, ordenó a éste dirigirse a la Lonja de la Seda.

Eran las doce menos diez minutos de un malhadado día para el viajero. Luis dijo a Damián que lo fuera a buscar a las siete y el cochero dijo “si Don Luis, aquí estaré”. Entró Luis en la sala de la Lonja donde en ese momento había una mesa con cuatro jugadores y en otra estaban Sousa y otro hombre al que Luis conocía de alguna partida anterior.

Los jugadores charlando, esperaban la incorporación de nuevos asistentes, por lo que recibieron alegremente a Mercader. Éste se sentó sin decir palabra, Sousa barajó y sirvió cartas. A las dos y media pararon, el tercer hombre hizo una seña y se acercó un sirviente al que cada uno indicó lo que quería comer y beber.

Pasada media hora, reanudaron la partida. Hasta ese momento, Luis ganaba cincuenta ducados y se encontraba bien, tenía una buena excusa para poder permanecer jugando hasta bien entrada la tarde, y luego diría a Inés, que el Regidor le había invitado a comer, e inventaría algo adecuado sobre la importancia y gravedad del asunto que le había obligado a ausentarse de casa durante siete horas, pues sobre la siete de esa tarde había previsto regresar.

Se reanudó la partida y Luis ganaba y perdía cantidades que podía atender, hasta que, sobre las cinco de la tarde, el tercer jugador, hizo una apuesta de mil ducados, Sousa la elevó a tres mil y Luis puso, como otras veces en que la apuesta superaba lo que llevaba de efectivo, su sello de oro sobre la mesa, al tiempo que decía: “cinc mil”.

El tercer hombre se retiró, Sousa miró durante treinta segundos eternos a Luis, pidió recado de escribir, y traído que fue éste por el sirviente, escribió y firmó un papel, en el que se leía “deu mil ducats d’or” y su firma perfectamente legible “Miguel Sousa”.

Luis tenía una magnífica jugada, una jugada ganadora, una de esas que te llegan una vez al año, una todavía mejor que la que tenía aquel aciago día en el que perdió cinco mil ducados contra Sousa.

Y no se amilanó, no pensó más. Cogió la pluma que en el tintero acababa de dejar Sousa y firmó el papel en el que había escrito “tretze mil ducats d’or”, lo depositó en el tapete, retirando al tiempo su sello de oro.

Los otros jugadores, que en la sala había, oyeron o probablemente sintieron, la apuesta que en voz alta había realizado Luis con su primera apuesta de cinco mil ducados, y se hizo el silencio.

El sirviente, como estatua, permanecía mudo y con los ojos muy abiertos, a la espalda de Sousa y los demás jugadores de aquella sala de la Lonja, se acercaron y rodearon la mesa a una distancia prudente, serios, emocionados, casi jubilosos.

Era la apuesta más alta que recordaban, y todos ellos eran veteranos en esta clase de lides entre jugadores. La expectación era enorme y nadie movía un músculo y por esas enigmáticas cosas que tiene el juego y los tics de los jugadores, ninguno de ellos movía un dedo, posadas sus manos en sus respectivos regazos y las cartas boca abajo sobre la mesa.

Los dos hombres se miraban fijamente, pero no se movían, hasta que Luis descubrió sus cartas: cuatro reyes y una sota. Sousa sonrió y descubrió las suyas; cuatro ases y el dos de bastos. Luis palideció. De entre los espectadores surgió un murmullo de admiración y luego fue el silencio. Sousa recogió las monedas y los papeles que había sobre la mesa y Luis, aturdido, trató de levantarse, pero casi cae al suelo. Alguien quiso ayudarle, pero él, bruscamente, rechazó la ayuda que se le prestaba y como un sonámbulo, consiguió llegar hasta la puerta y salir del edificio.

Anduvo torpemente un centenar de metros, el aire fresco lo espabiló y se enfrentó a su drama. Se dirigió a casa de Quela. Ésta, al verlo en el umbral de la puerta de su casa, no necesitó de muchas explicaciones para comprender la situación en toda su magnitud y hondura.

Quela dio a Luis el apoyo que en ese momento necesitaba, le franqueó la entrada, le quitó el capotillo que llevaba, lo acompañó a una mesa y puso sobre ella una botella de aguardiente que Luis bebió en silencio y pausadamente y cuando la terminó, preguntó a Quela si podía quedarse esa noche y ella respondió afirmativamente, acompañándole a una habitación distinta a la que solían utilizar, en tiempos pasados.

Al día siguiente, a media mañana, Luis entregó a Quela una carta para Inés, le dijo un simple “adiós Quela”, salió de la casa y se dirigió al edificio de la Lonja de la Seda, subió al segundo piso, entró en la sala de juego y vio, en la

mesa del fondo, junto al balcón abierto, a cuatro jugadores y entre ellos a Sousa. Éste lo vio y se tensó.

Luis Mercader no era hombre que se hubiese hecho notar por su belicosidad, pero podía esperarse cualquier cosa de un hombre desesperado, y el portugués al verlo avanzar serena y lentamente hacia él, sintió miedo.

Lo vio avanzar mirándole directamente a los ojos y Sousa hizo un amago de levantarse, que frustró al ver pasar a Luis junto a su mesa, sin tocar a nada ni a nadie, entrar en el balcón y lanzarse al vacío.

Capítulo XIII — La traición de Doriane

La posada Libertine, era una buena posada, las habitaciones eran amplias y el viaje nocturno, los había agotado. Dejaron el carruaje en la cuadra, vigilado por Lucien, llevaron comida a éste y Doriane y Tristán, dieron cuenta con voracidad de lo que les ofreció la dueña de la posada.

Eran las dos de la tarde del 1 de octubre de 1637 y necesitando dormir, organizaron las guardias para la custodia y protección del tesoro.

Decidieron que Doriane acompañara a Lucien, por si éste se dormía, desde las dos hasta las ocho de la tarde. Luego ambos irían a dormir y Tristán haría su guardia de ocho de la tarde hasta la seis de la mañana, momento en el que Lucien partiría a caballo a Lieja, pues la excusa que, ante el príncipe había esgrimido, para ausentarse, no daba para más tiempo que el que estaría ausente.

No hicieron más planes. Descansados que estuvieran, sería el momento de programar lo que consideraran conveniente hacer a partir del segundo día.

Y así se hizo. Lucien se despidió de sus amigos, estos le agradecieron su ayuda, él les manifestó su satisfacción y agradecimiento por haberle involucrado en una acción, con la que se consideraba vengado de la ofensa que le infligió su príncipe, y por el dinero con el que le habían recompensado y partió.

Doriane se metió en la cama, mientras Tristán iniciaba su turno de guardia y durmió bien, hasta las once y media de la mañana, hora en la que se levantó, se arregló, bajó a la cocina de la posada y encargó comida y una bota de vino para Tristán, que llevó ella misma a la habitación que compartían.

Depositó la comida en una pequeña mesa, vació en la bota de vino el contenido de un frasquito que llevaba en su seno y salió del aposento.

Fue donde Tristán estaba, le relevó en la custodia del tesoro, sentándose dentro del carruaje, al tiempo que su compañero subía a la habitación.

Tristán, nada más entrar, cogió la bota y bebió un buen trago. No tuvo tiempo ni de posar la bota sobre la mesa. Sintió una convulsión, dio tres pasos hacia atrás y su espalda chocó con la puerta abriéndola, pues hacia afuera se abría, y se desplomó en el pasillo, en el mismo momento en que un hombre de barba cana, con vestimenta negra y un sombrero del mismo color, subía por las escaleras.

Para entonces, Doriane había puesto en manos de uno de los mozos de la posada un buen dinero, para que éste condujera el carruaje hasta dónde ella le dijera, y con solo una bolsa con sus imprescindibles pertenencias, partió al trote de las caballerías hacia la frontera con Francia, evitando penetrar en territorio de Lieja. En doce horas, habiéndose detenido lo mínimamente necesario para personas y caballerías, Doriane recorrió las aproximadamente cuarenta leguas hasta su destino y llegó a la ciudad francesa de Arrás, y tras preguntar a un viandante, se presentó ante el jefe de policía de la ciudad, a quien mostró un salvoconducto firmado por Richelieu y una carta en la que el cardenal daba órdenes de prestar a cualquier autoridad de Francia, el servicio requerido por la portadora.

De esta manera, despidió al mozo de la Libertine, pudo dormir varias horas en el mismo carruaje, con una pistola en el regazo y otra en su bolso, custodiada por varios policías que, instados a ello por su superior, la trataron con suma deferencia, y al día siguiente, con un policía como cochero y otros cuatro a caballo como escolta, partió con destino desconocido para sus acompañantes, en dirección sur.

Entretanto y varias horas antes, Tristán era atendido en el suelo por el hombre que subía las escaleras cuando él cayó, que luego supo era un médico judío llamado Shabtai Tzvi, que iba camino de Polonia y que, para su fortuna, había parado en aquella posada.

Shabtai lo examinó, poniendo primeramente una mano en su pecho durante unos segundos, luego poniendo su nariz y oliendo la de Tristán y después controlando su respiración mientras contaba con los dedos.

Ordenó a los sirvientes de la posada, alertados por sus gritos, que lo tendieran sobre su cama, fue a su habitación, volvió en un minuto, hizo beber a Tristán, con mucha paciencia, varios tragos de una pequeña botella de vidrio verde, y lo dejó reposar.

Lo atendió durante toda aquella tarde y en las primeras horas del amanecer, y partió siguiendo su camino, no sin antes dar instrucciones precisas a la posadera, sobre cuánto y cuándo debía administrar al enfermo el bebedizo que le entregó, señalando a ésta que, con bastante probabilidad, el enfermo moriría, pero era joven y fuerte y quizá consiguiera sobrevivir.

La posadera, cuando él médico se hubo ido, hurgó en la ropa de Tristán y halló veintitrés ducados, más los doscientos que encontró revolviendo en su equipaje, lo que fueron suficiente motivo como para que decidiese que aquel hombre debía tener una oportunidad de vivir.

Y vivió. Estuvo siete días entre la vida y la muerte y pasado su estado crítico, fue convenientemente alimentado y cuidado por la posadera y su hija, y al cabo de dos meses, paseaba por un prado, de la mano de Annette su cariñosa

cuidadora.

Por ese tiempo Doriane, sin mayores prisas, que tampoco convenía hacer sentir a sus custodios, bordeó el territorio de Paris, atravesó el ducado de Orleans y el condado de Blois, cruzó la Auvergnia y el Delfinado y el 17 de noviembre de 1637, después de un viaje de casi trescientas leguas, que discurrió sin incidencias, divisaba desde una loma, la ciudad de Marsella y el mar Mediterráneo.

Su viaje no había terminado, pero sí la misión de los policías que la acompañaron hasta allí. Doriane se disponía a ir a Italia, a Nápoles concretamente, y debía decidir cómo atravesaba la frontera entre ambos países, si lo hacía por tierra o por mar.

Cada una de las dos opciones, tenía sus dificultades, pero en ambos casos, se veía obligada a prescindir de los servicios oficiales de los miembros de la policía francesa, obtenidos con el salvoconducto de Richelieu, pues éste no le serviría en tierra italiana.

Y en sus reflexiones apareció Tristán. No estaba arrepentida de haberle asesinado. Consideraba que el arrepentimiento era una debilidad, algo que no conducía a nada.

Había barajado la posibilidad de convencerle para que fuese su cómplice, pues la operación sería más fácil con su ayuda, ofrecerle su cuerpo y la promesa de una vida juntos, inmensamente ricos y seguros en algún país lejano, y luego abandonarlo cuando le conviniera, pero la desechó.

Tristán era leal a Don Fernando, aunque no supiese exactamente por qué, y hubiese necesitado tiempo para atraerlo a su maniobra, y eso era peligroso, por poco seguro, y por ello actuó como había actuado, matando varios pájaros de un tiro.

Se había desembarazado de él, pero necesitaba hacerlo también, de Don Fernando y lo que era más importante, de Richelieu.

Muerto Tristán, debería hacer llegar a sus anteriores dos jefes, la noticia de su propia muerte, que junto con la de la muerte de Tristán que, para esas fechas, ya habría llegado a los oídos convenientes para sus fines, el tesoro se daría por perdido, para todos aquellos que lo codiciaban.

El jefe de policía de Arrás, informaría, con toda seguridad a Richelieu, de su paso por la ciudad y del informe que sus subalternos le proporcionarían de su llegada a Marsella, y en esa ciudad, aparecería ella muerta, junto con dos de los policías y con eso, que se llegara a la conclusión de que el tesoro se lo habían llevado los asesinos de una dama de nombre la Fayole y de dos policías del norte del país, era inevitable. Para poner en práctica su plan, dio orden a sus acompañantes de detener el carruaje en la loma desde la que se divisaba

Marsella, a una legua, fingiendo un repentino y agobiante malestar.

Desde allí, pidió que buscaran el alojamiento más próximo y luego suministró, un nombre y una dirección, a uno de ellos y lo envió a buscar al interesado y traerlo a la posada, donde se alojarían hasta que ella se repusiera.

Hallaron en breve tiempo, una posada a media legua de donde se encontraban, y Doriane, fingiéndose muy enferma, se metió en la habitación, que para ella se había dispuesto en la misma.

Al cabo de unas horas, llegó a la posada el hombre que había ido, por indicación de la viajera, a buscar el policía. Se trataba de Gastón Belrose, agente y espía profesional, al servicio del mejor postor y amigo fiel de Doriane, a quien debía la vida.

Era el hombre, de unos cincuenta años, alto, delgado, de mirada directa e inquietante. Doriane, avisada de su llegada, hizo que lo llevaran a su presencia y, sin testigos, hablaron largamente y la dama desgranó su plan ante el caballero.

Caía el sol en el horizonte y Gastón Belrose, abandonó la posada y siguiendo las instrucciones de Doriane, contrató esa misma noche los servicios de una mujer, del mismo aspecto que su cómplice, en cuanto a complexión, edad, color, longitud de cabellos y, al día siguiente, se presentó la candidata en la habitación de madame de la Fayole quien, según se informó a la contratada, necesitaba una criada para ayudarla a establecerse en Marsella. Doriane, envió a tres de los guardias a informarse de los buques que, en los próximos días zarparan de Marsella para algún puerto español del Mediterráneo y que admitieran pasaje.

Fuéronse los policías, llegó la mujer a presencia, de la que pensaba iba a ser su ama, diciéndole, que el señor que en su caballo la trajo, había regresado.

Doriane, sonriendo y desplegando amabilidad, dijo a la mujer que agradecía mucho que hubiera acudido tan prestamente a servirla, le prometió un buen sueldo y para mayor prueba de agradecimiento, se desvistió y ante una sorprendida sirvienta, le regaló su vestido, sus pendientes y sus zapatos, pidiéndole que se los pusiera inmediatamente, pues por el momento no debía realizar trabajo alguno.

La mujer un tanto apurada, se vistió con lo que para ella eran, impresionantes galas, se puso los pendientes y a petición de Doriane, giró en redondo varias veces, haciendo volar sus faldas.

En ese momento, se oyeron dos suaves golpes en la puerta y abriéndola, apareció Gastón. Se colocaron ambos frente a la mujer, Gastón la apuntó con una pistola, Doriane se le sumó en la acción, con un arma que acababa de coger de un cajón, la mujer retrocedió espantada, sin comprender lo que ocurría hasta que, apoyada en la pared, recibió dos impactos en plena cara, dejándola irreconocible.

Los asesinos quedaron en silencio, escuchando, pero nadie parecía haber

oído los disparos y ello no era extraño, pues tal y como habían calculado, el asesinato lo realizaron en un recoveco que la habitación hacía, pues

ésta se encontraba en una pequeña torreta, aislada del resto de la posada y su única ventana, daba a un prado desierto. No obstante, aún no habían terminado, por lo que Gastón bajó a la puerta de la posada donde al llegar sin que nadie lo viera, él si vio que allí estaban, custodiando el carruaje, los dos únicos policías, que en aquel momento permanecían en la casa.

Comunicó a estos, que la señora quería hablar con ellos, subieron los tres a la aislada torreta y antes de recuperarse de su asombro, al ver a la señora tendida y con la cara ensangrentada, recibió cada uno de ellos un disparo en la nuca, uno de ellos realizado por Gastón y el otro por Doriane que estaba oculta a la vista de ellos, tras la puerta.

Los triples asesinos, salieron del cuarto, ocupándose de no ser vistos, Gastón subió al pescante del carruaje y Doriane vestida con las ropas de hombre que Gastón le había facilitado y cargando su bolsa, ocupó el interior y con mucha calma, abandonaron el lugar y tomando un camino distinto al que directamente, desde allí conducía a Marsella, se dirigieron a la ciudad.

A media tarde, regresaron los tres policías que Doriane había enviado esa mañana a Marsella. Se extrañaron de no ver a sus compañeros y procedieron a buscarlos. Como no los hallaban, preguntaron a la posadera, ésta no sabía dónde pudieran estar, y al cabo de un buen rato, decidieron preguntarle a la señora, por si los había enviado a algún sitio.

Golpearon la puerta repetidas veces, nadie respondió y ellos no se atrevieron a entrar. Pidieron a la dueña de la casa que lo hiciera y ésta, después de entrar en la habitación de Doriane, bajó de la torreta y atravesó el amplio patio, dando gritos. Cuando consiguió explicarse, los policías no dieron crédito y subieron corriendo a la habitación de madame y allí, estupefactos, tuvieron conocimiento de la tragedia que se había interpretado en su ausencia.

Cuando se serenaron y fueron conscientes de lo que hacían, interrogaron a la dueña de la posada, a su hija y a los otros tres huéspedes que en ella se alojaban. Nadie había oído nada, por lo que nadie sabía y tampoco podía explicarse, lo sucedido.

Nadie había visto llegar, la segunda vez, a Gastón Belrose. Hacía varias horas que tres hombres, no demasiado bien encarados, habían abandonado la casa y comprobaron que el carruaje había desaparecido.

Concluyeron, sin demasiadas disquisiciones, que esos hombres habían matado a sus dos compañeros y a madame de la Fayole, para robarle el carruaje y considerando que allí no tenían nada más que hacer, fueron hasta la ciudad, informaron al colega que les atendió, aguardaron órdenes del jefe de la policía de

Marsella y a los dos días, tras haber testificado que la mujer muerta en la posada, era madame de la Fayole, una dama a la que por orden de su superior, habían escoltado desde Arrás, la ciudad de la que provenían, partieron rumbo norte, con una extraña sensación de fracaso en la misión que se les había encomendado.

Gastón paró el carruaje en el patio interior de la casa de un amigo de confianza. Dejó a Doriane en él y al cabo de una hora, apareció, seguido de dos muchachos que tiraban de un carro en el que transportaban seis baúles de tamaño medio.

Con ayuda de los mozos a quienes se les pagó a su satisfacción, metieron en los baúles los sacos que en el carruaje habían viajado, sin ser movidos desde Lieja, y amarrando nuevamente su caballo al carruaje, Doriane y Gastón, se dirigieron a casa de éste, descargaron con esfuerzo los baúles y los metieron en la casa y hecho esto, Gastón salió del centro de la ciudad, hasta un descampado y le prendió fuego al carruaje, permaneciendo junto al fuego hasta que se cercioró de que sus restos fueran irreconocibles.

A los tres días, seis fornidos muchachos, cargaban sobre sus hombros los seis baúles, en dirección al puerto, que fueron embarcados junto con Doriane en la goleta Passero, con escala de tres días en Córcega y destino en Nápoles.

Doriane y Gastón se despidieron como amigos de batalla y ella le entregó diez mil ducados de oro, que el consideró precio apropiado al trabajo que, para ella, había realizado.

Habiendo salido pocas veces de su camarote a cubierta, durante los días que duró la travesía y comprobando cada vez que lo hacía, que todo lo relativo a los baúles, estaba en orden, Doriane, arribó a Nápoles el 5 de diciembre de 1637, alquiló en el puerto un carruaje y cuatro hombres de escolta, por mediación de un primo suyo que la recibió entusiasmado y se dirigió a una casa de su propiedad, que cuidaban una pareja de ancianos. que la conocían y querían desde su niñez.

El mismo día que Doriane arribaba a Nápoles, Tristán decidió abandonar la posada la Libertine. Creía que se encontraba lo suficientemente bien para hacerlo y Annette le había contado que el médico que lo salvó, le había dicho a su madre que, si vivía tres días después del envenenamiento, podría sobrevivir y que necesitaría unos dos meses de reposo y alimentación sana para estar totalmente recuperado.

Annette, se había enamorado de Tristán y lloró al conocer la decisión de éste. Pero una cosa era tomar una decisión y otra, poder ejecutarla. Irse era fácil, pero ¿adónde iría? y ¿cómo llegaría adonde se propusiera llegar? No tenía dinero ni medio de transporte. Pero la gran pregunta, dos meses después, seguía siendo ¿qué había pasado? No recordaba nada del día del envenenamiento, ni de los

posteriores. Para cuando recobró plena conciencia, habían pasado cinco días y la posadera le contó, que la señora que le acompañaba, había salido el mismo día en que se puso enfermo, en su carruaje, conducido por un mozo de la posada, según reveló el muchacho, que la había conducido hasta la ciudad de Arrás y que allí, después de ir a la policía, lo había despedido, pagándole muy bien el servicio que le había prestado, conduciendo el carruaje desde la Libertine, hasta la antedicha ciudad.

Le costó admitirlo, pero después de muchas vueltas a su cabeza, hubo de decirse que la envenenadora había sido Doriane, que ésta había intentado matarle y que se había fugado con el tesoro.

¿Qué haría? ¿Ir a Bruselas y contarle todo a Don Fernando? Eso sería una equivocación, probablemente lo fusilaría, nada más hubiera terminado de explicarle lo sucedido. No, no se espera comprensión de un jefe militar, sobre todo si se ha fracasado en la misión encomendada.

Su vida había dado un inesperado y dramático giro. En ese momento, no era nadie. Ni tan siquiera un soldado, pues por no tener, no tenía ni cuartel en el que refugiarse.

Su deseo de venganza, le impulsaba a perseguir a Doriane y matarla, pero ¿en qué dirección la perseguiría?, ¿y con qué medios?

No tenía dinero. Había comprobado que lo que guardaba en su poder, había desaparecido. No pensaba que se lo hubiera quitado Doriane, no era necesario, ella lo daría por muerto y sus preocupaciones y precauciones, no serían, a buen seguro, para con él.

Necesitaba algo de dinero y un caballo. Solo tenía la pista de Arrás. ¿Por qué había ido a esa ciudad? ¿Por qué había ido a la policía? ¿Por qué había ido a Francia?

La mañana era fría y estaba sentado en un banco de piedra junto a la puerta de la posada, cuando se sentó Annette junto a él y le cogió de una mano, diciéndole.

—Podrías quedarte aquí conmigo, pero sé que no lo harás y aunque me voy a sentir muy triste con tu partida, he de decirte que te comprendo. Esa mujer con la que viniste es una mala mujer y es normal que quieras encontrarla y vengarte.

He convencido a mi madre para que te devuelva, la mitad del dinero que te quitó y te deje el viejo caballo que ya no nos sirve para nada. Con él, podrás por lo menos, llegar a algún lugar y hacerte con otro y luego...luego, no sé imaginar qué es lo que harás.

Tristán, miró emocionado a la chica, la miró con fijeza durante un tiempo, luego la besó tiernamente, subió a su habitación, recogió sus pocas pertenencias y montando en el viejo percherón, partió en dirección a la ciudad de Arrás.

Se dirigió, al penoso caminar de su caballo, hacia el sur, a la ciudad de Namur, rogando a los cielos que su caballo aguantase hasta llegar a ella, y en ella pensaba proveerse de una montura adecuada, que le sirviese para cabalgar las muchas leguas que, suponía, debería cubrir. Caía el sol cuando divisó Namur y calculó serían unas siete horas, las que había tardado en recorrer las siete leguas que separan esa ciudad del lugar donde fue envenenado.

Buscó alojamiento y al día siguiente, compró un caballo joven, que le costó, casi la totalidad del dinero que tenía, rogando al vendedor que se quedara con el percherón, cosa que éste hizo a disgusto.

Llegó en dos días a Arras, y de inmediato, se dirigió al puesto central de policía, dijo allí que quería ver al superior del policía que lo atendió, éste se mostró remiso, Tristán dijo al reticente que se trataba de un asunto sobre la dama que apareció por allí hacía unos dos meses y dicho esto, la puerta del superior de policía de Arrás, se abrió para Tristán Corostola.

El jefe de policía de Arrás, era un francés de libro, gran bigote, apellidado Dupont y de nombre Marcel. La conversación que mantuvieron fue, pese a los temores de Tristán, que tuvo que enmascararse diciendo que era natural de Bayona, hijo segundo del señor de Bidart que, por encargo de su padre, había navegado de su ciudad natal a Amberes, para luego entrevistarse en Bruselas, con Madame Doriane de la Fayole, para un asunto de importancia, del que aún no conocía los detalles, pero que atañía al rey.

Tristán tuvo fortuna con su invención, pues el policía que sabía algo que Tristán desconocía y eso era, el salvoconducto firmado por Richelieu, que Doriane le había mostrado, ligó por su cuenta y riesgo, la pretendida nobleza del visitante, con la mención al rey y dio por bueno que ese visitante, tenía entre manos un asunto oficial y secreto que había encomendado a ambos, su todopoderoso jefe el cardenal Richelieu, y a partir de ahí, todo fueron facilidades y también excusas por la muerte de la señora, cuestión esta, de la que había tenido conocimiento hacía tan solo un par de días.

Tristán se sorprendió íntimamente y en gran manera, ante el policía, por la noticia de la muerte de Doriane y adoptó ante él, una actitud de exagerada consternación, tendente a obtener la máxima información y exclamó, como fuera de sí:

—¡Pero eso es un desastre!, ¿qué ha ocurrido Monsieur Dupont? —La señora de la Fayole, salió de Arrás sin comunicar su destino, en el carruaje en que aquí llegó, escoltada por cinco de mis hombres. De conformidad con el informe de estos, viajaron ininterrumpidamente hacia el sur, llegaron hasta una posada a media legua de la ciudad de Marsella, y durmieron todos en ella.

Al día siguiente, la señora envió a tres de mis hombres a Marsella, para

informarse de barcos que, admitiendo pasaje, se dirigieran a algún puerto español del Mediterráneo y cuando regresaron la encontraron muerta en su habitación, con la cara destrozada por, suponemos, varios disparos y junto a ella, a dos de mis hombres, abatidos por sendos tiros en la nuca.

—¿Qué significa eso de la cara destrozada?

—Que la tenía completamente ensangrentada y con signos de uno o varios disparos en ella.

—¿Y cómo pueden estar seguros de que ese cadáver era el de madame Doriane de la Fayole?

—Monsieur..., llevaba su vestido azul, que mis hombres conocían bien, después de tantos días de viaje juntos, llevaba sus pendientes y llevaba sus zapatos ¿qué más quiere?

—Quiero que me confirme que la mujer muerta es de la que estamos hablando. Usted me ha dicho hace un momento que le mostró unos documentos, ¿dónde están esos documentos?

Monsieur Dupont, se sobresaltó. El hombre de Bayona tenía razón, ¿dónde estaban esos documentos?, sus hombres no habían hecho ninguna mención al respecto, e inexplicablemente, él tampoco se la había pedido, abrumado quizá por la responsabilidad que se le pudiera exigir, como responsable de su custodia.

—No había documentos en el cuerpo —respondió incómodo Dupont.

—Bien, es posible que, en los bolsillos del vestido, que quizá no tuviera bolsillos, no hubiera nada, pero ¿y en la habitación y en su equipaje? —atacó Tristán, sabedor de que la coyuntura era favorable para él.

—Mis hombres afirman que registraron la habitación —se defendió el policía—, pero que solo había otro vestido y un chal.

—¿Nada más? —inquirió Tristán. — Nada más —respondió adusto el policía.

—¿Y no le parece que eso es muy extraño?

—Quizá sí, quizá no. Si como creemos, los asesinos mataron a la señora para robarle el carruaje, es muy probable que le robaran también sus pertenencias, ¿no le parece?

—Ciertamente es probable, pero ¿por qué mataron a sus hombres?

—Porque ellos custodiaban el carruaje y temerían no poder hacerlo sin desembarazarse de ellos —contestó M. Dupont.

—Aceptado, pero ¿por qué estaban en la habitación de la señora?

—Eso no puedo saberlo, quizá la señora los llamó y ellos aprovecharon la situación.

—No tiene mucho sentido señor, podían más fácilmente, matarlos en la cuadra, si estaban custodiando el carruaje, o en el lugar donde estuviese el

carruaje, o dónde ellos pudieran estar, sin vigilar cosa alguna.

—Tiene sentido lo que usted dice, pero ya no hay nada que hacer, yo no tengo a quién perseguir, ayer envié mi informe a París y estoy a la espera de órdenes.

—Que no serán agradables para usted, téngalo por seguro.

—Eso me temo —dijo el policía bajando la vista.

—Yo podría ayudarle —se arriesgó Tristán.

—¿Y de qué forma señor?

—Yo también tendré que elevar un informe y creo que le sería de ayuda que el mío, apoyase el suyo.

—¿Haría usted eso?

—Lo haría si usted me ayuda a mí —afirmó Tristán.

—Estoy a su disposición.

—Bien —continuó Tristán —, infórmeme del contenido de los documentos que madame Doriane de la Fayole, le mostró para identificarse.

—Eso es materia reservada...pero lo haré pues es usted un caballero, e intuyo que conoce ese contenido —mintió el policía sobre sus motivos.

—Su intuición es acertada —aseguró Tristán con desfachatez. El policía, no hizo caso de sus posibles dudas, ni a la obligada reserva que su oficio le imponía, pues solo pensar en Richelieu y lo que éste podría hacer con él, si le consideraba responsable del asesinato de una agente suya, además de la aportación que a su defensa pudiera hacer el caballero, le decidieron a informar a éste sin reservas.

Y así supo Tristán que Madame Doriane de la Fayole, portaba un salvoconducto firmado por el omnipotente cardenal Richelieu, ante cuya exhibición, todas las autoridades de Francia, fuese cual fuese su rango, debían ponerse a sus órdenes y proporcionarle lo que les demandara.

Tristán, al oír aquello, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no delatar su impresión y para fabricar sus siguientes palabras. — Eso lo sabía Marcel —tuteó osadamente Tristán al policía —, pero he de saber si le mostró algún otro documento o le pidió ayuda para el transporte de la mercancía que en el carruaje llevaba.

—No mencionó ninguna mercancía, pero sí he sabido, al regreso de mis hombres, que durante las paradas que realizaron a lo largo de todo el viaje, ordenó que se vigilase el carruaje.

—Gracias Marcel, tendrá noticias mías y no tema, informaré favorablemente al cardenal sobre usted.

—Gracias señor, adiós señor. Se despidieron amistosamente ambos hombres, y Tristán se fue a una taberna a reflexionar sobre la importante información que

acababa de obtener.

Estaba impresionado y profundamente cabreado, pero su enfado fue cediendo, pues lo que ahora sabía, explicaba muchas cosas y hacía que la idea de encontrar a Doriane y vengarse, fuera posible, aunque la posibilidad fuese remota. Explicaba la actitud de Doriane en Lieja, por la falta de noticias de Don Fernando. Explicaba su insistencia en sacar, sin recibir órdenes al respecto, el tesoro de la ciudad de Lieja y explicaba que decidiera matarlo a él, pero no explicaba si se había trasladado a Marsella, por orden de Richelieu o a éste también trataba de engañar.

Pues engaño era y en tiempo presente, pues Tristán estaba convencido de que Doriane no había muerto. Era demasiado lista y la trama que había ideado, era digna de ella, llevaba su sello, había hecho algo similar, aunque mucho más suave, al golpearse ella misma causándose unas superficiales heridas, al objeto de acusar a uno de los sirvientes del obispo Roig, cuando conoció a éste e inició sus trabajos de seducción con él.

Y aclaradas en su mente tan importantes cuestiones, supo sin ningún problema, que iría a Marsella, primero a aquella posada a media legua de la ciudad, cuya dueña, ahora sabía por el policía de Arrás, se llamaba Celine Laurentin y luego se le presentaría un formidable trabajo para averiguar con qué destino había embarcado Doriane en Marsella.

Pero para hacer todo eso, necesitaba dinero, tenía apenas veinte ducados en el bolsillo y con eso no llegaría muy lejos, por lo que decidió salir de inmediato de Arrás, pues era prudente que el jefe de policía de la ciudad no lo viera más, y llegar hasta alguna población idónea, al objeto de que pudiera conseguir el dinero necesario para sufragar la aventura que se disponía a emprender.

Salió de Arrás a media mañana y en dos días, llegó a Beauvais. En la posada donde se alojó para aquella noche, preguntó si sabían de algún trabajo que él pudiera realizar y le respondieron que no, pero cuando terminaba de cenar, se le acercó una de las mozas que allí servían y que le había oído hablar con su amo sobre que estaba buscando trabajo y le dijo que la señora en cuya casa servía su hermana, estaba buscando un caballero de escolta.

Al día siguiente, se presentó ante la dama, que resultó ser Josefina de Rambouillet, una dama cincuentona de mucho carácter, a quien Tristán causó muy buena impresión, sensación esta, que propició que lo tomara a su servicio, como caballero de escolta para sus paseos y ocasionales viajes, alojándolo en su casa y con el salario correspondiente.

Tristán había aceptado la oferta sin dudar. Luego hizo sus cálculos y consideró que, si se mantenía en ese empleo durante un año, podría ahorrar la suficiente cantidad de dinero, como para permitirse, primero viajar a Marsella y

luego iniciar la búsqueda de Doriane, sin tener que trabajar para comer, durante algún tiempo y luego, ya se vería.

El tiempo que transcurriese hasta conseguir llegar a Marsella, no le preocupaba gran cosa. Creía que Doriane había llegado hasta esa ciudad. Si realmente estaba muerta y el carruaje, en el que, sin duda, transportaba el tesoro, se lo habían robado unos desconocidos, ya no tendría de quién vengarse ni dónde buscar, para hallar ese tesoro.

Si, como suponía, Doriane había urdido la historia de su muerte, no solo estaba viva, sino que también tenía el tesoro y al considerarla muerta, nadie la perseguiría, además, ella creía a Tristán muerto y por ello, se sentiría segura allí donde estuviese.

¿Pero cuál era ese lugar? No quiso cometer errores y se planteó todas las posibilidades. ¿Adónde puede ir desde Marsella una mujer sola con un tesoro?

Descartados quedaban destinos como los del norte o este de Europa, pues en caso contrario, hubiese ido en esa dirección, y no parecía probable que tomara la ruta del sur para despistar o confundir a posibles perseguidores, pues suficiente era el fingimiento muy bien realizado, por cierto, de su propia muerte.

Si eso era así, ¿qué alternativas razonables y posibles quedaban? ¿Otro lugar de Francia? Eso era improbable, pues también había engañado a Richelieu y no le convenía permanecer mucho tiempo en un territorio dominado por él.

Tampoco parecía probable que se dirigiera hacia territorios del Gran Turco o al norte de África. No, eso no era nada probable. ¿A España, como parecía querer hacer creer? Era probable. ¿Italia? Tristán, cuanto más lo pensaba, se inclinaba más por esta opción. Fue la que primero pensó. Doriane era napolitana y probablemente tendría familia o amigos en esa ciudad.

En conclusión, si está en Nápoles, se dijo, permanecerá allí, durante un indefinido tiempo quizá pensando que, para siempre y, en cualquier caso, dejándose ver poco, hasta que lo del robo al obispo de Lieja, se fuera olvidando, no ya por el sufrido pueblo, sino por las élites sociales y las cancillerías diplomáticas.

Y así, sin abandonar sus deseos de venganza, cumpliendo con sus obligaciones que, no eran muchas ni pesadas o dificultosas, llevando en aquel trabajo bastante más tiempo de lo que había en un principio previsto, se encontraba Tristán aquella mañana de marzo de 1640, requebrando a la hermana de la chica que le indicó aquel trabajo, mientras esta tendía la ropa, cuando oyeron los gritos de la doncella de la señora, anunciándoles la muerte de ésta.

Y así, sin nadie a quien prestar servicio y por ello sin sueldo que ganar, Tristán montó en su caballo y tomó la ruta del sur. Al cabo de dos semanas, llegó, sin apresurarse, a la loma desde la que se divisaba Marsella, a poca

distancia de la ciudad.

Entró en la posada donde presuntamente había muerto Doriane, y tras dejar sus pertenencias en la habitación en la que murió la mujer por la que venía a preguntar, habló largamente con la dueña.

La versión de la posadera era casi idéntica a la del jefe de policía de Arrás. Supo un nuevo detalle, sin relevancia para él, consistente en que el cadáver fue llevado por la policía a Marsella, y no había vuelto a saber nada sobre el asunto.

Tristán, al día siguiente temprano, fue a Marsella, se alojó en una casa en el mismo puerto y comenzó su ronda de pesquisas por los barcos atracados y con los marineros que iba encontrando, tanto en barcos amarrados, como en tabernas o trabajando sobre los muelles.

Fue conociendo así, los buques y sus singladuras habituales. Pasaban los días y ninguna información, hasta el momento, le confirmaba nada concreto, hasta que un día de finales de abril de 1640, arribó a puerto la goleta Passero, la misma en la que había viajado Doriane de Marsella a Nápoles y el capitán recordó con facilidad, y no tuvo mayor inconveniente en confirmar, mirando el diario de a bordo, que hacía dos años, había llevado como único pasajero desde Marsella hasta Nápoles, a una bella dama de mediana edad, cuyo nombre nunca supo, pero cuya descripción era idéntica a la que señalaba Tristán.

Cuando nuevamente zarpó la goleta con destino Italia, Tristán iba a bordo de ella, cada día más ansioso por llegar, una vez que se habían confirmado sus sospechas.

Que el capitán hubiese identificado a Doriane en la descripción que sobre ella le hizo Tristán, demostraba que estaba viva, que había arribado a Nápoles y que con ella llevaba media docena de baúles de tamaño medio, que todo el mundo supuso, sería ropa y pertenencias de la señora.

Finalizaba mayo y esa tarde, desde el puente y junto al timonel, Tristán avistó por primera vez el Vesubio y el puerto de Nápoles y le sorprendió su belleza, aunque su sorpresa fue mucho mayor, cuando descendiendo por la pasarela de su barco, vio a unos treinta metros a una mujer que se disponía a subir a un coche y pensó que sufría una alucinación, era Eulalia.

Capítulo XIV — Ajustando cuentas con la vida

Las primeras horas de la mañana del 1 de mayo, habían transcurrido dramáticamente lentas para Quela. Se había levantado temprano, antes de que Luis lo hiciera, le preparó el desayuno, aunque sabía que no lo probaría y esperó.

Cuando a mediodía, salió Luis de su habitación, supo que iba a ocurrir algo grave, pero no dijo nada, no derramó ni una lágrima, no hizo apenas un gesto.

Simplemente lo miró y vio el vacío en sus ojos, unos ojos en los que no había nada, en un rostro que no transmitía nada, en un cuerpo en el final de su andadura.

Y esperó. Pese a que tenía un nítido presentimiento de lo que aquella mañana iba a ocurrir, tuvo un estremecimiento cuando Luis le entregó la carta para Inés.

Al cabo de no mucho tiempo, oyó voces en la calle, y no necesitó entender lo que decían. Salió de su casa y con la carta en la mano, se dirigió, serena y con paso lento, como queriendo demorar la entrega, a casa de Inés.

Le abrieron la puerta y la llevaron a presencia de Inés, a la que encontró con muy mala cara. Unas horas antes, muy preocupada porque su marido no hubiera regresado, había hecho que Eulalia, mandara a Damián a buscarlo, ésta lo hizo y también prohibió a Inés levantarse de la cama.

Damián no había regresado. Eulalia estaba sombría y no conseguía disimular su estado de ánimo. Tenía un pálpito y ella hacía caso de esas cosas y en este caso eso era muy malo, pues su cabeza le decía cosas espantosas.

Y espantoso fue lo que Inés leyó en la carta que Quela le entregó: “Mi querida Inés: Perdóname, te pido perdón, perdóname.

Eres lo más importante y precioso que me ha ocurrido en la vida y, sin embargo, te he fallado. He faltado a la promesa que te hice y no encuentro fuerzas para presentarme ante ti. He decidido poner fin a mi vida...” Inés se desmayó.

Tardó tiempo en recuperarse y Eulalia temió lo peor y quizá peor fue, lo que le ocurrió a ella. Estaba atendiendo a Inés, cuando apareció en el cuarto su sirvienta, que venía sofocada y con su relato, la que se sofocó más, fue Eulalia, pues la sirvienta le dijo que se había presentado en casa, Doña Pura, amiga suya y esposa de un leguleyo, que se había enterado de que la iban a detener.

Eulalia, sintió pánico. Una sensación opresora, dominante, que la incapacitaba, pero se dominó y superó su pánico, pero no su miedo y se obligó a pensar en ella y no solo en Inés.

Sabía que lo que le acababan de notificar, no solo podía suceder, sino que era muy probable que sucediera. Durante los últimos dos años y medio, había eludido su detención por el Tribunal de la Inquisición de Valencia, mediante el procedimiento de pagar el dinero que le exigían uno de los secretarios y un oficial de aquel siniestro órgano de jurisdicción.

Pero también el padre de la chica, de cuya muerte estaba acusada, pagaba y presionaba en sentido contrario, y su contendiente era mucho más fuerte que ella.

De vez en cuando, se ensoñaba pensando que el paso del tiempo haría que se olvidasen de ella, tanto padre como inquisidores, pero sabía bien, que su sueño

era de todo punto infundado.

Y tuvo razón, en un órdago final, al parecer cansado de tanta dilación, el padre de la chica muerta consiguió que se decretara la detención y encarcelamiento de Eulalia, con una ristra de cargos que la llevarían, como mínimo a prisión para muchos años, y si su enemigo se empeñaba, quizá a la hoguera.

Y pese al dramático momento, por el que atravesaba Inés, se vio obligada a abandonarla a su suerte, en aquel crítico momento y huir lejos, pues no hacerlo, significaba para ella, en la práctica, su fin.

Así que pidió a su sirvienta, que le trajera algo de ropa, le reveló en qué lugar de su cuarto, guardaba sus dineros y entregadas por la enviada a hacerlo, ambas cosas a su señora, se despidió llorando, de una enajenada Inés, que no se enteró bien, de lo que hacía su amiga, y salió en el coche con Damián, a quien dijo que la llevara al puerto.

Tuvo mucha suerte. En los puertos siempre hay alguna autoridad rondando, sea portuaria o no, es habitual la presencia de oportunistas varios, y siempre hay soplones al servicio de esas autoridades, portuarias o no, pero ella no necesitó deambular por el puerto buscando pasaje, y arriesgándose a que la viera algún esbirro de la inquisición y la detuviera, ya que apenas la vieron un par de personas, que no parecieron interesarse por ella, pues nada más llegar, vio una balandra que se disponía a soltar amarras, consiguió que la dejaran subir a bordo y como no le importaba el destino, sino salir con celeridad de la ciudad de Valencia, embarcó a toda prisa, sin preocuparse de hasta donde la llevarían.

La llevaron hasta una cala, en cuya orilla había unas cuantas míseras chabolas de pescadores, que luego supo, estaban a poca distancia de Sagunto.

La acogieron en una de aquellas casitas por aquella noche, y al día siguiente, pagó a un arriero que, por el camino de Barcelona iba, y subida a su carro, llegó en una nueva jornada hasta Burriana.

En esta localidad, descansó un par de días y con el mismo arriero que se unió a varios más, que recorrían, con muy diversas mercancías, el camino hasta Barcelona, llegó a esa ciudad, en nueve agotadoras jornadas, que dio por bien empleadas, aunque no se consideró a salvo, hasta que embarcó en una goleta que iba hasta Nápoles, su ciudad natal y donde pensaba viviría aún algún familiar y quizá reencontrase a alguna amiga, llegando a su puerto, en la tarde del 31 de mayo de 1640.

Y allí, en pleno puerto de Nápoles, recién desembarcada del buque que hasta allí la trajo, cuando se disponía a subir a un carruaje, en el que pensaba a ir a casa de una antigua amiga suya, confiando en que aún viviera y residiera en ella, oyó una voz masculina que pronunciaba su nombre en modo interrogativo.

—¿Eulalia? La mujer se volvió y contempló a un radiante Tristán, que comprobando que era ella, le abrió los brazos cariñosamente.

—Pero bueno, ¿qué haces tú aquí? —preguntó Eulalia.

—Lo mismo podría yo preguntarte —sonrió Tristán.

—La mía es una larga historia que, quizá, algún día te cuente. ¿Y tú, cuál es tu historia? —dijo la mujer.

—También es larga y yo sí puedo contártela, al menos en parte — dudó Tristán.

—Me gustará mucho saber de tus andanzas —rio la dama —y tendremos tiempo de hablar de todo.

—¿Dónde te vas a alojar? — preguntó Tristán.

—Pensaba ir adonde hace años vivía una amiga mía. La cuestión es que no sé si sigue viviendo en ella y tampoco sé si en ese caso, me acogería, aunque espero que así sea.

—Yo acabo de desembarcar, al igual que tú, es una coincidencia magnífica y estoy encantado de haberte encontrado, y no me gustaría que desaparecieras de pronto, Tu sola presencia, me ha traído multitud de recuerdos y no todos agradables.

—Lo sé Tristán, lo sé. Mira, te propongo una cosa, Vamos a buscar un sitio que sea cómodo y que tenga buenas habitaciones, descansamos y mañana planeamos lo que nos parezca. Y no te sorprendas por esto que te digo, pues comprenderás todo cuando te cuente la historia de mi último día en Valencia.

—Me parece muy bien —concluyó Tristán —. Subieron los dos al coche, y después de pedir al cochero que los llevara donde les diesen un buen alojamiento, se pusieron a charlar animadamente.

Y continuaron hablando mientras cenaban: — De lo que me cuentas, deduzco que no has guerreado gran cosa —ironizó Eulalia.

—Ciertamente no —concedió Tristán —con las armas en la mano, prácticamente, no he batallado. Ejercicios y cosas así.

—¿Y te ha ido bien?

—Depende. Hubo un tiempo en que me sentí muy bien y recompensado con lo que hacía, pero estos últimos años, han sido más bien aburridos, pero cuéntame más cosas tuyas y de Inés, a la que aún ni tan siquiera has mencionado, ¿cómo se encuentra ella?

—Muy mal —afirmó seria Eulalia —, tuve que salir precipitadamente de Valencia y la dejé en una situación terrible.

—¿Qué significa situación terrible? —se preocupó Tristán.

—Una situación en la que está una mujer que acaba de quedarse viuda, a quien su marido ha mentido y se encuentra sola con un hijo, y en una situación

económica, que no sé exactamente cuál es, pero con lo que le ha ocurrido, creo que va a ser difícil.

Y Eulalia contó a Tristán, con detalle, los últimos años de la vida de Inés, su huida a Valencia, su parto, su matrimonio, el vicio de Luis y la carta que, de él, había recibido el día en el que ella huyó.

Tristán, estuvo largo rato callado. Recordó que cada vez que había estado con una mujer, durante los últimos años, siempre se acordaba de Inés, era algo que no podía evitar, aunque luego ese recuerdo desapareciera, en tanto no tuviera alguna otra relación.

Y esa repetición de sensaciones, cuándo tan solo el hecho de hablar con otra mujer le recordase a Inés, le hacía sentirse mal. Se solía repetir que eso no tenía sentido, pero no conseguía dominar sus emociones y por ello, de alguna manera, Inés permanecía en su cabeza. — Yo la quise mucho —dijo Tristán al cabo.

—Ya lo sé, y ella a ti. Pero ni tan siquiera le contestaste a la sincera carta que te escribió —argumentó Eulalia. — Estuve un tiempo pensando siempre en ella. Más tarde, quizá muy tarde, me llegó su carta y de verdad Eulalia, conocer que mientras yo la amaba y ella decía amarme, se acostaba con ese sinvergüenza de sacerdote, no contribuyó a que yo tuviera deseos de ponerme en contacto con ella. Necesité bastante tiempo para serenarme y luego ese tiempo se volvió en mi contra y no encontré modo ni motivo, para tratar de comunicarme con ella. Lo lamento profundamente.

—Sí Tristán, es lamentable y te comprendo, pero fríamente considerado vuestro asunto, teníais muy pocas posibilidades.

—No, si yo la hubiera escrito —se enfadó consigo mismo Tristán.

—¿Y qué hubieras podido hacer tú?, ¿desertar? Menuda solución.

—Hubiera sido peligroso ciertamente, — contestó Tristán — pero podríamos haber sido felices en algún lejano país. En el nuevo mundo, por ejemplo —cerró los ojos Tristán.

—¿Y por cierto?, no me has dicho todavía qué misión te ha traído a Nápoles —preguntó Eulalia.

—Bueno, quizá te lo cuente mañana. Dejaron su conversación, se fueron a acostar y a la mañana siguiente hicieron planes.

—Como no sé qué misión te ha traído a Nápoles, —dijo Eulalia —, no puedo saber qué planes tienes. ¿Tienes algún sitio donde vivir mientras te encuentres en la ciudad?, ¿algún cuartel?, por ejemplo.

—No, estoy solo y sin contactos y también por ello, sin alojamiento previsto —dijo Tristán.

—Bueno, eso tiene arreglo —dijo Eulalia —, he reconsiderado mi idea inicial tras encontrarme contigo. La casa donde hemos hecho noche me parece

adecuada para unos días, los que necesite para encontrar una casa para mí. Puedes ayudarme en esa búsqueda, pues yo tenía amigos que podrán orientarme en ese asunto y cuando la encuentre, puedes vivir conmigo, durante el tiempo que tengas que estar aquí.

—Gracias Eulalia, eres muy amable. Tristán pensó que podría decirle a Eulalia, que él pagaría su parte de los gastos que ocasionara, pero no lo hizo. Tiempo habría para plantear ese asunto, en el momento pertinente, pues tampoco quería ofender a su amiga.

Eulalia por su parte, pensó que el recuerdo de Inés en Tristán quizá era difuso, pero el sentimiento era aún fuerte, y se propuso explorar esa situación. En Inés, cuando la dejó, casi no había vida y en Tristán, percibía vida en todo él, en sus gestos, su mirada, su sonrisa...sí, aquel antiguo y hermoso amor, podría renacer, claro que, para ello, deberían reencontrarse y eso...

De forma que, con necesidades coincidentes, en cuanto a un lugar donde vivir y con el agrado inicial que les proporcionó tan inesperado encuentro, salieron a pasear por la ciudad, sin rumbo fijo, sin prisa y deleitándose con las personas y cosas que les presentaba la singular ciudad de Nápoles.

Después de encontrarse con dos personas, a quienes Eulalia conocía, que le facilitaron información valiosa sobre las posibilidades de instalarse en una casa conveniente, Eulalia y Tristán, dieron con una que satisfizo a la primera y sin demasiados trámites, firmó ésta un documento, entregó la cantidad que se le pedía y se instalaron ambos en una pequeña y bonita villa de dos plantas con un tejado a dos aguas.

Los días siguientes, Eulalia los dedicó a dejar su nueva casa a su gusto y Tristán a ayudarla y cuando su concurso no era necesario, paseaba por la ciudad, sin atreverse, por el momento, a hacer preguntas, excesivamente directas, sobre una dama de nombre Doriane de la Fayole.

Además, razonó uno de esos días, “el secretario del cardenal infante, me dijo en Bruselas, que la mujer a la que busco es napolitana, y por ello, no creo que Doriane sea su nombre de pila, ni de la Fayole, su apellido. Probablemente sea su nombre profesional de agente secreto o quizá el de casada”.

En consecuencia, pensó que sus pesquisas, no debían de ir en esa línea y para que pudiera ayudarlo, decidió hacer partícipe a Eulalia, de parte de la información que tenía sobre aquella mujer.

Pero antes de hacerlo ocurrió que, volviendo hacia la casa de su amiga, vio subir a un coche a una mujer que le pareció podía ser Doriane.

La vio solo de espaldas, pero al subir a su carruaje, hizo un gesto característico, que llamó poderosamente la atención de Tristán. Doriane, era zurda y le había contado que, cuando niña y durante años, la obligaban a hacer

todo con la derecha, prohibiéndole hacer cualquier cosa con su mano izquierda, incluso atándose a la espalda, para que no la pudiera utilizar.

Y aquella tarde, la dama a la que vio subir a un carruaje, llevaba un bolso en su mano izquierda y cuando el cochero le abrió la portezuela y ella se dispuso a subir, pudiendo ayudarse de su mano derecha, para apoyarse y ascender, tiró el bolso dentro y utilizó su mano izquierda para hacerlo. No era nada concluyente, pero era una pista, de modo que esa noche, cenando con Eulalia, habló con ella de su asunto.

—Eulalia, quiero contarte algo.

—Tú dirás Tristán —respondió Eulalia —, te escucho.

—Antes de nada, quiero advertirte. En el asunto del que ahora vas a tener noticia, ha muerto gente y por ello, sé que es un asunto peligroso, para cualquier persona que se vea involucrado en él.

Hay gente poderosa que no dudaría en matar. Quiero advertírtelo.

—Creo Tristán —dijo dulcemente Eulalia —que no debes adoptar ese aire paternal y protector conmigo, aunque si consideras que...

—No Eulalia, no es eso. No me has contado, por qué tuviste que huir de Valencia. No es necesario que me lo cuentes. El hecho de que, según me dijiste, hayas tenido que salir de Valencia precipitadamente, denota que corrías un riesgo grave, pero al que yo me refiero es más amplio.

—Bueno, bueno, cuéntame lo que quieras o no me cuentes nada. Si puedo ayudarte, te ayudaré, de la misma forma de que no tendré reparo en acudir pidiéndote ayuda, si hasta aquí, llegan las garras de la inquisición.

—¿La Inquisición?

—Sí muchacho sí, la Santa, Omnipresente y, según convenga, justiciera inquisición.

—Pero ¿qué has podido hacer tú Eulalia, para que te persiga el tribunal de los herejes? El último día que te vi en Madrid, te disponías a entrar en una iglesia con Inés.

—Pues ya ves, mi joven amigo. Lo que se dicen, cosas de la vida. Pretenden, cuando menos, encarcelarme para muchos años, por haber asistido en un aborto a la hija de un poderoso noble, que no me perdona que su hija muriese y busca mi ruina y ha comprado a quien haya sido necesario, para vengarse de mí.

—¿Y qué tiene que ver eso con la religión?

—Pues tiene que ver —continuó Eulalia —que, en todas las cosas de la vida, interviene el dinero y si alguien que lo tiene en abundancia, quiere vengarse de ti, has de prepararte a que te ataquen por todos los flancos y el de la brujería, les es muy útil, pues ¿quién osará contradecir a un inquisidor en esa materia?, corriendo el grave riesgo de ser acusado de cómplice, ¿quién osará defenderte?

—Ciertamente, tu caso es grave Eulalia, cuenta conmigo para lo que necesites.

—Gracias Tristán. Pero cuéntame, ahora tú, tus cuitas o los problemas en los que creas que puedo ayudarte. Tristán contó a Eulalia, cómo con la recomendación del Duque de Alba, su anterior señor, fue reclutado por Don Fernando de Austria, cardenal infante y Gobernador de Flandes, como agente secreto.

Le relató su aventura en Eibar y el contrabando de armas, a espaldas del conde—duque de Olivares, y por ello, traicionando a su rey, el cuarto Felipe.

Le contó, jocosamente, su intervención en la extorsión al obispo Roig y se inventó una historia para lo del tesoro de Lieja, adornando la cosa, diciendo a Eulalia, que desde Lieja y hacía ya casi tres años, venía persiguiendo a una dama, también agente secreto de su mismo jefe, pero también del cardenal Richelieu, que le había traicionado. Eulalia se prestó gustosa a ayudarlo y convinieron en que, haciéndose pasar por tía y sobrino, Eulalia y él, indagaran, discretamente, por acá y acullá, sobre la dama en cuestión, sobre la que le reveló todo, incluido el intento de asesinato, y dejando el montante del tesoro, en una cifra indefinida.

Estuvieron ambos de acuerdo en que, probablemente, la dama a quien buscaban, no se haría llamar Doriane de la Fayole, allí en Nápoles y como además, preguntar por una dama con ese nombre, pudiera hacer sospechar a ésta, si la pregunta llegaba a su conocimiento, decidieron inquirir sobre lo único que sabían, que no era otra cosa que su descripción y edad aproximada, lo cual no era poca cosa, dado que esos datos, no eran los de una persona corriente, y el elegante porte y atractivo físico de la mujer por la que se preguntaría, amén de que su desenvoltura y trato, si es que no los ocultaba muy celosamente, no eran de los que pasan desapercibidos, creían que serviría.

De esta manera, pusieron en marcha su plan y Eulalia consiguió que los invitaran a fiestas de la alta sociedad, también preguntaron a alguaciles y sirvientas, repartiendo dinero con mesura e intención, según fuese el informante y el grado de fiabilidad que en él observaran, y preguntaron a marinos, sobre si en los últimos tiempos había embarcado, con cualquier destino, la dama por la que preguntaban.

Y así, a las siete semanas exactas de su arribada a Nápoles y muy temprano, una criada vieja y mal encarada, llamó en la puerta de Eulalia. Le abrió la sirvienta que, desde hacía un mes, servía en esa casa. Las dos mujeres eran amigas, la de casa había movilizado, por orden de Eulalia, a todas sus amistades y compañeras de oficio, y ese movimiento, parecía dar un fruto.

La mujer fue llevada a presencia de Eulalia, quien después de examinarla

detenidamente, preguntó: —¿Qué noticias traes?

—La señora verá si son buenas o no. Mi amiga Concetta me dijo que usted buscaba a una señora y me contó también cómo era esa señora y yo he mirado y le traigo noticias de una que, si no es la que busca, tiene que parecerse mucho a ella.

—¿Se lo has dicho a alguien?

—No señora, Concetta me dijo que solo hablara con su señora de esto y ni tan siquiera con ella y como también me dijo que usted pagaría muy bien la información y como yo necesito ese dinero, pues aquí estoy para contárselo a usted la primera.

—La primera y la última ¿has entendido?

—Sí señora.

Eulalia llamó a Tristán que, bajando de su habitación, entró en la salita de la planta baja, donde Eulalia estaba con la mujer. —Dinos, ¿cómo has encontrado a la mujer que dices?

—Cuando me enteré por Concetta, lo primero que pensé, era que una mujer así no viviría cerca del puerto y casi seguro en las villas de la montaña.

Como mi amiga me advirtió que mirara mucho y preguntara poco, eso hice, y mirando y mirando por las villas y los palacios, vi un día salir de uno de ellos, a una señora que me pareció que era como la que buscan.

La seguí y vi en qué casa entraba y luego, los días siguientes, la vi salir y entrar en esa casa, hasta que me convencí de que era ella, la que ustedes buscan.

—¿Y cómo es? —le preguntó Tristán.

—Como la pintó Concetta —respondió la criada —, muy bella, bastante más alta que yo, cosa que no es difícil, morena con un toque rojizo y de ojos verdes.

—¿Cómo iba vestida? —preguntó Eulalia.

—No le vi el vestido, pues iba cubierta con una capa, pero si vi el bordado del cuello, era azul celeste y los pendientes, ¡qué pendientes!, no sé qué piedras eran, pero sí sé que eran verdes.

—¿Te fijaste en alguna cosa más? —dijo Tristán.

—Pues...no sé, ¡ah sí!, bueno, será una tontería mía, pero me hizo gracia. Un día, al salir de su casa, la esperaba un caballero. Éste le puso su brazo izquierdo, para que ella se agarrara a él y la señora, le rodeó y se agarró a su brazo derecho.

—Bien, —concluyó Tristán —ven dentro de dos días y si es la persona que busco, te daré tu dinero. Dime antes de irte, dónde vive.

—Sí señor, ¿cómo no? Vive en una casa en la colina de San Martino, cerca de Castel Sant`Elmo, que tiene las ventanas pintadas de verde.

—Muy bien —terminó Tristán. Eran las nueve de la mañana y sin pérdida de tiempo, Tristán salió a la calle y se dirigió a donde la mujer le había indicado.

Preguntó si había más de un camino, para llegar a Castel Sant`Elmo, en previsión de que pudiera encontrarse con Doriane que, si bajaba de su casa, lo haría con toda probabilidad, por el camino principal, y habiéndose informado convenientemente de la mejor y otras varias maneras de llegar al lugar al que se dirigía, tomó uno de los caminos, extremando las precauciones. A unos cincuenta metros de la casa, que identificó sin dificultad, apostado tras unos matorrales, observó detenidamente y durante largo rato, la casa con todas sus ventanas cerradas.

A eso de las once de aquella mañana, alguien abrió dos de ellas y minutos más tarde, apareció por el camino principal, una mujer joven con vestimentas de chica de servicio doméstico, a quien, después de tocar ésta la pequeña aldaba de la puerta principal abrió una mujer, con el pelo por debajo de los hombros que Tristán, identificó, sin ningún género de dudas, con Doriane.

Al día siguiente, Tristán, habiendo ido a caballo y muy temprano, se apostó en las inmediaciones de la casa de Doriane y aguardó. A las tres horas, la vio salir y subir en un coche, que tomó la dirección del Foro Regio. Allí la esperaba un caballero, con el que paseó por la plaza.

Tristán, amarró su caballo, los observó durante un rato y luego, se dirigió hacia ellos. Doriane lo vio venir y giró sobre sí, pero Tristán, se acercó, poniéndose frente a ella.

Doriane, consiguió dominarse, ante aparición tan insólita como inesperada y componiendo la crispación inicial de su rostro, dijo al caballero que la acompañaba, que necesitaba estar con aquel hombre durante unos minutos y que la dejara sola con él.

Éste así lo hizo y con semblante perturbado, siguió a su dama y al importunador, a una decena de metros de distancia, mientras estos, cogidos del brazo y en actitud, aparentemente amistosa, circunvalaban el Foro Regio.

—¿Cómo es que estás aquí Tristán?

—Estoy aquí, porque no conseguiste lo que te propusiste —dijo un serio Tristán —y porque he seguido tu rastro.

—Ya veo que no lo conseguí— dijo cínicamente Doriane —y también veo que tú has conseguido encontrarme y ahora que estás aquí, ¿qué quieres?

—Sé que eres dura Doriane y también que no tienes ningún escrúpulo, pero también sé que no eres estúpida, así que no me hagas preguntas estúpidas.

—De acuerdo —siguió la dama —, ¿cuánto quieres?

—La mitad de la mercancía —contestó con calma Tristán.

—¿Para ti solo, o hay más gente contigo?

—Vuelves a tratarme como a un estúpido. Sabes que no contestaré a esa pregunta.

—No eres estúpido y sé que estás solo.

—Puedes pensar lo que quieras. Quiero mi parte.

—En esto, el jefe nunca habló de partes y en todo caso, tu parte no es la mitad —sonrió Doriane.

—Ni la tuya la totalidad —atacó Tristán.

—¿Y te conformarás con eso?, ¿no quieres también matarme? —contraatacó Doriane.

—Esas cosas no se dicen, se hacen —afirmó Tristán.

—Está bien. Nos vemos aquí, dentro de dos días, a esta misma hora —contestó Doriane.

—Bien —dijo Tristán soltándose de su brazo y alejándose. Volvió una sonriente Doriane junto al caballero que, hasta la llegada de Tristán, la acompañaba, y éste montó en su caballo y salió del Foro Regio, al paso del animal.

Tristán, se reunió con Eulalia. Contó a ésta lo sucedido y ella no pudo evitar la pregunta: —¿Cuál es el valor de esa mercancía?

—Mucho —contestó lacónicamente éste.

—¿Tanto como para matar por ella? —insistió Eulalia.

—Se mata por mucho menos amiga —respondió Tristán.

—Luego debes de tener mucho cuidado, por el estilo de mujer que me has dicho que es, no te entregará nada por las buenas — advirtió Eulalia.

—Bueno, sin duda que reflexionará sobre la situación que se le ha planteado. Me creía muerto y tiene que temer que yo quiera matarla, cosa que sabe que no haré si, con ello, pierdo la posibilidad de obtener lo que quiero y, por lo tanto, estará pensando lo mismo que nosotros, pero en sentido inverso concluyó Tristán.

—¿Qué piensas hacer? —dijo Eulalia —.Comer ahora y pensar luego, mi querida amiga. Y así lo hicieron, compartieron el almuerzo amigablemente y terminado que fue el mismo, debatieron largo rato sobre la mejor manera de actuar, tratando de adentrarse en el pensamiento de su mortal adversaria, para adelantarse a ella y tener éxito en la peligrosa aventura en la que serían primeros actores, dos días después, a no ser que Doriane jugara sus cartas antes de ese tiempo, movimiento éste, al que deberían anticiparse, so pena de perder la vida.

—¿Qué puede hacer Doriane? —le preguntó Eulalia.

—Por el momento, —respondió Tristán —, no ha tenido tiempo de averiguar dónde vivo por lo que, en las próximas horas, no debo temer nada por ese flanco.

No creo que por ahí intente nada, pues hemos quedado en vernos en dos días y no atacará por esa vía y casi con seguridad, estará preparada para cuando vayamos a su casa que, también creo seguro, será allí donde habrá planeado

deshacerse de mí.

—¿Dónde crees que tendrá el dinero y las joyas? — volvió a preguntar Eulalia.

—Creo —dijo frunciendo el ceño —, que pretender saber eso, es inútil. En buena lógica, tendrá una parte, más o menos importante, a su disposición, en su casa o muy a su alcance inmediato.

—Sí, —dijo Eulalia —.eso sería lo más razonable. Ambos razonaban bien y sus conclusiones eran certeras, tanto es así, que nunca, ni ellos ni nadie, podría sospechar dónde guardó lo que se había apropiado.

Y ciertamente, no era fácil hallarlo. Doriane, se había planteado ese problema, desde el primer día que embarcó rumbo a Nápoles, y a los pocos días de vivir en la casa en la que lo hacía, por haber decidido quedarse en ella quizá para siempre, inició su plan de esconder el tesoro en lugar, no solo seguro, sino al que tuviese acceso solo ella.

Y encontró ese lugar, en el convento que se hallaba próximo a su lugar de residencia. Se trataba del convento de las capuchinas clarisas, que, por cierto, se hallaba en muy mal estado, cosa que no podían remediar las monjas, pues carecían del indispensable dinero.

Y entonces, apareció Doriane ante la superiora de ese convento, como una dama viuda, de fortuna suficiente, retirada del mundo, en permanente oración por la salvación del alma de su esposo, y deseosa de beneficiar con largueza a aquellas pobres y desamparadas monjas capuchinas. Doriane, eligió una de las pequeñas capillas de la iglesia y convenció a la abadesa de que le consiguiese, un privilegio vaticano para poder usar en exclusiva de la dicha capilla, comprometiéndose a su restauración y mantenimiento, y a la donación al convento de una importantísima suma de dinero.

En el otro bando de la pelea, sus protagonistas, tal y como habían pensado, comprobaban según iban pasando las horas, que Doriane no ejecutaba ningún movimiento sorpresivo fuera de su casa y en la fecha, hora y lugar, previamente fijados, Tristán y Doriane, volvieron a verse.

Él, a caballo, armado con espada y un pistolete cargado, oculto en un bolsillo interior de su capotillo y ella, en un coche abierto, elegante, con capa larga y un aparentemente inocente y ligero bolso, en el que Tristán, no dudaba, llevaría un arma de fuego, o dos, como era su costumbre.

Era buena disparando, su actual adversario lo sabía, pero éste, como ella, también sabía, que se puede fallar el primer disparo y la recarga del arma de fuego era lenta y Doriane, no usaba espada, aunque, con toda seguridad, sí una daga.

Doriane, sin descender de su carruaje, le indicó que la siguiera, cosa que hizo

Tristán quien, al cabo de pocos minutos, comprobó que iban en dirección a la casa de Doriane.

Llegados a ella, descendió Doriane de su coche y Tristán de su montura, despidió ella al cochero y recorriendo el camino que, atravesando el jardín, conducía a la casa, entraron en ella.

Tristán cerró la puerta y dio dos pasos en el interior de la vivienda, cuando a sus espaldas, aparecieron dos hombres armados, en actitud nada amistosa.

Los hombres desenvainaron sus espadas y Tristán, fingiendo asombro se movió dos pasos a su izquierda, aproximándose a Doriane, simuló que se rendía, levantando su brazo izquierdo y sacando con el derecho su espada, que tiró al suelo y en el mismo movimiento echó mano al bolsillo de su capotillo, cogió su pistola, apuntó a Doriane y con este gesto, paralizó la acción de sus dos atacantes.

Acto seguido, sin dar tiempo a que Doriane pudiese reaccionar, se puso a su espalda, sujetándola por el cuello y con el pistolete apuntando a su sien.

Tristán, gritó a los hombres que saliesen, estos miraron a Doriane, ésta les hizo un gesto afirmativo y ellos salieron. En la puerta, con Doriane medio ahogada, Tristán volvió a gritar a los dos hombres que se alejaran, estos salieron al camino, momento en el que apareció de detrás de un árbol, Eulalia, que se puso a gritar como una loca, diciendo “me roban, me roban”, llamando la atención de cuatro soldados que se encontraban en la puerta de Castel Sant`Elmo, que ante los gritos de la mujer, corrieron en su innecesario socorro, haciendo con su movimiento que los hombres contratados por Doriane para desembarazarse de Tristán, huyeran.

Para cuando los soldados llegaron, en auxilio de Eulalia, Tristán había cerrado la puerta de la casa de Doriane y amordazaba y ataba las manos de su enemiga.

En esta situación y sentada en un taburete, Tristán se encaró con ella: — Debería matarte, maldita —rugió Tristán. Habiéndose ido los soldados en persecución de los que Eulalia llamaba sus agresores, entró ésta en la casa y contempló a una Doriane, por cuyos ojos salían centellas.

Felicitó a Tristán por haber adivinado que Doriane haría lo que había hecho, en relación a los dos hombres que contrató para, con toda seguridad, lo eliminaran y mirándola fijamente a la cara, le dijo:

—Eres bella sí y muy peligrosa, por lo que acabo de ver. Yo no tendría piedad de ti, maldita. Tristán, ¿qué hacemos ahora?

—Buscar lo que hemos venido a encontrar —contestó éste.

—Mira primero en su cuarto, yo la vigilaré —dijo Eulalia.

—De acuerdo —aceptó Tristán —, pero ten mucho cuidado con ella.

—No te preocupes Tristán. Recorrió rápidamente toda la casa, buscando baúles y no encontró ninguno. Buscaba, en principio, baúles, pero el botín podía estar guardado de otra manera, quizá separado y distribuido, quizá... Tristán, nuevamente en el cuarto de Doriane, reparó en un mueble de apariencia basta, que parecía solo útil para que se pusiesen sobre él, el aguamanil y la palangana que sobre él estaban.

Su experiencia en descubrir resortes secretos en muebles que, por su apariencia, pareciera que solo servían para lo que se suponía que servían, le fue, otra vez, muy útil.

Buscó y rebuscó resortes y en el momento en que palpaba la parte baja de aquel mueble, oyó un chasquido y apareció una bandeja de tres centímetros de profundidad, repleta de piedras preciosas, Tristán oyó un fuerte golpe.

Salió del cuarto yendo hasta donde había dejado a las mujeres y vio en el suelo a Eulalia que sangraba por la nariz, mientras Doriane junto al fregadero, conseguía cortar sus ligaduras, con un cuchillo que allí se encontraba.

Tristán fue hacia ella y Doriane le lanzó el cuchillo que tenía en su mano izquierda, hiriéndole en el cuello. Herido él, se detuvo, palpó en la parte izquierda de su cuello y notó que sangraba y furioso se abalanzó sobre Doriane que, con su mano derecha, trato de acuchillarlo en el vientre, sin conseguirlo, pues la espada de Tristán había atravesado su pecho.

Capítulo XV — Las razones del espíritu

El servicio secreto del vaticano, “la Entidad”, como la llaman algunos estudiosos, que lo consideran el mejor informado del mundo, había perdido la pista de Gonzalo Sforza en Paris, pero desde que lo localizaron semanas antes en Lieja sabían, qué estaba buscando y también sabían lo que hasta ese momento había encontrado.

Y ahora, casi por casualidad, si casualidad puede llamarse a que una agente esté haciendo su rutinario trabajo de observación en un hotel, y en él se aloje una persona a la que buscan, pues fue por casualidad que la agente Stella, viera a un hombre que no se parecía en nada a Gonzalo Sforza, pero que tenía un sello de oro que, ellos sabían, llevaba, sin quitarse nunca, ese sacerdote.

Y ante la fundada sospecha de que pudiera tratarse de la misma persona, esta agente solicitó instrucciones a su superior, quien le dijo que no se moviera y que informara de si Sforza salía del hotel.

De esta manera, a la media hora de dar con el sospechoso, dos agentes vaticanos, se unieron a Stella en el interior del hotel Saint Marc de Paris, y los tres se organizaron para vigilar a su hombre.

Al día siguiente, al igual que en los anteriores días, Gonzalo Sforza, entró en la Biblioteca Nacional de Francia, para proseguir con su investigación.

Repasó sus notas y vio que le quedaba un legajo por terminar de la correspondencia de Richelieu y ver lo que hubiera sobre Doriane de la Fayole. Encontró una carta que, al cardenal, le había enviado el jefe de policía de Arrás, dando cuenta de “su paso por esta ciudad de la señora que, con ese nombre, se presentó ante él, mostrando el salvoconducto de su excelencia”.

Seguía diciendo el policía, cómo la atendió y dio cumplimiento a sus deseos, poniendo a su disposición una escolta que, luego supo, la acompañó hasta las inmediaciones de Marsella, donde, junto con dos de sus hombres, murió asesinada.

Richelieu, un mes después, le ordenaba que, con urgencia, le informara sobre el equipaje que llevaba la señora, y el policía, con fecha del siguiente día, respondía que portaba, en un carruaje, seis baúles que, en todo momento, fueron custodiados por sus hombres y que desconocía su contenido, pues la dama en cuestión no permitió en ningún momento, durante el tiempo que duró su viaje, que fuesen, ni tan siquiera tocados.

Que, en las paradas para pernoctar, los baúles permanecían en el carruaje, vigilados por no menos de dos de sus hombres, en todo momento, y que los dichos baúles, desaparecieron el mismo día del asesinato de la señora y que la policía de Marsella, no tenía el más mínimo indicio de su paradero, habiendo, en consecuencia, sido dados por desaparecidos.

Sforza estaba deslumbrado, “la historia es una maravilla” se repetía entusiasmado y “el tesoro de Lieja existió y viajó hasta Marsella”, ¿y luego?

Si su suposición era cierta, ya no tenía necesidad imperiosa de viajar a Lieja y descubrir dónde lo ocultaron los ladrones, tras cometer el robo.

De lo averiguado en el archivo histórico de Madrid, hacía unas semanas, se llegaba a la conclusión de que lo robado al príncipeobispo de Lieja, nunca había llegado a manos de quien ordenó el latrocinio que, estaba fuera de duda, había sido el Gobernador de Flandes, Don Fernando de Austria, cardenal infante y hermano del rey de las Españas, Felipe el cuarto.

Sforza volvió satisfechísimo esa tarde a su hotel. Esa noche, escribiendo en su ordenador las notas manuscritas redactadas en la Biblioteca, comprobó que la correspondencia cruzada entre Don Fernando y Olivares a lo largo de 1637, era el relato de una trifulca continua y que ésta, había perdurado en el tiempo, en la práctica, hasta la muerte del primero en 1641, y de esto, deducía Sforza, que si el primero hubiera tenido el dinero que creía necesario para sufragar sus guerras, aunque no hubiese sido enviado por el segundo, las continuadas y agrias protestas del primero, no hubiesen sido, ni tantas ni tan duras, como los

documentos mostraban.

Todo ello, afianzó la convicción de Sforza de que Doriane se había apropiado del tesoro y había huido con él a Marsella, donde el policía de Arrás decía, había muerto.

¿Qué había pasado con Tristán Corostola y los demás miembros de aquel heterogéneo grupo, responsable de la operación? ¿Qué había sido de ellos? ¿Muertos en batalla? No había averiguado nada al respecto, aunque se proponía hacerlo. ¿Por qué Doriane de la Fayole, va a Marsella y con seis baúles más bien grandes? ¿La dama viajaba con muchos vestidos? Eso no encajaba en el perfil que mostraban sus datos, como espía de primera categoría.

¿Había ido a Marsella por orden de Richelieu? Esto era lo más probable. Había viajado por territorio francés y con una buena escolta. Pero los datos de aquel viaje a Marsella y el desenlace oficial, no encajaban.

Cinco policías de escolta, tres de ellos enviados fuera de la posada por la propia Doriane, que se había mostrado especialmente diligente en ordenar la custodia de lo que transportaba, y estando sola con otros dos, es asesinada por unos supuestos ladrones, para robar un carruaje, que además de no ser un gran botín, debía ser algo difícil de hacer pasar desapercibido y de difícil venta. Poco beneficio para tres asesinatos siendo, además, dos de ellos policías.

No, eso no era lógico, continuó con sus reflexiones Sforza. ¿Es posible que alguien siguiera a Doriane?, y en ese caso, ¿quién? Esta última pregunta, de tener respuesta, aclararía las cosas o, quizá, las embrollara más, porque ¿quién podía haber seguido, si era amistosamente, o perseguido, en caso contrario, a Doriane hasta Marsella?

Richelieu no, desde luego. ¿Don Fernando? Tampoco, pues no había pasado tanto tiempo desde que él diera orden de que se le enviase la mitad del botín, por lo que no había razón, para que considerase incumplida su orden,

¿Dónde estaban entonces sus compañeros? ¿Por qué, hacía ese viaje sola? O quizá no iba sola y solo lo aparentaba, siendo seguida a distancia por sus compañeros. Y en ese caso, más probable, a la luz de cómo se produjo su muerte y la desaparición del carruaje con el tesoro, ¿por qué ocurrió de esa manera? ¿Habían tenido entre ellos alguna grave disputa?

Decididamente, la historia era una maravilla. Sforza, trabajó hasta tarde, y aquella noche durmió bien y mucho. Antes de acostarse, pensó en cual debería de ser su próximo paso. ¿Marsella? Dudó. ¿Qué podía haber en Marsella que, relacionado con lo que llevaba entre manos, pudiera interesarle? En principio, poca cosa. ¿Quizá tratar de averiguar hacía donde se dirigió Doriane desde esa ciudad? Eso era imposible de averiguar.

Debía, por tanto, reflexionar con calma y por ello decidió darse unos días de

descanso en la maravillosa capital de los franceses. Por la mañana, salió del hotel y fue tranquilamente paseando hacia el boulevard de los italianos, donde compró Le Monde y L'Equipe y se sentó en una terraza.

Era el treinta de julio y hacía un día espléndido, nada caluroso. Pensó que en el sur haría más calor en agosto, y se dijo que no tenía ninguna prisa. Los documentos que pudiera hallar, buscara donde buscara, seguirían allí, en las próximas semanas, así que echó un vistazo a la portada de Le Monde.

Ninguna noticia le llamó especialmente la atención y dejó el diario sobre su mesa, se acercó un camarero, al que pidió un café y una botella pequeña de agua Perrier y se concentró en su periódico deportivo.

Estaba leyendo un artículo sobre los fichajes que, barajaba el periodista, se harían para la próxima temporada, cuando una mujer se situó a su espalda, hizo un gesto a sus dos compañeros que se acababan de sentar en una mesa, en el extremo opuesto de la terraza y se sentó en la mesa contigua a la de Sforza.

Sonó el móvil de la mujer, ésta atendió la llamada y tras escuchar unos segundos, exclamó de forma audible en su entorno próximo: “¿Síí, no me digas?, ¿dónde?, ahora mismo lo miro.” Guardó el móvil en su bolso, miró el periódico sobre la mesa de Sforza, luego le miró a él y sonriendo con encanto, le dijo:

—¿Me permite leer su periódico? Me acaba de decir una amiga mía, que se publica un artículo que ha de interesarme mucho.

—Naturalmente —dijo Sforza afablemente. Stella, recogió el diario que Sforza le tendía, dijo gracias, ojeó unas páginas y aparentó enfrascarse en su lectura. Al cabo de cinco minutos, Stella plegó el periódico y levantándose, lo depositó en la mesa de Sforza, al tiempo que se sentaba junto a él.

—Usted no es francés ¿verdad?

—No, no lo soy —contestó Sforza—, ¿tanto se nota?

—Un poco, creo que es usted italiano —sonrió la mujer.

—¿Cómo puede estar tan segura? —se sorprendió Sforza.

—Porque yo también soy italiana, aunque llevo mucho tiempo en Paris. Soy corresponsal de L'Osservatore Romano.

—Ajá —dijo Sforza —, conozco a alguno que trabaja en ese periódico.

—¿No será al director verdad?, nunca viene mal que hablen bien de una.

—Pues sí, conozco bien a Giovanni. Cuando a uno lo persigue un servicio secreto, y no tiene experiencia de otras persecuciones, tiende a pensar cosas truculentas y no, que se le pueda acercar una bella agente a entablar conversación en un café, como si tal cosa.

Y si lo piensa, cuando le pasa no se entera. Porque una persona normal, como podríamos sin esfuerzo considerar a Gonzalo Sforza, no está preparada para ese estado de alerta.

Por eso, Gonzalo Sforza, hombre joven y de buena presencia, no percibió peligro alguno cuando Fiorella Bellucci, nombre en clave Stella, mujer joven y atractiva, se sentó a su lado, y con una tonta excusa, se puso a conversar con él.

—Pues le agradecería que cuando lo vea, le diga que Fiorella Bellucci, está muy enfadada con él —pidió la mujer.

—Sin duda lo haré. Será muy divertido ver su reacción —dijo amablemente Sforza —y, por cierto, me llamo Gonzalo Sforza.

—Encantada señor Sforza.

—¿Le parece bien que nos tuteemos?

—Me parece bien Gonzalo.

—¿Qué piensa hacer esta tarde?

La mujer lo miró, fabricando con su rostro una fingida sorpresa, que, a los medidos dos segundos, convirtió en una sugerente sonrisa con la que respondió:

—Estoy esperando a que me avisen de que vaya o no al hotel Saint Marc, a hacer una entrevista al padre Grosjean, sobre los movimientos de la juventud católica en Francia.

—Mira qué casualidad —se sorprendió sinceramente Sforza —, yo me alojo en el Saint Marc. Podríamos comer juntos allí, antes de esa entrevista —sugirió Sforza.

—Es una buena idea. Le invito a tomar algo en la cafetería del hotel y esperamos allí a que me confirmen esa entrevista, y dependiendo de a qué hora haya de celebrarse, podemos comer juntos.

—De acuerdo —dijo Sforza.

Se levantaron sonriéndose, abandonaron la terraza de aquel café y fueron caminando hasta el hotel. Estaban llegando al hotel, cuando volvieron a llamar a Stella y al terminar la conversación, ésta comunicó a Sforza que la entrevista sería a las cinco, por lo que tenían tiempo sobrado para comer sin ninguna prisa.

Mientras Sforza y Fiorella Bellucci, alias Stella, comían en el restaurante del hotel parisino Saint Marc, los otros dos agentes del equipo, registraron cuidadosamente, la habitación de aquel, y comprobaron que la información que Sforza iba recopilando y luego sistematizando en su ordenador, estaba encriptada y el sistema de encriptación, parecía bastante bueno.

Enviaron la información a Roma, para que la descifrarán y solicitaron instrucciones. En el departamento correspondiente del servicio vaticano, se dispusieron a desmadejar lo recibido. Roma, su servicio secreto en concreto, a petición del superior del archivo vaticano, había puesto en marcha la operación de seguimiento de Sforza, cuando descubrieron el legajo que había fotografiado, sin permiso, en el archivo de la santa sede.

Al conocer el contenido del documento que el capitán Pedro Colmenero,

había enviado a Don Fernando de Austria, tras haber finalizado con éxito, la acción de sustracción del tesoro del príncipe—obispo de Lieja, en su propio palacio, les surgió la pregunta de cómo había llegado ese documento hasta allí.

De la investigación pertinente, en los propios archivos vaticanos, concluyeron que lo había traído a Roma, el capellán de Don Fernando, Antonio Medina, en 1642. Este capellán, lo asistió espiritualmente en sus últimos momentos y tras su muerte el 9 de noviembre de 1641, a los treinta y dos años, debió de hacerse con él, juntamente con el resto o parte de su correspondencia privada.

Aunque los historiadores convienen en que Don Fernando, murió de agotamiento, en la época, fue considerable el rumor de que había sido envenenado.

Sea como fuese, lo cierto es que, por voluntad del difunto o mediante apropiación indebida, gran parte de la correspondencia privada de Don Fernando de Austria terminó en Roma y el Papa Urbano VIII, entregó a su sobrino el cardenal Francesco Barberini, a la sazón, responsable máximo de la Biblioteca Vaticana este material para su estudio.

De ese estudio, Barberini supo, ahora con prueba documental, lo del robo al obispo de Lieja. Se supo también en Roma, pues el escándalo fue mayúsculo, que el montante del tesoro robado era de una gran cuantía, que se cifró en varios millones de ducados de oro.

Determinaron, sin género de dudas, pues el documento de Colmenero los señalaba, los nombres de los autores y la identidad de quien había dado la orden.

Llegaron a saber que un tal Tristán Corostola y una mujer llamada Doriane de la Fayole, permanecieron en Lieja durante un año custodiando el tesoro, por orden de Don Fernando y que, Salazar, Lourinho y el propio capitán Colmenero, habían muerto en el campo de batalla, en diferentes acciones de guerra contra el francés.

El rastro de Tristán Corostola y Doriane de la Fayole, desaparecía en Lieja, pero el de esta última reaparecía después en Nápoles, cuando la abadesa de las clarisas capuchinas de la ciudad solicitó para ella un privilegio eclesiástico, tras la importante donación al convento que la privilegiada, había realizado.

Y así, Urbano VIII, sabía que el ladrón había sido Don Fernando de Austria, a efectos prácticos, España y tenía que torear a Olivares que acusaba del atropello a Francia, exigiendo una contundente respuesta papal, que nunca llegó, cosa que no se entendió en España, máxime cuando el francés se aliaba y tonteaba con los protestantes.

Estos mimbres, eran conocidos por Sforza, aunque no todos y también por los agentes vaticanos, que ignoraban a su vez, detalles fundamentales que el

primero conocía como, por ejemplo, la participación de Richelieu, en todo este juego.

Por ello, las instrucciones que los tres agentes recibieron fueron que Stella tratara de seducir a Sforza y los otros dos los vigilaran permanentemente.

No habían podido, aún, descifrar sus escritos en el ordenador por lo que se encargó a Stella que, con libertad de movimientos, se hiciera con otras notas que pudiera Sforza tener en su poder.

Y así Stella se dedicó a enamorar y los dos agentes a mirar como Sforza se enamoraba, cosa que hizo sin demasiada dificultad. Era un hombre atractivo y había tenido varios escauceos amorosos y aunque ninguno de ellos derivó en algo serio, sus relaciones íntimas, cumplido el pertinente tiempo del cortejo, habían sido completas y satisfactorias.

Pero en este caso y por haber recibido órdenes, la mujer pisó a fondo el acelerador, desde el primer momento y Sforza no le aguantó ni dos asaltos, de forma que, a la hora de la cena, del día en que ambos habían comido por primera vez juntos, estaban ya hablando de desayunar, naturalmente juntos, en la cama.

Capítulo XVI — Resarcimiento

Tristán comprobó que Doriane estaba muerta y atendió entonces a Eulalia, que sangraba profusamente por la nariz, como consecuencia de haberse golpeado al caer, con una silla en la cara, cuando Doriane la empujó violentamente.

Eulalia, dejó de sangrar al cabo de unos minutos y repuestos ambos, de la impresión que les habían causado las escenas anteriores y la propia muerte de Doriane, se dispusieron a registrar minuciosamente la casa.

Tristán llevó a Eulalia al cuarto de Doriane y le mostró lo que había hallado. Ésta abrió mucho los ojos y dijo “es increíble, esto vale una fortuna” a lo que Tristán respondió “y es tan solo una mínima parte”.

Registraron la casa de arriba abajo. En el sótano de suelo de tierra, al que se accedía desde una trampilla situada en la cocina bajo una esterilla, y luego por una escalera bastante larga, descubrieron un cofre con, calcularon, el doble de piedras preciosas que las halladas en el cuarto de Doriane, además de una arqueta con unos cien mil ducados de oro. Cuando Tristán se convenció de que no había nada más en la casa, comprendió que la parte hallada del botín se correspondía, como mucho, con una décima parte de lo robado en Lieja.

Y no se sintió decepcionado. Era más que suficiente para toda una vida y de alguna forma, era el fin de su calvario. Se había vengado. Había obtenido un buen beneficio. Podría recompensar a Eulalia por su ayuda. Nadie le buscaba nadie le esperaba. Podía emprender una nueva vida. ¿En España?, ¿con Inés?

¿Por qué no? Cuando menos, era un hermoso sueño, ese camino merecía ser recorrido y ese pensamiento, le llevó a otro de alarma. Debían abandonar el lugar en el que se hallaban, debía hacer desaparecer el cadáver de Doriane y finalmente, debía alejarse de Nápoles, con la mayor urgencia.

Enterró a Doriane en el sótano, apelmazando bien la tierra y colocando cachivaches encima, mientras Eulalia se ocupó de dejar la casa en orden, sin indicios de lo que allí había ocurrido. Ni él ni ella, en sus respectivas y minuciosas búsquedas por la casa, dieron importancia, aunque repararon y comentaron el asunto, a una pequeña caja de nogal, con una cruz grabada, en la que había unos documentos, a los que, pese a tenerla, y mucha, no dieron mayor importancia.

Si se la hubieran dado y hubieran seguido la pista que se les mostraba, hubieran quizá descubierto, que hacía un año, la santa sede, por intercesión de la abadesa de las clarisas capuchinas de Nápoles, había concedido a Doriane de la Fayole, el privilegio de uso personal y exclusivo de una capilla en la iglesia del convento. Metieron todo en dos grandes bolsas y con Eulalia a la grupa, descendieron de la colina, llegaron a su casa y sin ayuda de nadie, metieron en ella las dos grandes bolsas y se abrazaron, contentos por el éxito de su singular aventura.

Esa misma tarde, Tristán se encontraba en el puerto, buscando pasaje y supo que la fragata Horizonte, de la armada del rey, partiría rumbo a Barcelona, a los tres días.

Se las ingenió para subir a bordo y hablar con el capitán, al que explicó ser soldado en Flandes, en misión encargada por su Gobernador, Don Fernando de Austria, para lo que mostró las credenciales que, a tal efecto, poseía.

Consiguió el pasaje y así, el siete de agosto de 1640, un ilusionado Tristán, despedía desde la amura de estribor, mientras el Horizonte soltaba amarras, a una seria Eulalia, que le saludaba con la mano.

Tristán había entregado a Eulalia, una parte del botín recuperado, lo que daba a Eulalia, tranquilidad económica para bastante tiempo y con el resto a bordo, bien escondido en su camarote y con la seguridad de hallarse en un barco de guerra y ser considerado él, soldado, afrontó su nueva aventura, pensando en que, el destino de la misma era Inés, deseando que la acogida que ella le brindara fuese, al menos, amable, temiendo que fuera poco amistosa o de rechazo y soñando que pudiera llegar a ser cariñosa.

Después de diez días de navegación sin incidentes, atracó el Horizonte en Barcelona y Tristán fue invitado por el capitán a pasar unos días en su casa, antes de emprender nuevamente viaje y, esta vez por tierra, a Valencia.

Llegó a Valencia sin contratiempos e inmediatamente se trasladó a donde

vivía Inés, según la información que Eulalia le facilitó. La decepción fue grande. La casa estaba cerrada y tardó un tiempo en encontrar a alguien que pudiera darle razón de Inés.

Al cabo de dos horas de ir de puerta en puerta, preguntando por el paradero de Inés, un vecino le dijo dónde vivía Damián, el que fuera cochero de Don Luis que, en paz descansara.

Encontró Tristán a Damián y mantuvieron una triste conversación.

—Una desgracia señor, una maldita desgracia.

—Cuéntame Damián, dime con todo detalle qué es lo que ocurrió —pidió Tristán.

—Pues ocurrió, que apareció muerto Don Luis y según dicen, se tiró de una ventana de la Lonja de la Seda —relató compungido Damián.

—¿Y Doña Inés?

—Estuvo mal durante varias semanas, luego se recuperó un tanto y al cabo vino el maldito Sousa y la remató.

—¿Qué quieres decir? —se alarmó Tristán.

—Que ese hombre que ya le había causado muchos problemas a mi señor Don Luis, le mandó a casa a los corchetes con el alguacil, que le dijeron que, si no pagaba la deuda de su marido, tendría que abandonar la casa.

—¿Y entonces qué hizo Doña Inés? —preguntó nuevamente Tristán.

—Se fue. La deuda, dicen que era enorme y yo no sé si, no pudo o no quiso pagarla. Lo que sí sé, es que un día nos dijo a la Ramona y a mí que preparásemos todo y a toda prisa, luego me mandó a la posta a ajustar el precio del viaje en un coche con cuatro mulas y el 15 de julio pasado, salió con su hijo y su equipaje, para Madrid —concluyó Damián. Tristán hizo lo mismo, contrató un coche para que lo llevara a Madrid y salió, esa misma tarde, pensando en hacer noche en Requena y sin poder alejar de su pensamiento, el recuerdo de Inés.

Damián, le había dicho que lo había pasado mal, pero esa expresión, de haberla oído Inés, le hubiera parecido un pálido reflejo de lo que en verdad sufrió.

Fueron dos golpes brutales. Tras recuperarse del desmayo que tuvo, al empezar a leer la carta de Luis, no comprendió, durante mucho tiempo, que Eulalia no estuviera a su lado.

Damián le explicó que la había llevado al puerto y que allí, la acompañó sobre el muelle, hasta que embarcó. También le contaron la noticia de que la santa inquisición, había ido a buscarla para llevársela presa y finalmente, tuvo que enfrentarse a la contemplación del cadáver de su marido que, quienes lo trajeron, Damián entre ellos, habían dejado en un cuarto, sin atreverse a llevarlo

al de ella.

Aquello era demasiado. Se sentó en una pequeña butaca, sola ante el cadáver y creyó no sentir emoción alguna. Pero sí sentía emociones. Muchas. Y el llanto estalló. Al estupor, siguió la consciencia y al conocimiento y reconocimiento de la realidad, siguió la rabia. Y cuando la rabia se asentó en su ser, dominándolo todo, cesó el llanto y surgieron los improperios. No sentía pena, sentía su dignidad pisoteada, su orgullo de mujer, muerto, su futuro, inexistente. Y tardó mucho tiempo en recuperarse, si recuperarse puede decirse de ser consciente de que eres viuda, porque tu marido te ha mentado y no ha sabido sobrellevar las consecuencias de esa mentira.

Su cerebro, empezó, poco a poco y progresivamente a elaborar pensamientos de supervivencia. “Si hubiese sabido lo que hacía a mis espaldas, no lo hubiera tolerado. Hubiera terminado con él”. “Yo no hubiera podido amarle en esas circunstancias”. “Estoy mejor así, qué demonios”.

Pero a la lucha interna de sus sentimientos, se añadió el componente material, que se dirá, menos insidioso, pero también se convendrá, en que ciertamente relevante.

Y aquello, lo decidió todo. Ya no valía la rabia, ni los insultos consolaban. Sousa quería su dinero e Inés, no estaba dispuesta a dárselo porque, además, eso no arreglaba nada.

¿Qué hacía ella en Valencia?, ¿qué hacía allí, viuda, con un hijo y sin recursos? Nada de nada. Ahora no había ya nada que la atara a la ciudad, donde había vivido los últimos años, en una atmósfera de aparente felicidad.

Se acabó. Me voy a Madrid y viviré, al menos de momento, con mis padres. Sus recursos económicos, para ser exactos, lo que le quedaba de lo que le envió su madre y con lo que pagó la anterior e importante deuda de Luis, estaban muy mermados, pues en los últimos tiempos, en ocasiones, tenía que echar mano de su propio dinero, para hacer frente a los gastos de la casa.

Además, la situación que se le había planteado, tras el suicidio de Luis, no tenía salida. Aun vendiendo la casa a buen precio, el dinero obtenido por esa venta llegaría muy justamente, para abonar la totalidad de la deuda y plantearse litigar en los juzgados, no tenía sentido, pues solo conseguiría comprar tiempo, pagándolo muy caro.

Y se unieron el rencor, la rabia, el desprecio y el miedo y vio con absoluta claridad, que su única solución viable, era regresar a Madrid y acogerse a la seguridad de la fortuna y casa de sus padres.

El idioma castellano, ha acuñado la frase de que las desgracias nunca vienen solas e Inés, dos semanas después de su llegada a Madrid, podía dar cumplida fe de ello.

A la personal desgracia que se trajo de Valencia, se unía la pérdida, sin esperanza de reencuentro, de su única y fiel amiga Eulalia y a todo ello se unió la noticia, dada por su madre, unos días después de acomodarse en casa con ella y junto a su hijo Jaime, en el sentido de que estaban arruinados.

Inés no dio crédito, en un primer momento, a lo que su madre afirmaba, diciéndole: —¡Madre, eso no puede ser!

—Desgraciadamente para todos, sí lo es hija mía y no sabes cómo lo siento.

—¿Pero de qué has de culparte tú? —la consoló Inés.

—No lo sé hija, pero algo he debido de hacer muy mal, para que nos veamos en esta situación —contestó la condesa Margarita.

—Voy a hablar con mi padre —dijo Inés.

—Te ruego hija mía, que le hables con cautela. Antes no sabía a qué atribuir su mal humor y su desesperación y estaba continuamente enfadada con él, pero desde que me lo confesó todo, procuro calmarle, aunque por otra parte estoy tremendamente disgustada con él.

—No te preocupes madre. Procuraré no herirle innecesariamente, pero si como me dices, él es el único culpable de tanta mala administración y tanto gasto no necesario, quizá no pueda contenerme. De todas maneras, sabes que nunca nos hemos llevado bien y en la situación en la que estoy...

—Bien hija, haz lo que creas conveniente. Debes pensar en tu futuro y en el de Jaime. —Hasta luego madre. Inés, no quiso insistir mucho a su madre, sobre la imposibilidad de un desastre económico familiar, como el que le había anunciado.

Su santa madre, era una buena madre y también una buena mujer, pero de no demasiadas luces, por lo menos en cuestiones de dinero y por ello, aunque seriamente preocupada, fue donde su padre el marqués, a enterarse de primera mano de la situación que, en aquel momento, no creía tan desastrosa como la había pintado su madre, pues no se lleva, en pocos años, a la ruina, a un marquesado y a un condado, que tan solo unos años atrás, gozaban de muchas y amplias rentas.

Y lo que le dijo su padre, la derrumbó en un sillón, como desfallecida y la hizo llorar, quedamente, con amargura, con desaliento y vislumbrando un porvenir horrible.

Era increíble, pero los documentos que su padre le mostró no dejaban margen a consideraciones. Había multitud de facturas impagadas, reclamaciones, actas judiciales y exhortos que demostraban la práctica liquidación de dos fortunas, dejadas en manos de administradores, uno incompetente, el del marquesado de Forcada y el otro mendaz y ladrón, el del condado de Organdi. Conclusión, ventas por debajo del valor real de las fincas vendidas y

falsificación en la rendición de cuentas anuales.

En breve, ruina total, sin posibilidad de recuperación. Quedaba solo, la mansión de Forcada en Madrid, con sus muebles y pertenencias, para hacer frente a préstamos obtenidos, con mucha ligereza por el marqués, para sufragar sus cuantiosos e innecesarios pagos, para el cotidiano vivir.

Eran demasiados golpes y demasiado seguidos y todo lo recientemente acontecido, obligó a Inés, a reflexionar sobre su vida, sobre la vida y sobre cómo era la vida de una mujer, por muy ennoblecida que fuera su estirpe, en aquella época histórica en la que le había tocado vivir.

Su padre, varón y cabeza de familia, había administrado su fortuna y su marquesado, como bien le había venido en gana y sin embargo su madre, hembra, con un título, el de condesa, que era considerado de superior rango que el de su marido y cuya fortuna cuando se casaron, era también mayor, no solo no había sabido nada de lo ocurrido hasta que ocurrió, sino que aunque lo hubiera sabido, no hubiera podido hacer nada, en la práctica, si como en el caso presente, su marido y administrador legal de sus bienes, ni se dignaba hacerle partícipe de cosa alguna.

¿Y ella?, dotada, muy bien, eso era cierto, para contraer matrimonio con un marido que no se le impuso, eso, también era cierto, pero que, por su carencia de recursos, la obligó a gastarse esa dote y luego la importante ayuda que su madre le otorgó, teniendo que pagar sus deudas.

¿Qué pintaba una mujer en aquel mundo? ¿De qué le había servido a Inés, conocer a Eulalia y compartir con ella, sus ideas de libertad y sus anhelos de conocimiento veraz? ¿Por qué era considerada por todos, ricos y pobres, necesaria aquella sumisión?

No, ella no se había sometido y ¡vive dios!, que no se sometería, pero enunciar sus ansias de libertad, buscar la verdad y no conformarse con lo que otros afirman ser verdad, con los poderosos, pero muy cuestionables argumentos de la fe y las costumbres, era una cosa y otra era, vivir dignamente, incluso renunciando a los privilegios de su rango de hija de marqués y condesa, sin, de momento, ningún tipo de recurso y tan solo el humillante amparo de sus progenitores.

Y decidió luchar. Desde que, por primera vez, se lo dijo Eulalia, compartía con ella el pensamiento de que lo único imposible, es aquello que no intentas y saboreando estas palabras, que se repitió a si misma varias veces, decidió con toda la firmeza de su espíritu valiente y luchador, no rendirse ante la adversidad y hacer de su vida y de la de su hijo, unas vidas que merecieran la pena ser vividas.

Aristóteles denominó entelequia a una confluencia de fuerzas que crean vida

allí donde ésta no existía. Y en aquel triste momento para Inés, su determinación y su voluntad de no rendirse, dejándose llevar por la tristeza o el desaliento, produjeron una fuerza que confluyó con la de Tristán que, sin saberlo Inés, se dirigía hacia ella.

Esas potentes e indómitas fuerzas se fundieron en una sola, el 9 de septiembre de 1640, a las diez menos cinco minutos de la mañana, a las puertas de la iglesia de los Jerónimos.

Tristán había llegado a Madrid, en la tarde del día anterior y no consideró oportuno ir a visitarla a casa de sus padres pues, aunque no podía estar seguro, suponía que viviría en ella, pues tampoco imaginaba que después de venir desde Valencia, hubiera podido ir a algún otro lugar.

De manera que allí, a unos metros de la puerta de entrada de la iglesia, se encontraba Tristán, un tanto nervioso y sin saberse explicar adecuadamente, el motivo de ese nerviosismo.

Habían pasado más de cinco años, desde la última vez que se vieron. En todo ese tiempo, tan solo había habido una carta de ella y no muy agradable precisamente, a la cual él, no había respondido.

En buena lógica, él no debería sentir nada por ella y mucho menos amor y ella era una mujer viuda, prematuramente viuda, cierto era y eso significaba que casada, vivida y además madre de un niño, con el que había venido a refugiarse a casa de los abuelos.

Todo ello, no era muy halagüeño. Ciertamente Inés solo tenía veinticinco años y seguro que estaría espléndida, pero no tenía la más remota idea de cómo lo recibiría.

Y apareció Inés ante sus ojos, al doblar una esquina, a una cincuentena de metros y sintió una sacudida. De repente, Inés alzó la vista que, caminando llevaba fija en el suelo y lo vio. Ella sintió que se le paraba el corazón y él supo que estaba en casa. Se situaron uno frente al otro y ella dijo “qué sorpresa Tristán” y él dijo “me alegro mucho de verte” y se preguntaron más cosas, no sabiendo exactamente, cómo abordar la situación.

Tristán vio a Inés muy delgada, ojerosa y con el semblante muy triste. Inés, lo vio cambiado, más hombre, quizá envejecido. Pero era Tristán y ella era Inés. Apenas sabían cómo mirarse, pero sin necesidad de decírselo, ambos constataron que, lo que hubo entre ellos, seguía vivo y al ser consciente de ello, a Inés, le dio como un ahogo, que Tristán no percibió, ocupado como estaba en hablar, sin casi parar, diciendo banalidades, tratando de dominar su nerviosismo.

Hablaron unos minutos de manera incoherente, al cabo de los cuales, Inés pretextó que la misa habría comenzado y se escurrió dentro del templo, con un leve movimiento de una mano, a modo de despedida.

Tristán, permaneció largo rato turbado, no sabiendo cómo interpretar, este su reencuentro con Inés, después de tanto tiempo y tantas cosas vividas en ausencia uno del otro.

Recuperado de la negra nube que penetró en su cabeza, se dirigió al palacio de su tío el obispo Salazar, a quien aún no había tenido tiempo de hacer conoedor de su llegada a Madrid.

Su tío lo recibió con gran alegría y se interesó por todas y cada una de las cosas que Tristán, le fue contando, le habían acaecido desde que se separaron, después de que él tuviera que huir a Flandes, por temor a ser detenido por haber matado, creía él, al cura Berganza.

—Ciertamente sobrino, puede afirmarse que has tenido una vida intensa y también entretenida —dijo satisfecho el obispo.

—He de convenir en que así ha sido —afirmó Tristán —y en gran parte, gracias a usted y a la recomendación que, para mí consiguió del Duque de Alba, ante el Gobernador de Flandes, Don Fernando.

—Es cierto. Salió todo bien —dijo el obispo Salazar.

—Pero hay una cosa que usted no sabe —dijo Tristán.

—¿Y qué puede ser ello? —preguntó el obispo.

—Que yo no maté a Berganza. Lo mató otra persona.

—¿Qué es lo que me estás diciendo? —preguntó sorprendido el tío.

—Lo que acabo de decirle —siguió Tristán. Inés encargó a un hombre de su confianza y a una hija suya, que se deshicieran del cuerpo del sacerdote espía, a quien yo creí haber matado con mi espada, y los encargados, así lo hicieron, abandonándolo en una cueva, pero resucitó.

—Sobrino, no digas burradas. El único que resucita es Jesucristo —se encabritó el obispo.

—Bueno tío, no quiero decir, nada contra la santa madre, pero el mismo Berganza, le contó a Inés que, después de que lo abandonaran creyendo que estaba muerto, cuando solo estaba moribundo en una cueva cerca de Algete, fue descubierto por un hombre que lo llevó a su casa y junto con su familia, lo cuidó, consiguiendo que sobreviviera.

—¿Y cómo llegó a saber Inés todo eso, si al día siguiente, salió para Valencia? —preguntó muy interesado el obispo.

—Lo supo, porque se lo contó el propio Berganza, que después de recuperarse, huyó a Portugal y luego apareció en Valencia, secuestró al hijo de Inés, intentó chantajearla y fue finalmente muerto por un caballero llamado Luis Mercader, que luego se casó con Inés.

—Pero hay algo que no entiendo —dijo el tío —, ¿cómo puedes tú saber todas esas cosas, si no has visto a Inés desde hace más de cinco años?

—¡Ah, claro!, es comprensible su pregunta. Sé todo eso y muchas cosas más, porque me las dijo Doña Eulalia Cavalcanti, amiga íntima y compañera de Inés, en su viaje a Valencia a quien encontré en Nápoles en mi viaje de regreso.

—¿La bruja? —preguntó el obispo.

—No es bruja monseñor —la defendió Tristán.

—Bueno dejemos eso. Pero lo demás, es cosa increíble —sentenció el obispo.

—Ciertamente —convino Tristán —.Entonces —preguntó el obispo —, ¿Inés se casó con otro?

—Y enviudó hace unos meses —respondió Tristán —, y ahora está en Madrid.

—¡Ah malandrín, qué suerte tienes! —sonrió el obispo.

—No lo sé tío —dijo serio Tristán —, la he visto un momento, hace una hora y la he encontrado muy triste y esquiva.

—Bueno perillán, tú sabrás devolverle la alegría.

—Espero y deseo fervientemente que tenga usted razón.

—Además, hay una cosa que puede favorecerte —dijo con gesto pícaro el prelado.

—¿Cuál?

—¿Te acuerdas de que me pediste ayuda, para mediar con su padre, en tu posible matrimonio con ella?

—Claro que me acuerdo —dijo Tristán —, temía entonces que su padre se opusiera, por no ser yo de su condición.

—Y sigues sin serlo, pero ahora él, sigue siendo un orgulloso marqués, pero un marqués pobre —ironizó el obispo.

—¿Qué significa eso, tío? —preguntó Tristán.

—Me han llegado rumores de que el marquesado de Forcada está en la ruina más ignominiosa.

—No me extraña, siempre se dijo de él, que era un hombre muy disipado —contestó Tristán.

—Pero lo muy malo para Inés, es que se habla de que también ha dilapidado la fortuna de su mujer, la condesa de Organdi —remachó su tío.

—Pobre Inés —se lamentó Tristán. Sin embargo, nada más pronunciar estas palabras, Tristán fue consciente de que esos hechos, de confirmarse, le favorecerían grandemente. Él disponía ahora de una fortuna.

Y se sintió muy bien. Capítulo XVII.— El premio de Sforza

Después de una buena noche de sexo, Sforza, estaba en el baño de su habitación, afeitándose y cantando Nessun Dorma, como podría hacerlo el gran Luciano Pavarotti, un día en que estuviese con fuerte constipado.

Stella se había marchado hacía una media hora, pretextando tener que verse con, no supo Sforza quién, habiendo quedado, más tarde para comer juntos.

Ella se reunió con sus colegas y los dos hombres le informaron de que Roma, no había conseguido desencriptar lo escrito por Sforza en su ordenador y referente al asunto por el que lo vigilaban y, en consecuencia, se les ordenaba proseguir con la operación y que Stella, en concreto, aprovechara su posición con Sforza para sonsacarle y obtener la información que buscaban.

Stella, había comunicado el día anterior a sus compañeros, el cebo que tendió a Sforza, diciéndole que trabajaba en L'Osservatore Romano, y cómo él, había contestado que conocía al director de esa publicación, que se define a sí misma, en su cabecera, como un periódico diario político—religioso.

Para dar verosimilitud a ese farol, alguien habló con ese director y a mediodía, cuando Sforza llamó al director del periódico, para comprobar que Fiorella Bellucci, trabajaba en él, y era corresponsal en Paris, el propio director le contestó: — Claro que la conozco Gonzalo, lleva varios años trabajando en el periódico, ¿es guapa verdad?

—Sí lo es Giovani. Gracias, has sido muy amable. —De nada Gonzalo. Hasta pronto.

De manera que Gonzalo Sforza, arreglado como un pincel, bajó a la recepción esperando encontrar a la, para él, periodista de su gremio clerical, lo cual no era de ninguna importancia, dado que la palabra clerical, estaba precedida por joven, bella y periodista.

Se reunieron en la cafetería del hotel Saint Marc y Stella propuso que fueran a comer al restaurant Le Mesturet, que se encontraba en la misma calle que la Biblioteca Richelieu, a la que debía acudir esa misma tarde, a recoger una documentación que debía enviar con urgencia a su jefe.

Sforza tuvo un sobresalto, que creyó poder disimular, pero la que disimuló y con maestría fue Stella. — Probablemente, no podrás decírmelo, pero ¿sobre qué es esa documentación? — preguntó con cautela Sforza. —No lo sé con exactitud —respondió Stella —, Giovani me ha dicho que cuando estudie lo que le envían de la Biblioteca, me confirmará, si tengo que investigar sobre un inmenso robo que hubo en el siglo XVII a un magnate de la iglesia.

A Sforza le atrapó el pánico y Stella se percató de su súbita palidez. —¿Qué te pasa Gonzalo? Sforza trató de dominarse, se levantó diciendo a su acompañante que necesitaba ir al baño y se dirigió a la salida, tropezando con sillas y clientes sentados en ellas. Stella corrió tras él y cuando Sforza se percató de ello, se encerró en el baño y miró angustiado, buscando la forma de escapar.

Al cabo de quince segundos de encierro, oyó la voz de Stella que, tras la puerta le preguntaba: — ¿Estás bien cariño?, ¿estás bien? —Sí cielo. Vuelve al

comedor. Voy enseguida.

El “enseguida” fueron diecisiete minutos, los que tardó Sforza en recomponerse del miedo que le atenazó, razonando que “si son ellos, aquí no tengo escapatoria y he de buscar una mejor ocasión”. “No puede ser, estoy paranoico”.

Volvió junto a Stella y alegó, para explicar lo que le había ocurrido, un mareo cuya causa desconocía, que todo iba bien y que qué quería comer.

La comida entre ambos transcurrió con aparente normalidad y en el transcurso de esta, Sforza dominándose, preguntó más cosas relativas al asunto que podían encomendarle a su amiga y las respuestas de ella, lo tranquilizaron, y una pregunta de ella, por increíble en una periodista, que parecía muy competente, lo relajó:

—Pensarás que soy una friki, pero ¿qué interés puede tener un robo en el siglo XVII?

—No lo sé —intentó despistar Sforza —, quizá tu jefe esté preparando algún reportaje especial.

—No lo creo. Últimamente se preocupa, casi en exclusiva, de las insidias que propala la curia contra el Papa Francisco. Terminaron de comer y Sforza, acompañó a Stella, hasta la puerta de la Biblioteca Richelieu y volvió a su hotel y ella, ya en el interior, llamó a sus compañeros. Sforza subió a su habitación y cuando se disponía a abrir la puerta, se abrió la de la habitación contigua y de ella salieron dos hombres, que lo empujaron dentro de la suya.

La en apariencia sorprendente, por errónea, actuación de Stella, haciendo mención, al robo de Lieja, que puso naturalmente en guardia a Sforza, tenía su motivación.

Era una técnica previa al interrogatorio con administración de productos químicos. Desconcertar y provocar miedo. Stella, siguiendo órdenes, había tratado de sonsacarlo, pero sin ningún resultado. Ninguna de las numerosas preguntas que le hizo sobre varios temas, le sirvió de nada y dio por ello por terminada esa línea de trabajo.

Por eso, los agentes pasaron a otro tipo de actuación. A los pocos minutos de haberlo empujado al interior de su habitación, con Sforza, sentado en una butaca, maniatado y amordazado, sonaron unos golpes en la puerta, un hombre la abrió y en ella apareció Stella.

Sin ninguna pregunta, le quitaron la mordaza, amenazándole con que, si profería un solo grito, lo mataban y acto seguido, le inyectaron algo.

Primero sintió un mareo. Pensó que le habrían administrado algún suero de la verdad. Había leído sobre ello. Se había interesado por los efectos que produce el pentotal sódico y otras drogas de las que se decía, hacían decir la

verdad.

Y se propuso luchar. Si el servicio secreto vaticano, lo perseguía y ahora lo secuestraba, aunque fuese en su propia habitación, debía de ser, sin duda, porque él sabía algo, que ellos ignoraban. Aunque, ¿era ese servicio secreto? Parecía no haber duda. ¿Qué otro podía ser? No era, ni remotamente posible, que su incidente con el cardenal jefe del archivo vaticano fuese conocido por otros.

Y comenzaron las preguntas: — ¿Cómo te llamas?

—Mauricio Taban —dijo Sforza el falso nombre que constaba en su falso pasaporte.

—¿De qué color es tu pelo? —dijo otra vez la voz.

—Rubio —contestó Sforza.

Uno de los agentes, le agarró el bigote y tiró de él. Sforza acusó el tirón con un pequeño lamento. —¿De qué color es tu cabello? Sforza no contestó y le arrancaron su barba postiza y rubia, de otro tirón. El hecho de comprobar que sabían de sus artificios de camuflaje, le descolocó bastante, pero aguantó. Le arrastraron al baño, le metieron en la ducha y le destiñeron el pelo. Luego se lo secaron, le peinaron convenientemente y le sacaron una fotografía.

Atado nuevamente a una butaca, le mostraron una fotografía suya en la que vestía sotana y en un móvil, la que le acababan de sacar. Hasta el peinado era el mismo.

Y entonces Sforza preguntó: —¿Qué queréis de mí?

—Que nos digas todo lo que sabes sobre el robo al príncipeobispo de Lieja, en el siglo XVII y ni se te ocurra decir algo así como ¿de qué estáis hablando?

—¿Quienes sois?

—Alguien a cuyo jefe, has cabreado muy soberanamente y que nos ha instruido, para que le llevemos buenas noticias.

—¿Y si no hay noticias? —aventuró Sforza.

—Entonces pasará, que tú recibirás una y muy mala —le contestó tranquilamente una voz. Sforza, reunió fuerzas con desesperación y se refugió en un heroico mutismo, que duró el tiempo que tardó el agente en inyectarle una dosis, de aquello que fuera lo que le administrasen, pues esta vez, al ser pinchado, se quejó por el dolor.

Al cabo de lo que calculó un minuto, se sintió extraño, sugestionado por la situación que estaba viviendo, casi como si le gustara lo que estaba sucediendo.

Al parecer, eso era lo que esperaban sus torturadores, a la vista de la pregunta que le formularon: —Nosotros sabemos que uno de los autores del robo, en concreto Doriane de la Fayole, estuvo en Nápoles, año y medio después del robo y nos gustaría que tú nos dijeras más cosas sobre ella y los demás.

—Yo no sabía eso —dijo Sforza —aunque sí sé que, por esas fechas, viajó de

Arrás a Marsella, en un carruaje, sola y con seis baúles, escoltada por cinco gendarmes y después de eso, no sé nada más.

Stella y sus dos compañeros, se retiraron a un extremo de la habitación y hablaron unos minutos entre ellos. Reanudaron el interrogatorio, pero por más que, le acribillaron a preguntas, que Sforza contestaba sin esfuerzo y espontáneamente, llegaron a la conclusión, de que todas las averiguaciones de Sforza concluían en Marsella y ellos habían llegado hasta Nápoles, es decir más lejos, tanto en el espacio como en el tiempo de esta historia, por lo que veían que nada más podían hacer.

Aunque no dudaban de la efectividad de la droga empleada, por pura profesionalidad, quedaba por comprobar si en sus escritos había algo que no hubiera revelado.

Contactaron con Roma y les dijeron que habían dado con la clave de Sforza, una clave casera, de esas que escribes una letra verdadera con la de, por ejemplo, tres posiciones más en la lista del alfabeto.

Pero leídas notas y textos, Sforza no había pasado de Marsella en sus averiguaciones. Roma dio orden de traer a casa al prófugo. Le inyectaron nuevamente y varias veces, a intervalos de diez minutos cada dosis, aunque Sforza solo pudo contar tres, antes de caer profundamente postrado.

Trajeron de algún lugar una caja de metal de un metro cúbico, con unos diminutos agujeros en los cuatro laterales, pidieron a recepción que subieran a por su equipaje y salieron del hotel, rumbo al aeropuerto.

Llegaron al aeropuerto de Fiumicino personas y carga y esta última, fue recogida por dos miembros de la guardia suiza, como valija diplomática.

A los tres días, repuesto Sforza de su estado catatónico, compareció ante un tribunal de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que le condenó a ser trasladado por dos agentes de la gendarmería vaticana hasta Nápoles y recluido en un convento de monjas, en el que ejercería labores de capellán por el resto de sus días, con prohibición expresa de abandonar sus muros y con orden a la abadesa o a quien en el futuro la sucediese, a que comunicase al tribunal de inmediato, el incumplimiento de la orden de encierro permanente.

Capítulo XVIII. —Un amor para toda la vida

Tristán, se despidió de su tío, el obispo Salazar, prometiéndole tenerlo al tanto de los pormenores de su nueva vida, ahora en Madrid y recibiendo de él, la manifestación de apoyo, en todo aquello que emprendiera.

Su tío, no le preguntó nada, sobre la forma en que había abandonado Flandes, si con permiso o careciendo de él, o por alguna otra razón.

En realidad, eso no le preocupaba gran cosa. Suponía que su jefe, Don Fernando lo tendría por muerto y, en consecuencia, nadie en Madrid, se

interesaría por su vida y en caso de que así fuera, ya se ocuparía, en el momento oportuno, de elaborar alguna historia convincente, frente a posibles curiosos.

Además, llevaba años, sin pertenecer a un tercio y ningún oficial, podía echarlo en falta. Por otra parte, ahora tenía dinero, mucho dinero y eso permite resolver muchas cosas, pero no todas, se dijo, y la que a él le interesaba más que cualquier otra cosa en el mundo, no era una de las que pueden comprarse o resolverse con sobornos.

Con estos pensamientos, regresó donde se alojaba, al menos temporalmente, una fonda situada cerca del puente de Segovia, que le había recomendado el cochero que lo trajo desde Valencia.

No se decidía por el camino que más le conviniera seguir. Si presentarse en casa de Inés o ponerse en contacto con ella, a través de una carta.

Finalmente decidió hacer lo último y allí, en su cuarto, empezó a escribir una carta para Inés. La terminó. Dio una moneda al muchacho que hacía los recados, insistiéndole en que debía entregársela en mano a la señora y esperar su respuesta.

El chiquillo, supo cumplir admirablemente su encomienda, tal y como apreció Tristán, cuando regresado en la fonda, le rindió cuentas de su embajada.

El chico había llamado a la puerta del palacio de Forcada y le había abierto una criada vieja que no quería dejarlo pasar, insistiendo en que ella le entregaría la carta a doña Inés.

El chico le dijo que no, que era asunto de gravedad y que su señora se enfadaría con su sirvienta si, por su culpa, se retrasaba la noticia que él le traía.

La sirvienta cedió y llevó al emisario a presencia de Inés. Ésta al oírlo, le dijo que esperara en la cocina con su criada a que ella le llamase. Acto seguido, leyó la carta con avidez, sintiendo a cada palabra, que su corazón perdía latidos, la releyó y volvió a leer y no porque fuera de difícil entendimiento, sino, aunque sin saber por qué, necesitaba hacerlo.

Tristán había escrito: “Inés: Esta mañana, al verte, he sentido una intensa emoción. Solo por verte. He reconocido la emoción de otro tiempo. He percibido tu tristeza y me he entristecido.

Deseo verte y te ruego aceptes verme, aunque solo sea un breve momento. Si te parece bien, podríamos vernos en aquella confitería donde yo te compraba los dulces que tanto te gustaban y que decías que tenían sabor a viento en primavera.

Contéstame por favor. Tristán”. Inés había sonreído con la mención que Tristán hacía del sabor de aquellos dulces y recordó tiempos, otrora hermosos. Se vieron en la confitería al siguiente día. Inés había dicho a su madre que iría a visitar a una amiga y que no la esperara a comer y así dispusieron de muchas horas y hablaron.

En realidad, quien habló sin parar, fue Tristán, que lo hacía para disimular su nerviosismo, y nerviosa también, se notaba Inés, que, no obstante, no perdía palabra del aluvión de ellas, con que Tristán la obsequiaba.

Pasearon, comieron, hablaron y volvieron a pasear, sin solución de continuidad y pasadas siete horas de encuentro y anochecido, Tristán la acompañó a su casa, y antes de entrar, estando uno frente al otro, Tristán cogió tiernamente la cara de Inés entre con sus dos manos y le dio un breve y casto beso en los labios.

—¡Por dios Tristán! —dijo una turbada Inés.

—Discúlpame Inés.

—No pasa nada. Es que no estaba preparada para una cosa así —dijo una más calmada Inés.

—Lo siento Inés. No era mi intención ofenderte.

—No ha habido ofensa. — ¿Puedo escribirte? —preguntó Tristán.

—Sí, puedes hacerlo —respondió Inés. Hasta mañana. Espero tu carta.

—Hasta mañana Inés. La tendrás —se despidió Tristán. Tristán llegó a su alojamiento con una sensación extraña. No sabía qué pensar de aquella incipiente y nueva relación.

Él sentía que quería continuar. Ella le había dicho que recordaba entrañablemente su relación amorosa de años atrás, pero que quizá lo mejor para ambos, sería que fuesen solo amigos, buenos amigos, manteniendo así un hermoso recuerdo de lo que tuvieron, lo cual era mucho y él le había contestado que, de acuerdo, que quizá mucho, sea mejor que todo, y ella había sonreído, agradecida por su deseo de complicidad y su comprensión.

Y con estos pensamientos, casi sin darse cuenta, escribió unos versos, que esa misma noche, envió a Inés, con su mensajero, que ahora sabía, se llamaba Nico.

Estos eran los versos: Los pájaros me han dicho, que viene el viento, el viento de la mañana, y que esté atento. Es una historia dulce, Inesperada y nueva, de amores no amados, mudos en una cueva. Los pájaros me han dicho, alegremente, que lo bello no muere, siempre es presente.

Nico, al cabo de muy poco tiempo, volvió corriendo donde Tristán, al que entregó un papelito. Tristán leyó “Son unos versos preciosos. Buenas noches.” El chaval, frente a él sin moverse, sonreía.

—¿Sabes leer? —le preguntó Tristán.

—Depende —le contestó Nico.

—¿De qué depende?

—De la persona que tenga enfrente —respondió serio Nico.

—¿Has leído la nota que me has traído? —preguntó Tristán.

—No señor, no la he leído.

—¿Y entonces por qué sonrías, picaruelo?

—Porque seguro estoy, de que han de ser buenas nuevas para vos, señor — contestó Nico.

—¿Y por qué crees una cosa así? —insistió Tristán.

—Porque la dama que me entregó ese papel sonreía al dármelo y tengo pa mí que dos recados urgentes, con dos respuestas rápidas, y dadas sonriendo, han de ser buena señal.

Tristán removi6 cari6osamente el, de por s6, alborotado cabello de Nico, le dio una suave palmada en un moflete, d6ndole al tiempo, dos monedas.

Pasaron siete d6as durante los cuales, no se vieron ni se comunicaron cosa alguna, pero en los que, ambos, recrearon el uno la imagen del otro, recordando palabras dichas y saboreando expresiones.

En ese s6ptimo d6a, por la tarde, In6s recibid6, a trav6s de Nico y verbalmente, el mensaje de Tristán, de que la esperar6a al d6a siguiente, en la puerta de su palacio, a la hora que ella se6alara.

In6s dijo que a las cuatro de la tarde y a esa hora, puntuales, In6s se encontraba en ella y Tristán esper6ndola. Pasearon durante una hora y al cabo, se sentaron en un banco, bajo la imposible sombra de un casta6o, en aquel d6a gris de finales de septiembre.

Tristán, cogid6 entre las suyas, una mano de In6s y ella pos6 la su otra, sobre el gesto. Y aquello fue el engarce. A6n sin declaraciones, ni promesas, pero s6 con una gran ilusi6n, por algo que en el futuro habr6a y que estaba por concretar.

Les dieron las ocho y en la puerta de la casa de In6s, se despidieron, sin besarse, ni tan siquiera tocarse, pero intuyendo que nac6a un mundo nuevo.

Las semanas siguientes, fueron de tortura, una tortura dulce, necesitada, gozada en lejan6a, pues In6s hab6a tenido que viajar a Segovia con su madre, para asistir al entierro de una hermana y, por tanto, t6a de ella misma, de quien ten6a un muy buen recuerdo, de cuando ni6a, las visitaba en su palacio, en la 6poca en que la t6a vivi6 en Madrid.

Al regresar a Madrid, fue ella la que, sin p6rdida de tiempo, avis6 a Tristán de su llegada, invit6ndole a que fuera a comer a su casa.

Tristán contest6 inmediatamente, que ir6a a las dos de la tarde, la hora que se le hab6a se6alado y en el palacete de Forcada, se encontraba a esa hora, con una rosa en la mano que, torpemente, entreg6 a In6s, sin quitarle el papel, en el que la florista se la hab6a envuelto.

Durante la comida, los acompa6id6 solo su madre, pues su padre el marqu6s, se hallaba ausente y 6sta, nada m6s terminarla, se retir6 a descansar, pues, seg6n dijo, estaba agotada, tras el reciente viaje a Segovia, del cual, a6n no se hab6a

repuesto. Quedáronse solos, se sentaron uno junto al otro y abrazados, se dieron su primer beso. Un beso largo, húmedo, apasionado, ardiente.

Al cabo, Inés se retiró un tanto y le dijo a Tristán: —Vamos a la cama. Tristán no se sorprendió, no dudó.

Inés le cogió de una mano y lo condujo a su habitación. Se desvistieron sin prisa, pausadamente, sin tocarse y tendidos sobre la cama se abrazaron.

Además de los goces propios del sexo, del sexo con amor, que supo insuperable, Tristán sintió algo, que tardaría tiempo en explicarse, y ello era, la paz interior que le embargó, e Inés supo también, que lo que sentía, era amor, el amor que ella soñó, cuando se enamoró por primera vez de Tristán, el amor añorado y nunca conseguido, el amor luchado y siempre esquivo, el amor de la gloria, el amor con su Tristán.

El encuentro fue largo, fuerte, apasionado y dulce y ambos se relatarían después, abrazados tiernamente, fundidos en uno, vivencias similares de emoción.

Se dijeron que comprendían el significado de ser la mitad de algo, la mitad de un todo, la mitad de una vida, que juntos eran invencibles y que se sentían inmortales.

Por la mañana, desayunaban juntos y hacían planes de boda, planes de vida juntos, sueños de una vida para siempre.

—¿De verdad que quieres casarte conmigo? —dijo Tristán fingiendo seriedad.

—Sí quiero, sí quiero —contestó radiante Inés.

—¿Cuándo quieres que nos casemos? —le preguntó Tristán.

—Cuando tú quieras mi amor —contestó Inés —, pero antes de seguir con estos planes, tengo que decirte algo importante.

—¿Y qué es eso tan importante? —preguntó Tristán.

—No te importará casarte con una chica pobre ¿verdad?

—¿A qué viene esa pregunta?, voy a casarme contigo y tú, bueno, tus padres, no son pobres.

—Si lo son Tristán. Estamos arruinados. He creído que debías saberlo.

—Muy bien —dijo Tristán —, ahora que lo sé, ¿podemos seguir con nuestros planes de boda?

—¿No te sorprendes?, sé que no te casas conmigo, por mi herencia, pero...

—No me sorprende, pues algo había oído sobre vuestra ruina. Y sí Inés, me caso contigo porque te quiero con toda mi alma.

— Y yo a ti, cariño mío, ¿Dónde viviremos? —preguntó Inés.

—Donde tú quieras. Viviré contigo en el sitio que tú elijas — respondió Tristán —, y yo también tengo que decirte algo importante.

Y Tristán le contó su historia.

EPÍLOGO

Ha de decirse lo que ocurrió en Flandes y en otros lugares, en relación con esta historia. Don Fernando de Austria murió el 9 de noviembre de 1641, sin recibir razón, de por qué Tristán Corostola y Doriane de la Fayole, no cumplieron su orden de enviarle a Bruselas, la mitad del tesoro de Lieja.

Consta que, el tercio al que, al menos nominalmente, perteneció Corostola, fue aniquilado en Rocroi, el 19 de mayo de 1643, y puede considerarse que allí murieron el capitán Colmenero, el sargento Salazar y el soldado Louriño.

Hay en la Biblioteca Nacional de Francia, documentación sobre los y las espías, de Richelieu y Mazarino, una de los cuales, pudo ser Doriane de la Fayole, aunque no figura con ese nombre.

El personaje de Inés de Villaescusa y Viñuesa, está inspirado en una dama de la época. No tengo prueba documental de un Tristán Corostola, nacido en Deba, en el caserío de Larrabiel, en los primeros años del siglo XVII, pero si puede llegarse a ese nombre, curiosamente, tanto por mi línea paterna, como por la materna.

En cuanto a Sforza, sigue cumpliendo su castigo clerical, desempeñando su cargo de capellán, en un convento de monjas en Nápoles, construido hace años, sobre el que fue de las capuchinas clarisas, el mismo en cuya capilla privilegiada por la santa sede, escondió Doriane de la Fayole, la mayor parte del tesoro que se relata en esta historia. Lo curioso, es que todos los días, Sforza acude a esa capilla y no sabe y probablemente, nunca llegue a saber, que cada vez que eso hace, su sotana roza el tesoro que con tanto ahínco buscó.

En San Sebastián, 29 de enero de 2018